



INOLVIDABLE

UNA NOVELA DE

LAURA SANZ



OceanofPDF.com

Inolvidable

Laura Sanz

© 2022, Laura Sanz

Diseño de cubierta: Nune Martínez

www.nunemartinez.com

Diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito

de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*I'll never forget you
They said we'd never make it
My sweet joy
Always remember me.*

*(Nunca te olvidaré
Dijeron que no lo conseguiríamos
Mi dulce felicidad
Recuérdame siempre).*

Never Forget You - Noisettes

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Lista de canciones](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras novelas de la autora:](#)

Capítulo 1

Septiembre

Juls

— ¡Es *la* canción!

El grito que salió de su garganta habría dejado sordo a cualquiera, solo que el volumen de la música estaba tan alto que su voz pasó desapercibida para todo el mundo, excepto para su mejor amiga, a la que le aulló cerca del oído.

— ¡Vamos, vamos! — gritó esta última, dejándose arrastrar.

Los altavoces escupieron la voz de Raphael anunciando que ese era un día especial y que iba a salir por la noche, y el clamor de muchos de los presentes en el pub se mezcló con la primera estrofa de la canción.

Juls y Mariu repitieron las palabras del cantante de un modo superexagerado al tiempo que se contorsionaban en una suerte de alocado baile. Cuando llegó el estribillo, ambas se habían colocado una frente a la otra y lo cantaban a gritos, entusiasmadas.

No eran las únicas que se hallaban en pleno paroxismo. Aparentemente, la mayoría de los allí presentes eran grandes fans de Raphael. Eso o que el alcohol había alcanzado ya niveles elevados en el ambiente. A fin de cuentas, eran las dos de la madrugada y la noche ya no era tan joven.

— ¡Y al despertar ya mi vida sabrá algo que no conoce! — berreó Juls, alzando los brazos y agitando la cabeza como una posesa.

Estaba eufórica. Habían llegado ese mismo día a la ciudad costera y tenían ante ellas dos semanas de vacaciones en la playa.

— ¡Ilailarararara! — coreó Mariu.

En un descanso, Juls dio un trago a su cerveza y luego utilizó la botella de micrófono. Notaba los empujones de otras personas contra su espalda y su costado y ella empujó también con ímpetu sin dejarse amilanar.

Había poco sitio y los cuerpos se restregaban unos contra otros en la pequeña e improvisada pista. El local no era una discoteca, solo era un coqueto pub y no estaba acondicionado para bailar, no obstante, eso parecía importarles poco a las decenas de personas que se movían como si la vida les fuera en ello. El establecimiento constaba de dos plantas, la de abajo era más amplia y podía albergar a más gente; la de arriba, a la que se accedía por una escalera de madera, era más pequeña y tenía el techo abuhardillado y un balcón al que uno podía asomarse y ver la planta inferior. En ambas había barras y mesas altas con taburetes contra las paredes.

Ellas estaban en la planta superior. Llevaban un par de horas allí y hasta el momento el ambiente era fantástico; aunque cada vez iba llegando más gente y el lugar estaba abarrotado.

Era la primera vez que Juls estaba de vacaciones en Benidorm, pero Mariu solía ir todos los años con sus padres y sabía cuáles eran los mejores lugares a los que podían acudir dos chicas españolas de veinticinco años para pasar una gran noche, como decía Raphael. La Sal, se llamaba ese local, y fue un acierto acabar allí. El público se encontraba en la veintena y principios de la treintena y la música era, en su mayoría, española.

El lugar ideal.

— ¡Muerooo! — gritó Mariu al escuchar los acordes de la siguiente canción—. ¡Es la Carrà!

Juls fingió que se echaba la melena hacia atrás — tenía el pelo rubio y corto, al estilo *pixie* — , y configuró un mohín sensual mientras se contoneaba al ritmo de la melodía setentera. Mariu la imitó, presumiendo de pelo largo. La melena castaña le llegaba hasta la parte baja de la espalda.

— ¡Para hacer bien el amor hay que venir al sur! — se desgañitaron ambas.

En realidad, el estruendo era tan grande que sus voces no podían escucharse, pero el movimiento de sus labios parecía acompasarse a la letra con corrección.

Un tipo con aspecto de intelectual, muy delgado, con camisa blanca y gafas de pasta, se acercó a ellas con dificultad, sonrisa en ristre. Se pegó al costado de Mariu y trató de iniciar una conversación.

Juls soltó una risa al ver su infructuoso esfuerzo por tratar de ser escuchado. ¿No veía que Mariu estaba bailando y pegando alaridos como una loca? Observó la escena con diversión, aguardando a que su amiga se percatara del ligón en ciernes. Pero esta, totalmente ajena a su alrededor, giró la cabeza con energía e hizo un golpe de melena, abofeteando con ella en la cara al pobre chaval. La risa sacudió a Juls al ver la expresión anonadada en el masculino rostro. Solo dos segundos después, se alejaba con el rabo entre las piernas.

— Todos dicen que el amor es amigo de la locura — cantó Mariu.

— Pero a mí que ya estoy loca, es lo único que me cura — le dio la réplica Juls, todavía riéndose por lo sucedido.

— ¿Por qué te ríes? — Su amiga se acercó y le habló al oído.

— Porque acabas de rechazar a un tío que ha venido a tirarte la caña.

— ¡¿Cómo?! ¿Era guapo? ¡Joder! No me he enterado.

— Le has azotado con tu melenaza — dijo y volvió a reírse al recordar la escena—. El pobre casi llora.

— ¿Quién es? Dime dónde está. Si está bueno, te juro que voy tras él. Demasiado tiempo sin novio; me estoy volviendo virgen otra vez.

Juls le buscó con la mirada. Le pareció ver la camisa blanca a unos metros de distancia, cerca de la escalera.

— Creo que es ese que va a bajar a la planta inferior. Mírale.

Ambas se dirigieron al balcón de madera, abriéndose paso a codazos.

El muchacho descendía los escalones con parsimonia, pegado a la pared.

— Puff, tiene barba de chivo — exclamó Mariu al verle—. Y pinta de ratón de biblioteca. Me gustan más altos y musculosos. Nada, otra noche que me quedo sin pareja. Te lo cedo.

— ¡Ja! Tú flipas. Prefiero masturbarme toda la vida antes que acabar con tus sobras — repuso, dejando su cerveza vacía en una de las mesas

Mariu liberó una risotada.

— ¿Quieres otra cerveza, señorita masturbadora? ¿La última antes de irnos?

Juls asintió. Había decidido no beber nada más fuerte esa noche porque al día siguiente tenía que madrugar y escribir dos artículos para la revista en

la que trabajaba. La editora los estaba esperando desde hacía unos días y ella no había escrito ni una sola coma.

— Tía, me encanta este sitio — dijo mientras se acercaban a la barra.

— Está genial — asintió Mariu—. Menos mal que estamos en septiembre porque en agosto no hay quien entre. Está todavía más petado que ahora.

Ese año, Mariu no había podido coger sus vacaciones en el mes de agosto, como acostumbraba, porque acababa de incorporarse a una empresa de trabajo temporal y, como era la recién llegada, no pudo elegir. A Juls le daba igual el mes; ella podía trabajar desde cualquier sitio. Se había animado a acompañar a su amiga por tres motivos: en primer lugar, porque era un viaje barato; en segundo, porque su compañera de piso había comenzado a salir con un chico y estaban todos los días practicando el sano deporte del sexo en la habitación de al lado, y Juls estaba hasta las narices de tener que soportarlos; y en tercer lugar, para olvidarse de Sergio, con el que acababa de romper.

Así que, cuando Mariu le preguntó si le apetecía pasar unos días en Benidorm, se lanzó de cabeza.

Después de aguardar un rato, por fin un camarero se aproximó a ellas. No tardaron en tener sus consumiciones. Coronita para Juls y *Beefeeter* con limón para Mariu.

— ¿Bajamos? Aquí ya no hay quién esté.

Juls asintió.

Con dificultad, descendieron la escalera mientras se cruzaban con gente que se empeñaba en subir, a pesar de que la planta de arriba estaba hasta los topes. Cuando llegaron abajo se dieron cuenta de que esa planta no estaba mucho más vacía.

— ¿Quieres que salgamos? — propuso Mariu, hablándole por encima del hombro.

Juls volvió a asentir. Un poco de aire fresco no les vendría nada mal.

Pero todavía no habían alcanzado la puerta cuando los primeros acordes de una archiconocida canción llenaron el ambiente.

Juls se detuvo de golpe y sujetó a Mariu del brazo. La expresión de su cara era de puro éxtasis y sus ojos llameaban de un modo casi imposible en

la penumbra del local.

— ¡Espera! Esto ya es desfase total. ¿Camilo Sesto? Yo lo flipo. ¡Me encantaaa! ¡Siempre me traiciona la razón y me domina el corazóón! — cantó a voz en grito.

Mariu no necesitó mucho acicate para unirse. Había bebido bastante y se le notaba en la risa floja y en la pesadez de los párpados.

Chocaron sus consumiciones y se dedicaron a saltar y chillar mientras el DJ elevaba el volumen de la música a propósito hasta unos decibelios cercanos a la rotura de tímpano.

— ¡Y ya no puedo más! ¡Y ya no puedo más! ¡Siempre se repite esta misma historia!

El establecimiento al completo cantó como si de una sola voz se tratase.

Juls elevó la mirada al techo, a los focos que destacaban entre las vigas de oscura madera e iluminaban el lugar someramente. Le dolía la garganta y la sentía rasposa de tanto gritar. Sabía que al día siguiente estaría afónica, pero no pensaba callarse. Estaba teniendo una de las mejores noches de los últimos tiempos. Y la había necesitado de verdad, la ruptura con Sergio no fue bonita.

Mierda, Sergio otra vez.

Meneó la cabeza con brío para ahuyentarlo de su mente y cantó con fervor. Iba a disfrutar de esa noche hasta el final. Una sensación de efervescente regocijo se expandió por su pecho.

— ¡Vivir así es morir de amor! ¡Por amor tengo el alma heridaaa...!

Capítulo 2

Jorge

— ¿Te falta mucho, Jordi Alba?

Jorge pudo escuchar la voz sofocada de Rafa de fondo, al otro lado del teléfono, a través de la música y los gritos.

— Coméntale a Nadal — le dijo a Dani, que era con el que estaba hablando realmente— , que en quince minutos estoy ahí. Que no falle el próximo saque, si eso.

Dani se rio.

— Te voy pidiendo una birrita.

— Genial.

Jorge colgó el aparato y sonrió de medio lado. Siempre que Rafa quería tocarle los cojones le llamaba Jordi Alba, como el conocido futbolista del Barça, aprovechando que se llamaba Jorge y que su apellido era, en efecto, Alba. Él correspondía a la broma refiriéndose al famoso tenista. Era una chiquillada que se repetía entre ellos desde hacía años.

Sus amigos le estaban esperando en La Sal. Él no había podido ir antes porque estaba en una cena con sus compañeros de trabajo, celebrando el cumpleaños de uno de ellos. Finalmente, hacía media hora había logrado escaparse y se había acercado a casa de sus padres, que le pillaba de camino, para cambiarse de ropa. Aunque se había mudado a su piso hacía unos meses, todavía tenía muchas cosas en el chalet familiar.

— ¡Diego! — llamó a su hermano sin elevar demasiado la voz— . ¡Me largo!

Este se asomó por encima del respaldo del sofá y asintió.

Aunque Diego tampoco vivía allí ya, solía quedarse a dormir con frecuencia. Había tomado por costumbre cenar con sus padres los viernes y permanecer todo el fin de semana en el chalet, aprovechándose de la piscina.

— Todavía estás a tiempo de venirte. Te espero mientras te cambias de ropa.

Diego le dio un bocado al sándwich que tenía en la mano y negó con la cabeza. Sus ojos azules tan diferentes a los del propio Jorge no mostraron ningún interés.

— Paso — murmuró—. Prefiero quedarme y ver el último capítulo de *The Walking Dead*.

— Pero si lo puedes ver cuando quieras — insistió.

— Paso, de verdad.

Jorge se encogió de hombros después de echarle una última mirada. Diego trabajaba mucho y se divertía demasiado poco. Se estaba convirtiendo en un amargado.

— Pues tú mismo. ¿Nos vemos el domingo en la comida?

La pregunta era estúpida porque la comida de los domingos era sagrada. Ningún Alba se la perdía.

Diego asintió.

Jorge se despidió y abandonó la casa. Atravesó el cuidado y moderno jardín por el caminito bordeado por palmeras enanas y focos de luz, y abrió el portón metálico que daba a la calle. A sus pies, a lo lejos, las luces de la palpitante noche de Benidorm, en plena ebullición pese a la hora, le saludaron en la oscuridad.

Su viejo Nissan Patrol, que había pertenecido a su padre, estaba aparcado frente a la propiedad. Era de color blanco con tiras naranjas en los costados y tenía unos cuantos golpes y bastantes arañazos en la carrocería que él no se molestaba en arreglar porque era su vehículo de trabajo. Lo utilizaba para transportar la vela y la tabla de surf y para llevar el material de buceo. Trabajaba como instructor PADI ¹ en una escuela, además de impartir alguna que otra clase de windsurf.

Se montó en el coche y metió la llave en el contacto. El reloj del salpicadero le mostró que eran ya las dos menos cuarto de la mañana. Era tarde, pero tenía ganas de ver a sus amigos con los que hacía un par de semanas que no coincidía. Aunque no pensaba quedarse mucho tiempo por ahí porque tenía una clase a las once de la mañana con un grupo de niños. Y tampoco pensaba beber. A lo sumo, un par de cervezas. Y punto.

De hecho, si quería ir a reunirse con ellos era para coger las llaves del coche de Rafa. Iba a intercambiarlo por el suyo durante una semana. Todavía le costaba creer que su amigo hubiera aceptado aquella tonta apuesta en una noche de póker hacía dos fines de semana. Rafa había adquirido el Porsche 911 Carrera Coupé pocos meses antes. A pesar de que era de segunda mano, lo amaba con locura y lo cuidaba como si fuera su hijo.

El trayecto hasta el centro de Benidorm no se le hizo demasiado largo. En poco más de un cuarto de hora dejaba el Patrol en un parking. La Sal estaba a solo quinientos metros de allí. Se internó en las callejuelas del casco antiguo de la ciudad y, en unos minutos, había llegado.

Había unos cuantos grupitos de gente en el exterior, charlando, fumando y bebiendo, observados por el portero del local desde la puerta, un tipo alto y cuadrado vestido de negro, al que Jorge conocía de vista.

Rafa y Dani también estaban allí, junto a la gruesa palmera que había en la entrada. Dani estaba fumando.

— ¿Qué pasa? — los saludó.

— ¿Qué pasa contigo, capullo? Llevamos aquí desde las doce — respondió Rafa y le alargó un tercio de Mahou que llevaba en la mano.

— ¿Es mía? — Cogió la botella.

— Era mía, pero puedes quedártela. Todavía no la había empezado. Voy a por otra. Esperadme — dijo y se dirigió hacia la puerta. El portero la abrió y le cedió el paso.

Jorge se llevó la cerveza a la boca. Tenía sed y vació media botella de un solo trago.

— ¡Qué buena está! — exclamó.

— ¿Qué? ¿Estabas de cena de empresa? — inquirió Dani, dándole una calada a su cigarro.

— Tanto como de empresa — resopló—. Solo somos seis: Till, Nerea, Gema, Edu, Pablo y yo. Celebrábamos el cumpleaños de Edu y hemos estado en un asador nuevo que han abierto en la carretera de Finestrat. Unos chuletones de medio kilo que alucinas. Estaban de vicio.

— Joder, pues tenemos que ir.

— Pero no es barato.

— Que pague Rafa, que su cumple es el mes que viene — dijo con una carcajada—. O mejor, echamos otra partidita a las cartas y nos jugamos una cena, con lo malo que es, seguro que pierde y le toca pagar.

— Brindo por eso — repuso Jorge. Alzó la botella y le acompañó en su risa.

Rafa apareció en ese momento con su propia cerveza en la mano. No era muy alto y tenía un cuerpo fornido. Llevaba un pantalón blanco y una camiseta azul cielo. El pelo comenzaba a escasearle bastante, tema del cual no se podía hablar mucho porque le molestaba, de ahí que tanto Dani como Jorge lo mencionasen con frecuencia para tocarle las narices.

— Oye, se va aproximando la fecha del viaje a Turquía, ¿no? — dijo este último con los ojos burlones.

— ¿El viaje a Turquía? — Rafa puso cara de no entender—. ¿Estamos planeando un viaje y yo no me he enterado de nada?

— Estamos no, estás — intervino Dani, siguiendo la broma de Jorge.

Era vox populi que en aquel país se hacían los injertos capilares más baratos.

Rafa pareció caer en la cuenta de pronto y su boca se arrugó.

— Sois unos cabrones de mierda. Seguro que a ti te salen canas en breve — le dijo a Dani y luego miró a Jorge—. Y a ti se te cae la polla.

— ¡Eh! ¿Por qué a él solo le salen canas y lo mío es tan jodido? ¡No es justo!

— ¡Te jodes, Jordi Alba! — exclamó—. Por cierto, tus hermanos están dentro. He visto a Erika con su amiga Bea y a Lukas con su novia.

— ¡Joder! ¿Bea también está? ¿Te ha visto?

El otro negó.

Bea era una de las mejores amigas de su hermana; desde hacía años estaba completamente loca por él, pero loca de un modo desquiciado. Había llegado incluso a seguirle unas cuantas veces. Él le había dejado muy claro que no quería nada con ella, pero era persistente.

— Entonces, me voy a pensar lo de entrar a saludar. No me apetece nada encontrármela. De todas maneras, el domingo voy a comer con ellos. ¿Os apuntáis a una tarde piscinera en el chalet de mis padres?

— ¿Van a estar las otras amigas de tu hermana? — inquirió Dani con palpable interés.

— Pienso que sí, pero sabes que no tienes ni una oportunidad, ¿verdad? Tanto a mi hermana como a sus amigas les gustan los musculitos — soltó con desdén.

Dani era demasiado flaco y un poco desgarrado. Era tan alto como Jorge y tenía las extremidades muy delgadas y, con frecuencia, no sabía qué hacer con ellas. Solía tropezarse con sus propios pies o gesticular demasiado con las manos. Por lo demás, tenía un rostro agraciado con los ojos pardos y el pelo rubio más largo por delante que por detrás.

— La esperanza es lo último que se pierde. De tu hermana paso, porque sería como si me liara con mi propia hermana, pero su amiga Laura me puede — dijo con voz soñadora.

Jorge sonrió con conmisericordia. Laura no era chica para él. Era una harpía que trataba fatal a todas sus parejas. No. No se merecía al buenazo de Dani.

— Bueno, Nadal, ¿cuándo me vas a dar las llaves del coche? — Cambió de tema y tendió una mano a su amigo.

Este giró la cabeza y fingió que le ignoraba.

Jorge soltó una risa mientras seguía con la mano extendida.

— No tienes corazón — mascolló Rafa al cabo de unos segundos.

— Ninguno.

— Trátalo bien, por favor.

— Cuando te lo devuelva no vas a notar mi presencia en él. Te prometo que solo lo pondré a doscientos por Vía Parque, pero te juro que frenaré en las rotondas — se chanceó.

— Eres un capullo.

Terminó por tenderle las llaves.

— Déjame una vueltecita — le pidió Dani a Jorge con una risa sugerente.

— Cuando Rafa no esté presente — repuso este con un guiño exagerado.

— ¡Qué mamones sois!

Jorge hizo tintinear el llavero con el logo de Porsche en el aire.

— No me las enseñes, joder — murmuró Rafa sombrío.

— Bebé, el tío Jorge te va a tratar muy bien — ronroneó.

— ¡Cállate!

Dani rompió a reír.

— No habértelo apostado.

— No pensé que este capullo tuviera una mano tan buena — gruñó.

— ¿Cuándo puedo pasar a buscarlo?

— Te pasas mañana por la mañana y hacemos el intercambio.

— Te vas a tirar una semana llevando a tus clientes en mi horrible Patrol.

Jorge tuvo que morderse los labios para no volver a soltar otra carcajada. La expresión de Rafa era de puro desencanto.

— Cogeré un coche de empresa. No puedo consentir que la gente normal se siente en *ese coche*. — Hizo unas comillas aéreas al tiempo que resoplaba—. Por cierto, he visto a una chica dentro, cerca de la ventana, que es tu tipo total — dijo y zanjó el asunto.

— Yo no tengo tipo — rechazó Jorge.

— Te gustan delgaditas y con aspecto travieso. Tipo duendecillo.

— ¿En serio? — inquirió con sorpresa.

Sus dos amigos asintieron.

Los miró confundido. Mentalmente pasó revista a las chicas con las que había estado en los últimos tiempos. Su exnovia, Claudia, era alta y delgada, con el pelo largo, negro y los ojos azules. Y María, la anterior, tenía el rostro redondo y pecoso. Ninguna encajaba. Para nada tenían el aspecto que ellos comentaban.

— Sara tenía una carita diminuta y las orejas un poco de soplillo, parecía un duende, no digas que no. Y Luna lo mismo.

— Pfff — bufó, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Dos tías con las que me lie. ¿Y Claudia? Estuve con ella dos años y no tenía ni un rasgo de duende.

— Pero, por favor, no jodas — dijo Rafa—. Claudia era clavadita a Arwen de *El Señor de los Anillos*.

— Y Arwen era una elfa — concluyó Dani—. Y María, tu otra novia, tenía la nariz respingona y llena de pecas y los dientes superiores un poco

prominentes — dijo y cabeceó con suma convicción— . Si esa no es la apariencia de un típico duende...

¿Una elfa? ¿Un duende? Esos dos estaban gilipollas.

— La tía que he visto dentro es delgada y con el pelo rubio y corto — continuó Rafa— . Y baila como si fuera a echar a volar. Campanilla total.

¿Campanilla? A Jorge le entró la risa.

— Echa un vistazo por la ventana, estaba ahí al lado — sugirió Rafa— . Ya verás como lo que digo es cierto.

Jorge volvió a beber. Ni siquiera hizo amago de girarse hacia la ventana que había al lado de la puerta.

— Paso. Y, dime, Rafa — continuó, ahuyentando tanto la conversación como a la chica de su cabeza— . ¿Has hecho alguna venta esta semana?

Rafa era comercial inmobiliario en Visual Home, la agencia más grande y conocida de la ciudad.

— Esta semana no he vendido una mierda y mira que me he esforzado. He estado todos los puñeteros días con los mismos clientes y les he enseñado un montón de pisos y ninguno los convence. El que no tiene el salón muy pequeño, tiene la cocina muy fea o la urbanización no tiene piscina o la plaza de parking es muy oscura. Nada. Un asco. Y la semana que viene sigo con ellos porque no se van hasta el miércoles. ¡Qué exigentes son estos alemanes! — pronunció con guasa.

Jorge le respondió con un encogimiento de hombros.

— A mí no me mires. Ya sabes que yo he salido a mi padre. Es mi hermano, Diego, el que es cuadrulado como mi madre.

La madre de Jorge era alemana y como muchos de sus compatriotas tenía la característica de ser muy metódica, organizada y poco flexible.

— Lo único positivo — continuó Rafa— , es que sé que no están viendo pisos con otras agencias y que solo están conmigo.

— ¿Por qué lo sabes? — preguntó Dani— . No sería la primera vez que un cliente te da la vuelta y se compra el piso que le has enseñado tú con otra agencia.

— Esta vez, lo sé. Pasan conmigo todas las horas del día. ¡Si hasta los he llevado a comer dos veces! Como no vayan a otra inmobiliaria por la

noche — se rio. Fue a darle un trago a su cerveza y se la encontró vacía—. .
¿Queréis otra?

Jorge elevó su botella en el aire; también estaba vacía. Asintió.

— Entro yo — se ofreció Dani—. . ¿Dónde dices que estaba Campanilla? — preguntó con malicia.

Los ojos de Jorge se fueron hacia el cielo, exasperados.

— Nada más entrar, a la izquierda, junto a la ventana. Tiene el pelo rubio cortito y lleva unos vaqueros cortos y una blusa blanca. Está con otra chica que tiene una melena superlarga.

Dani se alejó guiñando un ojo y con una risa flotándole en los labios.

— Qué pesados sois — murmuró Jorge.

Pronto, empezaron a hablar del próximo concierto de Ara Malikian que tendría lugar el fin de semana siguiente, al que Jorge y Dani pensaban asistir. A Rafa no le gustaba y había preferido no acompañarlos.

— Si viniera David Guetta sería otra cosa — dijo.

Jorge no tuvo tiempo de responder porque, por el rabillo del ojo, vio a Dani que salía del local con las tres botellas de cerveza en las manos. Iba haciendo aspavientos y movimientos espasmódicos de cabeza, señalando a su espalda.

Tras él, abandonaban La Sal dos chicas que iban riéndose con ganas. Una de ellas podía presumir de una larga melena castaña y lucía un vestido rojo bastante llamativo. La otra era menudita y tenía el pelo corto y rubio, vestía con vaqueros y una blusa blanca. Y sus ojos castaños chispeaban cargados de travesura.

Campanilla.

Capítulo 3

Juls

— ¿Siempre ponen este tipo de música? — preguntó todavía muerta de risa.

— A estas horas, sí — contestó Mariu al tiempo que le daba un trago a su bebida—. No van a tardar mucho en cerrar. Ahora es cuando toda esta gente se baja a los garitos de la playa de Levante. Y luego, a las cinco o así, se van a los locales de la carretera. Es un clásico de los fines de semana en Benidorm. Es como una ruta obligada.

Mientras decía eso, se alejó de la puerta y subió los escalones que conducían hasta la ventana enrejada de un restaurante — a esa hora, cerrado —, ubicado al lado del bar de copas.

Juls la siguió. Dejó la botella sobre el alféizar y se dio la vuelta para encararse con su amiga. Tenía el ceño fruncido.

— A mí no me mires para seguir — repuso—. Esta es mi última Coronita y luego me largo al apartamento. Mañana tengo que madrugar.

— Pues vaya mierda de vacaciones.

— Vacaciones para ti. Yo tengo que seguir trabajando — se lamentó.

— ¿Te gusta ese trabajo?

— Lo odio — confesó—. Pero es lo único que he encontrado que tenga algo que ver con mi carrera. Era eso o acabar en Zara. Y, la verdad, cuatro años estudiando periodismo para trabajar doblando ropa no me hacía nada de nada. Aunque el sueldo que cobran las chicas de Zara es mil veces mejor que el mío — rumió.

La revista online para la que trabajaba desde hacía ocho meses le pagaba una miseria.

— ¿No estás buscando otra cosa?

— ¡Como una loca! Pero no te creas que hay tantas ofertas. Estoy enviando currículos a todas partes. Hasta ahora, sin éxito — suspiró—. ¿Y tú? ¿Qué tal el nuevo curro?

— Pues igual que tú. Una mierda, pero no me voy a quejar porque por lo menos tiene algo que ver con lo mío y paga las facturas. Además, estoy mucho mejor que haciendo encuestas por la calle. Eso sí que era un horror. — Hizo una pausa—. Creo que, tanto tú como yo elegimos las carreras con menos futuro del mercado — añadió.

— No te creas, ni periodismo ni psicología son tan terribles en comparación con el Grado de Paula. ¡Filología Clásica! No va a encontrar un trabajo de lo suyo jamás.

— Creo que se está preparando una oposición para el Ayuntamiento.

— Ya ves.

Después de aquello, guardaron silencio. Silencio que era interrumpido de vez en cuando por la estridente música que llegaba desde el local cada vez que alguien abría la puerta para entrar o salir de él.

— Había oído hablar mucho de Benidorm, pero no me lo imaginaba así — dijo Juls, rompiendo el mutismo y dejando vagar la vista por los corrillos de gente que había cerca de ellas.

Había unas cuantas chicas junto a la entrada, hablando entre ellas. Tres parejas algo más lejos, también de charla. Unos chavales riéndose a carcajadas a pocos metros; y algunas personas más. Todo el mundo parecía bastante pacífico y de buen rollo. Su mirada se topó con la de uno de los tipos que había junto a la palmera que se encontraba frente a la puerta.

Alto, atractivo, pelo castaño y barbita de tres días. Y guapo.

— ¿Así? ¿Cómo?

No pudo seguir escrutándole porque la pregunta de Mariu la distrajo.

— Pues tan normal. — Se encogió de hombros—. No sé por qué me había imaginado a los ingleses borrachos por la calle, desparramando y montando broncas. Quizá es que las imágenes que salen en la tele me habían creado prejuicios.

— No son prejuicios. Es que eso pasa habitualmente en la zona guiri. Esta es la zona española — aclaró Mariu—. Aquí viene el turismo nacional a divertirse. Esta marcha es más como la guay de Malasaña. Pero si quieres ver a turistas borrachos, sobre todo ingleses, te puedo llevar al Hippodrome o al Joker's.

— Quita, quita. Paso — rechazó con desdén.

— La verdad es que adentrarte en la zona guiri es como entrar en otro mundo. Cruzas una calle y es como estar en Inglaterra. Te encuentras pubs decorados como los de cualquier localidad del Reino Unido; y bares y restaurantes en los que sirven comida típicamente inglesa. Allí, si no hablas inglés, estás perdido. Tienen supermercados con productos ingleses. ¡Hasta el papel higiénico viene de allí!

— ¿En serio? — se rio Juls—. Flipante.

— Sí, tía. Yo, que llevo viniendo quince años, alguna vez he ido de marcha por allí y es una pasada. Pero demasiado para mí, la verdad. Y no creo que a ti te gustara, tampoco. Como mucho, podemos bajar a la playa. Ahí hay de todo.

— Pero mañana. Hoy estoy muerta.

— Hecho.

Mariu alzó su vaso en el aire y Juls cogió su botella en la que flotaba el gajo de limón y la imitó.

Continuaron hablando de cosas superficiales, de sitios a los que ir, de gente a la que conocían y de cómo habían pasado los últimos meses. Hacía medio año desde la última vez que estuvieron juntas y tenían que recuperar el tiempo perdido. Mariu se explayó hablando de su ex y Juls correspondió quejándose de Sonsoles y de Juan, su compañera de piso y el novio de esta. Evitó hablar de su ruptura con Sergio; todavía estaba demasiado reciente y le dolía mencionarla.

Cada vez más personas abandonaban el local y echaban a andar calle abajo, pero no tenían aspecto de querer regresar a casa. Estaba claro que se marchaban hacia la zona de playa, como había comentado Mariu.

Juls echó un vistazo a la pantalla de su móvil. Eran las dos y media. Gimió internamente. No iba a poder dormir más de cuatro o cinco horas. Había puesto la alarma para las ocho de la mañana. De ese modo, tenía cuatro horas para escribir los artículos que le había prometido a su editora: uno sobre los beneficios del aloe vera y otro sobre consejos para ligar en otoño. Apasionante.

— Vámonos ya — le dijo a Mariu—. Mañana quemamos la calle, si quieres.

Su amiga asintió, dándole un último sorbo a su *Beefeeter* con limón aguado.

— Creo que mañana poco voy a quemar porque voy a tener una resaca del quince.

Juls se carcajeó.

— Qué poco me aguantas.

— A ver, no te des la vuelta — siseó Mariu, interrumpiéndola— , pero hay unos chicos que no paran de mirarnos. Cuando puedas, echa un ojo. Están al lado de la palmera que hay más abajo. Son tres. Uno está como un queso, otro no está nada mal y el tercero se va a quedar soltero toda su vida. Por cierto, el que está como un queso no te quita ojo.

¿Sería el mismo en el que se había fijado ella?, se preguntó Juls con curiosidad.

Sin demasiado disimulo, giró la cabeza y se encontró con una mirada penetrante y una sonrisa juguetona. Sí, aquel tipo era el mismo en el que ella había reparado con anterioridad.

La timidez no era una cualidad de la que Juls pudiera jactarse o avergonzarse, así que le devolvió la mirada abiertamente.

Él alzó su botella en el aire, haciendo un brindis.

Ella le imito.

Apenas un pestañeo, un intercambio de sonrisas y la conexión entre ambos estaba hecha.

— ¿En serio ya está? ¿Ya has ligado? — El asombro era notorio en la voz de Mariu— . ¿Quince segundos? Si me pinchan no sangro.

Juls se encogió de hombros con displicencia.

— Tampoco es tan difícil, ¿no? ¿Se necesita más tiempo? Marear la perdiz no es mi estilo. Me gusta ir al grano.

— Eso no es ir al grano. Lo que acaba de pasar son palabras mayores. ¡Oh! — exclamó con los ojos muy abiertos— . Viene hacia aquí.

Todavía no había terminado de decir aquello cuando se escuchó una voz de hombre muy cerca de ellas.

— Hola.

Jorge

— Venga va, la siguiente ronda la pago yo. Pero es la última, que mañana tengo una clase con niños a las once y no quiero aparecer resacoso. Si habéis acabado voy a buscar más cerveza — dijo Jorge.

Ambos le tendieron sus botellas vacías y él se alejó camino de la entrada con ellas en la mano. Echó un rápido vistazo a Campanilla — ella le daba la espalda— , antes de saludar al portero que le abrió la puerta.

Sonaba una canción pachanguera a la que no supo ponerle nombre. La gente ya había comenzado a marcharse camino de la playa haciendo la ruta habitual y el establecimiento no estaba tan lleno como de costumbre.

Mientras se acodaba en la barra, por el rabillo del ojo, divisó a su hermana Erika que bailaba con su amiga Bea. Trató de camuflarse detrás de una pareja.

— ¿Me invitas a dos?

La pregunta llegó desde su derecha. No le hizo falta girarse para saber quién era el gorrón: su hermano pequeño, Lukas.

— ¿Dos?

— Una para Eva y otra para mí — dijo este con una sonrisa de oreja a oreja.

Eva era la novia de Lukas. Estaba justo a su lado. La saludó con un gesto al que ella respondió con una risita.

— Tenéis un morro — comentó, pero cuando el camarero se acercó alzó la mano y pidió cinco cervezas.

— Eres el mejor hermano mayor que tengo.

— Si te oye Diego va a pasar de dejarte su moto, adulator.

— Diego es el mejor hermano mayor en otras ocasiones — repuso, echándose hacia delante sobre la barra.

— ¿Cuántas llevas?

— Pocas. Todavía controlo.

Jorge resopló con incredulidad. Lukas tenía veinte años y era el benjamín consentido de la familia.

— ¿Cuántas lleva? — se dirigió a Eva.

— Cuatro. Esta va a ser la quinta — contestó ella con sinceridad.

— ¿Ya no tienes pasta? ¿Puedes pagarte un taxi a casa?

— El dinero del taxi va aparte, ese ni lo toco.

— Buen chico — le dijo, pasándole una mano por el pelo.

— Joder, no hagas eso, tío — dijo, apartándose molesto, mientras miraba a su alrededor.

El camarero llegó con los cinco tercios. Jorge pagó y luego le tendió dos a su hermano.

— ¿Vais a bajar a la playa?

— Creo que sí. Pasaremos un rato por el Richard².

— Joder, ya son ganas de ir al sitio ese — murmuró, cogiendo las otras tres botellas de la barra.

— ¡No te metas con el templo de Benidorm!

— Sí, sí. Eso, eso. El templo de Benidorm — soltó con tono jocoso.

Ni la música ni la clientela de la discoteca eran de su estilo. La gente era demasiado joven y la música era una mezcla de bachata, reguetón y *house*. Nada para él, aunque comprendía que para un crío de veinte años como Lukas tuviera su encanto.

— Gracias, Jorge — le dijo Eva y alzó su botella en el aire.

— Sí, eso, gracias — se le unió Lukas—. El domingo nos vemos.

Se despidió de ellos y, cuando iba a salir del establecimiento, descubrió que su hermana le hacía señas con los brazos.

«¿Esta también quiere que le pague algo? Joder, vaya familia».

Pero no, ella se limitó a tirarle un beso aéreo y a seguir bailando.

Bea le daba la espalda y no le había visto y él escurrió el bulto a toda prisa antes de que se percatase de su presencia. El portero le abrió la puerta y él se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

La temperatura en el exterior era muy agradable en comparación con el calor sofocante que hacía en el interior. Aspiró una bocanada de aire y se acercó a sus amigos, que le cogieron sus cervezas.

— Mi hermano me ha sableado dos tercios — comentó.

— Qué listo es — se rio Dani—. Se parece a ti. Tú le has sableado a Rafa su coche.

— De sablazo nada, además, mi trabajo me costó. Voy a estar toda la vida agradecido a ese *Full House*³. Y, por cierto, ¿la comida para cuándo? ¿Os parece bien mañana?

La noche en que jugaron al póker, Rafa no había tenido la suerte de su lado. No solo perdió su coche, también una comida en el Barranco, uno de los mejores restaurantes de arroces de Benidorm.

Este comenzó a cabecear con un gesto de derrota.

— Por mí, sí. ¿Tú puedes, Dani?

— Mañana tengo turno de noche, así que estoy libre.

Dani era recepcionista de un hotel en la playa de Levante.

— Perfecto, mañana a las dos y media en el Barranco, entonces. Yo reservo la mesa.

Después de un rato de silencio, Dani comenzó a hablar de la Subida Vertical al Gran Hotel Bali⁴. Ese año había participado en la categoría de amateur y había conseguido llegar hasta el mirador en siete minutos cincuenta segundos. Al año siguiente pensaba superar su marca. La carrera consistía en subir las cincuenta y dos plantas del edificio por las escaleras. Eran novecientos veinticuatro escalones y todo un desafío físico. Especialistas en carreras de rascacielos de todo el mundo acudían a participar cada año. Dani sabía que no podía ganar, pero le gustaba retarse a sí mismo.

Mientras le escuchaba hablar, Jorge no pudo evitar buscar a la chica de pelo corto. Quizá porque sus amigos habían insistido tanto o quizá porque aquella mujer sí era su tipo, se dedicó a mirarla durante un buen rato.

Era delgada, pero no en exceso, y tampoco era tan bajita como las palabras de Rafa le habían hecho creer. Tenía el pelo rubio muy cortito por detrás, aunque el resto le caía con gracia sobre las orejas y la ceja derecha.

Se giró brevemente y él pudo atisbar unos ojos oscuros muy expresivos, y una nariz recta con la punta algo levantada. Tenía la piel tan tersa como la de un melocotón maduro, al menos eso parecía desde la distancia. Y unos labios rosados y carnosos, pero sin ser exagerados.

Era guapa. No iba a negarlo.

Muy guapa.

«Campanilla», se dijo mentalmente, saboreando la palabra en su cabeza.

Sí, aquel apodo iba con su persona. Había algo en ella que la asemejaba al famoso personaje de Peter Pan. A lo mejor, su forma de gesticular o el

modo en el que sus ojos chispeaban revoltosos mientras hablaba con su amiga.

— Te dije que era tu tipo. — Rafa le dio un codazo que le devolvió a la realidad.

— Es una monada — intervino Dani— , aunque a mí me gusta más la otra.

— A ti te gustan todas — se chanceó Rafa de nuevo.

Jorge ignoró a ambos mientras seguía observándola de manera sesgada.

— Reconozco que es preciosa — admitió unos segundos después.

— ¡Lo sabía! — se rio Dani.

En ese instante, ella se giró y se le quedó mirando con el mismo interés que él mostraba. Jorge le regaló una sonrisa descarada al tiempo que elevaba su cerveza en el aire. Ella le siguió el rollo.

«Interesante».

Rafa soltó una risa.

— ¿Te atreverías a ir a hablar con ella?

— ¿Por qué no? — preguntó—. No he sido tímido en mi vida.

Y la chica era realmente de su estilo, añadió para sus adentros. Además, estaba soltero desde hacía mucho tiempo.

— ¿Crees que podría interesarle?

— Si no tiene pareja, fijo que sí — soltó con seguridad.

— ¡Qué chulito eres, Jordi Alba!

Jorge meneó la cabeza mientras le daba un trago a su cerveza. Echó un vistazo a la chica a través de las pestañas. Ella estaba de lado y solo podía ver su perfil. Un perfil de lo más atractivo. La recorrió con la vista, de nuevo. Su blusa blanca de tirantes dejaba sus torneados brazos al descubierto y los pantalones cortos, sus piernas delgadas pero fibrosas. No estaba muy morena, señal de que hacía poco tiempo que habría llegado a la playa.

Cuanto más la miraba, más le gustaba.

— Voy a ir — anunció. Y se puso en movimiento.

Campanilla y su amiga estaban a solo unos quince metros de distancia. Se pintó en la boca una sonrisa de las suyas, de esas que solían atraer toda la atención femenina. A su espalda, pudo escuchar las voces de sus amigos

soltando comentarios provocadores. Los ignoró y avanzó hasta que solo un paso le separó de ellas.

— Hola.

Capítulo 4

Juls

Se giró en cuanto escuchó su voz. Una voz cargada de matices, ronca y muy sexi. Quizá era así siempre o quizá la noche y el alcohol la habían transformado. No lo sabía, pero le resultó tremendamente atractiva.

Y el físico acompañaba.

Era bastante más alto que ella, por lo menos unos quince o veinte centímetros. Ancho de espaldas. Y guapo. Mentira; decir guapo era quedarse corta. Era un tío bueno, eso no lo podía negar. Tenía la piel muy bronceada y su pelo corto era castaño claro. Sus ojos, debajo de unas cejas bien delineadas sin ser demasiado estilizadas, presentaban una tonalidad similar a su cabello, una mezcla de miel y almendra. Tenía la nariz recta y una boca generosa. Y la sombra de una barba de tres días oscurecía su mentón.

Sin detenerse a pensar si estaba siendo demasiado descarada, sus ojos escrutadores descendieron por su torso.

Llevaba unos amplios pantalones blancos de lino y una camisa gris con los últimos botones desabrochados por los que asomaba su pecho musculoso carente de vello, sobre el que reposaba un colgante plateado.

Sí, era todo un espécimen del sexo masculino.

Muy apetitoso.

Y no se parecía en nada a Sergio.

Mejor.

Ahora solo faltaba que abriera la boca y dijera algo inteligente y no balbucease como solía ocurrir con muchos de los guaperas con los que se encontraba.

«Por favor, no balbucees», suplicó en silencio.

— ¿Has acabado ya con el examen? ¿Me subo la camisa? — dijo él con tono desafiante.

Vale, no era un balbuceo.

— ¿Te la subirías? — le retó.

— Depende de lo que pudiera ganar con ello. — Fingió mostrarse pensativo.

— ¿Una palmadita en la espalda?

— Si la palmadita fuera en otro sitio...

— ¿En qué sitio? Podemos discutirlo...

— ¿Aquí?

Pronunció aquellas dos sílabas con un ronroneo. Un ronroneo que le entró a Juls por los oídos y le bajó hasta la parte baja del estómago, provocándole un vuelco en él. ¡Joder!

— De momento, aquí. Quizá más adelante podamos discutirlo en otro sitio — le desafió. Ella también sabía jugar a ese juego.

— Estoy deseando que llegue ese más adelante...

— Perdonad, pero yo también estoy aquí — se inmiscuyó Mariu.

Juls giró la cara y la miró con sorpresa. Casi se había olvidado de ella. El *sex appeal* de aquel chico era tremendo.

— Perdona — murmuró él, y aunque se dirigía a su amiga, seguía mirándola a ella—. Me llamo Jorge.

— Yo soy Juls y ella es Mariu.

— ¿Juls?

— Bueno, me llamo Julia, pero todo el mundo me llama Juls.

Intercambiaron besos. Fueron rápidos y sin atisbo de coqueteo.

— Estos son Rafa y Dani — presentó a sus dos amigos que se habían acercado sin que ella se diese cuenta.

Hubo más besos y saludos.

— ¿De dónde sois? — inquirió el tal Dani, situándose al lado de Mariu.

Era delgado y alto. Tenía el pelo rubio y los ojos pardos y no estaba nada mal.

— De Madrid — repuso esta.

— Yo voy mucho por Madrid — continuó—. Tengo familia allí. ¿De qué parte?

— Yo vivo en Aluche y Juls vive cerca de Atocha.

— Yo estuve por Atocha hace unos meses en un curso — intervino Rafa — . Me hospedé en un hotel que hay allí. Hotel Rafael.

— Sí, lo conozco. Está cerca de mi casa — contestó Juls.

— ¿Estáis de vacaciones? — preguntó Dani.

— Sí, hemos llegado esta mañana — respondió Mariu.

— ¿Estáis en algún hotel?

— No. Mis padres tienen un apartamento en Poniente.

— La mejor playa. Mucho mejor que la de Levante — dijo el tal Rafa con una sonrisa.

Era más bajito que los otros dos y un poco más fornido, además de padecer una prematura alopecia. Y no era muy agraciado. Tenía la nariz excesivamente larga y los ojos demasiado juntos.

— Sí. Yo llevo viniendo aquí desde que era pequeña. Es la primera vez para Juls.

— ¿Es tu primera vez?

La pregunta la efectuó Jorge, que había permanecido silencioso. Su tono de voz sonaba muy normal, pero Juls, que estaba muy pendiente de él, creyó reconocer un ápice de picardía.

Se dio la vuelta para encararle y se encontró con sus taladrantes ojos almendrados rodeados de pestañas oscuras.

Que estaba interesado en ella era evidente.

— Sí. Es mi primera vez... — dejó caer con un tono similar al de él— , en Benidorm — añadió con una sonrisa irónica.

Vale, puede que ella también sintiera algo de interés.

Él se llevó la cerveza a la boca y la estudió sin pudor alguno de arriba abajo.

Ella le examinó con el mismo desparpajo. Llevaba una pulsera de cuero y acero y un grueso anillo de plata en el dedo corazón. Se fijó también en el colgante que asomaba por los bordes de su camisa. Era una plaquita redonda que parecía tener algo grabado en ella. Normalmente, no le agradaban mucho las joyas en los hombres, pero Juls tenía que reconocer que todos esos complementos que lucía acentuaban su masculinidad.

Vale, era guapo, interesante y sexi. Y no balbuceaba.

— ¿Y qué te parece? — le preguntó él.

— ¿Qué me parece?

De pronto, la mente se le había quedado en blanco y no tenía ni idea de qué estaba hablando.

— Benidorm.

— Ah, claro, eh, Benidorm. — Se sintió como una tonta al notar que se sonrojaba. Aquello no solía pasarle—. . Pues lo que he visto hasta ahora me gusta, aunque solo hemos estado en la playa y aquí.

— Necesitas un guía que te enseñe la zona.

— ¿Vosotros sois de aquí?

— Sí. Bueno, Dani ha nacido en Alicante, pero ha vivido aquí toda la vida.

Después de eso no se dijeron nada, se limitaron a lanzarse un par de miradas de reojo. Los demás parecían muy entretenidos hablando de todo un poco.

— ¿Dónde tienen tus padres el apartamento? — preguntaba el alopécico — . Quizá lo conozca.

— En el edificio Rocamarina. Está frente al centro de salud.

— Ah, sí. Ya sé dónde es. Trabajo muy cerca de allí.

— ¿A qué te dedicas?

— Soy agente inmobiliario. ¿Y tú?

— Soy psicóloga.

— Yo soy recepcionista en un hotel de Levante — intervino el tal Dani con avidez. Se notaba a las claras que quería tirarle la caña a Mariu.

— ¿En Levante? Recuerdo que cuando era pequeña mis padres me llevaban a un parque de atracciones pequeño que había por allí — dijo ella.

— ¡Festilandia! — exclamó él—. . Nosotros también íbamos cuando éramos unos críos. Es un clásico. Seguro que hemos coincidido — añadió con zalamería—. . Aunque no creo, a una chica tan guapa la recordaría.

Juls resopló para sus adentros. ¿Se podía ser más torpe? Sin embargo, Mariu parecía encantada. Aleteaba con las pestañas y solo le faltaba elevar un pie en el aire y mecerse a un lado y al otro.

— Creo que tu amiga y mi amigo están hechos el uno para el otro — le dijo Jorge, inclinándose para que nadie más pudiera escucharle.

— ¿Tú crees? — preguntó. Se llevó la cerveza a la boca y la vació de un último trago.

— Es indudable. ¿Quieres otra?

— No. He alcanzado mi límite. Mañana tengo que madrugar para trabajar.

— ¿Trabajar? — cuestionó él sorprendido—. Pensé que estabais de vacaciones.

— Bueno, algo así. Soy periodista y tengo que entregar unos artículos. En la práctica, puedo trabajar desde cualquier lado.

— Mi hermano pequeño está estudiando periodismo. Este año empieza segundo.

— Pues dile que se prepare porque las oportunidades laborales son bastante escasas.

No quería ser desagradable, pero las cosas no pintaban demasiado bien para los nuevos graduados.

— ¿Tú no trabajas como periodista?

— Lo hago, pero no exactamente donde habría deseado.

Él no dijo nada. Se limitó a darle un trago a su tercio. Luego, dejó la botella en el alféizar de la ventana, junto a la de ella.

Pese a que solo eran cinco, se habían creado dos grupos. De algún modo, Jorge y ella mantenían su conversación en voz baja, algo apartados de los otros tres, que seguían hablando de lugares comunes que habían visitado. El tal Rafa se limitaba a observar cómo su amigo le tiraba los tejos a Mariu.

— ¿Tu amiga está soltera? — le preguntó Jorge ahora.

— Sí.

— ¿Y tú?

— ¿Necesitas saberlo por algún motivo especial? — le lanzó con tono provocador.

— Es obvio, ¿no?

— ¿Y tú? ¿Tienes pareja?

— No la tengo. Pero no me has contestado.

Juls le sonrió. Sí, estaba soltera, pero hacía tan poco tiempo que todavía no se había acostumbrado a admitirlo en voz alta.

Iba a hacerlo, cuando se escuchó una voz chillona.

— ¡Jorge!

Jorge

¡Por Dios! ¡Ahora, no!

Un gemido lastimero estuvo a punto de escapar de su boca al escuchar su nombre pronunciado en ese tono demandante justo a unos metros a su espalda. Pestañeó antes de reaccionar a toda velocidad. Le pasó un brazo por encima de los hombros a Juls y bajó la cara para murmurarle al oído:

— Finge que eres mi novia. Será solo un momento. Por favor.

Ella no trató de apartarle, pero la sintió envararse bajo su contacto.

— ¡Estás aquí! ¡No lo sabía!

La aguda voz de Bea llena de complacencia se le introdujo hasta el tuétano. Soltando un juramento silencioso, se dio la vuelta y se encaró con ella, arrastrando a Juls tras de sí, que no opuso resistencia.

Bea se hallaba a solo un metro de distancia. Como era su costumbre, lucía un vestido de lo más sugerente, azul, ajustado y sin tirantes que ponía de manifiesto su generosa delantera. Sus ojos verdosos le recorrieron de arriba abajo con glotonería, como si fuera un helado y ella una niña ávida de dulce.

— ¡Qué genial que estés aquí! — continuó, ignorando por completo a Juls—. ¿Te tomas algo conmigo?

— No — respondió él con sequedad—. Estoy con mi novia. — Y para corroborar su aseveración, estrechó a la joven con firmeza contra su cuerpo de un modo posesivo.

Aquella última palabra pareció penetrar por fin en el cerebro de Bea, que entreabrió la boca con asombro. Terminó por dirigirle a Juls una ojeada llena de desdén.

— ¿Tu novia? ¿Desde cuándo? — inquirió de malos modos.

— Desde hace un tiempo.

— Y yo, ¿por qué no lo sabía?

Jorge endureció la mandíbula. Si le consentía tanto a Bea era solo porque era la amiga de su hermana.

— ¡Eh, Bea! — la llamó Erika que llegaba corriendo—. Creía que nos íbamos.

— ¡Pero no me has dicho que tu hermano estaba aquí!

— Porque no lo sabía — mintió su hermana y le lanzó una mirada de disculpa.

Jorge la tranquilizó con un gesto.

— ¿Tú sabías que tu hermano tenía novia?

Erika vaciló unos segundos antes de asentir con energía.

— Claro. Llevan saliendo un tiempo. — La mentira salió con facilidad de su boca. Y Jorge la felicitó en silencio.

— ¿Y tú la conoces?

— En persona, no.

— Perdonad que me inmiscuya — intervino Juls con suavidad—. Pero estoy presente. Si queréis saber algo de mí, estoy aquí mismo.

Jorge se rio y volvió a estrecharla con fuerza. Le gustaba aquella chica.

— Esta es Juls — la presentó.

— Hola, yo soy Erika, su hermana. Y esta es mi amiga Bea.

Hubo un intercambio de besos raro. No por parte de Erika, sino porque Bea no dejaba de mirar a Juls con un mohín desagradable.

— A decir verdad, nosotras ya nos íbamos — dijo Erika.

— ¡Espera! — llamó Bea y, luego, miró a Juls con todo el descaro del mundo y le preguntó— : ¿De dónde eres?

— De Madrid. ¿Y tú?

— Yo soy de aquí. Y conozco a los Alba de toda la vida. Soy como de la familia.

— Pues muy bien. Me alegro muchísimo — repuso Juls con sarcasmo.

Jorge ignoró la expresión de suficiencia que había en el rostro de Bea. Aun a riesgo de meter la pata, bajó la cara y le dio un beso en la sien a Juls, que giró la cara y se dejó besar.

La expresión de Bea se tornó tormentosa.

— ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? — escupió.

— Unos meses. Aunque es una relación a distancia las cosas funcionan muy bien — respondió él—. ¿Verdad, amor?

— Sí — repuso ella. Y acto seguido, deslizó el brazo por su espalda e introdujo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

A pesar de que era puro teatro, a Jorge le agradó la caricia.

Bea parecía a punto de estallar. Sus mejillas estaban rojas de indignación.

— Nos están esperando — insistió Erika, tirando de su brazo.

A regañadientes, se dejó arrastrar, pero sin quitarles la vista de encima.

— El domingo nos vemos, ¿no? — dijo cuando ya se habían alejado unos metros.

Jorge la ignoró. Se giró hacia Juls y fingió enterrar la cara en su cuello para besarla. Y se quedó en esa posición unos cuantos segundos, notando su cuerpo pegado al de él. No pudo evitar aspirar con fruición. Olía muy bien.

— Ya se ha ido — dijo Dani al cabo de unos instantes.

Jorge alzó la cara y se apartó un paso, lamentando tener que hacerlo. El abrazo había resultado ser muy placentero. Juls le miraba con las cejas arqueadas.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Mariu con el ceño fruncido.

Tanto ella como Dani y Rafa habían permanecido en silencio, siendo testigos mudos de la escenita.

— Eso ha sido mi acosadora particular. No me la puedo quitar de encima — respondió Jorge con un suspiro—. Y muchas gracias. Si no llegas a estar tú — se dirigió a Juls—, se habría quedado y me habría jodido la noche.

— ¿Esto te pasa con frecuencia? ¿Te acosan las mujeres? — inquirió ella con sorna.

— En plural, no. Me acosa esa mujer. La he rechazado en cientos de ocasiones, pero es muy insistente. Y tampoco quiero ser muy brusco, es la mejor amiga de mi hermana, pero joder...

— Es una pesada — intervino Rafa—. La última vez que nos la encontramos se colgó de su brazo y se quedó hasta la madrugada.

— ¿Eso significa que me debes una? — preguntó Juls.

— Puede ser — repuso él con tono provocador—. ¿Cómo quieres que te pague?

Ella fingió mostrarse pensativa y a él le pareció encantadora con la nariz arrugada y los ojos chispeantes. Sí, le gustaba aquella chica.

— Me lo voy a pensar.

— Hazlo. ¿De verdad que no quieres otra? — insistió, señalando su botella vacía.

— No. Tenemos que irnos, ¿verdad, Mariu?

Su amiga la miró con un puchero, pero la expresión en el rostro de Juls era inflexible y esta terminó por asentir.

Jorge estaba a punto de preguntarle si podían verse al día siguiente, cuando Dani se le adelantó.

— ¿Vais a bajar mañana a la playa?

La tal Mariu debía de haberle dado fuerte porque no solía ser tan directo. Su timidez era de sobra conocida.

— Sí, iremos por la tarde — respondió ella—. Solemos ponernos por donde el Massai.

— Pues genial porque nosotros también vamos a ir.

Jorge se quedó mirando a Juls que estaba muy silenciosa mientras escuchaba a su amiga hacer planes. Le hubiera gustado saber qué se le estaría pasando por la cabeza en ese momento, pero su expresión era bastante neutral.

— Entonces, ¿nos vemos mañana? — le preguntó, deseando ver algún signo en su cara que denotara interés.

Ella se giró y le miró con pretendida indiferencia.

— Si el destino quiere.

— El destino y yo somos muy buenos amigos — respondió él, encogiéndose de hombros—. Creo que el destino va a querer.

Juls le regaló una enigmática sonrisa.

Jorge se permitió el lujo de apoyar una de sus manos sobre su talle y apretarla contra su cuerpo. Ella se dejó hacer. Los dos besos que intercambiaron fueron muy diferentes a los que se habían dado en su presentación. Esa vez hubo un sensual roce de labios sobre las mejillas — de ambos— y una mirada cómplice.

Después de eso, las dos chicas se alejaron, bajando los escalones que llevaban al final de la calle.

— ¡Qué majas son! — exclamó Dani.

Jorge solo tenía ojos para el vaivén de las caderas de Juls. No era excesivo, era suave y cadencioso.

Y su nuca.

Sexi.

Antes de que ambas desaparecieran al girar la esquina, confirmó por enésima vez algo que ya sabía.

Sí, esa chica le gustaba.

Capítulo 5

Juls

El aloe vera tiene un gran poder hidratante, ya que el noventa y nueve por ciento de su composición es agua, a la vez que contiene mucopolisacáridos que retienen humedad en la piel.

Se quedó un buen rato mirando el cursor parpadeante detrás de la palabra *piel*.

— Es una mierda — murmuró al cabo de un rato.

Sin pensárselo dos veces, borró el párrafo que había escrito. El único párrafo en la última media hora. Una vez eliminado y con el folio en blanco de nuevo, echó una ojeada a la hora en la parte baja de la pantalla. Las once y media. Tenía media hora para enviar los dos artículos a su editora. Al menos, el otro ya lo había terminado.

Hizo crujir sus nudillos y volvió a posar las manos sobre el teclado con determinación.

El aloe vera, una planta repleta de enzimas, aminoácidos y antioxidantes.

No.

Así tampoco.

Seleccionó la frase y la eliminó.

Volvió a colocar los dedos.

Se cree que formó parte de los rituales de belleza de reinas como Cleopatra o Nefertiti.

— Esto podría valer para empezar, ¿no?

Tenía la barra inferior llena de pestañas de todo tipo, donde había estado consultando datos sobre el aloe vera. Tampoco era tan difícil coger algo de información de allí y de allá y hacer un amasijo de palabras recauchutadas de otras revistas que podrían servirle como artículo. De hecho, era eso lo

que le pedía su editora: cantidad y no calidad. Tenía que enviarle una media de treinta artículos al mes sobre los temas más diversos.

Pero ella quería ser original. No deseaba copiar. Quería escribir algo diferente.

«Cuando trabajes para una revista serás podrás explorar tu imaginación y tu creatividad, ahora concéntrate y vomita un artículo de mil palabras sobre el puñetero aloe vera antes de que se te haga tarde, boba», le dijo su conciencia como un eco.

La alarma de su móvil comenzó a sonar. Era el recordatorio que ella misma se había puesto que le avisaba de que solo le quedaban treinta minutos para la hora definitiva.

Gimió.

— Venga, Juls, escribe algo ya y deja de ser tan quisquillosa.

Las propiedades del aloe vera para mejorar nuestra salud.

Comenzó con brío aquella primera frase. Lo demás fue saliendo solo mientras echaba ojeadas a otras publicaciones. Iba transcribiendo la información con sus palabras, tratando de hacerlo con su propia voz, un poco irónica, para que el artículo no fuera más de lo mismo.

Eran las doce menos diez cuando puso punto final al texto. Mil treinta y dos palabras. Perfecto.

Se apresuró a releerlo y a guardarlo. Poco después, había enviado los dos artículos a Nuria, su editora en la revista *Life is Beautiful* ⁵.

Se echó hacia atrás y estiró los brazos hacia el techo, bostezando con exageración. Luego, le dio un trago a su café. Sacó la lengua asqueada al darse cuenta de que se le había quedado helado.

Estaba sentada en la terraza del apartamento que habitaban desde hacía dos días. Se encontraba muy cerca de la playa de Poniente — apenas a diez minutos a pie—, solo que sus vistas no eran las mejores; el balcón daba a las plazas de aparcamiento del edificio y a los tres rascacielos que había al otro lado de la calle. Los padres de Mariu compraron el piso de segunda mano hacía quince años y lo utilizaban todos los veranos. El resto del tiempo estaba vacío.

Ella llevaba dos años sin poder permitirse unas vacaciones en condiciones, desde que acabó la carrera y se independizó de sus padres. Si

bien ellos tenían dinero suficiente, lo último que quería era depender de su ayuda. Era ella la que se costeaba el piso que compartía con Sonsoles, primero lo hizo trabajando en la recepción de un gimnasio y, después, con el curro en la revista, si bien le pagaban una miseria. Imposible poder irse de vacaciones a la playa con su sueldo por lo que la oferta de Mariu fue como un regalo de los cielos. Ambas se conocían desde el instituto, pero en los últimos tiempos no se veían demasiado, la vida en la gran ciudad las mantenía a distancia. Por eso, su llamada telefónica hacía una semana la pilló tan de sorpresa. ¿Quince días en Benidorm? Sin dudarlo.

Además, apartarse de Madrid le iba a venir muy bien. Hacía solo un mes que había roto con Sergio y todo le recordaba a él: los parques, los restaurantes y bares cerca de su piso y hasta su propio apartamento donde habían pasado tantas noches juntos. El distanciamiento de todos aquellos lugares comunes era exactamente lo que necesitaba.

Como de costumbre, cuando Sergio acudía a su cabeza, se preguntó dónde estaría y si, por fin habría encontrado eso que andaba buscando y que no había podido hallar junto a ella. Era fotógrafo de naturaleza y era incapaz de echar raíces en ningún sitio. Solía viajar constantemente y no paraba de indagar, como si nada fuera lo suficientemente interesante. Siempre quería otra cosa. Juls, de algún modo, desde el principio de su relación, que duró cerca de dos años, siempre sintió que no era bastante para él.

Lo mejor para los dos fue que se separaran.

— Mierda — dijo en voz alta al darse cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Furiosa consigo misma, se los frotó y decidió no volver a perder ni un segundo más pensando en su ex.

Era mucho mejor dedicarse al chico de la noche anterior, se dijo.

Jorge era sexi, atractivo y muy seguro de sí mismo; tenía carisma, era divertido, y parecía interesado en tener algo con ella. Exactamente lo mismo que ella deseaba: una aventura superficial con un tío bueno.

Esperaba encontrarle en la playa y seguir adelante con el coqueteo.

Se levantó y se dirigió a la cocina con sigilo para no despertar a su amiga, que seguía durmiendo su resaca. Tiró el café viejo por la pila y se

preparó uno nuevo. Lo paladeó con placer mientras se asomaba por la ventana. La cocina daba a la parte trasera de la urbanización, a la piscina. No había mucha gente a esa hora a pesar de ser sábado — solo una madre con sus dos niños y una pareja joven— ; se notaba que estaban a finales de septiembre y que el grueso de los turistas se había marchado ya a sus ciudades de origen, devolviendo Benidorm a sus habitantes habituales.

Se abanicó con una mano. El sol brillaba alto en el firmamento y hacía mucho calor, además de la pesada humedad que flotaba en el ambiente. Las ganas de ponerse un bikini y bajar a la playa a darse un chapuzón la desbordaron.

Vació la taza de un trago y la dejó en el fregadero. Luego, con cierta indecisión, se dirigió al dormitorio de Mariu. ¿Debería despertarla antes de irse?

Asomó la cabeza por la puerta y la vio tendida bocabajo, con la cara cuasi aplastada por la almohada y roncando ligeramente.

Mejor no molestarla. Le dejaría una nota diciéndole que se marchaba.

Regresó a la cocina, se preparó un par de sándwiches y cogió una botella de agua. Metió la comida, la crema de protección solar, una toalla y algo de dinero en una bolsa. Decidió no llevarse el móvil.

Luego, se puso el bikini y una corta camisa blanca playera. Cogió unas gafas de sol y un sombrero de ala ancha, y así pertrechada, abandonó el apartamento.

El camino se le hizo pesado debido al potente sol que ardía sobre su coronilla. Por la cuesta que bajaba a la playa, se cruzó con una familia que la subía — el padre, la madre y tres niños pequeños— ; iban cargados como arrieros con sombrilla, sillas, colchoneta, flotadores, tabla de surf infantil, toallas y bolsas y Juls dio gracias al cielo por no tener que arrastrar con ella tanto artilingio.

Acomodó su toalla junto a la orilla y sonrió contenta. La brisa marina soplaba con suavidad haciendo la estancia más soportable. Se giró hacia el mar y suspiró con deleite. Este parecía un espejo bruñido, sin oleaje. No tardó en embadurnarse de crema y en irse directa al agua, que estaba espectacular; ni demasiado fría ni demasiado caliente. Braceó durante unos minutos, disfrutando de la tranquilidad que se respiraba allí antes de

regresar a la toalla. Se tiró sobre ella, echó un vistazo a su alrededor y comprobó que no había mucha gente. La noche anterior, Mariu les dijo a los chicos que bajarían a la playa sobre las cuatro y, según sus cálculos, serían las dos del mediodía, así que tenía por lo menos dos horas antes de que ellos llegaran, si es que se presentaban. También era posible que no hicieran acto de presencia. Le fastidiaría porque el tal Jorge le pareció de lo más interesante, pero no iba a llevarse un disgusto si no volvía a verle.

Mientras observaba a las pocas personas que tomaban el sol o se bañaban, se comió los sándwiches y se bebió la botella de agua. Después, se tumbó y se tapó la cara con su enorme sombrero. ¡Qué delicia!, pensó al sentir los rayos sobre la piel. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco, limitándose a sentir.

Debía de haberse quedado dormida porque soñó con el tipo de la noche anterior, al menos con su voz, cálida y ronca. Pestañeó unas cuantas veces para ahuyentar la somnolencia, pero la voz no desapareció, por el contrario, parecía muy real y cercana. Terminó por levantarse el ala del sombrero y echar un vistazo sesgado a su derecha.

A unos tres metros de distancia, había un grupo de personas, tres chicos y tres chicas. A Juls no le costó demasiado reconocerlos a casi todos. Los chicos eran los de la noche anterior: Jorge, Dani y Rafa. Una de las chicas era la hermana de Jorge, otra, la tal Bea, y la tercera, una desconocida, pelirroja y muy alta. Ellos estaban sentados sobre sus toallas y ellas permanecían de pie a su lado.

Algo sorprendida, observó al grupito durante un rato mientras escuchaba su conversación. Ni siquiera tuvo que aguzar el oído porque el viento traía las palabras hasta ella sin problema.

— Vamos a alquilar un pedal — decía la acosadora.

— Pues pasadlo bien — repuso Jorge con sequedad.

— ¿Por qué no vienes?

— Porque no me apetece.

— ¿Es que tienes algo mejor que hacer?

— Sí.

— ¿Qué?

— Estoy esperando a alguien.

— ¿A quién?

Juls puso los ojos en blanco al escuchar el tono de la chica. Era realmente cargante. Lo sorprendente era que Jorge tuviese tanta paciencia.

— Venga, Bea, vámonos — intervino la hermana de Jorge, que había estado hablando con Rafa.

— Espera.

— Es que se hace tarde y luego no hay pedales.

— ¡Espera un momento!

Juls consiguió echar un rápido vistazo a la cara de Jorge y vio que tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Semejaba estar a punto de perder la compostura. Se había levantado de su toalla y se encaraba con la chica, con los brazos cruzados sobre el torso.

— ¿Con quién habéis quedado? — inquirió la acosadora.

— Con su novia y su amiga — respondió Dani.

— ¿Con tu novia? ¿La chica de anoche?

— Sí — repuso Jorge con dureza — . Esa es mi novia, exactamente.

— Es que ayer no me quedó claro. ¿Lleváis mucho tiempo saliendo?

— ¡Qué pesada eres, tía! — arrojó Erika — . Vámonos, Laura — le dijo a la pelirroja — . Y esta que venga cuando quiera.

Jorge masculló algo y su hermana le lanzó una mirada de disculpa.

— ¿La relación a distancia funciona?

Juls estuvo a punto de soltar una risita. ¡Joder con la insistencia!

— Funciona perfectamente. Nos va muy bien. Como nos vemos poco, cuando nos encontramos lo hacemos con más ganas.

La acosadora puso cara de haber chupado un limón al escuchar aquello.

— ¿Desde cuándo?

— ¡Bea, joder! — llamó la hermana.

Juls tomó una decisión. No sabía por qué, pero le resultó muy lamentable ver a Jorge con los puños cerrados y la tensión deformando su atractivo semblante.

Una sonrisa maliciosa apareció en su boca cuando una idea comenzó a tomar forma dentro de ella. Tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada al imaginarse la cara de la tal Bea.

Sí, ya sabía lo que iba a hacer.

Se quitó el sombrero y se incorporó. Casi todos en el grupito estaban muy pendientes de la conversación, pero Rafa estaba mirando en su dirección y la reconoció. Antes de que pudiera decir algo y delatar su presencia, Juls se llevó el dedo índice a los labios y le conminó a guardar silencio. Él la obedeció.

Aguantando la risa que quería escapar de su boca, se puso en movimiento y se acercó a ellos.

— ¡Cariño! — exclamó, lanzándose sobre Jorge—. Ya estoy aquí.

Él la recibió con un ademán sorprendido que pronto se convirtió en uno de alivio. Había tardado apenas dos segundos en reconocerla y su reacción fue rápida. La abrazó por el talle y la subió en volandas.

— ¡Juls! — dijo y su voz estaba cargada de gozo, fingido o real, ella no supo cómo interpretarlo.

Su cuerpo estaba caliente y tenía músculos por todas partes. Músculos que se acoplaron a sus formas a la perfección. La diferencia de estaturas era notoria y casi de forma natural, las piernas de ella se enroscaron en torno a la cintura de él. Mientras se agarraba a sus hombros, pudo sentir sus ásperas manos posándose sobre sus muslos y un pequeño escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo.

Se miraron, ignorando a todos los demás. Los ojos de él estaban moteados de puntitos verdes, algo que se le había escapado la noche anterior y que el sol ponía de manifiesto. Como si se hubieran puesto de acuerdo, de improviso, la cabeza de él se elevó y la de ella se inclinó y sus labios se encontraron.

Fue un beso breve y desordenado, pero suficiente para poner en su sitio a la tal Bea, en apariencia.

Se escuchó un siseo indignado y, luego, las voces de despedida de las chicas.

— Ey... — murmuró él, apartando la cara unos centímetros, pero sin soltarla.

— Ey... — respondió ella con una sonrisa—. Ahora me debes dos.

Jorge se rio y la depositó en la arena, por fin. Lo hizo lentamente de modo que sus cuerpos se deslizaron con sensualidad uno contra otro. El

roce fue delicioso y Juls tuvo que fingir neutralidad, cuando en realidad hubiera deseado soltar un gemido placentero.

— ¿Dónde estabas? — inquirió él con curiosidad.

— Justo aquí al lado, tomando el sol. — Señaló su toalla—. Bueno, la verdad es que me había quedado dormida y vuestras voces me han despertado.

— ¿Estás sola? — preguntó Dani, irguiéndose y mirando en todas direcciones.

Llevaba un bañador rojo y una camiseta blanca. Era evidente que bajaba poco a la playa si se tenía en cuenta lo poco bronceado que estaba.

— Sí. He bajado sola. Mariu estaba durmiendo cuando me he ido.

— ¿Y no va a bajar?

Juls aguantó una sonrisa. La timidez del tal Dani era encantadora.

— Sí, supongo que sí bajará. ¿Qué hora es?

— Las cuatro menos diez — respondió Rafa después de echar una ojeada a su móvil.

Llevaba un bañador azul y él sí estaba morenito, aunque no tanto como su guapo amigo, que parecía vivir en la orilla del mar. Su oscura piel dorada por el sol destacaba de un modo considerable.

— Pues tiene que estar al llegar.

Jorge permanecía silencioso, observándola con interés.

Juls alzó la barbilla. No se avergonzaba en absoluto de su cuerpo en bikini. Quizá le faltaba altura, pero lo compensaba con sus curvas bien proporcionadas.

— ¿Has pasado muchas horas al sol? — preguntó él, señalando la marca que había dejado el tirante de su bikini—. Tienes que tener cuidado.

— Me he echado crema. Aunque creo que ya he tenido suficiente sol por hoy.

— ¿Me dejas que pague parte de mi deuda contigo? — expuso él con la voz risueña—. Te invito a un mojito ahí.

Señaló el bar que había al fondo del arenal, al otro lado de la carretera. Massai, ponía en el toldo blanco con letras negras.

Juls ladeó la cara y le miró de soslayo. Tenía el pelo alborotado y su sonrisa era resplandeciente. ¿Le salía un hoyuelo en la mejilla derecha? ¿O

era una sombra? No. Era hoyuelo.

¡Joder, era guapo de verdad!

Y divertido.

Y tenía un cuerpazo, pensó mientras le recorría con la vista de arriba abajo.

Solo llevaba un bañador negro con una raya blanca en el bajo y su musculoso torso quedaba al descubierto. Un tatuaje destacaba en su costado izquierdo, en blanco y negro, un buzo en un paisaje marino que iba desde sus costillas hasta su abdomen. Sexi.

Él se agachó para recoger sus chanclas y su camiseta, dando por sentado que ella iba a aceptar la invitación.

¿Un mojito, había dicho?

— Vale.

Capítulo 6

Jorge

A pesar de que ella no se había quitado las gafas de sol, sabía que le estaba observando. Era evidente en su postura y la inclinación de su cabeza.

Él no tenía gafas detrás de las que ocultarse, así que la examinó sin disimulo. A fin de cuentas, después de todo lo que había pasado entre ellos, cualquier tipo de reserva sobraba. Todavía le entraban ganas de romper a reír al recordar la escenita de hacía unos minutos. ¡Qué oportuna!

Ella tenía el pelo despeinado y aplastado en el flequillo, sin duda, debido a que había llevado puesto ese sombrero de paja, que ahora descansaba sobre su bolsa en la silla de al lado. Su boca era tal cual la recordaba de la noche anterior, algo curvada en los extremos, de sonrisa fácil y de labios suaves — el beso intercambiado se lo había confirmado— ; y la punta de su nariz estaba enrojecida por el sol. No había mucho más de ella que pudiera ver con esas enormes gafas negras.

— ¿Qué os pongo, chicos? — les preguntó la camarera.

— ¿Dos mojitos? — inquirió él, mirándola con una ceja arqueada. A lo mejor deseaba tomarse otra cosa.

Ella asintió.

La camarera se marchó, dejándolos solos de nuevo, si bien decir solos era ser muy optimista. El sitio estaba lleno de gente, algo muy habitual a aquella hora de la tarde. Habían podido hacerse con una de las pocas mesas libres a la sombra, en la terraza.

Corría una ligera brisa y las vistas al mar azulado eran muy relajantes.

Siguieron analizándose en silencio durante un buen rato. Tanto, que le dio tiempo a la camarera a traer los mojitos y dejarlos frente a ellos.

Ella se bajó las gafas y le contempló por encima de la montura, aunque contemplar era un verbo que se quedaba corto para el minucioso examen del que fue objeto.

— Buah — dejó escapar él sin cortarse, maravillado.

— ¿Buah?

— Tienes unos ojos espectaculares — explicó.

Ella volvió a resoplar y dirigió esos ojos espectaculares al techo al tiempo que se quitaba las gafas y las dejaba sobre la mesa.

— ¿Estás intentando ligar conmigo?

— Sí. ¿Estoy teniendo éxito?

Las comisuras de los femeninos labios se izaron.

— Bueno, pues si no lo admites, se acabó el espectáculo — murmuró él con retintín, poniéndose la camiseta.

Ella soltó una risa jovial que a Jorge le provocó un aleteo en el estómago.

¡Joder, sí que era guapa!

A su mente acudió el episodio que habían protagonizado en la playa. Su abrazo y el modo en que ella se había subido a su talle, aferrándose a él con las piernas. Y sintió el calor recorriéndole el cuerpo.

«Cuidado, Jorge, que te embalas», se amonestó.

En ese momento, una sombra se cernió sobre ellos.

— ¡Hola!

La voz cantarina y agradable resonó potente. Era la amiga de Juls. Llevaba un bikini rojo, un pareo de color negro y gris y una bolsa de playa de mimbre. Tenía el cabello recogido en una larga trenza que le caía sobre un hombro y sus gafas de sol eran bastante similares a las de Juls.

— Os he visto desde allí. — Señaló un punto indeterminado de la acera — . Te he traído tu móvil — le dijo a Juls. Y se lo tendió.

Esta lo cogió y lo dejó encima de la mesa.

— ¿Has dormido bastante?

— Como una muerta. Anoche bebí demasiado — gimió — . ¿Has bajado hace mucho?

— Hace un par de horas. He comido en la playa.

— ¿Quieres sentarte con nosotros? — ofreció Jorge, aunque, a decir verdad, le hubiera gustado seguir a solas con Juls, pero la educación se imponía.

— No — rechazó ella— . Quiero darme un buen chapuzón para despejarme. ¿Están tus amigos en la playa?

— Sí. Mira hacia allá. ¿Ves las barras de hacer ejercicio? Pues sigue en línea recta y junto a la orilla están ellos. Las toallas son azules.

— Genial. Pues me voy a acercar.

Jorge sonrió. En parte porque se volvía a quedar solo con Juls y en parte porque pensó en lo feliz que iba a estar Dani de que Mariu hubiera bajado a la playa.

— ¿Vas a volver? — le preguntó Mariu a Juls señalando la arena.

— No creo. Ya he tenido suficiente sol por hoy. Me quedo aquí a la sombrita.

— Vale, en un rato vendremos a molestaros — dijo su amiga bajándose las gafas y haciéndole un guiño que no pasó desapercibido para nadie.

— Anda, vete — resopló Juls— . ¡Borracha!

Mariu se rio y se alejó, agitando la mano.

Juls meneó la cabeza con diversión.

— ¿Os conocéis desde hace mucho?

— Desde el instituto, pero llevábamos un tiempo distanciadas y estas vacaciones nos están sentando muy bien. ¿Y tú y tus amigos?

— Desde el colegio.

— ¿Y tu acosadora? Ayer mencionó algo de que os conocéis de siempre.

Él gimió al tiempo que cerraba los ojos.

— Es así. Mi hermana y ella son amigas desde crías. Bea es hija de padres separados y siempre estaba por mi casa. Se puede decir que la he visto crecer.

— ¿Nunca habéis salido? Parece estar bastante interesada en ti.

— ¡Qué forma más sutil de decirlo! Está obsesionada conmigo, que no es lo mismo. Desde que cumplió los catorce años y se me ocurrió dedicarle una canción.

— Oh, entonces fuiste tú el que inició vuestra relación — se burló.

— Pfff, calla. Solo hice lo que mi hermana me pidió. Me estuvo persiguiendo hasta que le prometí que lo haría. Si llego a saber lo que iba a pasar después...

Recordaba el episodio como si hubiera sucedido el día anterior. Era Navidad y Erika se había puesto muy pesada insistiendo en que llamara a la radio y le dedicara la puñetera *Last Christmas* a Bea. Era su cumpleaños y aquella era su canción favorita. Además, le confesó, su amiga estaba supercolada por él. Por aquel entonces, él tenía dieciséis años y era bastante creído y que una de las amigas de su hermana estuviera pillada por él le pareció fantástico.

— ¿Lleva obsesionada contigo desde los catorce años? — inquirió con curiosidad.

— Intermitentemente. A veces, cuando tiene novio, se olvida de mí. Soy el hogar al que regresar cuando está soltera. Ahora lo está — farfulló. Luego le dio un trago a su mojito.

— Pobre Jorge — murmuró Juls sin un ápice de pena en la voz.

— Sí, pobre de mí — suspiró—. Tengo mucha paciencia. Por cierto, no te he dado las gracias por lo de antes. Has estado sublime. Pensé que eras periodista, pero esa actuación...

— Lo del teatro es por afición — dijo ella.

— Pues el mundo de la interpretación ha perdido mucho dejándote escapar.

Ella rompió a reír.

Jorge no pudo evitar recordar el beso que habían intercambiado. Ligero, breve y del todo innecesario y, sin embargo, sucedió. Entornó los párpados fijándose con interés en sus labios.

Quería repetir.

— Tu hermana y tú no os parecéis en nada — dijo ella, sacándole de su ensimismamiento.

— Yo me parezco a mi padre — repuso con un carraspeo—. Ella ha salido a mi madre. Tiene el mismo pelo rubio y sus ojos azules. Es alemana — aclaró.

— Oh, ¿entonces hablas alemán?

— *Jawohl!* ⁶.

— Venga va — protestó ella con el ceño fruncido.

— Sí, hablo alemán — dijo y continuó explicándole— : Aunque mi madre lleva viviendo en España muchos años, su español es bastante

deficiente. Solemos hablar en alemán con ella.

Anna Schwarz había criado a sus hijos en un ambiente bilingüe para que conocieran ambos idiomas. Hablaba español, pero prefería utilizar su lengua materna con ellos. Había llegado a Benidorm con unas amigas en los ochenta, para pasar unos días de vacaciones. Las vacaciones se convirtieron en algo más cuando conoció a Tony Alba, en uno de los restaurantes de la playa. Él era de Madrid, pero estaba trabajando ese verano allí de camarero. El flechazo entre ambos fue instantáneo. Solo cuatro meses después, se alquilaban un piso juntos en Benidorm, y dos meses más tarde, ella se quedaba embarazada de su hermano Diego.

— ¿Cómo sobrevive en España sin hablar español?

— Habla lo suficiente. Y no te creas, Benidorm es como un mundo aparte. Además de tener un microclima especial, somos un paraíso para los extranjeros y no solo para los ingleses. También te puedes encontrar tiendas y negocios alemanes, rusos y eslavos. Y noruegos. A solo unos kilómetros de aquí, en Alfaz del Pi, está una de las colonias noruegas más grandes del mundo. Yo vivo muy cerca.

— ¿No vives en Benidorm?

— Vivo en la playa del Albir, a siete kilómetros de aquí.

Ella asintió pensativa y alargó la mano para coger su vaso. Sorbió por la pajita.

— ¡Este mojito está de lujo! — exclamó y volvió a beber.

Él zambulló la vista sobre sus labios, que se fruncían en torno a la cañita negra. En realidad, no mostraban sensualidad alguna. Eran labios que bebían, nada más, pero Jorge los contempló con avidez.

— ¿Estás observando cómo chupo la pajita? ¿Como un perverso? — le cuestionó ella con los ojos entrecerrados.

— Para nada — rechazó con un gesto vago de la mano y se concentró en su mojito—. ¿Has trabajado hoy, entonces, como comentaste ayer? — Cambió de tema.

— Sí. Me he levantado temprano para escribir unos artículos que tenía pendientes de entregar. Ahora puedo relajarme un par de días. ¿Y tú, libras los fines de semana?

— No siempre, suelo trabajar. Esta mañana he currado.

— ¿Sí? Pues no lo parece. Tienes pinta de turista.

— ¿Y eso?

— Bronceado y con cara relajada como si solo te dedicaras a estar en la playa. ¿Qué haces para ganarte la vida aparte de pasar las horas muertas al sol?

Él se rio.

— Trabajo al aire libre. Soy instructor de buceo y también doy clases de windsurf.

— ¿Sí? Suena genial.

Jorge asintió. No le desagradaba lo que hacía, si bien no era su trabajo soñado. Había estudiado Ciencias del Mar y solo hacía un mes que había hecho una entrevista en el Oceanográfico de Valencia para trabajar en el departamento de Gestión de actividades de ocio y turismo relacionadas con el ambiente marino. Se hallaba a la espera de que le dieran una respuesta. Ese sí que sería un trabajo al que le gustaría dedicarse.

— Nunca he buceado — confesó ella al cabo de unos segundos.

— Cuando quieras probamos — repuso él—. Tengo siempre el equipo conmigo en mi coche. — Señaló hacia el lugar donde solía aparcar su Nissan Patrol, al lado del aparcamiento para motos, pero fue el Porsche plateado de Rafa el que le saludó—. Bueno, hoy no...

— ¿Ese es tu coche? — Había asombro en la pregunta.

— Una pasada, ¿verdad? — lo dijo sonriendo de medio lado.

Ella miró al coche y a él alternativamente.

— No te pega — dijo al fin.

— ¿No?

— Te imagino más con un coche más grande, un monovolumen o un todoterreno.

— Tienes toda la razón del mundo, soy un chico de 4x4. Este no es mío. Lo he ganado en una apuesta.

Ella le miró con la mandíbula desencajada.

— ¿Quién es el gilipollas que se apostó un coche así?

— A ver, me he ganado conducirlo durante una semana, nada más — explicó—. Luego se lo tengo que devolver a su dueño que es mi amigo Rafa.

— Ah, vale... ¿Y qué tal va?

— ¿Entiendes de coches?

— Entiendo que han de tener un volante y asientos. ¿Este cumple con los requisitos?

Él se rio. Juls era graciosa.

— Cumple con creces, si bien los asientos podrían ser más amplios. Pero va genial, aunque lo he conducido poco. Mañana tengo que ir al aeropuerto de Alicante y lo probaré por la autovía.

Al día siguiente regresaba su madre de Berlín donde había estado las últimas semanas visitando a su familia y él se había ofrecido para ir a buscarla y así poder sacarle rendimiento al Porsche. Conducir por la ciudad a cuarenta kilómetros por hora era bastante aburrido.

Ella tardó en replicar mientras jugueteaba con la pajita, removiendo el hielo picado de su mojito.

— Lo mínimo que puedes hacer, en pago por todas las deudas que tienes conmigo es darme una vuelta, ¿no? Creo que me lo merezco — repuso con voz suave y sugerente.

— ¿Ahora? — inquirió él con sorpresa.

— Ahora estoy llena de arena y sería una lástima que estropease la tapicería. En otro momento, quizá.

Jorge no iba a dejar escapar esa oportunidad.

— Esta noche, cuando vaya a recogerte para ir a cenar, ¿te parece?

Ella vaciló durante unos instantes al tiempo que le escrutaba a través de las pestañas.

— Espera.

Trasteó con su móvil, moviendo los dedos a toda velocidad. Solo unos segundos después, sonó un pitido. Debía de ser un wasap que ella leyó con una mueca divertida.

— Me parece genial — dijo al fin, levantando la vista y mirándole de frente.

Los labios de Jorge se distendieron en una sonrisa traviesa mientras la observaba taxativamente. Juls coqueteaba con él; era descarada, resuelta y muy muy directa. Sin pelos en la lengua. Tal y como le gustaban las mujeres.

Y no era fea precisamente.

— ¿Le has pedido permiso a tu amiga?

— ¿Cómo lo sabes?

— Es obvio — dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Te lo ha dado?

— Sí. Nos ha dado su bendición — dijo con teatralidad.

— ¿No le importa?

— Para nada. Somos ambas bastante independientes.

Él asintió. Se la quedó mirando durante un rato, calibrando su expresión. ¿Quería ella lo mismo que él? Él estaba siendo muy franco. No le gustaban los rodeos.

— ¿Te parece bien si te voy a buscar a las nueve y media?

— Me parece fantástico — aceptó ella al tiempo que se humedecía el labio inferior con coquetería.

Sí, quería lo mismo que él. Era innegable.

Capítulo 7

Juls

Cerró el ojo derecho y se aplicó una pequeña cantidad de sombra plateada sobre el párpado. Luego repitió la misma operación con el izquierdo y se la difuminó hasta que apenas quedó un trazo de ella. No le agradaba el maquillaje demasiado exagerado.

Después, dio un paso atrás y se observó en el espejo con ojo crítico.

El vestido verde de tirantes no era demasiado corto y tampoco muy largo. La falda le llegaba justo un par de dedos por encima de las rodillas y el corpiño ajustado se amoldaba a la curva de sus senos a la perfección.

Completaban el modelito unos pendientes largos y una gargantilla de plata.

Y no llevaba nada de colorete. Solo la sombra de ojos y brillo transparente en los labios.

Ah, y sus mechones rubios alborotados.

Lista.

A su espalda, escuchó que Mariu tarareaba la canción que salía del móvil que llevaba en la mano.

— Ayyy, ponla desde el principio — gritó al reconocerla—. ¡Me encanta!

Mariu la obedeció. Se acercó a ella y ambas comenzaron a ondular las caderas al ritmo de la música.

— Querría sujetarte las mañanas. Hacer malabarismos con tu voz y con mi voz... — cantaron al unísono.

Juls disfrutó con El Kanka y su *Querría* mientras se balanceaba con los brazos elevados. Mariu seguía la letra con la misma pasión que ella.

Era una puñetera maravilla.

— Si yo pudiera... — murmuró.

— Si me dejaras... — la secundó Mariu.

Se miraron brevemente a los ojos y se sonrieron.

De pronto, Juls se dio cuenta del atuendo de su amiga y se interrumpió, echándose hacia atrás.

— ¿Y esto?

— ¿Esto? ¿Qué?

— ¡Vas vestida para matar!

— Y tú también.

— ¡Pero yo he quedado con Jorge!

— Yo también he quedado — repuso Mariu muy digna, ahuecándose la larga melena.

Llevaba un vestido negro ajustado y un largo collar negro y plateado.

— ¡¿Con quién?!

— Con Rafa.

— ¿Rafa? — exclamó Juls con sorpresa—. Pensé que te gustaba Dani.

— Y me gusta, pero esta noche trabaja y yo paso de quedarme aquí en casa mientras tú te vas por ahí de cachondeo, así que le dije a Rafa que saliéramos y aceptó.

— Ahora me siento mal por haber quedado con Jorge — suspiró.

— ¡No, mujer! Antes de salir de Madrid acordamos que si alguna pillaba cacho la otra se retiraría educadamente.

— Ya, pero...

— Pero nada. Con sinceridad, si Dani hubiese estado libre te habría dejado tirada yo a ti — dijo con un encogimiento de hombros.

Juls soltó una risita. Adoraba a Mariu y su refrescante sinceridad.

— Lo tendré en cuenta. Por cierto, ¿qué tal estoy? — Hizo un giro de trescientos sesenta grados.

— Espectacular. ¿Y yo?

— Cañón.

Se sonrieron de un modo tontorrón.

— Pon la canción otra vez — dijo Juls—, que nos la estamos perdiendo.

— Vale.

Pero no pudo hacerlo porque el móvil de Juls comenzó a sonar dentro de su bolso, que estaba sobre la repisa del lavabo. Lo sacó con rapidez y su

cara se ensombreció al ver el nombre que aparecía en pantalla.

— ¿Qué pasa? — inquirió Mariu con el ceño fruncido.

— Es Sergio.

No le gustó nada de nada cómo se escuchó su voz, sin aliento y algo herida.

Rechazó la llamada.

— ¿Es la primera vez que te llama desde que cortasteis?

Tragó saliva mientras se quedaba absorta mirando el móvil.

— Sí, es la primera vez.

— Quizá sea algo importante...

A Juls se le escapó una risa amarga mientras guardaba el teléfono.

— Importante para él en todo caso. — Se detuvo y agitó la cabeza, tratando de sacar a su ex de su mente—. Jamás se preocupó mucho por mí, la verdad. En el mundo de Sergio solo existe una persona: Sergio. No creo que eso haya cambiado en las últimas cuatro semanas. Es mejor que no tengamos ningún tipo de contacto. — Hizo una pausa y suspiró con fatiga—. No sabes las cosas tan desagradables que nos dijimos cuando rompimos. No quiero saber nada de él.

Mariu guardó silencio. Finalmente, apoyó una mano sobre el hombro desnudo de Juls y se lo presionó.

— ¿Estás segura de que no quieres saber nada de él? Aunque nunca lo hablamos, pareces muy dolida y tengo la impresión de que no le has olvidado.

Si era franca consigo misma, Mariu tenía razón. Tan solo hacía un mes que Sergio y ella habían roto y todavía no le había borrado de su memoria. Eso era cierto. Pero también era verdad que no pensaba desperdiciar sus primeras vacaciones en mucho tiempo hostigada por su recuerdo. De ninguna manera.

— Sergio es agua pasada — dijo al fin con determinación, sin saber si quería convencer a su amiga o a sí misma. Terminó por clavar sus ojos en los de Mariu que la miraba con atención—. Estamos de vacaciones y he quedado con un tío impresionante que va a venir a buscarme en un coche deportivo. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Los labios de Mariu se curvaron hacia arriba hasta que su bonito rostro se iluminó con una enorme sonrisa.

— ¿Una amiga que te preste sus oídos cuando quieras poner verde a tu ex? — propuso.

Juls le devolvió la sonrisa.

— No sé cómo hemos podido estar tanto tiempo distanciadas. Te echaba de menos.

— Y yo a ti.

En ese instante, el estridente sonido del timbre del portero automático las sobresaltó.

— ¿Ya? — Mariu miró la hora en la pantalla de su móvil—. Tiene que ser el tuyo, porque yo he quedado en media hora.

Juls atravesó el pasillo y se dirigió al telefonillo con paso firme.

— ¿Sí?

— Soy Jorge. — La voz llegó hasta ella algo distorsionada.

— Ya bajo.

Colgó el aparato en su soporte y se dio la vuelta para mirarse al espejo que había en la entrada. Una expresión aprobadora apareció en su semblante. Después, regresó al baño a buscar su bolso.

— No hagas nada que yo no haría — le dijo su amiga con picardía.

Juls le guiñó un ojo.

— ¿Llevas condones?

La pregunta llegó de un modo inesperado, aunque no la pilló del todo de sorpresa. Mariu era así. Juls agitó su bolso en el aire. Sí, llevaba preservativos. Siempre lo hacía. Era bastante previsora y no dejaba nada al azar ni en manos de otra persona. No tenía pensado acostarse con Jorge esa noche; solo tenía ganas de una cena interesante, una buena conversación y algo de coqueteo, nada más, pero quién sabía dónde podía desembocar todo aquello. A pesar de que el sexo no entraba en sus planes, Jorge era muy atractivo y quizá le hiciera cambiar de idea.

«Y así te olvidas de Sergio por completo», se dijo.

— Pasadlo bien — exclamó Mariu cuando estaba a punto de abandonar la vivienda.

— Vosotros también — repuso.

Bajó los escalones de las dos plantas que la separaban del portal con agilidad. Llevaba unas sandalias planas, y aunque eso le robaba la ventaja de la altura — ya se había percatado de que Jorge alcanzaba el metro ochenta y cinco con facilidad— , se sentía más cómoda con ese calzado.

Él la estaba esperando junto a la puerta. Había estacionado el fabuloso coche frente a la entrada del garaje de la urbanización y puesto las luces de emergencia. Llevaba un desgastado pantalón vaquero, una camisa de lino tostada y zapatillas deportivas blancas. Y no se había molestado en afeitarse esa sombra que le oscurecía el mentón.

A Juls le gustó lo que vio.

A él también debió de agraderle su aspecto porque frunció los labios y silbó con admiración cuando ella se plantó a su lado.

— Estás guapa. ¿Lo has hecho por mí? — inquirió con tono provocador.

— En realidad lo he hecho por el coche. Se lo merece.

— Mujeres... — protestó guasón— . Qué volubles sois. Yo sí me he arreglado por ti.

— No estás mal.

— ¡Qué poco entusiasmo! — La contempló con una ceja arqueada mientras le abría la puerta del pasajero— . Me voy a ofender.

Ella se rio. Se sentía a gusto con su desenfado.

Aunque el Porsche era bastante bajo, como todos los deportivos, y le costó entrar debido a la estrechez de su falda, una vez que se hubo acomodado en el asiento de cuero negro, se dio cuenta de lo comfortable que resultaba.

Observó a través del parabrisas cómo Jorge daba la vuelta al vehículo para dirigirse a la puerta del conductor y no pudo evitar examinarle con interés. Aquella ropa informal le sentaba bien, y con el pelo alborotado y esa barbita de tres días que le cubría la parte inferior de la cara resultaba un maravilloso espectáculo. Si seguía siendo tan encantador como hasta ese momento quizá sí necesitara hacer uso de los preservativos, se dijo cuando una ola ardiente la recorrió de arriba abajo.

— He reservado mesa en un restaurante que hay aquí cerca, pero todavía tenemos media hora así que voy a aprovechar y a llevarte a dar esa vuelta que querías — dijo él, ajustándose el cinturón.

Casi había anochecido del todo y la luz del ocaso teñía el ambiente de rojizas sombras tenues. Los faros se encendieron en cuanto Jorge arrancó.

Juls sintió cómo la adrenalina viajaba por sus venas cuando escuchó el sonido del potente motor y sintió las vibraciones por todo su cuerpo.

— ¿Preparada? — preguntó él, pisando el acelerador con una sonrisa desvergonzada.

— ¿Vas a ir en plan Fernando Alonso por la ciudad? — soltó con alarma.

— No vamos a ir por la ciudad. Vamos a la carretera. Y yo estoy más morenito. Me parezco más a Lewis Hamilton, nena — le lanzó con un guiño exagerado.

El coche se alejó de la acera y, pronto, abandonaron la calle en la que se encontraba el edificio y se internaron en otra no tan estrecha. No había mucha gente. Solo se cruzaron con unos cuantos chicos jóvenes que caminaban por la acera, sin duda camino de la playa.

A pesar de que él conducía con velocidad moderada, Juls estaba excitada. Lo notaba en el encogimiento de su estómago y la humedad de las palmas de sus manos. No sabía muy bien si era porque estaba a solas con un extraño camino de lo desconocido en un coche espectacular o porque ese extraño le interesaba. Lo averiguaría a lo largo de la noche, se dijo.

Solo unos minutos después, alcanzaron una rotonda y el coche se detuvo delante de una señal de ceda el paso.

— Aquí estamos — Señaló él la amplia carretera que se abría al otro lado de la circunvalación—. Este es un vial que hicieron hace unos años que une algunos pueblos que hay por aquí: Finestrat y La Nucía. También lleva a Terra Mítica. ¿Has oído hablar de Terra Mítica?

— ¿El parque de atracciones?

— Sí. Está a un par de kilómetros.

— ¿Y qué tiene de especial esta carretera?

— Que apenas hay tráfico, que los carriles son anchos y que lleva a la autopista. Allí podemos probar el Porsche — dijo al tiempo que la contemplaba con los ojos brillantes y una sonrisa ladeada.

El corazón de Juls dio un vuelco en su pecho. Jorge era realmente atractivo. Mucho. Ahora solo esperaba que no fuera un loco del volante.

El coche arrancó con un suave tirón y, después de rodear la rotonda, se internó en la bien iluminada carretera que ascendía en pendiente y que, como él había dicho, estaba desierta. Altas palmeras se erguían en la mediana que separaba los carriles.

— ¿Música? — preguntó él de pronto mientras abría las ventanillas y dejaba que la brisa vespertina entrara en el coche.

— Claro.

Él encendió la radio. El visor señaló que tenía sintonizada Kiss FM. Sonaba un antiguo tema de Madonna del cual ella no recordaba el título.

— ¿La dejo? — inquirió él.

— Por mí, perfecto. Me gusta.

— Genial. Yo también soy muy *ochenter* .

Juls no tuvo tiempo de replicar porque él aceleró y el viento le arremolinó el cabello, sorprendiéndola e impidiéndole hablar.

Casi por instinto, se agarró con las dos manos al borde del asiento. El cuero le resultó cálido bajo la palma de las manos. Le observó de reojo. Su perfil mostraba a las claras que se estaba divirtiendo y disfrutaba de la conducción.

No tardaron en alcanzar otra rotonda y él frenó para atravesarla, pero volvió a acelerar en cuanto la dejaron atrás. La operación volvió a repetirse unos kilómetros más adelante. Aparentemente, esa carretera estaba llena de amplias glorietas. De vez en cuando, se cruzaban con algún que otro vehículo que circulaba en dirección contraria, pero apenas había tráfico. La oscuridad se cernía sobre el paisaje cubriéndolo de negro, negrura que los potentes faros del Porsche se empeñaban en hacer desaparecer.

Llegaron a una nueva rotonda — la cuarta si Juls no había contado mal — , adornada con un círculo blanco semejante a un platillo volante sostenido por unas altas barras de hierro. Jorge, en lugar de atravesarla, la rodeó y puso el intermitente, dirigiéndose hacia la rampa que conducía a la autopista. Solo unos segundos más tarde se encontraban frente al peaje. Detuvo el coche junto a una de las máquinas y cogió un ticket.

— Pensaba que teníamos una reserva para dentro de media hora — murmuró ella.

— Y llegaremos a tiempo, no te preocupes. Vamos a dejar que el coche vuele.

Ella le lanzó una rápida mirada agitada, pero no dijo nada.

La canción cambió y los altavoces escupieron *Message in a bottle* de Police. Juls comenzó a tararearla, quizá para rebajar algo los nervios que se apoderaron de ella después de la última frase que él había pronunciado.

— ¿Te gusta Police? — le preguntó él.

— Sí — asintió.

Félix, su hermano mayor, era el que había educado su gusto musical. Dado que le sacaba diez años, Juls se había criado escuchando canciones de lo más variopinto.

Jorge subió el volumen y la voz de Sting llenó el interior de la cabina, envolviéndolos. Después, tomó la desviación hacia Valencia. Y entonces, una vez que hubieron alcanzado la autopista, el coche sí que pareció volar sobre el asfalto. Jorge se situó en el carril izquierdo y adelantó a todos los demás vehículos que circulaban por la carretera.

— ¿Vas bien? — le preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música. Su entusiasmo resonó potente en aquellos dos monosílabos.

— Sí — repuso ella casi sin aliento.

Él emitió una risa ronca mientras cambiaba de marcha con un gesto vibrante y seguro.

Juls miró el cuentakilómetros con nerviosismo y se percató de que acababan de alcanzar los ciento cuarenta kilómetros por hora, no obstante, la velocidad parecía ser muy superior debido al viento que entraba a través de las ventanillas.

— No estoy loco — exclamó él de repente.

— ¿Cómo?

— Es cierto que estoy sobrepasando el límite de velocidad, pero no demasiado. No te preocupes, que no voy a pisarle más.

— Estoy bien — le aseguró.

Echó un vistazo a su derecha. Los arbustos que había plantados en el arcén pasaban raudos frente a sus ojos. Las sombras de la noche impedían ver el mar, pero las luces de los altos rascacielos de Benidorm eran plenamente visibles a lo lejos.

No había mentido al decir que estaba bien. Lo estaba. La emoción de la conducción le recorría las venas y hacía que una delirante exaltación se le concentrara en el pecho. Nunca se había tenido por una fanática de la velocidad, pero debía de serlo.

Bruce Springsteen llegó para sustituir a Sting y Jorge dejó escapar una exclamación mientras golpeaba el volante con entusiasmo con la mano izquierda antes de comenzar a cantar.

Juls volvió a estudiarle, fascinada por su mímica y su forma de comportarse. Todo en él parecía gritar libertad y espontaneidad. Irradiaba una especie de caos contenido que le resultaba muy atrayente.

Él ladeó la cara, como si se hubiese percatado de que ella le estudiaba, y le dirigió una sonrisa inmensa.

Una sonrisa preciosa.

— Voy a coger la siguiente salida. Ha sido corto pero intenso, ¿no?

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa casi sin ser consciente de que lo hacía.

No tardaron en abandonar la autopista, tal y como él había dicho. Unos segundos después, el Porsche se detuvo junto a las máquinas del peaje y Jorge pagó con su tarjeta de crédito.

A una velocidad mucho más moderada, se incorporaron al tráfico que rodaba por la carretera — que era bastante fluido—, hasta que alcanzaron una rotonda en la que destacaban las oscuras letras de BENIDORM justo delante de una fuente iluminada. Al fondo, los altos edificios de la ciudad se recortaban contra el cielo oscuro.

A Juls se le quedó grabada esa curiosa imagen en las retinas. Había viajado con frecuencia por España y estado en muchos sitios, pero Benidorm tenía algo diferente, era cosmopolita y muy moderno. Parecía irreal, como un oasis en medio del desierto con sus edificios excesivamente altos a la orilla del mar.

El vehículo se adentró en las calles de la ciudad, muy concurridas a esa hora. La zona que atravesaban tenía un aspecto muy diferente a la zona donde se encontraba el apartamento de los padres de Mariu. Había más locales, más comercios abiertos — incluso a esa hora de la noche— y muchos restaurantes. Bullía de actividad.

— Vamos a llegar justo a tiempo — murmuró él.

Ella miró el reloj en el salpicadero y vio que eran las diez menos diez. Apenas llevaban veinte minutos montados en el coche, sin embargo, la experiencia había resultado tan vívida que parecía que llevasen juntos unas cuantas horas. Se giró en el asiento y se encontró con la mirada directa de él que, en lugar de estar pendiente de la carretera, la miraba a ella con diversión.

— ¿Y bien? ¿Ha merecido la pena ponerse tan guapa para este coche estupendo? — continuó.

— Sí — respondió jocosa—. El chaval se ha portado. Y tú tampoco lo has hecho del todo mal.

— Tienes razón, todo el mérito es del coche — resopló—. Yo solo he sujetado el volante, cambiado de marchas, controlado el embrague, el freno y el acelerador y he puesto los intermitentes en el momento adecuado... Nimiedades.

— Tú lo has dicho. Nimiedades. Me has leído el pensamiento.

Él se rio.

Ella volvió la vista de nuevo hacia el exterior, fijándola sobre las luces de los locales que iban dejando atrás.

— ¿Te gusta Benidorm? — le preguntó él.

— Me parece fascinante. Creo que nunca había visto una ciudad como esta. No parece real.

— La llaman la Manhattan del Mediterráneo. Es evidente por qué.

Ella alzó la vista hacia los edificios que bordeaban la carretera por la que circulaban. Apenas podía distinguir sus contornos contra el negro cielo, pero sus ventanas iluminadas daban fe de sus impactantes alturas.

— Sí. No me extraña.

Hubo un silencio solo interrumpido por una nueva canción que a ella no le sonaba. Sorprendentemente, Jorge también la tarareó. Parecía conocerlas todas.

— Hemos llegado al restaurante — dijo él al cabo de un minuto—. Es ese de ahí. — Señaló una construcción de una planta iluminada en tonalidades azules, parcialmente oculta por unos setos, a unos cincuenta metros de distancia.

Juls recorrió el lugar con la vista. Le sorprendió que el ambiente pareciese tan romántico.

La suerte los sonreía porque había un hueco en la acera justo frente a la entrada y Jorge estacionó el coche sin tener que hacer demasiadas maniobras.

— Espero que te guste — continuo él—. No está en primera línea y las vistas no son gran cosa, pero el sitio es muy agradable y se come muy bien. Si quieres, después de cenar, podemos dar un paseo por la playa. Como veas.

Juls asintió. A pesar de que su tono de voz era práctico y no mostraba ni un ápice de flirteo, a ella le sorprendió el ofrecimiento.

¿Un restaurante coqueto y un paseo nocturno por la playa?

Aquella velada estaba resultando ser más íntima de lo que había esperado.

Jorge

La cena estaba siendo un éxito. Era algo con lo que había contado. Había estado varias veces en La Falúa y sabía que el ambiente era excelente y que la comida estaría a la altura. Con lo que no había contado, aunque sí esperado, era con que la conversación y la compañía fuesen tan perfectas.

Juls era encantadora y divertida. Y, a pesar de su menudo aspecto, comía con apetito y entusiasmo, disfrutando de los platos que habían decidido compartir. Ya habían dado buena cuenta de un tartar de atún rojo y un *carpaccio* de solomillo y ahora estaban saboreando unas gambas rojas y una ensalada de perdiz en escabeche, platos que acompañaban con sendas copas de vino tinto.

Estaban sentados en la terraza exterior, aislados de la calle gracias al jardín que rodeaba el restaurante y a los setos que lo separaban de la acera. Corría una agradable brisa que traía hasta ellos el perfume de las flores que decoraban el pequeño vergel.

Hasta el momento, la conversación había versado sobre temas muy generales. Hablaron de películas que habían visto y de lugares comunes que habían visitado. Él le contó cómo había conocido a Rafa y a Dani, mientras

que ella le habló de su amistad con Mariu. Ambos se rieron cuando salió el tema de que aquella noche Mariu y Rafa habían salido juntos.

— Si te soy sincero, pensaba que a tu amiga le iba más mi amigo Dani.

— Y es así, pero tu amigo hoy tenía el turno de noche, por lo que he podido entender, y Mariu quería salir.

— Ahhh, con que eso es lo que ha pasado — dijo con soniquete— . Rafa no me ha contado esa versión. Más o menos me ha dado a entender que tenía una cita.

— Pues espero que no se ilusione demasiado porque el interés de Mariu está en otro sitio.

— Ya son mayorcitos, que lo resuelvan ellos.

Ella asintió mientras pinchaba unos cuantos canónigos. Se quedó callada con el tenedor suspendido en el aire mientras le estudiaba con atención.

— Dilo — instó él— ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

Ella se llevó el tenedor a la boca, masticó y tragó antes de contestar.

— Te conoces todo el repertorio de Kiss FM — dijo al fin con las cejas arqueadas— . No aparentas más de veintiséis o veintisiete años, pero debo de estar equivocada.

Él se rio.

— Has acertado. Tengo veintiséis. La verdad es que la culpa de que me guste la música de los ochenta es de mis padres — repuso con una sonrisa de oreja a oreja— . Desde pequeño he tenido que escuchar esas canciones. Cuando éramos unos críos, mi padre construyó una especie de escenario de madera en el jardín para que hiciésemos actuaciones. Se suponía que era solo para mí y mis hermanos, pero al final era él el que más lo usaba, con absoluto entusiasmo — le contó, poniendo los ojos en blanco— . Y sigue igual. Los domingos solemos hacer unas fiestecitas bastante intensas en su casa.

— ¿En serio?

— Sí. Es un friki. Mi padre es de Madrid y vivió toda la movida madrileña de los ochenta. Sigue anclado en ella, al menos musicalmente hablando.

— ¿Y cómo es que terminó en Benidorm? — inquirió ella con curiosidad.

— Se vino un verano a trabajar de camarero y conoció a mi madre que estaba de vacaciones. Y surgió algo entre ellos. Una cosa llevó a la otra y ninguno volvió a su casa. Se quedaron aquí y se fueron a vivir juntos. El amor es lo que tiene — resumió burlón.

— Qué romántico — murmuró ella con una sonrisa.

— Sí, eso y que mi madre se quedó embarazada de mi hermano mayor — se rio con sorna—. Eso los unió todavía más.

— ¿Tienes muchos hermanos?

— Somos cuatro. Mi hermano Diego es el mayor. Me saca un año. Luego estoy yo, después viene Erika, que tiene dos años menos que yo, y por último está Lukas, el pequeño, que tiene veinte.

— Yo tengo dos hermanos más mayores. Rodrigo, que me saca quince años. Y Félix, que me saca diez.

— ¿Qué fuiste? ¿Un accidente?

— Mis padres dicen que fueron a buscarme porque querían una niña a toda costa, pero en alguna ocasión se le ha escapado a mi padre que fui un simple error de cálculo — dijo con un encogimiento de hombros—. Lo tengo asumido.

— Igual que mi hermano Lukas — repuso él—. Nosotros nos burlamos de él siempre y le llamamos *el indeseado*.

— ¡Qué crueles!

— Lo soporta con filosofía. Ya nos conoce. Él nos llama cosas peores, no sientas lástima.

Siguieron hablando un rato sobre sus respectivas familias, haciéndose reír mutuamente con anécdotas de lo más estrafalarias. Jorge le habló del día en que, con tres años, tiró todos los relojes de la familia al retrete. La historia provocó que los ojos de Juls se abriesen como platos y soltara una exclamación divertida. También le habló del día en que decidió que su hermana estaría mucho más guapa con el pelo corto, como el de él, y se lo cortó.

— ¿Cuántos años tenías? — inquirió ella con una risa.

— Siete. No me lo tengas en cuenta — respondió—. Me gustaban las chicas con el pelo corto, ya ves. Bueno, por aquel entonces, y ahora — añadió con tono provocador clavando la mirada en su corte estilo *pixie*.

Ella resopló con ironía. Sin embargo, su actitud desapasionada quedó desmentida por el rubor que cubrió sus mejillas.

A Jorge le gustó saber que podía despertar aquella reacción en ella.

— ¿Y qué hicieron tus padres cuando lo descubrieron? — continuó ella tras unos segundos.

— Mi madre me rapó la cabeza — confesó—. Por aquel entonces yo estaba muy orgulloso de mi pelo ondulado y sufrí mucho — exageró.

— ¡Que fuerte! ¡Joder con tu madre!

— Es alemana — dijo como si aquello lo explicase todo.

Y lo hacía, de hecho. Anna Schwarz, a pesar de su aspecto dulce y su silenciosa personalidad, era una mujer de armas tomar con un carácter teutónico y cuadriculado. Su padre decía muchas veces que tenía dos veces más cojones que él.

Juls no tardó en compensarle relatándole cómo su hermano Rodrigo descubrió que no se podía echar detergente de fregar los platos al lavavajillas. La espuma estuvo a punto de inundar la casa entera. También le habló del día en que su hermano Félix estrelló el coche nuevo de su padre contra un árbol después de haberlo cogido sin permiso. A pesar de la diferencia de edad con sus hermanos, hablaba de ellos con un gran afecto, como si estuviesen muy unidos.

— Tú eras una niña buena, entonces. ¿Solo tus hermanos hacían travesuras?

— La verdad es que sí. Era muy buena y no hacía nada malo. Ni una sola trastada — dijo con fingida inocencia.

— ¿Por qué será que no te creo? Tienes pinta de diablillo.

En realidad, era más bien pinta de duendecillo. *Campanilla*. Se mordió los labios para no decirlo en voz alta.

En ese instante, el camarero se acercó para retirarles los platos y preguntarles si iban a querer algo de postre.

Juls frunció el ceño, indecisa.

— ¿Compartimos algo? — le preguntó él—. El tiramisú está de vicio.

— Vale — aceptó ella tras apenas unos segundos de vacilación.

Jorge alzó su copa de vino en el aire. Seguía siendo la primera de la noche y ahí se terminaba su aventura con el alcohol. Tenía que conducir y

cuando manejaba un vehículo no bebía demasiado.

— No hemos brindado ni una sola vez — dijo.

— ¿Por qué quieres brindar?

— Por nosotros. Por el comienzo de una... hermosa amistad. — La pausa que hizo fue notoria.

— Muy bien. Por nuestra... amistad — repuso ella, alzando su copa también.

— O por lo que surja — añadió él, vaciando la copa de un trago.

Ella le miró con los ojos entornados, pero terminó por darle un trago a su vino. Después apartó la mirada y la llevó hasta el jardín.

Jorge dejó la copa sobre la mesa y se entretuvo en contemplar su perfil. Ella, ajena a su escrutinio, sonreía mientras sus ojos se posaban sobre una mariposa que revoloteaba entre las flores. La iluminación provenía de los focos que había encastrados en el suelo y de los faroles que adornaban el parterre. Esa tenue luz dibujaba curiosas sombras sobre el rostro de ella que a él le pareció todavía más atractivo que la noche anterior.

Con ese vestido verde, el cabello corto y los pendientes plateados que reflejaban la luz parecía verdaderamente un ser etéreo, casi de cuento de hadas. Aunque no había ninguna duda de que era una mujer, pensó mientras sus ojos recorrían sus hombros desnudos y la curva de pecho.

Una mujer muy hermosa.

Había sido muy franco al hacer el brindis. Era probable que pudiera surgir una amistad entre ellos, pero si algo tenía claro después de aquella agradable cena, era que él quería algo más. La atracción que sentía por ella había ido en aumento desde que fue a recogerla a su casa con el Porsche. Y, si no se equivocaba, ella también se sentía atraída por él.

El camarero colocó el postre en el centro de la mesa y depositó dos cucharas sobre el borde del plato.

Jorge no perdió el tiempo. Cogió una porción del tiramisú y se la ofreció. Era un gesto íntimo y cargado de significado que le iba a servir para tantear las aguas.

Ella se inclinó hacia delante y aceptó el dulce, abriendo la boca y dejando que él la alimentara como si fueran una pareja convencional y no dos extraños que apenas se habían conocido la noche anterior.

Jorge sintió un pequeño tirón en la entrepierna al ver cómo ella engullía la cuchara con sus labios carnosos.

— Vale — murmuró.

— ¿Vale?

— Cosas mías.

— ¿Puede ser que esta situación te ponga? — inquirió ella con deliberada suavidad.

Él le lanzó una ojeada desafiante.

— ¿Eres adivina?

— No. Es que eres muy transparente.

— ¿Tanto se nota?

— ¿El qué? ¿Que te gustaría ser esa cuchara? — preguntó con tono incitante—. Pues sí.

El rompió a reír.

— Me has pillado.

— ¿De verdad tienes tantas ganas de besarme? — susurró. Lo hizo al tiempo que cogía su propia cuchara y tomaba un trocito de tiramisú que se introdujo en la boca con exasperante lentitud.

Los ojos de Jorge siguieron aquel movimiento mientras aguantaba la respiración.

— Sí — admitió.

Después de aquello ninguno de los dos dijo ni una palabra. Permanecieron en silencio, comiendo pequeñas porciones de aquel delicioso postre mientras se retaban con la mirada y la tensión sexual iba aumentando.

Al final fue ella la que rompió aquel mutismo en el que ambos se hallaban inmersos.

— ¿Y si nos vamos a otro sitio? ¿No has dicho antes algo de dar un paseo por la playa? — Su voz sonaba aterciopelada.

Jorge sintió cómo una chispa explotaba en su estómago.

— Me parece perfecto. Voy a pedir la cuenta.

Ni siquiera había tenido tiempo de levantar la mano para llamar la atención del camarero cuando su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y echó un rápido vistazo a la pantalla.

Erika.

¡Qué oportuna!

— Dime — respondió con algo de exasperación.

— Jorge, ¿puedes venir a buscarme? — Su hermana sonaba muy agitada y la preocupación hizo presa en él.

— ¿Ha pasado algo? ¿Dónde estás?

— Estoy en Altea. He discutido con Alberto y me ha dejado tirada aquí en medio de la carretera. Y se ha llevado mi bolso. Solo tengo el móvil.

Jorge cerró los ojos. No era la primera vez que su hermana y su novio discutían y este la dejaba tirada. Era un imbécil como la copa de un pino.

— Sé que ibas a salir con una chica — continuó ella con voz lastimera — . Y no quiero molestar, pero he intentado llamar a Diego y lo tiene apagado. Y Bea está en Valencia en casa de su prima. Solo me quedas tú con coche. Y paso de llamar un taxi; no tengo dinero y tendría que despertar a papá y darle explicaciones y ya sabes cómo se pone de pesado. Por favor... — gimoteó.

Jorge miró a Juls que aguardaba con tibia curiosidad a que él terminase la conversación. Maldijo para sus adentros.

— Exactamente, ¿dónde estás? — claudicó.

— Frente a la estación de trenes.

— Vale — suspiró — . En veinte minutos estoy ahí.

— Jo, Jorge, lo siento muchísimo. Sabes que no te habría llamado si hubiera podido evitarlo, pero es que... — Su tono de voz se ensombreció y llegó entrecortado — . Alberto es un gilipollas... y yo más por seguir con él... — Un pequeño sollozo interrumpió la última sílaba.

— ¿Has bebido?

Su hermana no solía derramar ni una lágrima, si estaba tan alterada era obvio que algo de alcohol corría por sus venas.

— Un poquito — confesó.

No podía dejar a su hermana tirada en esas circunstancias. Erika le necesitaba.

Su velada se iba a la mierda.

— Venga, no llores. No tardo nada.

— Vale — dijo ella con vocecita antes de cortar la comunicación.

Jorge dejó el móvil sobre la mesa y miró a Juls con un rictus de disculpa.

— Creo que nuestro paseo por la playa va a tener que esperar. — Mientras decía eso, le hizo una señal al camarero para que les trajera la cuenta.

— ¿Ha pasado algo? — inquirió ella con preocupación.

— El gilipollas del novio de mi hermana la ha dejado tirada. Lamento mucho tener que interrumpir nuestra noche tan bruscamente.

— No pasa nada — rechazó con un ademán.

Él chasqueó la lengua, contrariado.

— Sí pasa. Lo último que deseaba era que tuviéramos que despedirnos así.

Antes de que ella hubiera podido decir nada más, el camarero se acercó con la cuenta. Jorge se sacó la cartera del bolsillo.

— Creo que deberíamos pagar a medias — ofreció ella, hurgando en su bolso.

— Para nada — rechazó contundente—. Hoy pago yo y la próxima vez pagas tú.

— ¿Va a haber una próxima vez?

Él depositó un par de billetes sobre el plato de porcelana antes de responderle.

— Lo prometo — dijo en voz baja con tono persuasivo.

Después se incorporó y esperó a que Juls también lo hiciera. Apoyó una de sus manos sobre su espalda y la guio hacia la salida. En solo unos segundos alcanzaban el coche y él le abrió la puerta del pasajero. Después de que se hubiera acomodado en el asiento, rodeó el Porsche y accedió a su interior.

— ¿Haces algo mañana por la tarde? — le preguntó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

— Nada especial. Supongo que bajar a la playa.

A la tenue luz del salpicadero vio cómo ella se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua y volvió a maldecir la situación para sus adentros. ¡Mierda! ¿Por qué se había ido todo al carajo? De nuevo, las ganas de besarla le apresaron.

— Ven a mi casa, entonces.

— ¿A tu casa? — inquirió con estupefacción.

— A la casa de mis padres — aclaró—. Tú y tu amiga. A una de esas fiestecitas de las que te he hablado antes.

— Pero tus padres no nos conocen.

— No importa. Siempre vienen todos nuestros amigos. La verdad es que la casa se llena de gente. Por favor — añadió con aire persuasivo—. Venid. Os lo pasaréis bien. Yo os recojo. Mis amigos también estarán allí. Lo digo por tu amiga y Dani... Seguro que tienen ganas de verse... — Le guiñó un ojo.

No hacía falta que añadiera que era él quien tenía ganas de verla a ella.

Juls pareció vacilar unos segundos, pero finalmente asintió con ligereza.

— ¡Genial! — exclamó él con júbilo.

Quizá la velada se había ido a la mierda, pero todavía tenía el día siguiente para ver hasta dónde los llevaba ese coqueteo.

Nuevamente de buen humor, arrancó, bajó las ventanillas y volvió a encender la radio. Sonaba *Love is all around* de Wet Wet Wet.

— ¿Esta también te la sabes? — le cuestionó ella.

— ¡Por supuesto! — exclamó y asintió con vigor—. *You gave your promise to me and I gave mine to you. I need someone beside me in everything I do. Oh, yes I do*²— cantó.

Ella se rio y él se unió a su risa mientras la miraba a hurtadillas.

Capítulo 8

Jorge

Pasaban las dos del mediodía cuando Jorge aparcaba el Porsche frente al muro de color beige que rodeaba la casa de sus padres. Se bajó del coche y sacó el equipaje de su madre del maletero.

— ¿Qué te ha parecido el paseo, mamá? — le preguntó mientras ella abandonaba el vehículo—. No está mal el cochecito, ¿eh? — añadió.

— Ingeniería alemana — repuso Anna Schwarz con un fuerte acento teutónico. La condescendencia era inequívoca en su tono, como si no pudiera ser de otra manera.

Jorge se rio y meneó la cabeza. Su madre era una snob. Para ella, todo lo germano era perfecto.

La había recogido en el aeropuerto hacía apenas una hora y, después, había dejado que el coche hiciese su magia. Ella, acostumbrada a las autopistas alemanas en las que no había límite de velocidad, disfrutó tanto como él del viaje. Incluso se permitió lanzarle alguna que otra sonrisa cómplice, algo que solía encajar poco con su carácter frío y serio.

La puerta metálica marrón se abrió con ímpetu y su padre apareció en el hueco. Se dirigió como una exhalación hacia su mujer, la elevó en el aire y depositó un apretado beso sobre su boca al que ella correspondió con menos fogosidad.

Jorge puso los ojos en blanco, sin embargo, no pudo evitar sonreír para sus adentros. Sus padres, pese a que llevaban juntos más de veinticinco años, seguían comportándose como una joven parejita adolescente.

— Te he echado de menos. — Escuchó que decía su progenitor.

— *Ich Dich auch* ⁸— respondió su madre.

Quienes no los conocían siempre pensaban que su forma de interactuar era estrafalaria. Su padre le hablaba en español, pero ella solía alternar ambos idiomas. A veces hablaba en alemán y otras empleaba el español.

— Perdonad, pero esto pesa — se inmiscuyó, empujándolos a un lado para que dejaran libre el acceso que conducía al jardín delantero.

— ¡Envidioso! — le tiró Tony Alba.

Jorge le ignoró. Cargado con las dos bolsas de viaje de su madre, atravesó el camino de adoquines grises y no tardó en acceder al interior de la vivienda. Su padre, en su prisa por ir a buscar a su madre se había dejado abierta la puerta de la casa.

Era una edificación de una sola planta de estilo moderno, que alternaba en su fachada el color blanco y los ladrillos caravista. Altos ventanales decoraban toda la parte derecha de la vivienda y en el tejado había un solárium acristalado con una barandilla de metal.

Jorge y sus hermanos se habían criado en otra urbanización más cercana a la ciudad, pero después de que Diego se mudara, hacía ya unos años, sus padres decidieron vender la casa y comprar esa algo más pequeña. Ahora, solo Lukas y Erika vivían allí con ellos.

— ¿Qué tal el coche en la carretera? — le preguntó Erika desde la cocina abierta integrada al salón. No se mostraba triste o afectada. El disgusto de la noche anterior y la discusión con su novio no parecían haberle pasado factura.

— De lujo — le respondió sin detenerse, camino del dormitorio de sus padres. Su hermana le siguió—. Lo he puesto a ciento setenta y no veas cómo coge las curvas.

— Esta tarde cuando venga Rafa voy a llorarle un poquito a ver si me lo deja — repuso ella con cierto tono de envidia.

Su hermana era mecánica y aunque su especialidad eran las embarcaciones, no le hacía ascos tampoco a los coches. Ya la noche anterior, cuando él la recogió con el Porsche, se pasó medio trayecto admirando sus formidables cualidades y hablando de cilindrada y potencia, algo que a él no le importaba demasiado.

— Pues mucha suerte, ya sabes cómo es — le lanzó él, dejando las bolsas sobre la cama.

— ¡La barbacoa está casi lista! — Se escuchó la voz de Lukas desde el exterior.

— ¿Qué habéis comprado? — le preguntó Jorge a Erika.

— Presa, secreto, pinchos morunos y hamburguesas. Y pollo para mamá.

Salieron ambos al jardín por la puerta corredera del salón. A su derecha, se hallaba la piscina cuya superficie relucía al sol e invitaba a sumergirse. A su izquierda, junto a la barbacoa, estaban Diego y Lukas. El primero, luciendo un bañador negro y una camiseta blanca, dándole la vuelta a la carne con unas pinzas. Lukas, con un bañador de rayas verdes, colocaba los platos sobre la mesa, que se hallaba bajo un cenador blanco.

— ¿Necesitáis ayuda? — les preguntó Jorge.

Los dos negaron.

— Me voy a dar un baño rápido, entonces.

Se despojó a toda velocidad de la camiseta y los pantalones, debajo de los cuales llevaba un bañador, se quitó las zapatillas y se encaminó hacia el borde. No tardó en sumergirse en las azules profundidades de la piscina. La temperatura del agua era ideal, ni demasiado fría ni demasiado caliente. Atrás habían quedado los sofocantes días de verano que convertían el líquido elemento en un caldo desagradable.

Hizo unos largos buceando. La piscina no era muy grande y no tuvo necesidad de sacar la cabeza fuera del agua. Finalmente, emergió y nadó de espaldas, sin esforzarse demasiado, hasta que alcanzó uno de los bordes y se acodó en él, dejando que sus piernas bambolearan dentro del agua. El sol le calentó con rapidez.

Contempló a su familia desde la distancia. Su padre se había unido a sus hermanos y le había arrebatado las pinzas a Diego, ocupando su lugar frente a la barbacoa. Lucía unas bermudas negras y una camiseta roja y su pelo castaño, tan similar al de Jorge, le caía rebelde sobre la frente. Su cara apenas presentaba arrugas y sus ojos fulguraban divertidos. No aparentaba los cincuenta y dos años que tenía.

Diego tomó asiento en una de las tumbonas cercanas al borde de la piscina. Jorge le echó una ojeada, pero su hermano permanecía absorto con la vista perdida en algún punto indefinido del horizonte.

Lukas se había aproximado al equipo de música que tenían en un extremo del jardín, junto a la plataforma que servía de escenario, la cual su

padre se había empeñado en trasladar desde la otra casa. Había cogido uno de los CD y lo introducía en el reproductor.

— No la pongas muy alta — le advirtió Erika, que pululaba en torno a la mesa—. . Que es la hora de la siesta de las hijas de Cas.

Cas Landvik era su vecino y también el hermano de Till, el jefe de Jorge. Tenían muy buena relación con él y con su mujer, Elisa. En especial, su madre, que se llevaba muy bien con toda la familia Landvik. Pese a que los padres de Cas eran noruegos, habían vivido muchos años en Alemania y Anna Schwarz los veía como compatriotas con los que podía hablar en alemán.

— Cas y Eli no están este fin de semana — respondió Lukas—. . Están fuera, así que hoy podemos desmadrar y poner la música a todo trapo.

Y no lo dijo en vano. Los altavoces no tardaron en escupir una canción a todo volumen. Reguetón en estado puro.

— ¡Sacrilegio! — gritó su padre desde la barbacoa, agitando las pinzas en el aire—. . Esa música está prohibida en esta casa.

— Eh, que yo también vivo aquí y tengo mis derechos — exclamó Lukas mientras comenzaba a bailotear. Encontró a Erika en su camino y le rodeó la cintura con los brazos, invitándola a seguir sus movimientos, pero ella se desasíó y continuó husmeando en los platos que había en la mesa.

— ¡Para nada! Independízate y podrás escuchar eso — dijo el cabeza de familia, arrugando la nariz con desdén.

Los ojos azules de Diego se cruzaron brevemente con los de Jorge e intercambiaron una sonrisa. Lukas y su padre siempre estaban peleándose. Quizá porque eran demasiado semejantes

— Venga, papá. Te tienes que modernizar. No puedes estar siempre escuchando esa música viejuna — dijo el más joven de los Alba.

— Esa música viejuna es puro arte — protestó su padre. Después, colgó las pinzas en el gancho metálico de la barbacoa y, dando grandes zancadas, se acercó al equipo de música. Solo un instante después, se hacía el silencio.

— Joder, papá...

— Joder, hijo. Si quieres ser el DJ hoy, tienes que seguir las normas.

Lukas miró al cielo como pidiendo paciencia, pero terminó por asentir.

— ¿Qué tal anoche? — le preguntó Diego a Jorge en esos momentos.

— Pues no muy bien, gracias a ti — repuso con un aspaviento exagerado.

— ¿A mí? — inquirió con mucha sorpresa.

— ¿Por qué tenías el móvil desconectado? Erika te estuvo llamando.

— ¿Me llamaste anoche? — Diego se dirigió a su hermana, perplejo.

Erika se acercó al borde de la piscina.

— ¿Todavía no has encendido el móvil? — le cuestionó.

— Pues no — repuso Diego—. ¿Pasó algo?

— Alberto me dejó tirada en Altea y tuve que llamaros para que vinierais a rescatarme. Menos mal que Jorge sí estaba disponible.

— Lo dicho — dijo este—, que si no hubieras tenido el móvil apagado no me habríais jodido la cita.

— ¿Otra vez has discutido con Alberto? — le preguntó Diego a Erika haciendo caso omiso a la última recriminación.

— Creo que voy a romper con él — asintió pensativa—. No somos compatibles.

— Eso te lo podía haber dicho yo hace cuatro meses, cuando empezasteis a salir — dijo su hermano mayor—. Es un imbécil.

— Vale — admitió ella—. Tienes razón.

— ¿Por qué discutisteis?

— Porque es bastante machista — intervino Jorge desde el agua.

Su hermana ya le había puesto en antecedentes del motivo de la discusión la noche anterior. Al novio de Erika no le gustaba demasiado que ella saliera sola con sus amigas. Pobre desgraciado. Tenía las de perder, desde luego

— Algo así — dijo Erika con menosprecio, pero no continuó—. Y a ti ya te he pedido perdón quinientas veces por joderte la cita. Deja de recordármelo. Además, ¿no la has invitado a venir hoy?

— ¿La vamos a conocer? — preguntó Diego con una sonrisa.

— Vienen luego, ella y su amiga — asintió Jorge, echándose el pelo hacia atrás que casi se le había secado ya—. Las trae Dani.

Pese a que él mismo se comprometió a ir a buscarlas, había hablado aquella mañana con su amigo y este se ofreció a recogerlas a las cuatro y

media.

— ¿Es guapa?

Jorge no tuvo tiempo de responder. Erika se le adelantó.

— Es una monada. Delgadita y con el pelo corto. Tipo duendecillo como le gustan a Jorge.

— ¿Tú también? — se lamentó.

— Yo también, ¿qué?

— Nada.

En cuanto dijo aquello, se impulsó con las piernas en la pared de la piscina y se alejó de sus hermanos. Hundió la cabeza debajo del agua y se quedó un buen rato allí, disfrutando del vacío silencioso que le rodeaba.

Sus pensamientos fueron hasta Juls. Tenía ganas de volverla a ver. La cena de la noche anterior se le había quedado corta, muy corta. Quería pasar más tiempo con ella y conocerla un poco más. Tenía la sensación de que ambos eran bastante compatibles.

Los sofocados acordes de una canción distorsionados por el agua llegaron hasta sus oídos. Sacó la cabeza y escuchó la voz de Loquillo cantando su *Rock & Roll star*.

Por supuesto, su padre se había salido con la suya.

Tony Alba se hallaba de pie frente a la barbacoa y canturreaba con una expresión complacida en el semblante. Lukas, con cara sufridora, estaba a su lado mientras sostenía una fuente en la que su padre iba poniendo la carne que ya estaba hecha.

Su madre salió de la casa con una ensaladera y Erika hizo sitio en el centro de la mesa para que pudiera ponerla.

— *Nochmal* ⁹ Loquillo? — preguntó Anna a su hija en voz alta con fingida exasperación.

— Ya ves — repuso esta con un encogimiento de hombros y una risita.

— Que levante la mano el que prefiera mi música al reguetón de Lukas — dijo su padre.

Diego y Erika levantaron la mano con rapidez. Incluso Jorge, desde el agua, lo hizo.

Lukas soltó un exabrupto.

— Sois unos anticuados. ¿Qué he hecho yo para merecer una familia así?

— Somos tope guay — dijo Tony Alba con una risa.

— Joder, papá, ya nadie habla así. Estás pasado de moda.

— De eso nada, monada. Somos chachi.

Lukas resopló y se alejó seguido por la risa de su padre.

Jorge, que había contemplado el intercambio con una expresión risueña, nadó hasta la escalerilla y abandonó la piscina. Diego se acercó a él con una toalla y se la tendió.

— ¿Te vas a quedar hoy o te vas a ir casa? — le preguntó Jorge.

Los dos últimos fines de semana, Diego se había ido a su apartamento después de comer y no se había quedado con la familia a pasar la tarde.

— Me quedo.

— ¿Ya no estás con el chico ese? — inquirió con curiosidad.

Diego meneó la cabeza, sin entrar en detalles. Al contrario que Jorge, Erika o Lukas era bastante retraído y más serio que sus hermanos — era quizá el que más se parecía a su madre en carácter— , y no le gustaba demasiado hablar de su vida privada. Jorge era su máximo confidente, pero incluso él se enteró de que estaba saliendo con un chico por pura casualidad, solo porque los vio juntos en la playa una tarde de hacía unos meses.

— ¡Vamos! — llamó su padre— . La comida se enfría.

Tomaron asiento alrededor de la mesa, a la sombra del cenador, y comenzaron a servirse la carne y la ensalada.

— ¿Qué tal en Berlín, mamá? — le preguntó Erika.

— Pues mal, sin mí — respondió su padre.

— ¡Papá!

Su madre hizo caso omiso y comenzó a hablarles de los días que había pasado en Alemania con su familia. Solía ir a visitar a sus padres una vez al año, siempre por las mismas fechas.

— ¿Has traído la cerveza esa especial? — le preguntó Lukas.

Siempre que iba a su país solía hacerlo.

— Está en la nevera — contestó su padre— . No está fría.

Siguieron comiendo en amigable silencio con la música de fondo. Una canción de Gabinete Caligari dio paso a otra de La Unión. Todas muy ochenteras.

— ¿No sabes nada del Oceanográfico? — le preguntó su madre a Jorge en español.

— Todavía no. Aunque me han comentado que siguen con el proceso de selección. Quizá el mes que viene me digan algo.

— ¿Qué vas a hacer si te cogen? ¿Te vas a mudar a Valencia? — inquirió Lukas.

— Ni idea. Todavía no lo he pensado.

— Si te mudas, yo podría quedarme con tu piso — intervino Erika.

— ¡Ya era hora! — exclamó su padre flemático—. Pensábamos que nunca te ibas a independizar. Cariño — añadió, mirando a su mujer—, ya solo nos queda librarnos del pequeño y por fin solos.

Todos rieron, menos Erika que arrugó la nariz.

— Seguro que cuando me vaya me vais a echar de menos — dijo, fingiéndose ofendida.

— No te creas — añadió su padre.

— Para nada — dijo su madre otra vez en español.

La risa fue generalizada. Jorge le dio un codazo a Erika que se vengó pegándole una patada por debajo de la mesa.

— ¿No te viene mejor alquilarte algo en Altea? — preguntó Diego.

El taller de reparaciones donde ella trabajaba estaba en el Puerto de Campomanes, a solo tres kilómetros de esa pintoresca villa.

— He mirado y todo lo que hay disponible no me gusta demasiado. O es muy caro o no me convence la situación. El apartamento de Jorge es ideal. Y el Albir está solo un par de kilómetros más lejos. No me viene nada mal.

— Si me sale lo del Oceanográfico y decido mudarme a Valencia ya te diré. Y si no, puedo mirar a ver si hay pisos disponibles en mi urbanización. Dado que papá y mamá tienen tantas ganas de librarse de ti — se burló Jorge.

— Lukas, ¿tú cuando piensas marcharte de casa? — preguntó el cabeza de familia mientras engullía un trozo de hamburguesa.

— Yo me voy a quedar a vivir aquí para siempre con vosotros — repuso este socarrón—. Para cuidaros en la vejez.

Tony Alba resopló.

— Por cierto — se inmiscuyó Erika—. Voy a dejar a Alberto.

— ¿Alberto? ¿Ese es nuevo? ¿No se llamaba Bruno? — preguntó su padre confundido.

— No — rechazó su madre, alzando los hombros—. Ese era el de antes y rompió con él hace ya tiempo.

— Ah, vale. ¿Y por qué quieres cortar con este?

— Porque es un machista.

— Entonces haces bien en dejarle — dijo su padre—. No queremos hombres machistas en la familia. Conmigo ya tenemos de sobra.

— ¿Machista tú? — intervino Jorge con una risa—. Pero si mamá hace contigo lo que quiere.

— *Es ist wahr*, Tony¹⁰ — corroboró esta.

— Pero solo porque yo se lo consiento. Que soy muy macho — repuso, inflando el pecho con exageración.

Sus cuatro hijos le miraron con diferentes grados de escepticismo.

— Yo también tengo una noticia que daros — dijo Lukas. Sus ojos, tan azules como los de su madre, Diego y Erika, se ensombrecieron—. Eva está embarazada.

Todas las miradas fueron hacia él. Nadie parecía demasiado sorprendido.

— Pues a ver con qué sueldo mantienes al niño — dijo el patriarca con una sonrisa mientras se llevaba su vaso de cerveza a la boca. Le dio un trago y paladeó la bebida con ganas.

— ¿Por qué nunca puedo colárosla? — refunfuñó Lukas.

Erika le tiró una servilleta que él atrapó al vuelo.

— Si la hubieras dejado embarazada, habrías venido llorando — intervino Jorge y le lanzó un trozo de pan que le impactó en el pecho.

Lukas le sacó la lengua.

— No hagas nada sin protección — dijo Anna Schwartz, impertérrita.

— La clase de salud sexual ya la tuvimos hace unos añitos. Esperemos que no se os haya olvidado nada. No me hagáis sacar el plátano y los condones para poneros a practicar — dijo su marido con ironía—.

¿Alguien más tiene algo que comunicar? ¿Embarazos? ¿Hijos secretos? ¿Nuevas relaciones?

— Jorge ha conocido a una chica — se chivó Erika—. Y la va a traer esta tarde.

El aludido resopló y dejó caer la cabeza hacia atrás.

— ¿Es algo serio? No me hagas encariñarme con ella y luego para nada — repuso su padre.

— La conocí hace dos días. Está aquí de vacaciones — explicó, encogiéndose de hombros.

— Bueno, mira tu madre y yo. Empezó como vacaciones y ya tenemos cuatro hijos.

— *Wie ist ihr Name?* ¹¹— intervino esta.

— Julia, pero la llaman Juls.

— Julia... — Anna Schwarz lo pronunció al estilo alemán, arrastrando la jota con suavidad, mientras asentía con aprobación.

— ¿Cómo es? — preguntó su padre.

— Es muy mona. — Se adelantó su hermana veloz—. Pelo corto y rubio, ojos oscuros grandes y nariz respingona. Muy del estilo de Jorge. Y es simpática. Mucho. Fingió ser su novia para salvarle de Bea. Dos veces.

— ¿Cómo es eso? — se interesó Tony.

Jorge les contó lo que había sucedido el viernes por la noche en La Sal y el día anterior en la playa, y relató cómo Juls se había convertido en su salvadora. No pudo evitar que sus labios se distendieran en una sonrisa al hablar de ella.

— Parece encantadora — dijo su madre.

— Joder con Bea — murmuró el padre—. Lleva tantos años loca por ti, la pobre. *Last Christmas, I gave you my heart...* ¹²— tarareó con guasa.

— No me recuerdes eso — suspiró Jorge.

— ¿Va a estar esta tarde también? Es por ir preparando las palomitas.

— Tienes suerte — intervino Erika, mirando a su hermano—. Está con su prima en Valencia y no vuelve hasta esta noche. Pero que sepas que me ha preguntado si iba a venir tu novia a la piscina esta tarde y cuando le he dicho que sí ha gruñido.

— ¿De verdad que no conocéis a ningún chico que pueda servirle como pareja? — dijo Jorge con exasperación.

— A mí no me mires — repuso Lukas—. Mis amigos son todos muy jóvenes y además me caen bien. No querría que cargaran con esa cruz.

— ¡Qué malo eres! ¿Por qué no le das una oportunidad? — dijo su padre con un mohín burlón.

— ¿En serio la querrías de nuera?

— Bea es una buena chica — continuó su progenitor con tono inocente.

— Es buena chica, pero si tú te comprometes con Bea, yo me divorcio de tu padre — intervino su madre.

Tony Alba frunció el ceño y cerró la boca con fingida exageración.

— La matriarca ha hablado — dijo Lukas con una risita a la que se unieron los demás.

Siguieron comiendo hasta que vaciaron la fuente de carne y la ensaladera. La música seguía sonando de fondo. Diego se llevó los platos sucios a la cocina y volvió con una sandía. Su madre y Erika le siguieron y regresaron con una cafetera humeante y tazas. Mientras Tony Alba partía la sandía, comenzó a hacer más preguntas.

— Entonces, ¿quién va a venir esta tarde? ¿Vais a llenarnos otra vez la casa de gente como todos los domingos?

A pesar del tono seco de la pregunta, todos sus hijos sabían que le encantaba recibir a sus amigos. Cuantos más mejor, decía siempre.

— Por mi parte, viene solo Laura — contestó Erika, cogiendo una raja de sandía que le tendía su padre.

— Iván y Eva — añadió Lukas, en referencia a su mejor amigo y a su novia.

— Dani, Rafa, Juls y su amiga — dijo Jorge, sirviéndose una taza de café solo.

Diego hizo una señal de negación con la mano. También se sirvió un café.

— ¿Y tú por qué no invitas a nadie, Diego? Algún *noviete* tendrás — dijo su padre.

Diego había salido del armario delante de sus padres con quince años. Y en todo ese tiempo no había llevado nunca ningún chico a su casa, pese a la

insistencia de estos.

— No tengo ningún *noviete* , como tú dices — respondió muy serio.

— ¿Cuándo nos vas a presentar a alguien? En un par de meses cumples veintiocho ya. Eres casi un anciano — insistió.

— No tengo prisa. — Se encogió de hombros.

No pudieron seguir hablando, porque en ese instante se escuchó el timbre de la puerta.

— Deben de ser Iván y Eva — dijo Lukas, irguiéndose—. Quedamos a las cuatro y ya son.

Jorge vació su café de un trago y comenzó a recoger la mesa. Diego se unió a él. Entre los dos llevaron las fuentes y el resto de los platos sucios a la cocina y comenzaron a meterlo todo en el lavavajillas.

Sus ojos terminaron por posarse sobre el perfil de Diego. Este se mantenía muy silencioso mientras enjuagaba los platos en el fregadero.

— ¿Estás bien, Diego? — le preguntó.

— Claro que estoy bien — repuso este, sin dirigirle la mirada.

— No has dicho casi nada durante la comida.

— Bueno, no soy tan hablador como vosotros.

Jorge suspiró y se quedó mirando a su hermano con el ceño fruncido. A veces, resultaba sumamente complicado hablar con él, era demasiado hermético.

— El chico ese con el que estabas... — se detuvo, sin saber cómo continuar—. Habéis roto de mutuo acuerdo o ha sido él...

— No era importante — le interrumpió mientras se inclinaba a meter una fuente en el lavaplatos—. No te preocupes por eso. Era un rollo de verano y nada más. Nada serio.

En cuanto dijo aquello, se irguió y se encaró con él. Le contempló con franqueza y una sonrisa apenas perceptible. La expresión de su rostro era tranquilizadora, aunque quizá había algo que subyacía en las profundidades de sus iris, algo semejante a la tristeza.

Jorge le estudió. Su hermano era un hombre atractivo, decidió, con el pelo castaño ondulado y sus ojos celestes. No era la primera vez que se percataba de ello y tampoco era la primera vez que se preguntaba por qué Diego no tenía suerte con sus relaciones. Nunca había tenido una pareja

estable. Quizá su condición sexual le limitaba, aunque jamás le había oído expresar nada al respecto.

— Sabes que puedes contarme cualquier cosa — le dijo en voz baja.

La sonrisa de Diego se hizo más amplia y se llenó de afecto.

— Lo sé. Y tú a mí también.

— Yo lo hago, Diego. El que siempre se calla eres tú.

— No, es solo que no tengo nada especial que contar.

Jorge entornó los ojos con escepticismo, pero no quiso seguir insistiendo.

Erika apareció frente a ellos. Traía las tazas sucias del café que dejó en el fregadero antes de encaramarse a la encimera.

— Tu chica tiene que estar al caer — le dijo a Jorge, distrayéndole de todo lo demás.

— Tengo ganas de conocerla — anunció su hermano mayor.

Jorge sonrió cuando sus pensamientos volaron hacia Juls.

Él también tenía ganas de que ella pasara la tarde con su ruidosa familia.

Capítulo 9

Juls

No sabía muy bien lo que las esperaba al otro lado de aquella puerta metálica y eso la ponía un tanto nerviosa. Hasta sus oídos llegó el sonido de una canción que le resultó familiar, aunque no era capaz de ponerle título. Se giró y le echó una ojeada a Dani que había abierto la puerta del pasajero de su Volkswagen Golf para que Mariu pudiera bajarse.

— ¿Seguro que no hay ningún problema en que nos presentemos así? — le preguntó por enésima vez.

— Seguro — respondió él—. Los padres de Jorge son la caña. Ya veréis.

Juls volvió a mirar hacia el alto muro de color beige con escepticismo. Sus propios padres eran serios y muy conservadores y nunca habían hecho buenas migas con los amigos de sus hijos, y mucho menos habrían deseado estar presentes en una reunión organizada por ellos. Quizá por eso aquella situación le resultaba tan extraña.

En ese momento, un viejo todoterreno blanco con rayas naranjas en los laterales se aproximó a la acera donde acababan de estacionar y aparcó justo delante del coche de Dani. Rafa salió de su interior y cerró la portezuela con fuerza. Llevaba unas bermudas blancas, una camiseta gris y una mochila a la espalda.

Juls se quedó mirando el vehículo con una sonrisa. Viejo, abollado y descolorido. Al menos tenía veinte años. Así que ese era el coche de Jorge. Indudablemente, iba mucho más con él que el Porsche.

— Hola — los saludó Rafa, elevando una mano.

— Hola — respondieron casi al unísono.

Mariu le había relatado su cita con Rafa de la noche anterior. Después de cierta incomodidad inicial se lo había pasado en grande con él. Le describió como un tipo simpático y extrovertido, aunque sus esperanzas seguían

estando puestas en Dani. Era evidente en su forma de mirarle y de hacer caídas de pestañas de modo exagerado, aunque a él aquello parecía gustarle, si se tenía en cuenta la mueca tontorróna que se dibujaba en su cara en ese instante.

— ¿Habéis llamado? — inquirió Rafa.

Ante su negativa, se acercó a la puerta y pulsó el timbre que había en un lateral. Pronto, se escucharon unas pisadas y la hoja metálica se abrió con brío.

Un joven con el pelo oscuro y los ojos claros se paró frente a ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡Hola! Soy Lukas, el hermano de Jorge — dijo y se dirigió a ella directamente.

Antes de que pudiera prepararse, Juls se encontró entre los brazos del muchacho mientras este le plantaba dos sonoros besos en las mejillas. Algo aturdida por la afectuosa bienvenida, dio un paso atrás y le estudió con interés mientras él abrazaba a Mariu.

No se parecía en absoluto a Jorge.

— Sois los últimos en llegar. Ya estamos todos. Pasad. Rafa, dice mi hermana que quiere hablar contigo.

— Si es para pedirme el Porsche la respuesta es no.

Lukas soltó una carcajada.

Atravesaron un camino empedrado bordeado por pequeñas palmeritas. En la entrada, a la derecha, había aparcada una moto negra de estilo vintage que dejaron atrás para internarse en la casa. Un recibidor que desembocaba en una cocina integrada a un amplio salón comedor se abrió ante ellos. Todos los muebles eran blancos y grises y proporcionaban un ambiente fresco y limpio a la vivienda. Un gran ventanal que daba al jardín se encontraba justo enfrente y a través de él se podía ver una piscina cuyas aguas refulgían bajo el sol. Varias personas en bañador deambulaban por allí.

Alguien se separó de uno de los grupos y accedió al salón por el ventanal.

Jorge.

Juls no pudo evitar escanearle de arriba abajo, deteniéndose en su pecho desnudo, que estaba húmedo, como si se hubiera dado un chapuzón, y en el tatuaje que adornaba su costado. Al notar cómo el calor subía a sus mejillas, carraspeó con suavidad y dio un paso a un lado.

Jorge se dirigió a ella con una sonrisa encantadora después de haber saludado a sus amigos con palmadas en la espalda y de haber besado a Mariu.

— Hola, Juls — le dijo, tendiéndole una mano, que ella tomó sin vacilar.

— ¿Qué tal tu hermana ayer? — inquirió ella en voz baja.

— Todo bien. No fue para tanto — dijo. Se inclinó para que nadie más pudiera escucharle y añadió— : Estás muy guapa. ¿Es por mí o de nuevo lo haces por el coche?

— Siempre por el coche, ya sabes. Bueno, o por la moto que he visto aparcada en la puerta — repuso con fingida inocencia.

Él chasqueó la lengua con pretendida desilusión.

— Qué mala eres y qué superficial. La moto es de mi hermano, pero se la puedo pedir prestada, no te preocupes.

No la dejó responder porque tiró de ella hacia el exterior y comenzó a presentársela a todo el mundo. Lo hizo tan deprisa que Juls apenas tuvo tiempo de inspeccionar el entorno.

— A mi hermana ya la conoces — dijo, acercándose a la rubia— . Esta es su amiga Laura.

Juls asintió. Había visto a la pelirroja el día anterior en la playa.

Jorge también presentó a Mariu que los había seguido junto con Dani y Rafa.

— Y este tío tan atractivo es mi hermano mayor, Diego.

Se plantó frente a un hombre con aspecto sereno que estaba sentado en una de las tumbonas de la piscina y que se incorporó en cuanto se acercaron. Era un par de centímetros más alto que Jorge, con el pelo castaño y los ojos profundamente azules, que la saludó con una sonrisa. A Juls le pareció muy atractivo, como el propio Jorge acababa de mencionar.

— Estos son Iván, el amigo de mi hermano Lukas, y Eva, su novia.

Los dos jóvenes que tenían sendos vasos en las manos, se dieron la vuelta y nuevos besos fueron intercambiados.

— Y esos de allí son mi padre y mi madre. — Jorge señaló con el dedo a una pareja que bailaba muy pegada al otro lado del jardín, al ritmo de la canción lenta que salía de los altavoces—. En cuanto se separen, cosa que puede que no suceda en años — añadió con ironía—, os los presento.

Juls los contempló maravillada. ¿Aquellos eran los padres de Jorge? Curioso. No parecían ser mucho mayores que sus propios hijos. El hombre era como un calco del propio Jorge, con la piel muy morena, y la mujer, rubia, alta y delgada se parecía muchísimo a Erika. Incluso desde la distancia se podía apreciar que era toda una belleza.

— Tu madre es preciosa — le susurró.

— Lo es. La gente dice que se parece mucho a Claudia Schiffer.

Juls volvió a observarla. Era cierto. Sí que se daba un aire a la *top model* de los noventa.

— ¿Qué queréis beber? ¿Cerveza? ¿Café? ¿Zumo? ¿Un refresco? — ofreció Jorge y señaló la mesa sobre la que había unas cuantas botellas, una cafetera y unos vasos—. Si queréis algo más fuerte también os lo puedo traer.

Tanto Mariu como Juls se decantaron por un zumo. Rafa y Dani se sirvieron unas cervezas.

La canción terminó y se hizo un silencio en el jardín, solo interrumpido por las animadas conversaciones de los allí presentes. Por fin, los padres de Jorge se separaron y acudieron a presentarse.

El cabeza de familia palmeó a Rafa y a Dani en los hombros e intercambió unas risas con ellos, mientras su mujer se quedaba en un discreto segundo plano. Después, se dirigió a ellas.

— Soy Tony y ella es mi mujer, Anna. Bienvenidas.

— Ellas son Juls y Mariu. — Jorge hizo la introducción.

— Un placer. Si mi hijo se porta mal con vosotras, venid a decírmelo y le pondré en su sitio — dijo con un simpático guiño.

Como Juls ya había podido comprobar hacía un rato en la distancia, Jorge era clavado a él. Tenía una mirada abierta y socarrona y parecía un hombre muy agradable. La madre, por el contrario, se mostraba un poco más distante, aunque su sonrisa era genuina. No aparentaba en absoluto su edad. Podía pasar perfectamente por hermana de sus hijos.

— Eso es, Georg, pórtate bien — le dijo a su hijo con un fuerte acento. Pronunció el nombre con una G suave, de un modo muy diferente a como se decía en español—. Un placer conoceros — añadió antes de alejarse.

Jorge maniobró a Juls hacia la tumbona más alejada, dejando algo apartados a los demás. Tomó asiento y tiró de la mano de ella para que también lo hiciera.

— ¿Georg? — le interrogó Juls con curiosidad.

— Solo mi madre me llama así — admitió él—. Le resulta complicado pronunciar mi nombre en español.

— ¿Y por qué te pusieron ese nombre? — indagó, dándole un trago a su zumo.

— La culpa es de mi padre. Yo debía de haberme llamado David, pero camino del Registro cambió de idea. Mi madre estuvo a punto de matarle cuando regresó.

Juls se rio mientras sus ojos paseaban por el jardín. Mariu, Dani y Rafa se habían acercado a la mesa. Erika y su amiga se estaban dando un baño y Diego se había unido a ellas. Los demás, incluyendo a los padres de Jorge, se arremolinaban en torno al equipo de música, buscando algún otro CD que poner, sin ninguna duda.

— Puedes quitarte la ropa y darte un baño, si quieres — le propuso Jorge, echándose hacia atrás y apoyando las manos en el borde de la tumbona.

En esa postura, su tatuaje era todavía más visible y Juls admiró la perfección del dibujo.

— ¿Ya me pides que me desnude? — le dijo con tono burlón—. Un poco pronto, ¿no?

— Llámame descarado. Soy un mal chico, ya ves.

Ella se rio.

— Mal chico o buen chico, tienes razón. Hace mucho calor para estar con la ropa puesta y un chapuzón suena muy tentador.

Se despojó de la camiseta y del pantalón corto y los guardó en la bolsa de playa que había dejado en el suelo. Se quedó en bikini. Fue muy consciente de la mirada que él le lanzó.

— Hombre, aprovecha que no soy una mujer muy tímida y mírame de frente — le sugirió con entonación procaz—. ¿Te gusta el bikini?

— Me encanta. Te cubre... lo justo — dijo él.

Ella volvió a reírse al ver cómo a él se le velaban los ojos. Le gustaba ver el efecto que su semidesnudez tenía sobre él. Técnicamente, el bikini no era en exceso provocativo, era más bien normalito. Blanco con flores negras.

Por fin, el grupito frente al equipo musical parecía haberse puesto de acuerdo y una melodía que Juls reconoció llenó el silencio.

— Es *Escuela de calor* — dijo, asintiendo apreciativamente con la cabeza—. De Radio Futura.

— ¿Los conoces?

— A mi hermano Félix le encantan.

— Mi padre es un puñetero friki de la música ochentera, así que no esperes oír otra cosa en toda la tarde. Lukas ha intentado poner reguetón antes y casi le deshereda.

— Es que eso es algo muy desheredable — repuso con una mueca.

— Estamos de acuerdo — se rio él y luego le dio un trago a su lata de Aquarius—. En breve va a comenzar el espectáculo — murmuró después.

— ¿Espectáculo?

— Te dije lo de hacer *playback* y actuar, ¿no? Pues el momento se aproxima.

Señaló al otro lado del jardín, a la plataforma de madera. Su padre se había encaramado a ella y cantaba, utilizando una botella de agua como micrófono.

— Eso no es *playback*, desde luego — dijo Juls con una risa divertida al escuchar la estentórea voz del padre de Jorge, que lo daba todo en el escenario.

Lukas, su novia y el amigo de este le jaleaban con entusiasmo. Su mujer había tomado asiento junto a la mesa y le aplaudía, pero con más moderación.

Juls miró a Jorge de reojo. Este tenía la mirada fija sobre el escenario y una sonrisa cargada de afecto transformaba su cara. Era palpable el cariño que sentía por su progenitor.

Detrás de ellos, desde el agua, Erika y su amiga Laura también cantaban a voz en grito.

— ¡Hace falta valor! Hace falta valor. ¡Ven a la escuela de calor!

Juls no pudo evitar dejar escapar una risa alegre. El ambiente era alucinante y de lo más pintoresco. Se sentía fabulosa. Sus ojos se posaron sobre Diego que acababa de abandonar la piscina por el otro lado y se mantenía de pie en el borde, frotándose el pelo con una toalla; observaba la escena con aprobación.

— Tu hermano mayor es... — se interrumpió sin saber cómo continuar.

— Mi hermano mayor es... ¿qué? ¿Tengo que ponerme celoso? — bromeó él.

— ¿Celoso? — Soltó una risa—. Me refiero a que es bastante más calmado que todos los demás. No sé. Parece tan sereno. Impone un poco.

— Es el que más se parece a mi madre. ¿La ves? La calma y la flema en persona, como mi hermano. Alemanes de pura cepa. Aunque dicen que la procesión va por dentro, pero si te digo la verdad nunca he visto a Diego perder los nervios. Cuando se enfada se convierte en un hombre de hielo, ni siquiera alza la voz. Todo lo contrario a mi padre o a mi hermano pequeño. Míralos. Españoles al cien por cien.

Juls no pudo evitar darle la razón. Tanto su padre como su hermano Lukas, que se había subido al escenario con él, cantaban a voz en grito.

— ¿Y tú? ¿Cómo eres?

— Yo soy una mezcla. Setenta y cinco por ciento español, veinticinco por ciento alemán.

— Ese veinticinco por ciento ¿a qué corresponde? — inquirió con curiosidad.

— A que adoro la cerveza — respondió él con un guiño—. Y que soy del Bayer de Múnich.

Ella se rio con ganas.

— ¿Cuándo te toca a ti? — le preguntó al cabo de un rato, señalando el escenario.

Él giró la cara y la miró. Le brillaban los ojos y su sonrisa era enorme.

— ¿Te apetece verme haciendo el ridículo?

— Me apetece reírme.

— Eres malvada.

— Naaa — rechazó—. Me reiría contigo, nunca de ti.

— A mí me gustaría hacer otra cosa además de reírme contigo.

Nada más decir aquello, se aproximó un poco más, de modo que sus brazos se rozaron. El sol había calentado la piel de ambos por igual, no obstante, Juls sintió como si la de él estuviese ardiendo contra la suya. No era una sensación desagradable y no intentó apartarse, recreándose en ella mientras se humedecía los labios con lentitud.

— No hagas eso. — Le escuchó decir.

— ¿Eso?

— Sí. No te mojes los labios con la lengua si no quieres que me convierta en un salvaje y me abalance sobre ti.

— ¡Cuanta agresividad! — le lanzó, mirándole a hurtadillas.

A él le refulgían los ojos y no era porque el sol se reflejase en ellos.

— Puedo ser rudo o puedo ser muy suave. Depende.

— ¿De qué depende?

— Del momento.

— Y en un momento como este, ¿qué harías? Estamos en casa de tus padres, rodeados de gente.

— Me encantaría llevarte al agua, abrazarte y robarte un beso — dijo con la voz ronca—. Aunque no sería un beso robado, porque tú querías dármelo.

— ¿Estás seguro?

Él se inclinó y enterró la cara en el hueco de su cuello.

— Sí — le dijo en un susurro, bañando el lóbulo de su oreja con su aliento.

Ella guardó silencio. Su abdomen había comenzado a trepidar. El coqueteo comenzaba a írsele de las manos y a convertirse en puro deseo. Ladeó la cara y le contempló. Él estaba tan cerca de ella que pudo verse reflejada en sus pupilas. Su mirada decía que le hubiera gustado hacer algo más que solo acariciarla con el brazo.

De pronto, hacía mucho calor y Juls solo deseó meterse en el agua.

Me encantaría llevarte al agua, abrazarte y robarte un beso.

A ella también le gustaría, para qué negarlo.

— ¡Jorge! ¡Ven!

La voz del padre de él, llamándole a gritos, la sacó de su abstracción. Carraspeó con fuerza y se dio cuenta del lugar en el que se encontraban. Casi lo había olvidado.

— Creo que vas a tener la oportunidad de verme hacer el ridículo. — Él se apartó y elevó los ojos al cielo.

— ¡Vamos! — gritó su progenitor con un brioso gesto.

Lukas, su amigo y una empapada Erika se habían unido a él en el escenario. Escuchaban la melodía que salía de los altavoces con intensidad, aguardando a que el cantante comenzara a entonar la letra.

— Tengo que ir — exclamó Jorge—. Es como el himno familiar. No me puedo escapar.

Se irguió y le dirigió una disculpa muda antes de ir hacia la plataforma. Ágilmente, se encaramó a ella y se situó al lado de su padre, cuando la primera estrofa salía al aire.

— ¡Y creo que he bebido más de cuarenta cervezas hoy! ¡Y creo que tendré que expulsarlas fuera de mí!

Juls los escuchó cantar con sorpresa. No conocía el tema, pero según iba siguiendo la letra, una risa burbujeante se iba formando en su pecho. ¿Himno familiar? ¿La canción era una pura gamberrada!

Paseó la mirada por el jardín y vio que todo el mundo parecía estar participando de aquella insensatez de algún modo. La amiga de Erika, la novia de Lukas, Dani, Rafa y hasta la propia Mariu se habían reunido delante del improvisado escenario y bailaban y saltaban sin mucho ritmo. La madre de Jorge y su hermano Diego permanecían sentados en torno a la mesa, pero incluso ellos tarareaban y movían la cabeza al ritmo de la música.

— ¡Mi agüita amarilla! ¡Mi agüita amarilla! — cantaba el padre de Jorge en voz muy alta, desafinando a propósito. Se contorsionaba como si le estuviera dando un ataque y Juls le contempló fascinada. En las pausas, acercaba la botella que utilizaba como micrófono al entregado público, animándolos a participar, como si fuera el cantante de un grupo famoso.

Jorge cantaba desaforadamente y se movía con abandono, igual que todos los demás. Juls le estudió maravillada. Parecía como si todo le

importase un carajo, como si no le preocupara lo más mínimo hacer el ridículo o lo que los demás pensarán.

Le encantó su actitud.

Sus miradas se cruzaron y él le lanzó una sonrisa canalla. Ella no pudo más que corresponderle con otra semejante.

Él había comenzado a sudar y su piel tostada brillaba. Además, sus movimientos ponían de manifiesto la perfecta musculatura de sus hombros y espalda, convirtiéndole en un regalo para los ojos, al menos, para los de Juls.

De pronto, todos comenzaron a hacer el loco, a saltar y a berrear el estribillo, ahogando la música en los gritos. La plataforma no era demasiado grande y apenas podía contener a las cinco personas que había sobre ella, pero eso no los impidió cruzarse y chocarse mientras las risas se mezclaban con los aullidos.

Era una auténtica locura.

A Juls la situación le pareció surrealista. Sin embargo, no podía negar que estaba disfrutando cada momento de ella.

Jorge estaba grandioso, ahí, entregado y vibrante.

Ella comenzó a sentir un hormigueo en la punta de los dedos y las ganas de unirse al sarao y darlo todo, como hacían los demás, la acuciaron. Pero, antes de que hubiera podido tomar una decisión, la canción había acabado. Los silbidos y los aplausos se sucedieron y en un par de segundos, un agitado Jorge se encaminaba hacia ella. Traía una expresión satisfecha en la cara y una sonrisa de oreja a oreja.

— Ahora sí que necesito un baño — exclamó, dejándose caer junto a ella—. ¿Qué? ¿Qué te ha parecido? ¿He hecho el ridículo?

— Para nada. Has estado fantástico. ¿Es una canción sobre el pis?

Él se carcajeó con fuerza.

— Sí. Es *Mi agüita amarilla* de Los Toreros Muertos.

— No la conocía y al grupo tampoco. Es pintoresca. ¿Y cómo es que un tema sobre el pis es vuestro himno familiar? — inquirió con ironía.

Él tenía un aspecto tan atrayente y seductor, que las ganas de inclinarse sobre él y devorarlo se le alojaron en el pecho haciendo que el corazón le

palpitara a toda velocidad. Apartó la vista a toda prisa, huyendo de la tentación.

— Mi padre. Ya te he dicho que es un friki — dijo él con una risa.

— ¿Y tu madre qué opina?

— Mi madre es igual de friki, solo que necesita unas copas para lanzarse. Si se bebe unos cuantos chupitos, en breve estará disputándose con mi padre la hegemonía sobre el equipo de música. Ella también es una fanática de la música ochentera. En Alemania también hubo un movimiento musical similar a la movida de aquí. Se llamó *Neue Deutsche Welle*¹³ y tuvo lugar a principios de los ochenta. Cuando mi madre escucha su música se convierte en una fiera.

Juls miró a Anna Schwarz que hablaba con tranquilidad con su hijo Diego. Le resultaba increíble que esa mujer tan elegante y seria pudiera convertirse en aquello que describía Jorge.

— ¿Y tu hermano?

— Diego es Diego — dijo él, alzando los hombros, como si aquello lo explicase todo—. Él sí que tiene que estar muy borracho para participar. Me voy a dar un baño — añadió, cambiando de tema y poniéndose en pie—. ¿Te vienes?

Juls no vaciló. Se incorporó y clavó los ojos en la invitadora piscina.

— Sí, claro.

Un pequeño temblor recorrió sus extremidades al recordar lo que él había dicho de robarle un beso en el agua.

Jorge

Sacó la cabeza del agua hasta que esta solo le cubrió la parte baja de la barbilla y escaneó la superficie para encontrarla.

Juls estaba en la zona que menos cubría de la piscina, junto a la escalera que llevaba al exterior. Se sacudía con energía y las gotas que se desprendían de su pelo corto volaban en todas direcciones, atrapando la luz del sol.

La imagen se incrustó en las retinas de Jorge y entornó los ojos al sentir el calor recorriéndole la parte baja de la espalda.

Con mucha parsimonia, nadó hasta donde ella se encontraba y se detuvo a dos pasos de distancia.

— ¿Bien? — le preguntó.

Ella elevó los párpados y una sonrisa apareció en su boca al verle tan cerca.

— Fantástico. El agua está deliciosa.

— ¿Quieres salir ya? — lo preguntó con desgana. Acababan de sumergirse y no había nadie más con ellos en la piscina. Todos se hallaban fuera, disfrutando del sol y de la música.

— No — contestó ella—. . Todavía no me apetece salir.

Él se irguió en toda su estatura y avanzó otro paso. Uno más y sus cuerpos entrarían en contacto. El agua le cubría por las caderas.

Ella alzó el rostro y le miró, expectante, mientras se echaba el pelo hacia atrás. Parecía querer que él diera ese paso que los separaba.

Transcurrieron unos segundos silenciosos en los que ambos se estudiaron mutuamente. Había una fuerte conexión entre ellos, era indiscutible. Cada vez que sus miradas chocaban saltaban chispas. Jorge no era ajeno a nada de eso y sabía que ella tampoco.

— ¿Qué te parece mi familia? — le preguntó.

— Creo que estáis todos locos y me encanta — contestó ella en voz muy baja—. . Y también tengo un poco de envidia. Mis padres son muy... estirados. Nunca harían nada semejante.

— ¿Te llevas bien con ellos?

— Tengo una buena relación, aunque algo distante.

— ¿Y con tus hermanos?

— Me llevo muy bien, sobre todo con Félix, pero la diferencia de edad se nota. Se marcharon pronto de casa y me he criado como si fuera hija única.

— Vaya. Yo no sé qué haría sin mis hermanos — repuso él, dirigiendo los ojos hacia donde ella miraba.

Diego y Lukas hablaban con sus padres. Erika bromeaba con Rafa y Laura. Y los demás habían tomado asiento en las tumbonas y conversaban.

— Me imagino — dijo ella—. . Se nota que estáis muy unidos.

— Hace calor — dijo él repentinamente—. . ¿Vamos hacia allí?

El sol se había ido desplazando poco a poco y una parte de la piscina, la que estaba en el otro extremo, algo más alejada de la gente, se hallaba a la sombra. Ese era el lugar que él señalaba con el dedo.

— Sí — aceptó ella. Se puso en movimiento, desplazándose por el agua con lentitud, dando brazadas.

La siguió.

La zona en sombra era la más profunda. Él hacía pie, pero ella hubo de sujetarse al borde.

— Puedes agarrarte a mí — ofreció él.

— Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

— Sí. Quería tenerte solo para mí, necesitada de ayuda — bisbiseó.

— No estamos en medio del océano — dijo ella con sarcasmo.

Él apoyó las manos en el borde, enjaulándola con sus brazos. Ella no intentó apartarle. Se limitó a mirarle con los ojos semicerrados, provocadores.

— Creo que el momento del beso robado se acerca — murmuró él.

Ella escrutó el jardín por encima de su hombro.

— Eres un exhibicionista — le dijo.

— No nos ve nadie. Te tapo con mi cuerpo.

Ella chasqueó la lengua.

— Como si no supiesen lo que estamos haciendo.

— ¿Te da vergüenza?

Se acercó tanto al hacer esa pregunta que su torso rozó sus senos. Bajó la mirada y vio que, a través de la tela elástica del bikini, se apreciaban sus pezones endurecidos. No sabía si la causa era por el agua fría o por su cercanía, aunque esperaba que fuera por lo segundo.

— No soy tímida, pero la situación no es la ideal.

— ¿Y si nos sumergimos? — propuso con una sonrisa traviesa—. Debajo del agua no nos verá nadie.

— ¿Es en serio? — exclamó con incredulidad—. Eso me recuerda a cuando tenía trece años y me besé por primera vez con Mario, el chico que me gustaba, en la piscina de una urbanización a la que íbamos en verano.

— Pues no es mala idea. Así recuerdas los viejos tiempos.

Le miró con el ceño fruncido.

Él la sujetó por el talle. Su piel era muy suave. Notó cómo ella se estremecía bajo las palmas de sus manos.

— Estás loco.

— Un poco. ¿No me has visto antes en el escenario? — Le guiñó un ojo — . Venga, te espero abajo. No tardes.

Cogió aire por la boca y se sumergió. Esperaba que ella se uniera pronto a él, aunque no tenía mucha prisa, era capaz de aguantar más de cuatro minutos en apnea. Abrió los ojos y los apuntaló en el cuerpo que se agitaba frente a él. La luz que provenía del exterior jugaba con su piel, creando curiosos claroscuros sinuosos sobre ella, cuya tonalidad aparentaba ser más clara que en la superficie.

No había pasado mucho tiempo, quizá veinte segundos, cuando Juls también se sumergió. Tenía una expresión de extraña desconfianza en su rostro distorsionado por el agua.

Jorge alzó las manos y le acunó la cara con ellas, luego, acercó la boca a la suya y presionó sus labios sobre los suyos mientras Juls se mantenía inmóvil y le dejaba llevar la voz cantante en aquella absurda situación. Se separó con parsimonia, sin quitarle la vista de encima y sin soltarle la cara. Ella parecía realmente sorprendida, como si no le hubiese creído capaz de hacer algo semejante.

Él le sonrió burlón.

Ella liberó el aire por la nariz y multitud de burbujas ocultaron su semblante. Después de eso, le empujó del pecho y emergió con rapidez.

La siguió.

— Es tan ridículo e infantil. — Escuchó que decía mientras se echaba el pelo hacia atrás.

La miró de frente y se encontró con sus pestañas oscuras empapadas, goteando.

— Es infantil — admitió — . Pero reconoce que tiene su gracia. Seguro que nunca te han dado un beso así en años. ¿Soy mejor que Mario?

Ella se rio con ganas.

— Mil veces mejor. Sin ninguna duda — dijo con una mueca.

Él no perdió el tiempo y volvió a arrinconarla contra el borde. De nuevo, se pegó a ella hasta que lo único que separaba sus cuerpos era la tela de sus

respectivos trajes de baño. Su respiración se había acelerado y la de ella también.

— ¿Y si ahora nos damos un beso de verdad? — dijo y bajó la cara hasta que su nariz le rozó la mejilla. Aspiró hondo. Debajo del cloro, olía a mandarina.

No la dejó responder, aunque tampoco parecía muy inclinada a hacerlo. Tenía la mirada nublada y la boca entreabierta, como esperando a que él la apresara con la suya. Y Jorge no se hizo de rogar. Deslizó los labios por su piel, fresca y húmeda, hasta que conectaron con los suyos. Y por fin intercambiaron ese beso del que llevaban hablando un buen rato.

Él disfrutó de su suavidad y tersura, recreándose en cada pequeño detalle, en cada movimiento y sonido. Las puntas de sus lenguas chocaron y ambos dejaron escapar suspiros similares, cargados de anhelo. Sus lenguas terminaron por enredarse del todo y danzaron frenéticas y sin control. Y sus cuerpos imitaron a sus labios, acoplándose; las piernas de ella ascendieron hasta rodearle el talle, mientras él utilizaba las manos para sujetarle los muslos, pegándola todavía más a su cuerpo. No tardó en notar cómo su bañador se tensaba bajo la presión de una pesada erección y gruñó, gruñido que fue a parar al interior de la boca de ella, que inclinó un poco la cabeza con abandono para que él pudiera profundizar todavía más en el beso.

Beso que se prorrogó como si todo lo que había a su alrededor hubiese desaparecido y dejase de importar. No había gente. No había música. No había nada. Solo ellos dos rodeados por el agua, inmersos en el gozo de sus bocas unidas.

Fue él quien recuperó la cordura primero.

A duras penas y con los ojos empañados por la pasión, alzó la cara y la miró. Ella tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad.

— Vaya — murmuró Jorge con voz casi inaudible. Se había quedado sin palabras. El beso había sido mucho más de lo que había esperado.

— Sí — repuso ella—. Vaya.

Como si de repente fuera consciente de su situación, bajó las piernas de su cintura y se apartó de él todo lo que pudo, que apenas fueron unos centímetros. Jorge no trató de detenerla. En realidad, lo que necesitaba en ese momento era distancia, si quería que su miembro dejase de palpar con

brío dentro de su bañador. Quizá no era el lugar más adecuado para tener una erección de ese tamaño, se dijo con ironía.

Juls era puro fuego.

— Ha sido... — comenzó ella, pero se detuvo. Se mostraba mucho más tímida que hacía un minuto.

— ¿Apoteósico? ¿Superior? ¿Indescriptible? — dijo él con tono engreído.

— Tampoco es para tanto — rechazó con un ademán—. No ha estado mal.

La miró con fingido reproche y ella se ruborizó.

— Bueno, ha sido bastante mejor que eso — admitió al fin en voz baja.

— Y con público.

— ¿Crees que alguien nos ha visto? — Su voz sonaba desesperanzada.

Él echó un vistazo por encima de su hombro. Su mirada se cruzó con la de Rafa que le guiñó un ojo y luego con la de Erika que le mostró el pulgar de la mano derecha elevado.

— Seguro que no — mintió.

Ella bufó.

— Mentiroso.

Él soltó una carcajada.

— Y si nos han visto tampoco pasa nada. Así aprenden lo que es un beso de verdad.

Nada más decir aquello, bajó la cara y posó su frente sobre la de ella, pero no intentó acercar su cuerpo. Su erección comenzaba a disminuir y no quería despertarla de nuevo.

— Quiero repetir — susurró.

Ella le apartó, empujándole del pecho.

— Será en otra ocasión, con algo menos de público — le dijo.

— Perfecto. Pero ¿me prometes que va a haber más veces?

Ella se zafó de sus brazos y se alejó, nadando a braza sin darle ninguna respuesta, aunque su sonrisa juguetona lo decía todo.

Jorge la siguió hasta las escaleras. Y no pudo evitar que sus ojos la escanearan de arriba abajo cuando abandonó la piscina y se dirigió hacia donde había dejado su bolsa. Aunque fue algo más que un simple escaneo,

fue un examen concienzudo. Su estrecha espalda que desembocaba en su firme trasero y su sugerente movimiento de caderas. Sexi. Casi lamentó que se envolviera en la toalla y le privase del placer de contemplar su cuerpo. La vio sacudir la cabeza, salpicando pequeñas gotas de agua a su alrededor.

Él tardó en ir tras ella. Se quedó en el agua haciendo tiempo hasta que su miembro adquirió su tamaño normal en reposo. Un rato después se sentaba en la tumbona, a su lado, prescindiendo de toalla mientras el sol le secaba la humedad y le calentaba la piel.

No hubo ni un solo acercamiento más en toda la tarde, pese a que permanecieron uno al lado del otro. Tampoco estuvieron solos en ningún momento. Dani, Rafa, Mariu y su hermano Diego se acercaron a ellos y pronto comenzaron a hablar de música, de series y de cine. Algo más tarde, sus padres abandonaron sus ganas de bailar y también se unieron al grupo. Los temas de conversación se sucedieron.

Jorge, en contra de su costumbre, no habló demasiado. Estaba distraído. No podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido en la piscina. El beso había sido más que perfecto. Hacía mucho tiempo que nadie le excitaba así, con un único y simple roce. Le había dejado con ganas de más. De mucho más.

Mientras Juls se mimetizaba con el ambiente y hacía preguntas y respondía a otras que le formulaban, la contempló a hurtadillas, cuestionándose en silencio si a ella le habría gustado tanto como a él ese instante que habían compartido.

En un momento dado, aprovechando su distracción, acercó la mano que tenía apoyada sobre el borde de la tumbona a la de ella, hasta que sus dedos meñiques se rozaron subrepticamente. Había algo muy íntimo en aquel gesto, teniendo en cuenta la gran cantidad de terminaciones nerviosas que había en las manos y en especial en los dedos y la de millares de sensaciones que se podían experimentar con ellos. Ella no se apartó y él sintió un agradable hormigueo en la mano que le llevó a combar los labios en una sonrisa satisfecha.

Los demás hablaban, bebían y se reían.

A su espalda, Lukas y Erika chapoteaban en el agua con sus amigos.

En el equipo de música sonaba *La chica de ayer* de Nacha Pop.

Y él y Juls permanecían con los dedos unidos, sin moverse.

Y estuvieron así un buen rato, hasta que ella se retiró para tomar un vaso de zumo que alguien le ofrecía. Jorge echó de menos la caricia de inmediato.

El crepúsculo cayó sobre el jardín mucho antes de lo esperado y lo bañó en sombras. Eso supuso el fin de la reunión y la gente comenzó a despedirse. Primero fueron Iván y Eva y, poco después, Erika y Laura anunciaron que iban a bajar a Benidorm a ver a unos amigos. Diego apareció vestido con sus pantalones de cuero y dijo que había quedado con alguien.

Juls y Mariu también se pusieron la ropa.

Tony Alba y Anna Schwarz se despidieron de ellas efusivamente, conminándolas a volver cuando quisieran.

Dani se ofreció a llevarlas a casa, pero Jorge le hizo una señal y la invitación de Dani tornó del plural al singular con rapidez y se dirigió solo a Mariu. Juls miró a Jorge con sorpresa y él puso cara de inocente.

— Lo único es que no te puedo invitar a ir en moto porque mi hermano se la acaba de llevar — le dijo, después de ponerse una camiseta y unas zapatillas.

— Vaya, entonces no sé si es mejor irme con Dani — se burló ella.

— Eh, te olvidas de que tengo un Porsche en el que solo suena Kiss FM. Estoy seguro de que eso no lo supera Dani. Además — añadió en voz muy baja— , soy el que mejor besa bajo el agua.

— Me has impresionado, cierto — repuso con soniquete, dándole un ligero golpe en el brazo—. No me queda más remedio que irme contigo.

La condujo al garaje donde tenía el coche de Rafa, aparcado al lado del monovolumen de su padre. Le abrió la puerta del pasajero, con un ademán exagerado, muy caballeroso y educado y ella accedió al interior y tomó asiento.

Solo unos minutos después estaban en la carretera. Jorge sintonizó la radio a un volumen muy moderado y bajó las ventanillas al tiempo que lamentaba que el trayecto fuera tan corto. El edificio donde ellas vivían estaba a menos de diez minutos de allí. Le hubiera gustado tener a Juls un

ratito más para él, después de haberla compartido con todos los demás las últimas horas.

— ¿Te lo has pasado bien? — le preguntó, echándole una ojeada furtiva.

— Sí. El ambiente era estupendo. — La sonrisa de ella era genuina.

— El domingo que viene nos volvemos a juntar — comentó—. Estáis invitadas.

— ¿Lo hacéis todos los domingos? — lo preguntó al tiempo que se giraba en el asiento para encararle de frente.

— Casi todos. A mis padres les encanta tener gente en casa.

— Son geniales. Me han caído muy bien. Toda tu familia me gusta. Tus hermanos también.

— ¿Incluso Diego? Sé que puede ser abrumador. Es muy serio.

— Me ha parecido muy agradable.

— ¿Y yo? ¿Qué te he parecido yo?

Pudo ver como ella se mordía el labio a la tenue luz del salpicadero.

— Has estado a la altura — dijo al cabo de un rato con ironía.

Él se rio. Le agradaba que fuera capaz de seguirle el rollo y no le tomase muy en serio.

El Porsche se deslizaba con suavidad por el asfalto. No tardaron en alcanzar la Rotonda del Fuego, llamada así porque en su centro había un monolito con una pieza de hierro rojo imitando a una llama. No había ni un solo vehículo en la carretera. Pronto, llegaron a otra rotonda con una fuente en el centro y él puso el intermitente para tomar la primera desviación. Las palmeras se alternaban con otros árboles más convencionales en la mediana y en el arcén, y al fondo, a lo lejos, se podían ver los altos edificios de Benidorm.

— ¿Te voy a volver a ver antes del domingo?

Ella, que miraba absorta por la ventana, dio un respingo al escuchar la impaciente pregunta.

— Estamos de vacaciones. Yo tengo todo el tiempo del mundo.

— ¿Eso es un sí?

— Es un sí.

Él se sacó el móvil del bolsillo del pantalón y se lo tendió.

— Llámame.

Ella no vaciló en hacerlo. Una tenue melodía que no duró demasiado salió desde el fondo de su bolsa. Después, le devolvió el teléfono.

— Voy a estar bastante ocupado mañana y pasado, pero a partir del miércoles estaré más tranquilo. ¿Te llamo y quedamos? Podemos ir a tomar algo o lo que surja...

Dejó la última frase en el aire para que ella la completara como quisiera. Sabía que había empleado un tono provocador, pero a Juls no pareció desagradarle lo más mínimo

— Me parece bien — aceptó con la respiración entrecortada.

A Jorge, la respuesta le repercutió en el bajo vientre. Cogió aire con lentitud y lo expulsó con más lentitud todavía, llamándose al orden.

Después de eso, ambos guardaron silencio.

— Estamos pasando por el mismo sitio que ayer — comentó ella al cabo de unos segundos.

Cierto, estaban atravesando la rotonda del platillo volante.

— Sí. Por aquí se llega a la autopista. ¿Recuerdas que te dije que este vial unía unos pueblos, Finestrat y La Nucía? La casa de mis padres está en una urbanización de Finestrat. Como ves, está muy cerca de Benidorm.

«Demasiado cerca», refunfuñó para sus adentros.

No le apetecía nada separarse de ella todavía. No obstante, al día siguiente iba a madrugar mucho porque tenía una inmersión a las nueve de la mañana con un grupo de ocho personas. Y era lo suficientemente responsable como para no presentarse a trabajar después de haber trasnochado, lleno de cansancio.

Atravesaron la última rotonda y poco después, él detenía el coche frente al edificio donde ella se hospedaba. Aparcó frente al garaje y puso las luces de emergencia, tal y como había hecho el día anterior.

— Bueno — murmuró ella. Si bien lo dijo con voz firme, no parecía tan segura de sí misma como en otras ocasiones.

— Bueno — la imitó él, girándose en el asiento. No pudo evitar que sus ojos traidores se posaran sobre sus labios, que en la penumbra se adivinaban carnosos y sonrosados.

Ella se deshizo del cinturón de seguridad, pero no hizo amago de abandonar el coche.

Él aguardó a que fuera ella la que diese el primer paso mientras una sonrisa despuntaba en su boca.

— No vas a decir ni a hacer nada, ¿verdad? — dijo ella al fin con un suspiro exasperado. Tenía la vista fija sobre el salpicadero.

— ¿Yo? ¿Qué podría yo querer decir o hacer? — dijo con socarronería.

Ella terminó por mirarle de frente. También sonreía.

— Vale — admitió—. Pero acércate tú también que no me quiero clavar la palanca de cambios en la cadera.

— No entiendo a qué te refieres — murmuró él, elevando las manos en el aire.

— Anda, cállate y déjame que te bese.

Él rio sucintamente antes de inclinarse hacia ella y sujetarle la nuca con una de sus manos. Ella se desplazó hacia delante y le echó los brazos al cuello.

Se miraron antes de que sus bocas se encontraran.

No fue un beso largo como el que habían intercambiado en la piscina, fue mucho más breve, pero la intensidad estaba ahí. El choque de labios y lenguas hizo que las chispas saltaran entre ellos.

— Joder, Juls, me dejas sin palabras — le dijo, apartando su boca apenas un milímetro. Se sentía arder por dentro.

— Y tú me dejas sin aliento, Jorge. No sé qué será peor. Sin palabras se puede vivir, sin aliento no — musitó ella con dificultad, alejándose y retornando a su asiento.

Volvieron a fundir sus ojos el uno en el otro.

Finalmente, ella agarró la manija de la puerta, la abrió y se bajó del vehículo, cerrándola tras de sí. Luego se agachó para asomarse por la ventanilla.

Jorge la contempló con un gesto a caballo entre la diversión y la excitación. Ella tenía el pelo corto muy revuelto y le brillaban los labios debido al beso que acababan de intercambiar.

— Ha sido una tarde genial — dijo ella.

— Para mí también. Te llamo esta semana.

— Hazlo.

Parecía reacia a marcharse, aunque al cabo de unos interminables segundos, se incorporó y echó a andar hacia el acceso al edificio.

La siguió con la mirada, recorriendo con avidez su figura menuda. Cuando ella estaba a punto de desaparecer dentro del portal, la llamó una última vez.

— Eh, Juls.

Se giró, aferrando su bolsa de playa con las dos manos. Se mostraba curiosa y llena de expectativas.

— Nada. Solo quería que me miraras una última vez — le dijo.

Ella agitó la cabeza riéndose. Luego se despidió con la mano y desapareció.

Los labios de Jorge se distendieron en una sonrisa que terminó convirtiéndose en una carcajada que le brotó del pecho.

Mientras quitaba el freno de mano y pisaba el acelerador, paladeó su nombre con placer.

— Juls...

Capítulo 10

Juls

Estaba tomándose un café en la terraza frente a su ordenador mientras intentaba encontrar alguna frase original para el artículo que debía entregar en unas horas — mil palabras sobre los diferentes tipos de edulcorantes naturales— , cuando su móvil emitió un pitido.

No sabía muy bien por qué, pero no sintió sorpresa alguna al ver su nombre en la pantalla, pese a que apenas habían pasado quince horas desde que se despidieron en la puerta del edificio.

Jorge: Estás pensando en mí?

Se le escapó una risita al leer el arrogante texto. Jorge iba a por todas.

Ella también.

Juls: Por supuesto. No hago otra cosa, tanto por la noche como por el día.

La respuesta fue un emoji con sonrisa de medio lado. Poco después entraba otro texto.

Jorge: Qué haces?

Juls: Estoy escribiendo un artículo sobre edulcorantes (y pensando en ti, claro). Y tú?

Jorge: Acabo de terminar un bautismo con un grupo de holandeses. Uno de ellos era un chaval impertinente que me cuestionaba todo el rato y me ha sacado de quicio. Dime algo bonito para que pueda reponerme (aparte de lo de pensar en mí todo el rato).

¿Bautismo? La imagen de un bebé lloroso sobre una pila bautismal acudió a ella y la llevó a fruncir el ceño.

Juls: Bautismo? Creía que estabas trabajando.

Recibió unos cuantos emojis partiéndose de risa.

Jorge: Perdona. Bautismo es como llamamos a la primera inmersión de alguien en buceo. Te animarías a sumergirte conmigo algún día?

Se echó hacia atrás en la silla y asentó los ojos en el techo gris de la terraza mientras se daba golpecitos en el mentón con el móvil. No sabía si bucear era algo que le atrajese o no. Jamás se lo había planteado.

Juls: Me lo pensaré.

Jorge: Hazlo. Y ahora dime algo bonito. No me hagas suplicar.

Los labios de Juls se curvaron en una sonrisa. Se los acarició con el dedo índice, recordando el beso del día anterior. Luego, tecleó con rapidez.

Juls: No besas mal.

Jorge: En serio? Eso es todo?

Al texto le siguió un emoji llorando.

La sonrisa de Juls se hizo más amplia. Permaneció un buen rato sin replicar con los ojos fijos sobre la pantalla hasta que, finalmente, la picardía se mostró en su cara.

Juls: Necesito una repetición para poder constatar si eres bueno de verdad o si lo de ayer fue pura suerte.

Solo cinco segundos más tarde, tenía una contestación.

Jorge: Creo que nos vamos entendiendo. Déjate el miércoles por la tarde libre para mí y tendrás todas las repeticiones que quieras.

Un breve temblor le recorrió el abdomen.

Juls: Hecho .

Jorge: El miércoles te llamo y quedamos. Intenta no pensar demasiado en mí y concéntrate en los edulcorantes (aunque seguro que no son tan dulces como yo).

Ella resopló al tiempo que meneaba la cabeza, divertida a su pesar, al leer la presuntuosa respuesta. Envío un emoji con corazones en los ojos y dejó el móvil a un lado, dispuesta a seguir escribiendo. Releyó lo que tenía hasta el momento:

Numerosos estudios sobre el azúcar y sus efectos sobre la salud han propiciado la búsqueda de nuevas formas de endulzar nuestra dieta sin recurrir al azúcar blanco. Las opciones son muchas más de las que pensamos y sus beneficios están fuera de toda duda.

Como comienzo no estaba mal, ¿no? Asintió con convicción y se sumergió en el apasionante mundo de los edulcorantes naturales mientras ansiaba que llegara el miércoles...

De hecho, no tuvo que esperar tanto para volver a saber de Jorge. Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Mariu y ella se tostaban al sol en la playa, cuando recibió un nuevo wasap de él.

Era un meme de un gato con lágrimas en los ojos. Debajo, en letras blancas, se leía: *Si vas a estar todo el día dando vueltas por mi cabeza, al menos vístete.*

Intentó controlar una risa. Él era ingenioso y parecía estar siempre dispuesto a bromear. Le gustaba.

Le echó una ojeada a Mariu, pero esta tenía los auriculares puestos y no se había enterado de nada.

Se incorporó y se sentó sobre la toalla. Mientras daba golpecitos con el dedo índice sobre la pantalla, sus ojos se perdieron un instante en el infinito, allá donde el agua del mar se encontraba con el límpido cielo azul. A unos cuantos kilómetros de la costa, la pequeña Isla de Benidorm se recortaba contra el horizonte.

Que Jorge estaba interesado en ella era una obviedad. Y que ella sentía lo mismo estaba también bastante claro. Tenía ganas de volver a verle. De volver a besarle y sentir su cuerpo musculoso contra el suyo. De ver su sonrisa y de bromear con él. De escucharle cantar desafinadamente todo su repertorio de canciones de Kiss FM.

Vaciló antes de enviar una respuesta. Podía ser bastante descarada. No. *Quería* serlo.

Juls: Sinceramente, tú también estás en mi cabeza y te prefiero sin ropa.

A ese texto le añadió el dibujo de una llama y le dio a enviar. Se quedó mirando el teléfono con un hormigueo en el vientre, aguardando su respuesta.

Jorge: Eres una chica mala mala . Has provocado que se me caiga el móvil el suelo y los niños a los que estoy dando clase se han burlado de mí.

Juls: Estás en la playa?

Jorge: Sí. No estoy lejos de donde estuvimos el sábado. Voy a salir ahora al mar con los niños y las velas. Y tú dónde estás?

Al leer que él estaba cerca de la zona en la que ellas se encontraban, comenzó a girar la cabeza en todas direcciones con inusitado brío.

Juls: En la playa también, donde el otro día.

Jorge: Quizá puedas verme. Mira a tu izquierda y verás las velas de windsurf. Vamos a salir ya al agua . Admira mi cuerpo bronceado, si puedes. Tengo que dejarte ahora. Mañana te llamo.

Juls llevó la vista hacia el lugar que él le había indicado, utilizando su mano como visera. No había mucha gente y su campo de visión estaba despejado. A unos doscientos metros de distancia, no tardó en aparecer un grupo de cinco niños que se internaron en el agua hasta que esta cubrió sus rodillas, después, se encaramaron sobre sus tablas de windsurf y trataron de enderezar las velas. Entre ellos, destacaba una figura más alta que no tuvo ningún problema a la hora de maniobrar con su propia vela. Se había levantado viento hacía un buen rato y este había creado un suave movimiento en el mar, facilitando la práctica de aquel deporte.

Juls se mantuvo expectante para no perderse la escena y vio que dos de los niños tenían problemas para levantar las velas. El instructor, que se deslizaba veloz y con gracia por las olas, como si hubiera nacido entre ellas, hizo un giro sobre sí mismo y regresó para ayudar a sus alumnos. Finalmente, todos parecieron conseguir su propósito y, minutos después, las velas de colores se adentraban en el mar y se deslizaban en paralelo a la costa, impulsadas por el viento.

Ahora que ya sabía que aquel era Jorge, le resultó fácilmente reconocible, incluso desde la distancia. Su pelo, su cuerpo musculoso debajo del chaleco negro y sus piernas morenas y fuertes. Manejaba su vela en tonalidades azules con pericia y ligereza como si fuera la cosa más fácil del mundo. A Juls, esos movimientos sinuosos le parecieron casi hipnóticos.

— ¿Nos subimos ya? Llevamos aquí mucho rato y tengo un calor que te mueres.

La voz de Mariu la sobresaltó. Había estado tan ensimismada que se había olvidado de que no estaba sola.

— Mira — dijo y señaló al grupo de windsurfistas— . Ese es Jorge.

— ¿Cuál?

— El de la vela azul.

— ¿Cómo lo sabes? — lo preguntó mientras se guarecía del sol con la mano sobre la frente.

— Nos hemos mensajeado y me lo ha dicho.

— Mola — dijo Mariu al cabo de un rato de silencio—. ¿Y los otros?

— Son sus alumnos.

— Quédate si quieres, pero yo me subo a casa. Me estoy derriendiendo — dijo Mariu, poniéndose de pie.

— No. Me voy contigo. Son demasiadas horas de sol.

Se sacudieron la arena, recogieron sus cosas y echaron a andar hacia el camino de tablas que conducía fuera del arenal. Alcanzaron el lavapiés y, mientras aguardaban su turno, Juls no pudo evitar que sus ojos fueran una y otra vez hacia las velas y que siguiesen la azul con interés desmedido. La distancia era muy grande para distinguir gran cosa, no obstante, se embebió en la imagen de Jorge que se deslizaba veloz y elegante por el agua que reflejaba la luz del sol con intensidad.

— ¿Te apetece tomar algo o nos lo tomamos en casa? — preguntó Mariu.

— Mejor en casa — repuso Juls. Estaba cansada de playa y tenía ganas de darse una ducha.

Esperó a que dos niños pequeños terminaran de lavarse los pies y luego ocupó su lugar. Presionó el botón metálico y dejó que el agua fría cayera sobre sus piernas y se llevase los granos de arena. Antes de alejarse, se permitió el lujo de voltear la cara una última vez para echarle un vistazo a Jorge y a su grupo de alumnos. Habían virado y se dirigían en dirección contraria, pero siempre en paralelo a la playa.

Era absurdo, pero una parte de ella se hubiese quedado allí, siguiendo los vaivenes de su vela y de su ocupante.

«Estás tonta», se reprochó en silencio con una suave sacudida de cabeza.

Terminó por alejarse y fue tras Mariu, que se había adelantado.

Para llegar hasta el apartamento había que subir una empinada cuesta a pleno sol, sin sombras bajo las que cobijarse, y no tardaron en detenerse a medio camino. Ambas jadeaban trabajosamente.

— Estoy asfixiada. — Mariu se levantó la larga trenza y se abanicó con la mano.

— Es que llevas una manta incorporada a la nuca. Si tuvieras el pelo como yo.

— Yo tengo la cara ahuevada — dijo con un encogimiento de hombros — . El pelo corto me sienta fatal.

— Venga, vamos, cara huevo — se burló Juls, dándole un empujón.

Siguieron andando mientras se lanzaban tontos epítetos la una a la otra y soltaban risas tontorronas. La conversación terminó por recaer sobre Jorge y Dani.

— Creo que mañana por la noche no voy a dormir en casa — dijo Mariu con una risita.

— ¿Y eso? ¡Menudo pendón!

— Dani libra y me ha invitado a su casa.

Juls sonrió con fingida severidad.

— Usad protección, niños.

— Sí, mamá — dijo con retintín— . ¿Y tú y Jorge? — Cambió de tema con rapidez, preguntándolo en voz baja.

Se habían detenido frente al semáforo que atravesaba la ancha avenida que había antes de llegar a su calle y estaban rodeadas por otras personas.

— Jorge y yo, pues por ahora nada, aunque no creo que tardemos mucho si las cosas siguen así.

— Hay tensión sexual no resuelta en el ambiente — constató Mariu lo evidente.

— Ufff, mucha — dijo y un suave aleteo se instaló en la boca de su estómago al recordar los besos del fin de semana— . Mucha... — volvió a repetir con voz entrecortada.

El semáforo se puso en verde y Mariu le dio un ligero codazo para animarla a ponerse en marcha.

Gracias a que había dos baños en el piso y la caldera funcionaba muy bien, pudieron ducharse las dos al mismo tiempo. Juls terminó la primera y fue a la cocina a buscar una botella de agua de la nevera. Con ella en la mano, se encaminó a la terraza y tomó asiento en una de las butacas mientras la brisa le agitaba el corto cabello. Encendió el portátil y comenzó a revisar sus emails.

No habían transcurrido más de diez minutos cuando su móvil comenzó a sonar. El corazón le dio un saltito en el pecho pensando que era Jorge, pero al coger el teléfono vio el nombre de su ex y su excitación se enfrió.

Cortó la comunicación con brusquedad, esperando que eso le dejara claro a Sergio que no quería saber nada de él.

Solo veinte segundos después, recibía un wasap.

Sergio: Tengo que hablar contigo. No puedes ignorarme siempre.

«Ya verás como sí».

No se dignó a contestarle. Sergio estaba muerto y enterrado para ella.

No eres lo que estoy buscando, Juls. A tu lado no encuentro emociones. Quiero marcharme y buscar otra cosa. Esta relación ha sido un error desde el principio. Nunca me has dado lo que yo quería. Eres una tía genial para otro tipo de hombre, pero para mí no eres la adecuada. Necesito mi espacio y tú estás siempre ahí, en todas partes. Y ya no lo aguanto. Estoy agobiado.

Todas aquellas frases hirientes que él le dijo cuando rompieron volvieron a acudir a su cabeza, lacerándola por dentro. Ella tampoco fue demasiado amable con él y terminó por echarle mil cosas en cara, solo que a él no pareció afectarle demasiado. A ella, por el contrario, esa última discusión que tuvieron le hizo muchísimo daño.

Cerró los ojos y trato de borrarle de su mente y centrarse en otra cosa.

Un pitido le anunció la llegada de un nuevo texto. Frustrada, volvió a coger el móvil dispuesta a apagarlo si era necesario, pero no era Sergio.

Jorge: Me has visto? Qué te ha parecido? Soy espectacular sobre la tabla, no lo niegues.

Sonrió con ganas.

Bendito Jorge que venía a sacarla de sus cavilaciones.

Juls: Pero cuál eras tú? El de la vela roja? Ese al que se le caía todo el tiempo?

Jorge: Graciosa la niña... Pórtate bien si quieres que mañana te lleve a un sitio especial.

Juls: Soy un angelito.

Jorge: Angelito? No me hagas reír. Cómo llevas lo de montar en moto?

Hacía un siglo que no lo hacía, desde que su hermano Félix vendió la que tenía.

Juls: Conducirlas no es lo mío, pero de paquete soy la mejor.

Jorge: Perfecto, te conseguiré un casco. Mañana te llamo y concretamos la hora. No te pongas falda o corremos el riesgo de que no me

pueda concentrar en la carretera.

Se quedó mirando la pantalla con los ojos brillantes.

Juls: No te preocupes, llevaré pantalones... pero muy cortos.

Jorge: Me matas.

Juls dejó el aparato sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla. Se le había formado un pequeño nudo de expectación en la garganta. ¿Qué tenía aquel chico que hacía que se sintiera tan bien? No lo sabía, pero lo estaba disfrutando.

Sergio quedó olvidado por completo.

Capítulo 11

Jorge

Atrapó al vuelo las llaves que le lanzó su hermano.

— Te la voy a cuidar, no te preocupes — le dijo.

— Lo sé. Si no fuera así, no te la dejaría — repuso Diego. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y apoyaba la espalda en el muro exterior de la casa de sus padres.

Jorge se dirigió hacia la moto, que estaba aparcada frente a la acera, pero antes de llegar a ella se dio media vuelta.

— Te la devuelvo sobre las diez y media, ¿te parece bien?

— Me parece. Te espero aquí.

Después de decir eso, Diego alzó una mano en señal de despedida, se dio media vuelta y desapareció detrás de la puerta metálica que daba al jardincito delantero.

Jorge se encaramó a la moto, pero antes de arrancarla le mandó un wasap a Juls.

Jorge: Ya tengo la moto. En diez minutos estoy ahí. Espero que te hayas puesto guapa para tu hombre, nena! (Los motoristas hablan así, no?)

Ella le respondió con unos cuantos emojis riéndose.

Juls: Te espero abajo en la puerta.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y se puso el casco. Arrancó y el motor de la Triumph Bonneville T120 emitió un rugido gutural y sinuoso que hizo vibrar su cuerpo. Lástima que solo hubiera cuatro kilómetros hasta su destino y que el límite de velocidad en esa carretera fuera de cuarenta kilómetros. No iba a poder disfrutar demasiado de la velocidad.

Adoraba montar en moto. Una inexplicable sensación de libertad tomaba posesión de él cuando las ruedas se pegaban al asfalto y el viento le golpeaba el casco. Se notaba liviano y ligero. Era una emoción similar a la que sentía cuando hacía windsurf.

Mientras maniobraba la moto por el asfalto, sus pensamientos se dirigieron hacia Juls sin que pudiera evitarlo. Tenía ganas de verla. Era insólito que esa chica, a la que apenas conocía, se le hubiera metido así bajo la piel, con tanta rapidez. Solo habían transcurrido tres días desde el domingo y ya tenía la sensación de echarla de menos.

Era ridículo.

No obstante, mientras se iba acercando al edificio en el que ella vivía, una sensación de burbujeante entusiasmo comenzó a invadirle.

Tal y como Juls le había dicho, estaba abajo, esperándole en la puerta. Llevaba unos vaqueros muy cortos, como pudo constatar apreciativamente, una camiseta rosa y unas deportivas. A su espalda colgaba una mochila azul y su boca lucía una sonrisa deslumbrante. Nada del otro mundo y, sin embargo, cuando Jorge la vio, la sensación de plenitud que ya sentía en el pecho se hizo todavía más grande.

Esa chica le robaba el aliento.

Detuvo la moto justo frente a ella y se levantó la visera del casco con fingida arrogancia.

— Nena — dijo con exageración— . Aquí está tu hombre.

Ella prensó los labios para ocultar una risa.

— ¿Estás seguro de que sabes conducirla?

Jorge pretendió estar ofendido y se llevó una mano al pecho.

— Súbete y te hago una demostración.

Nada más decir eso, giró el tronco en el asiento y desenredó el pulpillo en el que llevaba el otro casco sujeto a la parte trasera. Se lo tendió.

— Es de Erika. Espero que te sirva.

Su hermana también tenía una Yamaha YBR 125 Custom del 2008. Si bien no permitía que nadie se acercara a su moto, con el casco no tenía problema y no había puesto pegas a la hora de prestárselo.

Juls se lo ajustó bajo la barbilla.

— Es perfecto — le dijo.

— ¿Has montado alguna vez en moto?

— Alguna vez. Mi hermano Félix tenía una.

— Bueno, estoy seguro de que montar con tu hermano no es tan sexi como montar conmigo — le dijo con un guiño canalla.

Ella puso los ojos en blanco. Luego, apoyó el pie en uno de los estribos y, sujetándose a sus hombros, se encaramó a la moto. Jorge notó el peso extra sobre la suspensión de la máquina y el cuerpo de ella pegado a su espalda.

— Tienes que abrazarte muy fuerte a mi cintura — le dijo, tomando sus manos y obligándola a que se aferrase a él con firmeza—. Todo lo que puedas — añadió con tono aterciopelado e inocente—. Es que ir en moto es muy peligroso.

La escuchó reír.

— No te preocupes. Te abrazaré tan fuerte que te traspasaré.

Jorge aceleró sin soltar el freno, disfrutando con el bronco sonido del motor. Después, sin más dilación, se puso en marcha y no tardó en alcanzar Vía Parque, el amplio vial que conducía al centro.

Repentinamente, ella golpeó su hombro con suavidad, sorprendiéndole. Él redujo la velocidad y estacionó en un lateral.

— ¿Todo bien? — le preguntó, subiéndose la visera y girando la cabeza.

— Sí, sí, perdona. Es que estoy flipando. ¿Eso qué es? — Señaló a su derecha, al monstruoso edificio que se erguía a pocos metros de la carretera.

Jorge volteó la cara hacia donde ella indicaba.

— Es la Torre Intempo — explicó—. Todavía no está acabada, aunque no creo que tarden mucho. La empresa constructora tuvo problemas de financiación y las obras estuvieron paradas mucho tiempo, pero ahora se la ha quedado otra empresa y están trabajando a marchas forzadas.

— Tiene una forma peculiar — murmuró Juls.

— Como las dos torres parecen dos unos y con el cono ese superior invertido la estructura tiene forma de M, se rumoreaba que el diseño era un homenaje a los atentados del 11-M, pero el arquitecto lo desmintió. Pura casualidad.

— Es gigantesca.

— Creo que mide unos doscientos metros. Es el edificio más alto de Benidorm y el quinto de toda España. Una pasada, ¿verdad?

Ella volvió a asentir.

— Si ves algo más que te interese, me das un toque y paro, sin problema — ofreció él.

Tras unos segundos más admirando la imponente obra arquitectónica, se pudieron en marcha de nuevo por el amplio vial, desprovisto de vehículos. No era una carretera muy transitada.

Jorge compuso una mueca satisfecha, mientras sentía los muslos de Juls pegados a los suyos y sus manos cruzadas justo encima de su abdomen, sobre la fina tela de su camiseta. No se arrepentía en absoluto de no haber cogido una chaqueta. Cada vez que frenaba, ella se echaba hacia delante. Incluso podía notar la curva de sus senos adherida a los músculos de su espalda y una ola de calor le recorría cada vez que aquello sucedía. Llegó a frenar un par de veces sin necesidad, disfrutando de esos íntimos instantes.

El lugar al que se dirigían estaba en el otro extremo de Benidorm, a unos quince kilómetros, y el trayecto resultó bastante interesante con la brisa casi veraniega estallando contra sus cuerpos y arrastrando el calor del sol. Hacía tiempo que Jorge no iba por allí, pero no había olvidado el camino. Para que ella viera un poco más de la ciudad, en lugar de tomar la circunvalación, callejeó por el centro hasta alcanzar la Avenida del Mediterráneo que corría en paralelo a la playa de Levante. Había mucha gente paseando por las aceras y el tráfico era denso a esa hora de la tarde — eran las siete y media —, y las calles y los comercios bullían de actividad.

Se detuvo en un semáforo y se subió la visera.

— ¿Cómo vas? — preguntó en voz en alta para hacerse entender por encima del ruido.

— Muy bien.

Quizá fue un movimiento inconsciente, pero una de las manos de ella subió un poco más, deteniéndose justo debajo de su pectoral izquierdo. Jorge no pudo analizar exactamente lo que sentía porque el semáforo cambió a verde y hubo de ponerse en marcha de nuevo.

Al final de la avenida, enfiló hacia la izquierda y comenzó a internarse en las calles que los iban a llevar a la parte más alta de la Sierra Helada. Pronto, dejaron atrás los edificios y se internaron en la montaña. La carretera comenzó a serpentear por la ladera de esta y las curvas se hicieron más frecuentes. Conducía con cuidado, respetando la velocidad porque, aunque la calzada estaba asfaltada, se hallaba en mal estado, no tenía arcenes y era bastante estrecha a pesar de ser de doble sentido.

Llegaron por fin a un punto en el que los árboles y la maleza que crecía en los márgenes se aclararon y pudieron vislumbrar, bastante más abajo, las partes más altas de los edificios de la ciudad, junto a un mar que se extendía ante ellos, precioso y calmado, bañado por la luz del atardecer.

Jorge podía notar cómo Juls se aferraba a él con más fuerza, sin lugar a dudas, presa de la excitación que las preciosas vistas provocaban en ella.

No tardaron en llegar a su destino. Había un par de coches aparcados allí y un grupo de chicos haciendo fotos a la playa. Él dejó la moto junto a los hitos blancos al final del camino, apagó el motor y se quitó el casco. Ladeó la cara para mirar a Juls y se encontró con que ella también se había despojado del suyo y observaba el entorno con una expresión maravillada.

— ¿Qué te parece?

— ¡Es una pasada!

— Ven, vamos a subir a la Cruz.

Se bajaron de la moto y dejaron los cascos colgando del manillar. Jorge se puso delante, abriendo camino para dirigirse hacia la explanada que bordeaba el mirador. Nunca supo quién hizo el primer acercamiento, pero se encontró con la mano de Juls en la suya mientras ascendían por la escalera de madera. Echó un vistazo a sus dedos unidos antes de tirar de ella con suavidad.

Cuando llegaron arriba, se encontraron frente a la alta cruz de hierro que dominaba la sierra y desde la cual se podía observar toda la ciudad, la costa y las montañas. No había nadie más allí.

Juls dejó escapar un suspiro, sorprendida, y se acercó a la barandilla de madera.

— ¡Qué maravilla!

Benidorm, la cosmopolita urbe teñida por la luz crepuscular, se extendía ante sus pies. Los altos edificios comenzaban a cubrirse de sombras y el mar era un espejo que absorbía las vibrantes tonalidades anaranjadas y doradas de una esplendorosa puesta de sol.

— ¿Te gusta? Es la mejor hora para subir — dijo él, situándose tras ella.

— ¡Es precioso!

— Te dije que merecería la pena.

Quizá inconscientemente o impulsada por la atmósfera llena de intimidad, ella se echó hacia atrás y se apoyó sobre el pecho de él. Jorge inclinó la cara y aspiró el aroma de su corto cabello. Se mantuvieron en silencio, paladeando el ambiente mientras el sol se ponía con lentitud y todo parecía ralentizarse a su alrededor.

— Me encanta que me hayas traído aquí. No me esperaba algo así.

— Hacía tiempo que no venía — admitió él—. Casi había olvidado lo bonito que es esto.

— ¿La cruz tiene algún significado religioso? — preguntó ella, dándose la vuelta y mirando la estructura.

Él se apartó a regañadientes y hurgó en su memoria tratando de recordar los sucesos que habían llevado a que la cruz estuviera allí.

— En su momento lo tuvo, ahora ya no. En los años sesenta se puso de moda que el turismo extranjero viniera aquí de vacaciones y, como era natural, las extranjeras usaban bikinis. Por aquel entonces no estaba muy bien visto, por la dictadura y Franco. La iglesia se oponía a ese tipo de turismo del pecado — explicó mientras sonreía socarrón—. El obispo de Orihuela amenazó con colocar un cartel a la entrada del pueblo en el que pusiera *Infierno*, para avisar a la gente de lo que era Benidorm, pero al final se decantaron por poner una cruz aquí arriba, para recordar a los habitantes de la ciudad que Dios los observaba. Se organizó una procesión y todo — se rio—. Esta no es la cruz original, la de verdad era de madera, pero un temporal la destruyó en los setenta. Aunque ya no tenía sentido el motivo religioso, la cruz era ya tan popular que decidieron volverla a poner. Esta es de hierro de restos de material ferroviario.

— ¡Qué fuerte! — murmuró ella cuando hubo terminado.

— Ahora ya no tiene ninguna connotación religiosa. La gente joven viene aquí a hacer botellones o a enrollarse.

Ella guardó silencio antes de apartar la mirada de la cruz y buscar la de él.

— ¿A eso hemos venido?

— Sí. A hacer botellón — repuso con malicia, posando una mano sobre su hombro desnudo. Cálido y suave.

— ¡Qué granuja eres! — le dijo con los párpados entornados.

— Más de lo que te piensas.

Ella se apartó y dio unos cuantos pasos hacia un lado, volviendo a apoyar las manos sobre la barandilla de madera para contemplar el mar.

— Se te da bien contar historias — dijo, de repente— . Cuéntame otra.

Él comenzó a estrujarse los sesos, tratando de recordar algo más que hubiera aprendido en el colegio sobre la ciudad.

— Te puedo relatar la leyenda de la Isla de Benidorm y del Puig Campana — dijo, dejando que su mirada se posara sobre el pequeño islote en medio del océano.

— ¿El Puig Campana? — inquirió ella curiosa.

— Sí, esa montaña de allí. — Señaló hacia la cumbre que se recortaba al fondo— . También la llaman la montaña mágica de Finestrat.

— ¿Hay una leyenda?

— Siempre hay una leyenda en alguna parte — corroboró él, dando unos pasos y situándose a su lado— . Espero acordarme de todo.

— Seguro que sí — le animó.

La estudió, hundiéndose en la profundidad de sus iris castaños antes de comenzar.

— Dicen que hace cientos de años habitaba en una cabaña en las faldas del Puig Campana un gigante llamado Roldán. Un buen día, una doncella se atravesó en su camino y aunque tan solo cruzaron una mirada se enamoraron perdidamente el uno del otro — se detuvo un momento— . A veces pasa — dijo con sonrisa burlona antes de continuar— . El caso es que se fueron a vivir juntos a la cabaña de él. Allí vivieron felices durante mucho tiempo como sucede en todos los cuentos. Pero un día en el que Roldán paseaba por el bosque se encontró con una figura misteriosa y oscura que le advirtió de que su mujer se estaba muriendo y que, cuando el último rayo de sol de aquel día se escondiera tras la montaña ese sería el último segundo de la vida de ella.

— Qué trágico — murmuró Juls.

Le miraba con los ojos fijos sobre sus labios, pendiente de la historia. Él carraspeó y trató de no distraerse.

— Roldán volvió corriendo a su cabaña y se encontró con que lo que aquel ser le había dicho era cierto, su mujer estaba agonizando. Y cuanto

más avanzaba el día, su estado de salud empeoraba. Desesperado, queriendo que los rayos del sol iluminaran su cabaña más tiempo para poder prolongar la vida de su adorada mujer, golpeó la montaña con tanta fuerza que un trozo de roca se desprendió de su cumbre y fue a parar en medio del mar, creándose una isla. Esa isla. — La señaló con el dedo índice—. Y en la cúspide del Puig Campana apareció una grieta con forma de ventana por la que el sol siguió iluminando la cabaña durante unos cuantos minutos más. Pero, finalmente, este se puso. — Hizo una pausa muy efectiva y miró a Juls que seguía el relato con los labios entreabiertos—. Se cuenta que Roldán cogió a su esposa en brazos y la llevó hasta la isla que él mismo había creado y que, allí, ella exhaló su último aliento en una noche de luna llena. Él se acostó a su lado y se dejó morir también junto al cuerpo de su amada.

Terminó el relato bastante orgulloso de sí mismo por haberlo recordado correctamente. Jamás hubiera pensado que aquella información que había adquirido en el colegio hacía tantos años le fuera a servir para algo.

— Es muy triste — susurró ella—. Ambos mueren.

— Pero juntos.

— Sí. La verdad es que es una historia preciosa.

El silencio se cernió sobre ellos mientras el sol se ponía poco a poco y la penumbra ahuyentaba los pequeños retazos de luz que todavía flotaban en el ambiente.

De pronto, ella le tomó del brazo y le giró para poder tenerle de frente. Él izó una ceja con perplejidad, no obstante, no ofreció resistencia alguna. La observó curioso, esperando a que ella le explicase su repentina reacción

— Tengo ganas de besarte.

Aquella aseveración le pilló desprevenido, pero no tardó en recuperarse.

— ¿Y por qué te reprimes? Hazlo — la conminó, humedeciéndose los labios con anticipación.

— ¿Tú quieres besarme?

— Mírame y dímelo tú.

— No puedo verte bien, las sombras...

— Me muero por hacerlo, Juls — la interrumpió.

No hubo más palabras.

La sujetó por el talle y ella se puso de puntillas al tiempo que le posaba las manos sobre las mejillas. Dos milésimas de segundo más tarde se besaban.

Jorge cerró los ojos y se olvidó de todo lo que no fuera la dulce boca de ella, que se entregaba a él sin remisión. Se respiraron mutuamente mientras sus torsos chocaban y sus manos comenzaban a deambular por la piel del otro sin encontrar resistencia. Jorge le acarició la espalda desnuda por debajo de la camiseta, mientras notaba cómo ella deslizaba los dedos por su cara y su cuello.

— Me gusta — jadeó él.

— Me gusta que te guste — le correspondió ella.

Y sus bocas volvieron a colisionar.

Cada vez que se besaban era como un estallido de fuegos artificiales. Labios, lenguas y dientes. Todo conectado y encajando milimétricamente.

Tardaron en separarse, sofocados y con un palpitante anhelo de ir algo más lejos.

Fue Juls la que rompió el contacto y se alejó hacia la barandilla, donde sus manos encontraron reposo sobre el travesaño superior. Detrás de su figura, a sus pies, la ciudad pulsante despertaba y las luces de los altos edificios comenzaban a llenar el oscuro paisaje de puntitos luminosos. Jorge tardó solo unos segundos en regular su respiración y recuperar el aplomo que el desenfrenado beso le había robado. Se pasó la mano por el pelo que el casco de la moto había aplastado y expelió un suspiro casi inaudible.

Las cosas avanzaban muy rápido entre ellos, tan rápido que daba vértigo.

La observó unos instantes antes de aproximarse y pegar el torso a su espalda, apoyando las manos en la madera junto a las de ella y la barbilla sobre su hombro derecho. Su mirada se perdió en el océano de color naranja mientras la sentía estremecer entre sus brazos.

— Me estás empezando a gustar bastante, ¿sabes? — La escuchó decir.

El calor le recorrió por entero y la sangre fue a parar a su entrepierna. La reacción de su cuerpo no le sorprendió gran cosa. Esa chica le volvía loco.

— Tú a mí también — le dijo al oído.

— ¿Qué podemos hacer ahora?

— Lo habitual, seguir adelante, ¿no? Ya sabes, empezamos por los besos y los abrazos y lo demás ya se irá viendo.

Ella dejó escapar una risa antes de girarse entre sus brazos y dejarse caer contra su pecho, enterrando la cara en el hueco de su cuello.

Hubo más besos, algunos profundos y pasionales, otros suaves y ligeros. Y el tiempo pareció volar y escurrirse entre los jirones de la oscuridad que los envolvía. Tomaron unas cuantas fotos, algunas del paisaje, otras de ellos mismos en modo selfi mientras intercambiaban más besos y cruzaban comentarios divertidos y provocadores.

Eran casi las diez de la noche cuando Jorge la tomó de la mano y la dirigió al lugar donde habían aparcado la moto. Ella se dejó guiar con docilidad. La sesión de besos parecía haberla desarmado por completo. Al igual que le sucedía a él. Ninguno de los dos podía parar de sonreír.

La temperatura había bajado y el trayecto de vuelta no fue tan agradable como el de ida. Ella se aferró a él con fuerza para resguardarse del viento, y él no paró de acariciarle los brazos, tratando de insuflarle algo de su calor corporal.

— La próxima vez tenemos que coger una chaqueta — le dijo él cuando paró la moto frente a su edificio. Se alzó la visera y aguardó a que ella descendiera.

— O un coche — repuso ella, situándose a su lado y tendiéndole el casco de Erika.

Él lo tomó y lo aseguró con el pulpillo a la parte trasera del asiento.

— Tienes razón. El coche es mucho más cómodo. Date prisa y sube a casa, estás congelada — añadió.

Juls asintió con energía, pero no hizo amago alguno de moverse. Trasladó el peso de una pierna a otra mientras le contemplaba con intensidad.

— A pesar de que voy a estar liado, quiero verte — le dijo él—. Te llamo mañana.

— Perfecto.

Jorge dejó escapar una maldición por lo bajo al percatarse de que los dientes de ella acababan de empezar a castañetear.

— ¡Vete! — le pidió con firmeza.

Ella no le hizo caso y alzó una mano, tendiéndosela. Él la atrapó con la suya y sus dedos se entrelazaron. Los de ella estaban helados y él los presionó con suavidad. Sus pensamientos empezaron a correr raudos por su mente como los de un adolescente, desesperado por memorizar la forma en que sus manos se unían para recordar ese momento después, cuando estuviera a solas.

Pensó en apagar el motor, aparcarse la moto y subir con ella a su piso. Pensó en apresarla contra la pared del ascensor y comerle la boca. Pensó en quitarle la ropa con parsimonia y dejarla desnuda frente a él. Pensó en acariciar todo su cuerpo, recorriendo cada centímetro de su piel. Pensó en llevársela a la cama y en poseerla y dejarse poseer.

El depósito de gasolina de la Bonneville se clavó dolorosamente en su miembro que comenzaba a adquirir vida.

Entonces, Juls, sin previo aviso, soltó su mano y se dio la vuelta, echando a correr hacia el portal. Justo antes de llegar, se giró y le lanzó una mirada cargada del más puro deseo que le dejó sin aliento.

Y desapareció.

— ¡Mierda! — masculló él.

Se colocó como pudo el pantalón, tratando de encontrar una posición más cómoda, pero le resultó imposible. Suspiró con resignación. Iba a tener que esperar antes de poder ponerse en marcha. Conducir una moto con una erección era un asunto peliagudo.

Mientras aguardaba a que su cuerpo se serenase, se sacó el móvil del bolsillo y le mandó un mensaje.

Jorge: Ya es mañana? Ya puedo llamarte?

Solo un minuto después tenía su respuesta.

Juls: En Pekín ya es mañana.

Él sonrió de medio lado antes de despojarse del casco y apagar el motor. Marcó su número y se llevó el móvil a la oreja. Ella respondió la llamada al segundo tono.

— Sé de buena tinta que ya es mañana en Pekín, por eso te llamo.

Capítulo 12

Jorge

No debería haberse alegrado tanto de la enfermedad de Dani, pero lo hacía.

Cuando aquella mañana de sábado sonó su teléfono y su amigo le dijo que tenía fiebre y que no podía ir al concierto de Ara Malikian esa noche, su primera reacción fue lamentarlo, pero rápidamente cambió de opinión y se entusiasmó con la idea de pedirle a Juls que fuera con él.

Y ella aceptó.

No habían vuelto a verse desde el miércoles, cuando la dejó en la puerta de su piso y después la llamó por teléfono como si fuera un adolescente imberbe y enamorado. Cada vez que recordaba la escena, no podía hacer otra cosa más que menear la cabeza con estupor. A decir verdad, no pasó nada especial de lo que pudiera avergonzarse, solo habían hablado unos cuantos minutos, bromeando y sin decirse nada importante, como si ambos trataran de evitar entrar en conversaciones demasiado profundas.

Todo muy maduro, pensó con cinismo.

El jueves y el viernes se habían enviado wasaps unas cuantas veces, la mayor parte de ellos meramente informativos, en plan: *Qué estás haciendo? Yo estoy a punto de comer con mis compañeros de trabajo. He tenido un día bastante complicado* . A lo que ella había respondido: *Yo también estoy trabajando, tengo que entregar dos artículos esta tarde* .

Comunicación irrelevante.

Aunque también había habido otros textos más desenfadados y bastante más locos, como los que habían intercambiado el día anterior por la noche.

Una risa brotó de su pecho al recordarlo y no pudo evitar coger el teléfono y volver a releerlos.

Jorge: Te puedes creer que hoy solo he pensado en ti novecientas veinte veces?

Juls: Perdona, pero ¿quién decías que eras?

Jorge: El hombre que te ronda por la cabeza, ese ser perfecto que lo hace todo bien...

Juls: Brad Pitt?

Jorge: Algo menos rubio y un poco más joven, pero igual de guapo, seguro.

Juls: No caigo ahora mismo.

Jorge: Piensa en el mejor beso que te hayan dado en tu vida y tendrás la respuesta.

Juls: José Luis Pérez de Bachillerato. Cómo has conseguido este número, José Luis?

Jorge: Me rindo.

Juls: Nooo, ahora que se estaba poniendo interesante. Vale, lo admito, yo también he pensado en ti hoy, casi tanto como tú, novecientas diecinueve veces.

Jorge: Y qué pensabas? Algo picante?

Juls: Sí, en esos besos que me das, y en que quizá quiera más.

Jorge: Te das cuenta de que acabas de hacer un pareado?

Juls: Te ha gustado? Puedo hacer más. Cómo se te da ti lo de rimar?

Jorge: Me gustaría poder abrazarte y después también besarte. ¿Qué tal este?

Juls: Eso sería excitante y sin duda muy alucinante.

Jorge: Jajaja. Qué chica más lanzada y no dices ninguna chorrada.

Juls: Siempre hablo en serio, tengo muy buen criterio.

Jorge: Centrémonos en los besos para que hagamos progresos.

Juls: Acepto encantada, adoro ser besada.

Jorge: Quieres que repitamos y que hagamos algo más que cogernos de las manos?

Juls: Me gusta como piensas, estás derribando mis defensas.

Jorge: Eso es un sí? Todo depende de ti.

Juls: Eres un poco canalla... no me gusta la caballa...

Jorge: Caballa???? Cómo hemos pasado de hablar de besos a hablar de pescado?

Juls: No se me ocurría otra rima con canalla.

Jorge: Calla, pantalla, toalla...

Juls: Eres un canalla, devuélveme la toalla? Pfff...

Jorge: Jajaja

Levantó la cara de la pantalla y soltó una nueva risa. Juls era muy ingeniosa. Le gustaba estar con ella. Aunque apenas se conocían, ya se había establecido entre ellos una conexión especial.

— ¿De qué te ríes tu solo?

La voz de Diego le hizo girar la cabeza.

Su hermano acababa de salir al jardín de sus padres, donde se hallaba Jorge, que se secaba al sol en una de las tumbonas.

— De unos mensajes — respondió con ambigüedad.

— ¿De Juls? Por tu cara solo pueden ser de ella.

Diego se quitó la camiseta, quedándose solo con el bañador, y tomó asiento en otra de las tumbonas.

— Sí. Son de ella. Es muy divertida.

— Eso es genial. Se nota que te gusta. Estás idiotizado. — A pesar de la seriedad de su tono había un poco de guasa en sus palabras.

— Lo estoy. Reconozco que me gusta bastante — admitió con un suspiro.

— ¿Habéis quedado hoy otra vez?

— Sí. Dani se ha puesto enfermo así que voy con ella al concierto de Malikian. He quedado en recogerla en una hora.

Diego había cerrado los ojos y parecía disfrutar del sol.

— ¿Vais a venir mañana? ¿O prefieres tenerla solo para ti?

Jorge vaciló. Si bien era cierto que le apetecía pasar tiempo a solas con Juls, al día siguiente, por la tarde, sus hermanos — Erika y Lukas — habían organizado una tarde de cine en el chalet, aprovechando que sus padres se habían ido a Madrid ese fin de semana. Estaba seguro de que, si se lo comentaba a Juls, esta no tendría inconveniente alguno en asistir.

— Es probable que vengamos. ¿Tú vas a venir? — le preguntó a Diego.

— Sí. Erika me ha amenazado, así que me pasaré. Tampoco tengo otros planes — repuso, encogiéndose de hombros.

— Últimamente te noto de bajón. Estás apático.

— Estoy cansado. Trabajo mucho.

Diego era ilustrador y de los buenos. Además de trabajar para diferentes editoriales y revistas, ayudaba también a sus padres en la imprenta.

— Es algo más que eso — rechazó.

Su hermano se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en su espesa melena.

— Es complicado.

— ¡Lo sabía! Sabía que había algo más.

De por sí, Diego era circunspecto y bastante serio, pero desde hacía un par de meses su carácter parecía haberse ensombrecido del todo. Algo estaba pasando, eso era innegable.

— No quiero hablar de ello. Solo te diré que es un problema sentimental.

— ¿Has conocido a alguien?

— Puede ser.

— ¿Te has enamorado de alguien que no te corresponde?

— Quizá — gruñó — . No me hagas más preguntas y cuéntame más sobre esa chica que te tiene tan emocionado.

Jorge no replicó. Diego era muy suyo y si no quería hablar de algo, no lo haría. Carraspeó y se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la tumbona.

Juls...

¿Por dónde podía empezar?

— Me hace reír.

Juls

En cinco minutos Jorge estaría allí y todavía no sabía qué camisa ponerse. Tampoco tenía mucha elección. Sopló exasperada mientras miraba las tres prendas que había extendido sobre la cama, tratando de encontrar la más adecuada. Una camiseta blanca con la palabra *love* estampada sobre el pecho. Una floreada con un volante en el escote. Y otra negra de tirantes, lisa.

Terminó por decantarse por la de tirantes negra. No quedaba nada mal con los vaqueros azules y las *Converse* blancas. Llevaría también su

cazadora vaquera. Después del frío que pasó la noche del miércoles, no quería arriesgarse de nuevo, aunque no sabía si él iría a buscarla en la moto.

Le sorprendió muchísimo que Jorge la llamara esa mañana para proponerle lo del concierto, pero no se lo pensó dos veces y rápidamente le dijo que sí. Ni siquiera se lo consultó a Mariu que, desde el día anterior estaba tirada en el sofá viendo la tele, con un tonto catarro de verano.

Se inspeccionó en el espejo del baño, contenta con su aspecto. Los tirantes de la camiseta eran finos y no podían ocultar los del sujetador negro de encaje que llevaba debajo, a juego con las braguitas. Su respiración se aceleró parcialmente al admitir frente a su reflejo que había decidido ponerse ese conjunto sexi de lencería porque esperaba que esa noche pasara algo más entre Jorge y ella. Las cosas habían llegado al punto de no retorno. Habían intercambiado ya muchos besos y el camino que se abría ante ellos solo conducía a un lugar: la cama.

Juls lo sabía y estaba segura de que Jorge lo sabía también.

No se había acostado con nadie desde Sergio, y de eso hacía un tiempo. El final de su relación había sido bastante miserable y el sexo había brillado por su ausencia, así que, aunque solo hacía un mes que habían terminado, su vida sexual llevaba casi seis meses de sequía.

Y quería acostarse con Jorge.

Lo deseaba.

Pensar en su cuerpo musculoso y desnudo pegado al de ella mientras se besaban y se acariciaban sin restricciones hacía que gimiera de impaciencia.

Jorge le gustaba mucho y la complicidad que había entre ellos era considerable.

Ahora solo faltaba ver si eran igual de compatibles en la cama.

— Mándame un wasap si no vas a venir a dormir — gritó Mariu desde el salón. Un ataque de tos siguió a sus palabras.

Juls abandonó el baño y fue a buscarla.

— Me siento culpable por dejarte sola — murmuró.

— Eso es una gilipollez. Solo es un catarro y ni siquiera tengo fiebre. Y ya no tengo once años, mamá — dijo su amiga al tiempo que se sonaba la nariz—. Puedes salir a divertirte. Yo voy a ver una peli ñoña. Ah, y si tengo hambre me pediré una pizza. Como ves, no te necesito para nada.

— ¿Te traigo agua o algo antes de irme?

Mariu puso los ojos en blanco.

— ¡Que te vayas ya! Y no vuelvas hasta mañana, pero mándame un wasap, eh.

— Lo har...

Aún no había terminado de hablar cuando sonó el timbre, originándole un leve respingo.

— Pues sí que es puntual — murmuró su amiga.

Juls se dirigió al telefonillo y lo descolgó, hablando directamente por el interfono.

— Ya bajo.

— ¿Cómo sabes que soy yo? — Se escuchó la voz de él.

— Por tu forma de llamar, enérgica y varonil — dijo con ironía.

— Tienes razón, soy enérgico y varonil.

Juls aguantó una risa. Con él era todo tan fácil.

Regresó al salón y cogió su pequeña mochila azul de una silla.

— No te beso que me lo pegas — le dijo a Mariu y elevó la mano en el aire para despedirse de ella.

— ¡Pasadlo bien!

— Lo intentaremos — dijo con un guiño antes de abandonar el piso.

Bajó las escaleras de dos en dos con las expectativas por las nubes y en un minuto estaba en la calle. Jorge había dejado su vehículo en la puerta del garaje, como siempre. Esa vez no había traído ni el Porsche ni la moto, sino su viejo todoterreno. Se apoyaba en el capó de este, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa en la cara.

Juls estuvo a punto de emitir un gemido anhelante al verle ahí, de pie, con esos vaqueros ajustados y esa camisa negra que lucía arremangada, mostrando sus antebrazos desnudos y morenos. Llevaba los dos últimos botones desabrochados y se podía ver el comienzo de sus pectorales.

Sexi.

Mucho.

— No vale meterse con mi coche — dijo él, acudiendo a su encuentro.

— No iba a decir ni una palabra sobre el co...

No pudo seguir hablando porque la abrazó por la cintura y le estampó un beso en la boca, uno breve y algo crudo, pero que la dejó con las rodillas temblorosas porque no se lo esperaba y porque sus labios eran perfectos.

Cuando él dio un paso atrás, estuvo a punto de colgarse de su cuello y suplicarle que siguiera besándola.

«¡Estás salida! Frena un poquito», se llamó al orden en silencio.

— Este es mi chico, Turbo. Turbo esta es Juls.

— ¿Hablas con tu coche y le pones nombre?

— Es que lleva muchos años con nosotros, es como de la familia — explicó y abrió la puerta del pasajero para ella—. Fue el primer coche de mi padre. Pero no tengas miedo, ha pasado la ITV y va de maravilla.

Juls se encaramó al alto asiento y echó un vistazo al anticuado salpicadero de color marrón. Lo único moderno era el equipo de música que destacaba en su consola central. Giró la cabeza y comprobó que no había más asientos en la parte trasera, solo un espacio vacío.

— Le he quitado los asientos traseros porque ahí suelo transportar mi material de buceo — explicó—. Por cierto, te va a encantar cuando cojamos algún bache. La suspensión es mortal, como montar en una montaña rusa — añadió, y sonrió de medio lado al tiempo que se colocaba frente al volante—. La radio también sintoniza Kiss FM, no te preocupes.

Ella se rio.

— ¿Cómo es que Dani te ha dejado tirado esta noche?

Tenía curiosidad. Esa mañana cuando él la llamó para preguntarle si quería ir con él al concierto, solo le dijo que Dani no podía acompañarle.

— Está enfermo. Un catarro, creo.

Juls resopló con los ojos muy abiertos.

— Ahora lo entiendo todo.

— ¿El qué entiendes? — inquirió él, poniendo el coche en marcha. El sonido del motor resultó atronador.

— Mariu también está enferma.

— Vaaale — sonrió él—. Ay, esos intercambios de fluidos...

— Exacto.

— No los critico, que conste. Me viene genial que estén los dos pachuchos así te tengo para mí solo.

Cogieron el mismo vial que el miércoles anterior, el que llevaba al centro de la ciudad. Jorge pisó el acelerador con ganas y el vehículo adquirió velocidad. Era muy diferente ir en ese coche a ir en moto o en el Porsche, aunque no menos interesante, desde luego, y Juls pudo comprobarlo de primera mano cuando pasaron por encima de los baches de velocidad que había en la calzada. Su cuerpo rebotó sobre el asiento.

— Te lo advertí — dijo él con un tono de voz en el que se podía escuchar su diversión— . Estar conmigo es como vivir una aventura constante.

— Desde luego ya no hace falta que vayamos a ningún parque de atracciones — repuso con sorna.

— ¿Te gusta Ara Malikian? — Cambió él de tema, de pronto— . He dado por hecho que sí cuando has aceptado venir.

— Sinceramente, le he escuchado en televisión un par de veces, pero jamás le he visto actuar.

— Pues creo que el espectáculo te va a encantar. Yo ya estuve en un concierto suyo que dio hace unos años en Zaragoza y me pareció una pasada.

— Seguro que sí.

No añadió que era del todo imposible que no le gustara. El simple hecho de ir a un concierto con Jorge ya merecía la pena. Le daba un poco igual a quién fueran a ver.

Desvió la mirada hacia el exterior y contempló las calles por las que circulaban. El cielo se iba oscureciendo por momentos y la penumbra le había robado ya todo el protagonismo a la claridad. La zona en la que se encontraban no presentaba los colosales rascacielos de la playa de Levante o de Poniente que convertían la ciudad en ese lugar tan inusual; el centro del pueblo se asemejaba más al centro de cualquier localidad medianamente grande.

Unos diez minutos después, Jorge puso el intermitente y se internaron en una calle de un único sentido. Apenas habían avanzado cien metros cuando él señaló hacia su derecha.

— Mira, ese es el auditorio al que vamos.

Juls estiró el cuello y, a través de la valla metálica, pudo ver una especie de anfiteatro romano con un escenario y múltiples sillas ordenadas en semicírculo. Ya había muchas personas deambulando por allí.

— Este es el parque de l'Aigüera. Lo diseñó Bofill ¹⁴ a finales de los ochenta, creo. Es uno de los pocos parques que tenemos en la ciudad. El parking al que vamos está justo debajo — explicó él.

— ¿Ninguna leyenda asociada con el parque? — le preguntó de buen humor.

— Sí, bueno, cuenta la leyenda que hace unos años, unos chicos vinieron aquí una noche a hacer un botellón y uno de ellos, bastante borracho, se hizo pis en los pantalones. Luego te enseño el sitio exacto — dijo él con tono burlón.

— Esa sí que es una buena leyenda. ¿Aparece en los libros de Historia de Benidorm? — le cuestionó.

— La experimenté en mis propias carnes — confesó él sin vergüenza.

— Me avergüenzo de ti profundamente. Mearte en los pantalones. Pfff...

— Ahora soy más mayor y soy capaz de encontrar un aseo a tiempo. No me lo tengas en cuenta, tenía quince años.

Habían llegado al final de la calle, y los ojos de Juls se posaron sobre el edificio de cristal con forma de puente bajo el que se encontraba la entrada del garaje subterráneo.

— ¿Qué es esto?

— El Ayuntamiento.

Mientras avanzaban, ella se quedó mirando la enorme estructura de vidrio y acero. En contraposición a todo lo que simbolizaba la ciudad de Benidorm con su crecimiento en vertical, esa edificación recuperaba la horizontal forma del mar. Parecía un rascacielos tumbado sobre pilares de hormigón blanco.

Llamativo y original.

— No lo vas a creer, pero en las lamas de cristal que componen la fachada están serigrafiados los nombres de los ciudadanos de Benidorm.

— ¿Cómo? — inquirió con estupefacción.

— Lo que oyes. Los que aparecían en el padrón en la época en la que se construyó, claro.

— Esta ciudad no deja de sorprenderme — masculló ella en voz baja.

Habían llegado al acceso al parking y Jorge se detuvo frente a la máquina expendedora de tickets para coger uno. Después, avanzó lentamente buscando un hueco donde poder aparcar. No había muchos sitios libres, pero encontraron uno en la planta inferior. No eran los únicos que circulaban por las instalaciones, había bastantes coches dando vueltas.

— Hemos llegado justo a tiempo — comentó él cuando se bajaba del vehículo. Se miró el reloj—. El concierto no empieza hasta dentro de tres cuartos de hora. ¿Te parece que pillemos unos bocadillos y algo de beber y busquemos nuestros sitios?

Ella asintió mientras le seguía. De forma natural, tal y como había sucedido el miércoles en el mirador, se tomaron de la mano y avanzaron uno junto a otro hasta salir al exterior. Él la condujo hasta una calle ancha que rodeaba el recinto y caminaron por ella hasta llegar a la entrada. Por el camino se cruzaron con mucha gente que entorpecía el paso y Jorge aferró la mano de Juls con firmeza, lanzándole una sonrisa tranquilizadora.

Había una cola bastante larga frente al acceso, pero avanzaba con mucha fluidez y pronto se encontraron dentro del auditorio. Se detuvieron brevemente en las taquillas y compraron tickets para las consumiciones, y luego fueron hasta la caseta donde se servía comida y bebida. Se decantaron por unos bocadillos de jamón y dos latas de cerveza.

Mientras bajaban por la escalera que los conducía hasta sus asientos, Juls paseaba la mirada por el lugar. Había gente de todas las edades, desde niños acompañados por sus padres hasta jubilados que parecían haber acudido en grupo. Y también de todas las nacionalidades. Se cruzaron con alemanes, holandeses, ingleses y rusos, si el oído no la engañaba.

— ¡Está lleno!

— Sí — contestó él—. Se agotaron las entradas hace un mes por lo menos.

Tomaron asiento en las sillas blancas de plástico que había en la parte delantera, muy cerca del escenario, y Juls se puso la cazadora vaquera ya que se había levantado una pequeña brisa que refrescaba el ambiente.

— ¿Tienes frío? — le preguntó él.

— Un poco — admitió.

— Dame las manos.

Le miró con extrañeza, pero se las tendió. Él las cogió entre las suyas y se las frotó con vigor, aunque no tardó en desacelerar el ritmo de sus movimientos y los convirtió en un roce más suave, pasando los dedos por la parte interna de sus muñecas. Tenía las manos muy calientes y un tanto ásperas, pero no de un modo desagradable. A Juls aquella caricia le encantó. Mucho. Se permitió el lujo de mirarle a los ojos y se encontró con que él la observaba con rotundidad. El calor la recorrió de arriba abajo al pensar en lo mucho que disfrutaba cuando él la tocaba.

— Sé lo que se te está pasando por la cabeza ahora mismo — dijo él, inclinándose sobre ella para hacerse oír.

— ¿Estás seguro? — cuestionó con tono sugerente.

— Sí, lo estoy.

Ella le animó a continuar alzando la barbilla.

— En lo mucho que te gusta que te toque — repuso con voz ronca.

— ¿Eres adivino? — resopló.

Él dejó escapar una carcajada.

— No, es que es lo mismo en lo que estoy pensando yo — admitió y bajó sus ojos hambrientos hasta sus labios.

Juls recuperó sus manos y comenzó a abanicarse la cara con ellas. De repente, lo último que sentía era frío.

— ¿Se te ha pasado el frío? — inquirió él con dulzura exagerada.

— Parece que sí — convino con un carraspeo—. Ehhh..., y ese concierto, ¿cuándo empieza?

Solo recibió una risa por respuesta.

Capítulo 13

Juls

El concierto era una maravilla, tal y como él le había prometido.

Ara Malikian, el violinista libanés de origen armenio afincado en España, lo daba todo en el escenario. Acompañado por otros dos violinistas, una chelista, una contrabajista, un batería y otro artista que tocaba los bongos, ofrecía un espectáculo impresionante.

Juls estaba fascinada por su vitalidad y su forma de tocar el instrumento y de moverse. Con su singular estilo bohemio, el largo pelo negro rizado y muy alborotado, la tupida barba, los pantalones de cuero, el chaleco que llevaba abierto y que mostraba su torso desnudo y sus brazos tatuados, presentaba una imagen extravagante y peculiar.

Y los acordes que salían de su violín eran una mezcla de músicas de muchos lugares del mundo y estilos: sonidos zíngaros y árabes, flamenco, tango y muchos otros que se combinaban a la perfección y conseguían poner la carne de gallina y arrastrar al público a levantarse para acompañarle con las palmas.

— ¿No es extraordinario? — le preguntó Jorge en un momento dado, acercando la boca a su oído.

Ella solo pudo asentir con fervor, completamente subyugada por la música, por el ambiente y por la noche tan fantástica. Había grabado vídeos y sacado innumerables fotos para inmortalizarlo todo.

La hora y media de espectáculo pasó en un pestañeo y antes de que se diera cuenta, este había terminado y los asistentes se levantaban de sus localidades y jaleaban al estrambótico violinista con entusiasmo. Ella misma se desgañitó y aplaudió eufórica. Apenas si fue consciente de que Jorge le daba la mano para sacarla de allí.

Una marabunta de gente llenaba cada rincón del auditorio y les resultó complicado alcanzar la salida. Los alrededores del recinto también eran una

locura de personas que se agolpaban unas contra otras y de coches que apenas podían circular por la avenida. Jorge tiró de ella para sacarla del gentío y la condujo hasta unos edificios que había enfrente, a unos doscientos metros de distancia. Se detuvieron bajo los soportales. Allí no llegaba la algarabía y apenas unos pocos transeúntes caminaban por la acera.

— Es mejor que esperemos aquí hasta que se despeje un poco el camino y luego vayamos a por el coche — le dijo él.

— Vale — respondió. Respiraba con agitación, todavía embriagada por la atmósfera.

— No te voy a preguntar que si te ha gustado porque tu cara lo dice todo.

— ¿Gustar? ¡Me ha encantado! Me ha parecido una maravilla. Estoy impresionada.

— Te lo dije.

— No me lo imaginaba así. ¡Por favor! ¡Cuánta energía! Sales de ahí con la adrenalina por las nubes. No sé, tengo ganas de bailar, de saltar y de correr... — se echó a reír—. No me hagas caso, es que estoy muy excitada.

— Te entiendo perfectamente. Yo me siento igual — lo dijo al tiempo que se metía las manos en los bolsillos de los vaqueros y echaba la cabeza hacia atrás.

Juls se percató de que su nuez subía y bajaba y aquel movimiento le pareció la cosa más sexi que hubiera visto en mucho tiempo. A duras penas, controló el deseo de alargar la mano y pasar los dedos por su garganta.

— Gracias por traerme.

Él bajó la vista y la miró

— ¿Crees que me merezco un premio por haberte invitado al concierto?

— formuló la pregunta dando un paso hacia ella, que había pegado la espalda a la pared.

— Pensé que eras generoso y altruista — le dijo provocadora.

— Naaa, no te equivoques. Tenía segundas intenciones al traerte.

— ¿Y qué intenciones son esas? — le desafió.

Él avanzó un paso más, hasta que la punta de sus zapatillas se pegó a las de ella.

— No sé — murmuró — , quizá que desayunemos juntos mañana.

— Me parece bien, podemos volver a quedar mañana para desayunar — dijo de un modo muy inocente y pestañeó con exageración.

— No me refiero a eso, y lo sabes.

Jorge apoyó las manos en la pared, a la altura de su cabeza, encarcelándola en el hueco de su torso y sus brazos. Luego, se inclinó hacia delante y su nariz rozó la de ella. Juls aguantó la respiración para no atontarse con el aroma que se desprendía de su piel, ese aroma a desodorante, a gel, a piel, tan masculino. Su cercanía la apabullaba y llevaba a su corazón a repiquetear con fuerza en su pecho.

— ¿A qué... te refieres, entonces? — le cuestionó con la voz entrecortada.

Él no respondió de inmediato, solo depositó unos breves besos sobre la comisura de sus labios al tiempo que el peso de su cuerpo la aplastaba contra la pared.

— A que quiero que pases la noche conmigo — susurró.

El beso arrebatador que siguió a esas palabras se tragó cualquier respuesta que ella hubiese podido darle.

Sus bocas se fundieron en una sola y los brazos de Juls, como si tuvieran vida propia, se enroscaron en torno al cuello de él, entregándose a la caricia sin reservas. Solo unos segundos después, su erección se le clavaba en el estómago, y eso la llevó a gemir con ahogo. Sin duda alguna, ella se encontraba en el mismo estado de exaltación, solo que en su caso el acaloramiento no era tan visible, pero igual de profundo e intenso.

¿Él quería pasar la noche con ella?

Ella también lo deseaba.

Finalmente, sus labios consiguieron separarse. Él la sujetó con firmeza por las caderas, clavando los dedos en sus redondeces al tiempo que apoyaba la barbilla sobre su coronilla.

Juls le oyó suspirar.

— ¿Pasa algo?

— Pasa que no estoy en condiciones de andar ahora mismo — confesó — . Dame cinco minutos.

— ¿Es porque estás empalmado? — inquirió, echando la pelvis hacia delante para que la fricción de sus cuerpos fuera mayor.

Él gimió.

— Cabrona — la increpó en voz queda.

Ella se rio bajito mientras hundía la cara en su cuello. De nuevo, la nuez de él se agitó en su garganta cuando tragó saliva y Juls ya no intentó controlarse. Sacó la punta de la lengua y lamió la protuberancia con suavidad. Cuando el sabor salado de su piel se expandió por su boca estuvo a punto de gemir de placer.

— Así no se puede — farfulló él. Y volvió a besarla.

Segundos después, se apartaron jadeantes y se miraron con intensidad.

— Vámonos — dijo él.

— ¿Ya puedes andar? — le preguntó con una sonrisa pendenciera.

— Sabes bien que no, pero te utilizaré de parapeto.

Acto seguido, la giró entre sus brazos y se situó a su espalda, luego le posó las manos sobre los hombros, resguardando su cuerpo a medias en el de ella y se puso en marcha.

— ¿Vamos a ir hasta el parking haciendo el trenecito? — se burló Juls.

— Calla, mala persona.

— Te puedo dejar mi cazadora y te la atas a la cintura como si fuera un delantal — le ofreció sin disimular su hilaridad.

Él gruñó.

Avanzaron a un paso moderado mientras se cruzaban con gente que subía por la avenida. De vez en cuando, Jorge se inclinaba y depositaba un beso sobre el hueco que había entre su mandíbula y su oreja, algo que hacía que sus piernas flojearan. Juls hubo de morderse los labios en varias ocasiones para aguantar un suspiro mientras sentía el musculoso cuerpo de él a su espalda. Tanta masculinidad envolviéndola la descolocaba. Eso, y el saber hacia dónde se dirigían en aquel momento.

Tal y como le había prometido a su amiga, le mandó un wasap para avisarle de que iba a pasar la noche fuera.

Poco antes de llegar a los cajeros donde tenían que abonar el importe de la estancia en el parking, Jorge se apartó y le arrojó una mirada de suficiencia que parecía decir *¿Ves cómo controlo?* Pagaron y bajaron hasta

la planta inferior a buscar el coche. Había ya menos vehículos que hacía unas horas y las plazas libres se sucedían.

— ¿Vives muy lejos? — inquirió ella mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. No quería mostrarse nerviosa, pero se dio cuenta de que la agitación se había deslizado en su voz.

— En el pueblo de al lado.

— Ah, sí. ¿Cómo se llamaba?

— El Albir — respondió él, maniobrando para sacar el todoterreno del parking.

Después de aquello, la conversación murió, al menos por parte de ella que se quedó en blanco. Echó un vistazo por la ventanilla y ojeó los edificios que dejaban atrás mientras se internaban en el tráfico. Atravesaron un par de calles en silencio hasta que él lo rompió al fin.

— Estás muy callada. Si te parece mala idea lo de ir a mi casa podemos tomar algo en algún sitio — propuso.

Juls le miró. Incluso en la penumbra del interior de la cabina se podía apreciar que tenía un semblante bastante serio.

— En realidad, lo de ir a tu casa me parece bien.

Jorge no dijo nada, se limitó a alargar la mano y encender la radio con el volumen muy bajo. Sonaba *I promised myself* de Nick Kamen y la tarareó con suavidad. En cualquier otro momento, ella hubiera bromeado con la canción, pero notaba cómo la expectación la enmudecía. Se llevó una mano al pecho y se percató de que los latidos de su corazón estaban disparados. Se llamó imbécil en silencio. No era la primera vez que iba a pasar la noche con un chico. ¿Por qué estaba tan alterada?

Quizá porque Jorge le resultaba especial.

Quizá porque, aunque solo hacía poco más de una semana que se conocían, él se le estaba metiendo muy adentro y a gran velocidad.

Quizá porque quería que aquella noche fuese perfecta.

— Estas son las discotecas de la carretera — le dijo él, señalando a un lado.

Atravesaban un polígono con naves y locales bajos a ambos lados de la calzada. Grandes letreros de neón y luces de colores mostraban los nombres de los diferentes sitios: KU, KM, y un poco más adelante, Privilege y

Penélope. Había algunos coches aparcados en el exterior y también se podía ver algunos grupos de personas pululando por allí.

— Aquí viene la gente cuando cierran los locales de la playa, a seguir con la fiesta. Están abiertos hasta el amanecer. Ahora todavía es pronto — continuó.

— ¿Tú también sueles venir?

— Venía — corrigió—. Cuando tenía veinte años. Ahora el único que se deja caer por aquí de vez en cuando es Lukas.

Una vez que dejaron atrás los animados locales, la calzada se convirtió en la típica carretera comarcal de dos direcciones bordeada por arbustos, maleza y alguna que otra palmera. De vez en cuando, la irregularidad de una nave industrial en el arcén rompía la monotonía del camino.

Estaba absorta contemplando la oscuridad de la noche cuando sintió la mano de él posándose sobre su muslo. La caricia no era demasiado sensual, era un simple roce por encima de la rodilla. Decidida a saltar sobre su propia sombra, no vaciló demasiado y alargó su mano para entrelazar sus dedos con los de él. Eran largos y no muy suaves. Su aspereza daba fe de que los utilizaba con frecuencia para algún tipo de trabajo físico. Le agradó su tacto.

— Mi apartamento está muy cerca — dijo Jorge al cabo de un rato.

Juls volvió a mirar al exterior. Había estado tan ensimismada en las manos de ambos que ni siquiera se había dado cuenta de que habían entrado en otra localidad, una de casitas bajas y edificios no muy altos.

— El edificio donde vivo está en primera línea de playa — le explicó él —, aunque tiene la entrada por detrás, pero las vistas son una pasada. Ya las verás mañana con luz, cuando amanezca.

Había tanto implícito en aquellas palabras que Juls no pudo evitar que volviera a encogersele el abdomen.

Pronto, se hallaron frente al portón de un garaje y solo medio minuto después, habían estacionado el coche. Jorge se bajó del Nissan y lo rodeó para abrirle la puerta a ella, que, como una tonta damisela en apuros, aguardó hasta que él llegó a su lado.

Quizá estaba más nerviosa de lo que quería reconocer.

— Vamos — murmuró él. La condujo a un ascensor y ella se dejó guiar.

Una vez dentro, él pulsó el botón de la quinta planta. El interior de la cabina era estrecho y apenas había espacio entre ellos. Juls iba a hacer un comentario al respecto, algo informal y sin mucha importancia, cuando sintió cómo el cuerpo de Jorge se dejaba caer contra el suyo y su boca tomaba posesión de la de ella. Ávida y voraz.

Durante los últimos encuentros se había ido acostumbrando a sus besos. Eran demandantes y pasionales. Le encantaban. Se hundió en ese con el mismo ímpetu y fervor que mostraba él. Y casi no fue consciente de que alcanzaban su destino y de que él sacaba unas llaves de su bolsillo y abría la puerta de la derecha. Seguían pegados el uno al otro, besándose y dejándose acariciar con curioso abandono.

— Este es mi piso — jadeó él, alzando apenas la cabeza.

— Es muy bonito — contestó ella con los ojos cerrados.

Él emitió una risa mordaz. Aquello la llevó a elevar los párpados por fin. A la tenue luz de unos focos regulables encastrados en el techo, una sucesión de paredes color gris perla, muebles blancos y negros y un gran ventanal que abarcaba todo el frontal del apartamento se incrustó en sus retinas. No pudo fijarse en nada más, ya que él no le dio opción y volvió a tomarla entre sus brazos, besándola de nuevo con esas ganas inusitadas que le hicieron flaquear las rodillas.

Se dejó besar. ¿Cómo no hacerlo?

Él la empujó a través de la estancia, hasta que notó los bordes de un sofá contra sus pantorrillas. Completamente desmadejada, se dejó caer. Sin embargo, en el último instante, él debió de haberse contorsionado porque la que aterrizó encima fue ella y el masculino torso le sirvió de colchón.

— Eres preciosa. — Le escuchó murmurar contra su piel mientras le recorría la curva del cuello con los labios.

Le miró a través de la bruma que cubría su cerebro. Él sí que era un hombre hermoso. Atractivo a rabiar y, en ese momento, mucho más, con esa mirada color avellana velada por la pasión y la sensual boca húmeda por los besos. Sin poder reprimirse, sacó la punta de la lengua y le lamió el labio inferior.

Él respondió con un gemido estrangulado, hundiendo las manos en su talle. De algún modo había conseguido introducir los dedos dentro de su

camiseta y la aspereza de la caricia contra la suavidad de su carne la llevó a gruñir de placer.

— Creo que es mejor que cambiemos de escenario — propuso él.

Ella pestañeó ligeramente y trató de que los jirones de niebla que empañaban su lógica se despejaran. ¿Escenario? ¿Qué escenario? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Él la empujó para que se irguiese. Respiraba con dificultad y Juls se dio cuenta de que a ella misma también le costaba coger el aliento. La cogió de la mano y la arrastró hacia una puerta blanca que había al otro lado de la sala, detrás de la cual solo podía hallarse su dormitorio.

Ella se dejó arrastrar.

Jorge

Estaba muy excitado, no iba a negarlo. Llevaba días imaginándose ese encuentro con Juls y ahora que por fin había llegado, quería que ambos lo disfrutaran al límite.

Durante unos instantes, en el coche, pensó que las cosas no iban a salir bien y que ella le iba a pedir que la llevara a casa, pero fue solo un momento extraño que se pasó a toda velocidad.

Ahora ya no había incomodidad alguna y la tenía solo para él, en su casa, en su dormitorio, a solo un paso de su cama...

Le costó soltarla para poder encender una luz y quitarse la camisa. Ella se le quedó mirando con los párpados pesados y la cabeza inclinada a un lado como si estuviera estudiándole y poniéndole nota.

— ¿Qué? — la desafió en voz baja—. ¿Te gusta?

Ella alzó una mano y le recorrió los pectorales con los dedos. El roce era fugaz y muy lento y a Jorge se le puso la carne de gallina.

— Me gusta — respondió al tiempo que bajaba la mano y delineaba los bordes de su tatuaje con la punta de su dedo índice. Siguió descendiendo hasta que ese mismo dedo se introdujo en la cinturilla de sus pantalones.

La escrutó con fijeza. Su rostro enrojecido por el ardor, los labios entreabiertos, los ojos brillantes, y su pecho que subía y bajaba

notoriamente. Debajo de la tela de la camiseta se podía apreciar cómo sus pezones se habían endurecido.

— Creo que no estamos en igualdad de condiciones. — Él señaló la prenda.

Ella no vaciló. Alzando la barbilla con actitud un tanto rebelde, se quitó la camiseta y la arrojó al suelo, dejando al descubierto un sujetador negro de encaje por el que se podía entrever la piel lechosa de sus pechos y las areolas más oscuras.

Jorge extendió una mano, ansioso por tocarla, pero ella le detuvo con un gesto.

— Igualdad de condiciones, ¿no? — susurró ella. Y con rapidez, se llevó las manos a la espalda y se quitó la prenda, que siguió el mismo camino que la anterior.

La devoró con los ojos. Tenía unos senos no muy grandes con forma de lágrima y de un color pálido muy atractivo, sobre los que destacaban sus pezones rosados que sobresalían de las areolas de un modo muy llamativo.

— Vale, igualdad de condiciones — murmuró e hizo exactamente lo que ella había hecho con él. Alargó los dedos y delineó la curva de su seno izquierdo con infinita delicadeza, dejando que la punta de su dedo índice jugueteara con su pezón. Cuando la escuchó aspirar con nerviosismo, bajó la mano hasta que llegó a la cinturilla de sus pantalones y tiró sin excesiva fuerza, hasta que su pelvis se pegó a la suya.

Ella se humedeció los labios. El rubor que antes estaba solo en su cara se había extendido también hasta su torso.

Él no pudo reprimir una sonrisa cargada de profunda satisfacción.

— ¿Quién es el siguiente? — la provocó con voz gutural.

— Tú — repuso ella sin dudar—. Quiero verte sin pantalones.

La sonrisa de Jorge se hizo enorme.

Se agachó para quitarse las zapatillas y los calcetines y, después, con un movimiento de lo más lujurioso, se desabrochó el pantalón y se despojó de él. Sus bóxers azules quedaron al descubierto. Cuando se erguía, la travesura le apresó y no pudo evitar posar la nariz sobre el abdomen de ella y aspirar hondo. La notó temblar bajo aquella sutil caricia.

— ¿Te gusta lo que ves? — le preguntó con entonación irónica. No esperó a que ella contestara y continuo— : Te toca a ti.

Ella le lanzó una mirada turbulenta antes de imitarle y quitarse las zapatillas y los vaqueros. Al descubierto quedaron sus braguitas también de encaje negro, casi transparentes.

— ¿Te gusta lo que ves? — le imitó.

— Joder que si me gusta — admitió él con un jadeo.

Alargó las manos para abrazarla, pero ella dio un paso atrás.

— No. Te quiero desnudo del todo.

Él soltó una carcajada. Aquella chica le gustaba más cada segundo que pasaba.

No se hizo de rogar y se quitó la ropa interior, quedando completamente desnudo ante ella. Los ojos de Juls fueron hasta su miembro y aquello le excitó sobremanera. Casi sin ser consciente de ello se llevó una mano a su erección, que palpitaba convulsa, y se la rodeó con ella. Estaba completamente erguido y muy sensible.

No tuvo que animarla a que siguiera su ejemplo y se despojarse del último trozo de tejido que todavía mantenía su cuerpo oculto. Solo unos segundos después, las braguitas cayeron al suelo de tarima de su dormitorio.

La contempló con lujuria mal contenida. Estaba delgada, pero no en exceso. Sus caderas, a pesar de no ser muy prominentes, eran ideales para hundir los dedos en ellas. Una sucinta cantidad de vello más oscuro que el de su cabeza cubría su sexo y las ganas de arrodillarse frente a ella y hundir la cara en su vientre se apoderaron de él.

«¿A qué esperas?», le dijo una voz interior cargada de deseo.

Hincó las rodillas en el suelo y enterró la cara en la suavidad de su piel mientras ella gemía y enredaba los dedos en su cabello.

No encontró resistencia alguna cuando la obligó a abrir los muslos y sus dedos recorrieron la parte interna de estos hasta detenerse a la entrada de su sexo, donde encontró caliente humedad.

— Joder, Juls...

— Jorge... — La escuchó gemir.

El frenesí le invadió y se puso de pie. Con un movimiento precipitado la alzó en volandas y se acercó a la cama mientras ella se aferraba a su cuello

y repartía besos mojados sobre su garganta. La depositó sobre el colchón, cubierto por un edredón blanco, y la miró con hambre mal contenida antes de tenderse sobre ella.

— Voy a ser te sincero, me he pasado toda la semana fantaseando con esto — le dijo entre beso y beso.

— Yo también voy a ser te sincera. Desde que me llevaste al mirador el miércoles no he podido quitarme de la cabeza cómo sería acostarme contigo — admitió jadeante.

— ¿Y cómo está siendo?

— Vamos bien. Muy bien. — Su voz rota por la pasión le llegó muy adentro y le pareció lo más erótico del mundo.

Se apretó contra ella y la acalló con su boca mientras sus piernas y sus brazos se fundían.

— ¡Ay! — exclamó ella de improviso—. Me estás clavando el codo.

— Lo siento. Mi intención es clavarte otra cosa.

Ella se echó a reír con ganas y le rodeó el talle con las piernas, contoneándose de manera sinuosa y aprisionando su erección.

— Eres una mala chica.

— Me apetece ser mala contigo esta noche.

— ¡Qué suerte tienes de que me gustes así!

Juls era menuda y se agitaba bajo sus manos de un modo delirante. Su piel estaba dorada por el sol menos en aquellos lugares que el bikini había cubierto. Y era preciosa; no había otra palabra para describirla.

Rodaron por la cama, disputándose el honor de estar encima. Él se rindió con facilidad y la dejó ganar. Ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas y él cerró los ojos un instante cuando sintió el calor del femenino sexo pulsando contra su miembro. Cuando ella comenzó a deslizar la boca por su cuerpo, bajando desde su cuello hasta su pecho y luego su estómago, él no hizo ni un solo movimiento y aguardó con la respiración contenida hasta que ella llegó a su destino y le acogió en su boca. Gimió al sentir toda aquella calidez y humedad rodeándole. Controló el impulso de bombear con las caderas mientras dejaba que ella adquiriese su propio ritmo. Sus labios le succionaron de veinte mil formas posibles y su lengua jugueteó con él,

arrancándole gruñidos de gozo. Terminó por alzar los brazos por encima de la cabeza y disfrutar del momento.

— Sí, sí... — gimió una y otra vez mientras el calor le inundaba.

Quizá habían pasado veinte segundos o quizá veinte minutos — el tiempo había dejado de tener significado— , cuando comenzó a notar una sensación pulsante en la parte baja de su miembro.

No quería que su primera vez terminara así y se apresuró a apartarla. La contempló a través de las pestañas. Ella tenía las mejillas encendidas y los labios empapados. Aquella imagen le resultó erótica y muy excitante. Tiró de ella hasta que la tuvo firmemente sujeta entre sus brazos y sus bocas distaban la una de la otra solo unos pocos centímetros.

— ¡Joder, Juls! Eres increíble — le dijo. Y la besó.

— Es solo el principio — farfulló ella.

Jorge aguantó la carcajada arrebatada que quería salirle del pecho y la obligó a rodar sobre la cama hasta que se alzó con el premio de estar encima. Era su turno.

— *Quid pro quo* ¹⁵ — le dijo.

— ¿Me hablas en latín? — ronroneó ella—. Eso me pone.

— Te puedo hablar en alemán, si quieres — propuso, besándole el cuello.

— Hazlo — gimió.

— *Ich werde Dich überall küssen. Die ganze Nacht lang* ¹⁶ — comenzó con voz ronca mientras descendía hasta sus senos.

— ¡Sigue! — balbuceó ella.

— *Ich werde Dich streicheln bis du es nicht mehr aushalten kannst* ¹⁷ — continuó él, lamiendo sus pezones con infinita lentitud.

Ella expelió un gimoteo ahogado.

Él continuó su viaje exploratorio descendente hasta que llegó a su trepidante vientre. Allí se entretuvo apenas unos segundos, rozándolo con la punta de la lengua. Fue una parada técnica y muy corta, ya que su objetivo era otro y se hallaba enterrado en esa cuna de breves rizos rubios.

— *Und danach, werde Ich Liebe mit dir machen bis zu Tagesanbruch* ¹⁸ — le dijo justo antes de hundir la lengua en su interior.

Su ardor le explotó en la boca. Era evidente que ella se hallaba muy excitada, y esa excitación le sirvió a él de acicate. Sabía que no iba a poder aguantar mucho tiempo, al menos no la primera vez. Repetirían, se dijo al tiempo que recorría los pliegues empapados con su lengua y succionaba su abultado clítoris con complacencia, recreándose en su sabor y su textura.

Juls comenzó a agitarse presa de la ansiedad, dejando escapar gemidos ahogados. Sus sacudidas se hicieron más violentas y él le sujetó las caderas con firmeza, pegándola al colchón mientras seguía devorándola con avaricia.

— Jorge — llegó su voz entrecortada—. Voy a... ¡Me voy a correr!

— Córrete — la animó.

Apenas acababa de decir eso, cuando la sintió ponerse rígida debajo de él y los espasmos recorrieron su cuerpo. El pujante orgasmo llegó con energía y la boca se le llenó de su potente sabor almizcleño. Gruñó satisfecho, llenándose de ella y disfrutando de su clímax como si fuera el propio.

Juls le hundió los dedos en la carne de los hombros y él se entretuvo en darle ágiles besos en la parte interna de los muslos mientras ella se iba calmando poco a poco.

— Te necesito dentro de mí... — La escuchó susurrar.

Excitado y ansioso por cumplir con sus deseos, reptó por la cama hasta que estuvo a su altura. La besó, a sabiendas de que su boca estaba llena de su esencia. A ella no pareció molestarle, por el contrario, le echó los brazos al cuello y profundizó el beso mientras dejaba escapar un gemido contento.

— Espera.

Se apartó y se inclinó hacia su mesilla donde guardaba los preservativos. Sacó uno del cajón y sin apartar la vista de su rostro exaltado y atrayente, rasgó el envoltorio y se lo puso, ajustando el látex a lo largo de su extrema rigidez.

Ella, quizá inconscientemente, le lanzó una ojeada lasciva a través de las pestañas mientras se acaricia los pechos con abandono y él no pudo resistirse a esa imagen. Soltando un estrangulado gemido, se tumbó sobre su cuerpo. Su miembro pareció saber dónde tenía que ir y se acopló a las mil maravillas al hueco que quedaba entre sus muslos, que ella abrió

invitadoramente. Solo unos segundos después, estaba en su interior y el aire se escapaba de sus pulmones en una suerte de pasional detonación cuando sintió el fuego que desprendían las paredes de su sexo que le engullían y le aprisionaban.

— ¡Dios mío! Esto es una pasada. ¡Joder, cómo me pones!

Ella no dijo ni una sola palabra, se limitó a oscilar las caderas, alentándole a moverse. Y Jorge lo hizo. Comenzó a envestirla, en un principio con parsimonia, pero en cuanto se percató de que ella balbucía algo con impaciencia, aumentó el ritmo y proporcionó vigor a sus envites.

Los besos llegaron para acompañarlos. Besos húmedos y pasionales. Besos que callaban bocas, pero que también se entretenían en las barbillas, en los pómulos, en las mejillas y que se mezclaban con los jadeos febriles que emergían de sus gargantas.

— ¡Sí, Jorge! ¡Sí, sí!

Animado por sus gemidos, condujo la mano hasta su pulsante clítoris, ansiando que ella alcanzara un nuevo orgasmo junto a él; lo pellizcó con suavidad, sonriendo con vehemencia cuando escuchó su respiración arrebatada.

En cuestión de segundos, un calor abrasador y todopoderoso se formó dentro de él y comenzó a notar la presión en su cuerpo y el zumbido mental que precedía al orgasmo. Su vientre se contrajo virulentamente y, entonces, se derramó dentro de ella, con un fiero rugido.

Solo un segundo después, ella le acompañaba, sollozando de placer.

Se mantuvieron unos cuantos segundos inmóviles, respirando trabajosamente. Él aguantó su peso sobre los antebrazos mientras hundía la cara en su sudoroso cuello y aspiraba su aroma. Terminó por alzar la cabeza y contemplarla. Ella le miraba con sus bellos ojos. Cuando se excitaba los entrecerraba de un modo muy erótico; sus extremos se alzaban hacia arriba creando unas curvas perfectas y llenas de sensualidad.

— ¿Sabes una cosa? Eres hermosa. Quizá la mujer más preciosa que he visto en mucho tiempo — le dijo al tiempo que le apartaba un mechón húmedo de la frente con afectuoso cuidado.

Y no exageraba.

— Supongo que es la emoción postcoital la que habla por ti — se burló ella, acariciándole la mejilla.

— No. Estoy siendo sincero. Creo que eres una belleza.

— Entonces tengo suerte de haber aterrizado en tu cama, ¿no? — siguió bromeando ella.

— ¡Por supuesto! Dos orgasmos en menos de veinte minutos — dijo él con arrogancia fingida, dándole un beso en la nariz—. Si eso no es tener suerte.

— Creído.

Él se rio. Luego agachó la cara y le mordisqueó juguetonamente la clavícula.

— ¡Me haces cosquillas! — protestó con una carcajada.

La ignoró y siguió besuqueándola una y otra vez.

Le sucedía algo inusual con Juls, algo que no solía ocurrirle con otras mujeres, y era la enorme complicidad que sentía estando con ella. Quizá era la primera vez que compartían la cama, pero la sensación era curiosa, como si se conocieran a fondo desde hacía mucho tiempo.

Se apartó a regañadientes y abandonó la cama para deshacerse del preservativo. No pudo evitar escrutarla de arriba abajo. Ella no parecía avergonzada por su desnudez en absoluto. Se había tendido de lado con la cabeza apoyada en una de sus manos y le observaba con los ojos cargados de una emoción que a él no le resultó nada difícil de interpretar. A fin de cuentas, era la misma que él estaba experimentando.

Deseo.

— No se te ocurra moverte ni un milímetro — le advirtió, alejándose hacia el baño.

Escuchó su risa sexi a su espalda.

Capítulo 14

Juls

En un primer momento, cuando abrió los ojos, no supo muy bien dónde se encontraba, pero el peso de un brazo sobre sus costillas no tardó en ponerla en antecedentes con rapidez.

Estaba en el piso de Jorge, en su dormitorio, y había pasado la noche con él.

Las sensuales imágenes de la noche anterior acudieron a ella y notó cómo el ardor se expandía por todo su cuerpo y una suave humedad le bañaba su sexo. Sí, solo el hecho de recordar todo lo que habían hecho la excitaba.

«¡Qué noche más grandiosa!», pensó risueña.

Se giró y se encontró con la cabeza de él al lado de la suya sobre la almohada. A la luz del amanecer que entraba por la ventana Jorge era verdaderamente hermoso. Decir que era atractivo era quedarse muy corto. El pelo alborotado, los ojos cerrados con sus pestañas castañas en forma de media luna, el mentón cubierto por la sombra de una barba, y sus labios hinchados como si se hubiera pasado la noche haciendo uso de ellos.

Juls sonrió tontamente mientras se acariciaba sus propios labios con el dedo. Los de ella también estaban muy sensibles.

Tantos besos...

Y tantas otras cosas...

Volvió a girarse y su mirada terminó sobre la mesilla donde descansaba el paquete de preservativos y los dos envoltorios rotos. Rememoró con euforia todos y cada uno de los momentos de las últimas horas y un gemido salió de su boca mientras se retorció sobre el colchón.

De pronto, sintió cómo el brazo que estaba sobre su torso comenzaba a moverse y le presionaba el estómago.

— ¿Ya estás despierta?

Escuchó la voz somnolienta a su espalda. No respondió, se limitó a acurrucarse contra el fornido torso, dejando que sus cuerpos se acoplaran el uno al otro.

— Pero es muy pronto — le susurro él justo debajo de la oreja.

Ella se estremeció al sentir su aliento en esa zona tan delicada y sensible.

— No podía dormir más — confesó en voz baja.

— ¿Te molesta la luz? — inquirió él.

— No.

— Entonces...

— Entonces es que quizá me apetece retozar un poquito entre las sábanas antes de que tengamos que levantarnos — murmuró con coquetería.

Él la estrechó con firmeza entre sus poderosos brazos y Juls no tardó en notar que cierta parte de la anatomía masculina había despertado.

— No sabes cómo me gusta despertarme así — dijo él. Y comenzó a depositar besos ligeros sobre su hombro y su omóplato mientras su pelvis empujaba hacia delante enterrándose en sus glúteos.

Juls gimoteó excitada.

Hacía un siglo que no amanecía con nadie en la cama y desperezarse con Jorge de aquel modo le resultaba muy apetecible. La sangre había comenzado a correr rauda por sus venas y el calor a esparcirse por todo su cuerpo. Con mucha lentitud, se giró entre sus brazos hasta que consiguió enfrentarle. Su boca tenía un rictus desvergonzado que le puso la carne de gallina.

Intercambiaron un beso lánguido.

— Buenos días — le dijo él.

— Buenos días.

Fue ella la que tomó la iniciativa. Fue ella la que alargó el brazo hasta la mesilla y cogió uno de los condones. Fue ella también la que rasgó el envoltorio y, sin apartar la vista del rostro de Jorge, que la observaba expectante, se lo puso a tientos y lo extendió por su erección con cuidado.

Él jadeó.

No hubo preliminares, apenas unos roces y unas mutuas caricias. Poco después, ella se había colocado encima y dejaba que él se deslizara en su

interior.

Sus gemidos se mezclaron en el silencioso dormitorio.

Se abrazaron mientras comenzaban a moverse de un modo indolente, como faltos de energía, frotando sus cuerpos uno contra el otro en una suerte de delicioso abandono. Aquel acto no se parecía en nada a los que habían compartido la noche anterior, llenos de fogosidad y prisas. No. Esa comunión tranquila y pausada era otra cosa. Diferente.

La mente de Juls se desconectó de su cuerpo y se convirtió en gelatina mientras Jorge la sujetaba por las nalgas y se movía con parsimonia. Ella le cabalgaba con exquisita pereza, como si tuvieran todo el tiempo del mundo en sus manos, moviéndose hacia delante y hacia atrás.

El paraíso.

— Si se me permite expresar un deseo — comenzó él en un susurro— , quiero esto para desayunar con frecuencia.

El trazo de una vaga sonrisa apareció en los labios de ella al escucharle.

— ¿Mejor que un café?

— Mejor que todos los cafés del universo.

Después de eso guardaron silencio y continuaron meciéndose y oscilando. Las pieles de ambos deslizándose una contra otra.

Los jadeos se elevaron en intensidad.

— Me voy a correr, Juls — dijo él con voz entrecortada al cabo de unos segundos. La expresión de su rostro era de puro éxtasis.

— ¡Espérame! — le pidió acalorada.

Estaba muy excitada y se encontraba a punto del clímax, pero todavía le faltaba un poco para llegar al final. Se acarició con rapidez, extendiendo la humedad con los dedos por su clítoris, jugueteando con él para acelerar el proceso y que ambos pudieran recorrer ese camino juntos. No tardó en sentir el calor concentrándose en la parte baja de su abdomen y las paredes de su sexo estrechándose en torno al miembro de Jorge.

Él expelió un estertor gutural.

— Joder... Ya no puedo más — gruñó.

Y Juls sintió cómo él se contraía y una convulsión le recorría de arriba abajo. Ella aceleró su propia caricia y, en solo unos segundos, su propio

orgasmo la llevó a sacudirse con violencia. Se dejó caer sobre él, exhausta y con la mente bastante turbia.

Las respiraciones trabajosas de ambos tiñeron el ambiente durante un buen rato. Los sonidos se fueron amortiguando poco a poco, mientras intercambiaban unas cuantas caricias lánguidas.

Fue él el primero en recuperar el aliento y reaccionar. Le alzó la cara con los nudillos y la contempló con una sonrisa en la boca.

— Ahora sí que quiero un café.

— Creí que ibas a prescindir del café de ahora en adelante — dijo ella.

— Era el sexo el que hablaba por mi boca. No puedo vivir sin café.

— Hombre inconstante — le regañó con el ceño fruncido.

Él se rio. Luego la empujó a un lado y comenzó a besarle la línea de la mandíbula.

— Quédate en la cama mientras yo preparo el desayuno — le dijo.

— ¿Eres un hombrecito de su casa? ¿Cocinas?

— Me defiendo. Pero no esperes mucho de mi desayuno. Café y tostadas con aceite, eso es lo máximo que te puedo ofrecer.

— Me has convencido.

— Me doy una ducha rápida y hago el café.

Salió de la cama y se inclinó para darle un ligero mordisco en la cadera que ella recibió con agrado y un ronroneo.

Le vio alejarse hacia el aseo, caminando con suma seguridad. Su maravilloso y musculoso trasero era una delicia. Cuando escuchó el agua de la ducha, hundió la cara en las sábanas y pataleó llena de euforia mal contenida. Aspiró hondo como una imbécil y el olor a Jorge — un peculiar y delicioso olor a mar— y a sexo le entró por las fosas nasales. ¡Dios! ¡Qué pasada! La noche había sido genial, pero esa mañana... Esa mañana había sido increíble.

Jorge era perfecto.

No pudo recrearse mucho tiempo en sus ensoñaciones porque el agua de la ducha no tardó en enmudecer y él regresó al dormitorio; solo llevaba una toalla anudada a la cadera, pero la dejó caer sobre el borde de la cama cuando se acercó al armario a coger unos bóxers limpios.

Ella no se molestó en apartar la vista de su glorioso cuerpo desnudo, disfrutando con cada giro y movimiento.

— Se acabó el espectáculo — le dijo él cuando se subió los calzoncillos — . Mañana más.

— ¿Lo prometes? — inquirió con tono provocador.

— Joder, no me mires así que prescindimos del café.

Juls se echó a reír y se dio media vuelta, tendiéndose boca abajo y mostrándole su culo desnudo. Luego le miró por encima del hombro y se contoneó.

— Qué cabrona — dijo él, cogiendo aire con fuerza. Se acercó a la cama y le dio una palmadita sobre uno de los glúteos— . Tenemos tiempo de sobra. Es temprano. Tengo una clase, pero no comienza hasta dentro de dos horas, así que tómate tu tiempo en la ducha.

Una vez dicho eso, abandonó el dormitorio y la dejó sola.

Juls no perdió el tiempo remoloneando entre las sábanas. Estaba demasiado agitada y tenía mucha energía que quemar. Se duchó a una velocidad digna de una campeona y se secó con prisas. En su mochila llevaba un recambio de ropa interior. Lo había cogido el día anterior a sabiendas de que esa noche iba a ser la definitiva con Jorge. Sacó el conjunto blanco y se lo puso, luego se vistió con la camiseta, pero prescindió de los vaqueros y las zapatillas. Se enjuagó la boca con agua y pasta de dientes y abandonó el baño.

Jorge estaba de pie frente a la encimera de su cocina americana. Un ligero y delicioso aroma a café sobrevolaba el ambiente. Los ojos de Juls pasearon hasta la mesa de comedor. Sobre ella había un plato con unas tostadas, una aceitera, platos individuales y servilletas.

— ¡Qué bien huele! — murmuró.

Él se dio la vuelta y, al verla allí de pie, se acercó y le dio un beso en la punta de la nariz.

— Tú sí que hueles bien. ¿Café solo o con leche? ¿Con azúcar?

— Solo con azúcar.

Volvió a la cocina y cogió una cafetera y dos tazas, encaminándose hacia la mesa. Con un gesto, le indicó que se sentara. Ella le obedeció.

El café estaba realmente bueno y el primer trago le resultó reconfortante y perfecto.

En realidad, ¿acaso había algo que no fuera perfecto? Le miró y estudió su perfil mientras él preparaba una tostada con aceite y sal.

— ¿Me estás analizando? — le preguntó antes de tenderle el pan.

— Sí — admitió con franqueza—. Me cuesta creer que estoy aquí contigo y que es como si te conociera de toda la vida, cuando nos vimos por primera vez hace poco más de una semana.

Él se llevó la taza a la boca y la observó por encima del borde sin decir nada.

— Yo me siento igual — reconoció al cabo de un corto lapso de tiempo.

— No sé nada de ti.

— ¿Qué quieres saber?

Ella alzó la vista y se encogió de hombros.

— No sé. ¿Todo?

Él se rio.

— ¿Todo? Eso es mucho, pero lo intentaré. A ver, me gusta bucear y hacer windsurf, pero eso ya lo sabes. Me gustan los polos de limón y no soporto los helados de vainilla. Mi color favorito es el azul. No me gustan las coles de Bruselas, sin embargo, me chifla el repollo crudo. Me caí de una bicicleta cuando era pequeño y tengo una cicatriz en forma de medialuna en la rodilla. Mi película favorita es *Black Hawk Derribado*. Y no soporto a Tom Cruise. No obstante, me encantan las pelis de Misión Imposible. Me gusta mucho ir al cine y a conciertos. Ya sabes que me gusta Ara Malikian y la música de los ochenta y los noventa. Soy un friki de Kiss FM. — Sonrió de oreja a oreja al decir aquello—. Adoro mi coche y hablo con él, pero solo cuando estamos a solas. Prefiero la cerveza a otro tipo de bebida alcohólica. Me encantaría trabajar en el Oceanográfico en Valencia gestionando actividades de ocio y turismo, aunque estoy bastante contento trabajando como instructor de buceo. Me gustan las medusas y los pulpos. Soy Piscis y tengo un cajón lleno de bóxers azules — ya te he dicho que es mi color—, y prefiero lo salado a lo dulce. Ah, y me gustan las chicas como tú — se interrumpió—. Miento. No me gustan las chicas como tú. Me gustas tú en especial.

Juls se había quedado con la tostada suspendida en el aire mientras le escuchaba. Su semblante se había ido animando con diversión mientras él avanzaba. Cuando llegó al final y expresó aquella declaración, su sonrisa era enorme.

— Bueno, entonces ya lo sé todo de ti. Al menos lo primordial — dijo al tiempo que cabeceaba.

— Lo del cajón con los bóxers es lo más importante. Tenía que confesártelo — dijo él con un encogimiento de hombros.

— Sin duda.

— Deberías corresponderme y contarme algo sobre ti.

Juls dejó la tostada en el plato y le dio un trago a su café.

— A ver, déjame que piense. A mí sí me gustan los helados de vainilla y mi color favorito es el verde. Tampoco me gustan las coles de Bruselas, pero es que el repollo no lo soporto — se detuvo y frunció la nariz—. Parece que cada vez tenemos menos cosas en común.

— No sé si voy a poder soportar a alguien que odia el repollo.

— Pues las cosas se complican porque a mí sí me gusta Tom Cruise. Me parece que está muy bueno.

— ¿Más que yo? — preguntó él con presunción.

Ella fingió examinarle con interés. El atractivo de Jorge era simplemente impactante, incluso recién levantado y con el pelo sin arreglar, colgándole sobre la frente.

— A ver, es que es Tom Cruise.

Él emitió un bufido muy gracioso.

— Mi película favorita es *De óxido y hueso* — continuó ella—, y adoro el cine de Clint Eastwood. Respecto a la música, me gusta el mismo tipo que a ti. Tengo carnet, pero no suelo conducir y mi bebida favorita es el zumo de melocotón. Y me gustan los gatos, aunque nunca he tenido uno. Soy Acuario y no tengo ningún cajón lleno de ropa azul. Ah, y sí, me gustan los chicos como tú, arrogantes y engreídos. Quizá tú un poco más que los demás.

— ¿Arrogante y engreído?

— Bueno, tú ya sabes — dijo con una risa traviesa.

Él se incorporó e inclinándose sobre la mesa, le dio un beso en la boca. Era un beso son sabor a café.

— ¿Y esto? — le preguntó cuando él se apartó.

— Esto es porque se me había olvidado decirte que anoche fue una noche increíble. Y que quiero repetir — susurró él.

A Juls se le encogió el estómago.

— ¿Qué fue lo que me dijiste en alemán?

— Ah, así que sientes curiosidad... — Él se golpeó el mentón con un dedo.

— Un poco — admitió.

— Pues te dije tonterías como que mi familia lleva la ropa a la lavandería o que se me había olvidado comprar detergente. Ah, y lo más importante: que tenía que limpiar la placa vitrocerámica — concluyó con un destello inocente en los ojos.

Ella cogió su servilleta y se la arrojó, dándole de lleno en la cara.

Él se rio.

— Te prometo que en algún momento te diré la traducción correcta.

Ella quiso protestar, pero no tuvo tiempo de decir absolutamente nada porque Jorge comenzó a hablar de nuevo.

— Esta tarde, Lukas y Erika han organizado una especie de reunión en el chalet para ver una peli. Mis padres no están. Iremos los de siempre, los del domingo pasado. Y me gustaría que vinieras conmigo.

Juls pestañeó un par de veces, dejando que el timbre cálido con el que él acababa de pronunciar la última frase le penetrase hasta las entrañas.

— Claro — aceptó sin reservas.

Todo el tiempo que pudiese pasar al lado de Jorge era un tiempo precioso.

Jorge

Juls: Cómo vas? Todo bien?

Jorge: Todo perfecto. A punto de empezar una clase. Y tú qué haces?

Juls: Preparándome para bajar a la playa. Ya sabes, mi vida es muy dura.

Jorge: Lo de anoche fue alucinante. No puedo dejar de pensar en ello.

Juls: También fue alucinante para mí. Fue genial.

Jorge: Lo de esta mañana también. Incluso mejor que lo de anoche.

Juls: Mejor?

Jorge: Bueno, las comparaciones son odiosas. Lo mejor es que repitamos y analicemos.

Juls : Definitivamente sí.

Jorge: No puedo concentrarme, ¿sabes? Cada vez que pienso en ti mi cuerpo reacciona en consecuencia. Joder!

Juls: El mío también. Ni te imaginas el calor que estoy sintiendo en este momento. Me gustaría que estuvieras aquí.

Jorge: Estoy con mis alumnos que me están mirando con curiosidad y tú acabas de conseguir que no pueda bajarme del coche.

Juls: No lo siento para nada.

Jorge: Lo sé. Y eres cruel.

Juls: Cruel, yo? Solo porque soy sincera y te confieso que me estoy poniendo a cien mientras imagino como me besas por todas partes?

Jorge: Capulla. Te dejo.

El recuerdo de esos wasaps que había intercambiado con Juls ese día a primera hora sobrevoló por su cabeza y una tibia sonrisa curvó sus labios.

— ¿Por qué sonríes? — le preguntó ella. Iba sentada a su lado, en el Nissan.

— Estaba pensando en los mensajes de esta mañana.

— ¿Te han gustado?

Él dejó escapar un silbido.

— No sabes cuánto.

— Me encanta provocarte, ya sea en persona o por escrito.

— Si no me quejo — repuso él—. Sigue haciéndolo.

En ese instante alcanzaron la propiedad de los Alba. Él detuvo el coche frente al muro y apagó el motor. Descendieron de él y, de la mano, se internaron en la casa.

El salón se había convertido en una improvisada sala de cine. Habían colocado suficientes sillones y cojines en el suelo en torno a la gran pantalla

de televisión y las cortinas que daban al jardín estaban cerradas, creando un ambiente oscuro e íntimo.

Jorge y Juls fueron los últimos en llegar. Los otros deambulaban ya por la sala, portando fuentes con palomitas y bebidas, y disputándose los sillones. Ni Mariu ni Dani habían acudido ya que todavía no se encontraban demasiado bien, y Rafa se había excusado porque tenía unos clientes que solo podían ver pisos los domingos, pero todos los demás estaban allí: Lukas, su novia, su amigo Iván y otra chica que debía de ser el rollo de este último; Erika con sus amigas, Laura y Bea. Y Diego, que había tomado asiento en la silla más alejada de todas y bebía pausadamente de una cerveza mientras observaba la escena con condescendencia.

Jorge le saludó con la mano. Su hermano alzó la botella en el aire correspondiendo al saludo.

— ¿Somos los últimos?

Till, su jefe, le había pedido por favor que se ocupara de una inmersión que tenía en Javea y Jorge no había podido negarse, por eso llegó tarde a recoger a Juls.

— Sí. Casi empezamos sin vosotros — le gritó Erika que estaba tirada en el suelo con el mando de la tele en la mano. Le dirigió una ojeada cargada de reproche.

Jorge se encogió de hombros, evitando los ojos inquisitivos de Bea, que le atravesaban como puñales. Estaba junto a Erika en el suelo, pero al verle entrar se había incorporado y calibraba a Juls con la mirada.

Jorge la ignoró, tiró de Juls, que se mantenía silenciosa a su lado, y la condujo hasta un sofá de dos plazas que estaba libre.

— Voy a buscar palomitas y unas cervezas — le dijo en voz baja.

— ¿Dónde vas? — aulló Lukas al ver que se alejaba. Estaba sentado en el sillón principal junto a su novia y engullía patatas sin piedad—. ¡Que va a empezar!

Jorge no le contestó. Se dirigió a la cocina y cogió dos cervezas y un bol de palomitas para él y para Juls. No tenía ni idea de qué película habrían escogido sus hermanos, pero conociéndolos sería una de terror.

A pesar de que la sala estaba a oscuras, la penumbra no era total y pudo ver la sonrisa que le dirigió Juls cuando llegó cargado con las cosas. Dejó

las palomitas en el sofá y le tendió una cerveza. Luego, se acomodó a su lado, pegando la cadera a la suya.

No sabía que tenía esa chica que le hacía desear estar todo el día adherido a ella.

— No sé qué película será — le dijo al oído—. Aunque intuyo que de miedo.

— Mejor — repuso con sorna—. Así cuando tengas pánico te puedes echar encima de mí.

Él soltó una risita y luego le dio un beso.

— ¡Silencio! — exclamó Erika mientras encendía la tele y ponía en marcha el reproductor de DVD.

El título apareció en la pantalla.

Expediente Warren.

«Fabuloso», pensó Jorge con sarcasmo. Él ya había visto esa película hacía unos años y era realmente acojonante. Esperaba que Juls no fuera demasiado asustadiza.

— ¿La has visto? — le preguntó en un cuchicheo.

— No. Te confieso que no soy muy fan de las pelis de terror, pero me adaptaré.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros y puso el bol de palomitas sobre sus piernas para que ella también tuviera acceso a él.

Solo media hora después de que la película hubiese empezado, Juls había sustituido a las palomitas sobre su regazo y tenía la cara enterrada en el hueco de su cuello mientras respiraba con dificultad.

— Joder — balbuceó casi sin voz—. ¿Por qué no me habías avisado de que es tan horrible?

— Pensé que eras tú la que me iba a proteger a mí — le respondió con ironía.

No iba a quejarse de que ella se aferrase a él como si la vida le fuese en ello. La situación le agradaba demasiado.

— No pasaba tanto miedo desde que me quedé encerrada en un armario en casa cuando tenía seis años — cuchicheó ella.

— Quédate así y no mires a la pantalla — le dijo.

— ¿Así? ¿Subida encima de ti? — Había un tinte cínico en sus palabras.

— A mí me parece bien.

Hablaban en susurros para no molestar a los demás, que parecían ensimismados en la película, aunque la novia de Lukas llevaba un buen rato tapándose la cara con las manos y soltando gemiditos.

Apenas habían pasado cinco minutos y dos nuevos sustos — las exclamaciones ahogadas de todos los presentes eran el indicativo perfecto de los peores momentos— , cuando Juls levantó la cara. Incluso en la penumbra que reinaba en el salón, Jorge pudo sentir los ojos de ella fijos sobre su semblante.

— Sé que tenías muchas ganas de ver esta peli, pero ¿pasa algo si te la pierdes?

Él le acunó la cara con las manos. Casi a tientas depositó un beso sobre sus labios. Sabía a palomitas.

— Salgamos fuera — propuso.

La ayudó a bajarse de su regazo y, cogiendo las dos cervezas, tiró de su mano y la condujo hacia el ventanal. Encontraron la abertura de las cortinas con rapidez y solo se ganaron algún siseo de protesta antes de salir al exterior.

Eran más de las ocho y el atardecer se encontraba en todo su apogeo. La luz que provenía del cielo tornasolado sumada a la de los faroles que pendían de la fachada proporcionaba un ambiente cálido y coqueto al jardín.

Jorge la miró y se sorprendió de encontrarla tan pálida.

— Lo siento. No sabía que la peli te estaba afectando tanto — se disculpó.

— Otra cosa más de mí que has aprendido. Pelis de miedo, no.

Se sentaron en una de las tumbonas, uno al lado del otro, apenas separados por un soplo de aire.

— Lamento que te la estés perdiendo — murmuró ella señalando al interior.

Él se rio al tiempo que se encogía de hombros.

— Ya la había visto. Lo cierto es que quería estar contigo hoy y me daba un poco igual dónde. Esta reunión era una buena excusa.

Juls le sonrió de un modo tímido, poco habitual en ella, que a él le resultó irresistible.

El ambiente sereno solo era interrumpido por los diálogos que provenían del televisor desde dentro de la casa, aunque llegaban amortiguados hasta ellos por la distancia y no estropeaban la atmósfera tranquila. Corría una ligera brisa que traía el aroma de algunas flores que debían de crecer en el jardín contiguo.

Bebieron en amigable silencio y terminaron hablando de diversos temas, haciéndose preguntas de todo tipo para conocerse mejor, algunas superficiales y otras más profundas. Juls le confesó que odiaba su trabajo y que tenía muchas ganas de dejarlo. Jorge le habló de lo difícil que le resultó en un principio marcharse de casa para vivir solo; estaba muy unido a su familia.

— ¿Qué pone ahí? — le preguntó ella con suma curiosidad, señalando la chapa que llevaba colgada al cuello y que desaparecía dentro de su camiseta.

Él se la sacó y se la mostró.

— Es la constelación de Piscis. Me la regaló Lukas hace unos años por mi cumpleaños. No creo mucho en los horóscopos, pero sé que a él le hizo ilusión comprarme esto así que no me la quito nunca.

Ella se inclinó para verla mejor y repasó con la punta del dedo la línea unida por diminutas estrellas que aparecía grabada en el acero.

— Adoras a tus hermanos, ¿verdad?

— Sí — admitió él con simpleza.

Admiraba el carácter sereno de Diego y su personalidad algo fría y seria. Era el hermano mayor perfecto, siempre dispuesto a acompañar a cualquiera de sus hermanos pequeños hasta el fin del mundo. Con Erika tenía una relación especial, quizá porque era la que más se parecía a él. Descarada y entusiasta, era leal hasta el infinito. Y, por supuesto, sentía una especial debilidad por Lukas, el benjamín, gamberro y divertido, que parecía tomárselo todo a broma.

— Yo estoy algo distanciada de mi hermano Rodrigo, desde que se casó y se fue a vivir a Sevilla, pero tengo una relación fantástica con Félix,

aunque me trata como si fuera una niña pequeña y aún llevara coletas — dijo con una risita afectuosa.

— No te imagino con coletas.

— Pues las llevaba.

Jorge extendió la mano y atrapó la de ella. Jugueteó con sus dedos, mucho más pequeños que los de él, mientras pensaba en lo mucho que le gustaba tocarla. La miró con intensidad y una especie de corriente poderosa fluyó entre ambos. Tragó saliva al ver cómo la mirada de ella se nublaba y sus mejillas se coloreaban. El momento parecía perfecto. Perfecto para inclinarse el uno sobre el otro y besarse. Perfecto para confidencias.

— Juls...

No se iba a andar con rodeos, decidió.

— Dime.

— Creo que somos muy compatibles — dijo—. Me gustas mucho y quiero pasar más tiempo contigo, conociéndote.

Ella tardó en contestar; parecía estar buscando las palabras adecuadas.

— Solo me queda una semana de estar aquí — suspiró al fin—. El domingo que viene vuelvo a Madrid y esto que tenemos tú y yo... — vaciló y se detuvo, bajando la vista.

Él apretó su mano con suavidad.

— Esto que tenemos tú y yo, ¿qué? Mejor no le ponemos nombre y dejamos que las cosas sigan su curso — propuso—. Intentemos pasar más tiempo juntos.

No añadió la coletilla *de aquí a que te vayas*. Lo cierto era que, aunque no sabía bien adónde los iba a conducir todo aquello, tenía claro que una semana no iba a ser suficiente. Era muy poco tiempo para todo lo que deseaba hacer con ella.

— Para mí es fácil, Jorge. Yo estoy de vacaciones y tengo todo el tiempo del mundo para ti.

— Me gusta cuando dices eso — dijo con una risa ronca—. Me gustaría poder decir lo mismo, pero ya sabes que no es así. Sin embargo, te haré un hueco en mi vida, Juls. Mejor dicho, todos los huecos que pueda. Quiero hacerlo.

— No hace falta que te esfuerces mucho para convencerme, Jorge — le dijo ella e hizo un ademán de aceptación con la mano que tenía libre.

— El sábado quiero que vengas a bucear conmigo. Creo que te va a encantar la experiencia.

Ella no había tenido tiempo de contestarle cuando se escucharon unos gritos angustiados desde dentro de la casa.

— Prométeme que la próxima peli que vayamos a ver juntos será una comedia romántica — le pidió Juls con una risita.

— Prometido.

Y tiró de su mano hasta que consiguió que se encaramara sobre su regazo. Luego la devoró con un beso hondo y profundo al que ella correspondió sin pensárselo demasiado.

Capítulo 15

Jorge

Juls: Buenos días. Qué prefieres, macarrones o espaguetis?

No pudo evitar reírse. Eran las ocho de la mañana de un miércoles. Solo ella podía desearle los buenos días de aquel modo tan loco.

Jorge: Aunque ahora estoy tomándome un café y no me apetece ni lo uno ni lo otro, macarrones.

Juls: Vale, igual que yo. Progresamos. Amanecer o anochecer?

Vaciló antes de contestar. Aparentemente, aquel era un juego de preguntas y respuestas que podía tomarse en serio o no.

Se decidió por lo segundo.

Jorge: Depende. Si me pongo en plan ñoño te diría que cualquiera de los dos si es contigo.

Juls: Eres el mejor. Me gusta cuando te pones cursi.

Ahogó una risa. No solía ser cursi, pero con ella le resultaba divertido.

Jorge: Puedo llegar a ser terriblemente cursi. Tú dame tiempo y comenzaré a chorrear mermelada. Yo también tengo una pregunta, la hamburguesa con mostaza o sin mostaza? Es una pregunta de vida o muerte, te lo advierto.

Juls: Con.

Jorge: Ufff, has pasado la prueba.

Juls: Pantalón corto o pantalón largo?

Jorge: Para ti o para mí? Bueno, da igual, corto en todo caso. Para poder disfrutar de tus piernas y que tú puedas flipar con las mías. Tengo unas pantorrillas muy atractivas. Musculosas y muy viriles.

Aguardó su respuesta mientras sus labios mostraban una sonrisa de oreja a oreja.

Juls: Pues no me he fijado.

«Mentirosa. Te encanta mirarme. ¿Crees que no me ha dado cuenta?».

Jorge: Mentirosa. Sé que te mueres por mis piernas. Y por el resto de mi cuerpo.

Juls: Reconozco que tienes unas orejas interesantes.

¿Tenía las orejas interesantes? Instintivamente, Jorge se llevó la mano a una de sus orejas y se la acarició con indolencia mientras le daba un largo trago a su café, al que no había echado azúcar esa mañana, y pensaba en su próxima pregunta.

Jorge: Desayuno o cena?

Juls: Cena romántica y con velitas. Siempre.

Jorge: Es una sugerencia?

Juls: Te lo has tomado como tal?

Jorge: Quizá. En un restaurante o en mi piso?

Daba igual lo que ella dijera, ya había planeado llevarla a su piso.

Juls: Eso se sobreentiende. Los restaurantes están sobrevalorados.

«Genial. Estamos en la misma onda».

Jorge: Perfecto, entonces en mi piso. Mañana.

Juls: Estás libre?

Jorge: Sí. Como un pájaro. Y tú, me vas a hacer un hueco en tu ajetreada vida social?

Juls: Espera que miro mi agenda. Sí, tengo un hueco entre la hora de la playa y la hora de la playa. Me apunto. Conjunto de lencería blanco o negro? Soy una buena chica y te dejo elegir.

Cerró los ojos y trató de imaginársela con cualquiera de los dos, pero su malicioso cerebro solo podía verla sin ropa, tal y como la había visto el fin de semana anterior. Emitió un leve gemido cuando su cuerpo reaccionó en consecuencia. ¡Dios! ¡Eran las ocho de la mañana! Últimamente, se excitaba con nada. Esa chica le volvía loco.

Jorge: La verdad es que da igual. Me gusta más lo que está debajo.

Juls: Qué superficial eres. Yo sí que tengo ganas de verte con tus bóxers azules... mmm.

Bajó la vista y se miró la ropa interior. Todavía no se había vestido. En efecto, llevaba unos bóxers azules, como de costumbre.

Jorge: Eso no va a ser difícil . A las seis te recojo, vale?

Juls: Te espero abajo. Ansiosa e impaciente, pero solo por la cena, nada más, que conste.

Jorge dejó el móvil sobre la mesa mientras la diversión plegaba sus labios. Era incapaz de no sonreír cada vez que hablaban. Ella ejercía ese poder sobre él.

No habían vuelto a verse desde el domingo y ardía en deseos de estar con ella. Había conseguido cambiar algunas clases del jueves con su compañera Nerea, así que estaba libre para poder pasar la tarde con Juls, y — para qué negarlo —, esperaba que también la noche.

Sabía que tenían los días contados, que el domingo ella regresaba a Madrid y que esa breve aventura llegaría a su fin.

Cuando aquel pensamiento acudió a él, un sabor agridulce se le concentró en el paladar y le dio un sorbo a su café para ahuyentarlo, pero no sirvió de mucho.

Se puso de pie y salió al balcón. Las maravillosas vistas del mar Mediterráneo le recibieron. Se extendía ante sus ojos, añil, ancho y liso como un espejo, reflejando los rayos de un sol cegador que hacía un rato se había elevado por el horizonte. Extravió la mirada y aspiró con fuerza para llenarse del olor a salitre. Corría también un ligero vientecillo muy agradable que le despeinó el cabello.

Absorto, volvió a beber del amargo brebaje y suspiró.

Cuatro días y ella se iría.

— Solo cuatro días — musitó.

Juls

La semana pasó demasiado deprisa y el sábado amaneció soleado con un cielo azul maravilloso, símbolo de buenos presagios.

Aunque al final no pudieron verse todos los días porque a él se le complicaron las cosas en el trabajo y ella decidió pasar más tiempo con Mariu, intercambiaron wasaps a diario y se llamaron por teléfono con frecuencia. Juls nunca había experimentado una conexión así con nadie. Su pasada relación había sido muy diferente. Sergio podía pasarse semanas

fuera sin acordarse de contactar con ella — y así fue desde el principio— , algo a lo que Juls también llegó a habituarse.

Sin embargo, las cosas con Jorge eran muy diferentes, mucho más reales e íntimas. No podía pasar ni un solo día sin saber de él, sin escuchar su voz o sin desearle buenos días en un simple mensaje de texto.

Y él era igual que ella.

El jueves por la tarde, fue a recogerla y la llevó a su apartamento. Juls todavía se estremecía al recordarlo. No hubo cena con velitas para dos, a cambio, se besaron y acariciaron durante horas frente a la ventana de su dormitorio mientras el sol se ponía lentamente. Después pidieron una pizza y terminaron de nuevo en la cama con los cuerpos enredados.

Una noche mágica.

Los indicios ya estaban ahí mucho antes, pero fue el viernes, después de que él la hubiera dejado en su apartamento por la mañana, cuando se dio cuenta de que se había colado por Jorge irremediablemente. Le vio marcharse en su todoterreno y le siguió con la mirada, melancólica. Cuarenta y ocho horas y no volvería a verle.

No quería irse.

No quería dejar a medias eso que había comenzado a arder entre ellos.

Su relación era fantástica, pero se basaba únicamente en el sexo, ¿no? Al menos así fue al principio. Una atracción sexual brutal que los llevó a la cama. Eran muy compatibles dentro de ella.

No obstante, también encajaban muy bien fuera de las sábanas.

Ella quería más que sexo. Mucho más.

Pero ¿y él?

Hecha un lío, se levantó y se dirigió a la ventana. Eran las ocho de la mañana y Jorge había quedado en ir a recogerla a las nueve para ir a bucear. Y no podía evitar estar ansiosa. Era su bautismo de buceo. Quizá por eso se había despertado tan temprano. O quizá porque sabía que al día siguiente iban a tener que despedirse.

El piso estaba muy silencioso. Mariu había pasado la noche fuera, todavía no había regresado y tampoco pensaba hacerlo a lo largo del día. Ya le había dicho que quería pasar sus últimas horas en Benidorm con Dani e iba a aprovechar que él tenía el día libre para hacerlo.

Cuando su amiga acudió a su cabeza, una sensación de suave envidia la embargó. Mariu tenía las cosas muy claras y no sentía pena alguna por marcharse y despedirse de Dani. Era un simple rollo, le había dicho, y no tenía la más mínima intención de seguir manteniendo el contacto con él una vez que regresara a Madrid.

A Juls le habría gustado ser un poco más como Mariu y no haberse pillado por Jorge de ese modo. Las cosas habrían sido más fáciles, desde luego. Se sentía como cuando tenía quince años y se enamoró por primera vez. Solo quería pensar en él y estar con él. Rememorar cada instante que pasaban juntos, repasar sus conversaciones y analizar cada gesto. Si cerraba los ojos, le veía con esa sonrisa pícaro que él solía lucir. Si iba a la cocina y se servía un vaso de agua, pensaba en él. Si se sentaba frente a la televisión a ver cualquier programa, él aparecía en sus pensamientos y se preguntaba dónde estaría y qué estaría haciendo. Le imaginaba trabajando en la escuela de buceo o en la playa, haciendo windsurf con sus alumnos y pensaba en la suerte que tenía la gente de estar a su lado y compartir su tiempo. Cuando hablaba con Mariu de cualquier cosa, él pululaba por su mente y se le ocurrían mil cosas que quería contarle cuando le viera, cosas tontas y sin sentido. Se imaginaba hablando con él de temas profundos y de otros mucho más superficiales. Y cuando se acostaba y apagaba la luz de la mesilla, ahí estaba él también, dentro de su cabeza.

Jorge por todas partes.

Era frustrante.

Se tomó un café para espabilarse y se dio una ducha rápida. Después, remoloneó unos minutos y se probó diferentes prendas de ropa, aunque sabía que aquello era una tontería, a fin de cuentas, iban a bucear.

Mucho antes de que fueran las nueve, ella ya estaba lista y le aguardaba en la calle, frente al portal. A pesar de encontrarse ya en octubre, la temperatura era ideal. Si bien los días de verano habían quedado atrás, el clima todavía permitía ir en pantalón corto y camiseta.

Escuchó el todoterreno incluso antes de que este girase en la esquina y pudiera verlo. Su potente sonido era inconfundible.

Las mariposas en su abdomen comenzaron a aletear revolucionadas.

Jorge detuvo el vehículo frente a ella y descendió de él. Apoyó la mano sobre el techo, recorriéndola de arriba abajo con los ojos llenos de entusiasmo. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta blanca.

— Buenos días — la saludó—. ¿Dispuesta a ser mi sirena?

Ella se rio y se dirigió al asiento del pasajero, pero él la interceptó por el camino y, sujetándola por la cintura, la detuvo en medio de la acera y se apoderó de sus labios con vehemencia.

— Estos sí que son unos buenos días — murmuró, soltándola.

Juls hubo de darle la razón internamente.

— Vamos a Calpe — le informó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad y ponía el coche en movimiento—. Es una localidad que está cerca de aquí, a veinte kilómetros. Hay una cala maravillosa para bucear a la que solemos acudir con los grupos para hacer inmersiones. ¿Conoces el Peñón de Ifach?

— He oído hablar de él.

— La cala a la que vamos está justo debajo, en la cara occidental. Se llama El Racó. Te va a gustar. Tiene una playita de cantos rodados de unos ciento cincuenta metros. En esta época del año apenas hay gente.

En cuanto se pusieron en marcha, Juls desconectó mentalmente. Estaba demasiado agitada pensando en su próxima aventura para fijarse demasiado en el trayecto. Bucear era una actividad que nunca le había interesado demasiado y ahora que estaba a punto de experimentarla, la desazón la carcomía. No sabía si era la anticipación por lo que iba a suceder en breve o el temor de sumergirse en terreno desconocido.

Una vez que abandonaron la autopista, se internaron en una carretera llena de curvas que rodeaba una ladera y que iba en paralelo a la costa. El azul Mediterráneo refulgía a su derecha.

— Mira hacia abajo — le dijo él en un momento dado—. ¿Ves ese puerto? Es Campomanes. Ahí es donde trabaja Erika.

Juls dirigió la mirada hacia donde él indicaba. De refilón, entre los matorrales que bordeaban la carretera, pudo ver unos cuantos barcos anclados allí; al menos dos de ellos semejaban ser grandísimos.

— Es un puerto deportivo muy exclusivo — siguió él.

— ¿Qué hace tu hermana? — inquirió con curiosidad.

— Es mecánica de embarcaciones.

Aquello la sorprendió. Sabía que estaba siendo prejuiciosa, pero la guapa y rubia Erika no encajaba con la imagen que tenía ella de un mecánico en su mente.

Solo unos minutos más tarde, después de muchos recodos y un par de túneles excavados en las montañas, el pueblo al que se dirigían apareció frente a ellos. Una roca gigantesca que se internaba en el mar lo presidía.

Impresionante. Y bello.

— Eso es Calpe — comentó él—. Vamos justo ahí, debajo del peñón.

En silencio, ella se dejó seducir por el paisaje, por la curiosa roca, por la multitud de casitas blancas que adornaban las laderas de los cerros y por el mar azul que resplandecía a la luz del sol mientras se acercaban a la localidad. Accedieron a ella por una rotonda que desembocaba en una amplia avenida. Era temprano y no había mucha gente por la calle. Atravesaron el dormido pueblo con rapidez y terminaron en el puerto. Los mástiles de numerosos barcos asomaban entre las palmeras.

El Peñón de Ifach destacaba imponente frente a ellos.

Jorge detuvo el Nissan a pocos metros del acceso a la playa y Juls descendió del vehículo sin poder quitar la vista de la enorme piedra que proporcionaba sombra a gran parte de la zona. Era gigantesca.

— Marea mirar hacia arriba — dijo.

— Un poco — admitió él—. Mide más de trescientos metros y hay un sendero que lleva hasta su cima. Pero esa excursión la dejamos para la próxima vez.

Tal y como él le había dicho, la cala era pequeña, de cantos blancos y solo estaba ocupada por una mujer que jugueteaba con un perro cerca de la orilla. Había una caseta blanca al comienzo de la playa — un puesto de socorrismo que permanecía cerrado— y a la derecha, un largo dique de cemento que se adentraba en el mar. A lo lejos, en el horizonte, se podían vislumbrar los altos edificios de Benidorm que se recortaban contra el cielo azul lavanda.

Jorge se dirigió a la parte trasera del todoterreno y abrió la puerta. Por el rabillo del ojo, Juls pudo ver las bombonas de buceo, los trajes, las aletas y otros utensilios que no supo identificar. El nerviosismo hizo presa en ella de

nuevo. Cuanto más se acercaba el momento de sumergirse, menos segura estaba de que aquello fuera una buena idea, pero trató de respirar hondo y calmar su inseguridad.

Le ayudó a sacar el material del Patrol y le siguió hasta el muro de piedra que corría en paralelo a la playa donde depositaron todo el equipo. Levantó una de las botellas de oxígeno e hizo una mueca al comprobar lo pesada que era.

— El equipo completo pesa unos treinta kilos — le dijo él—. Pero en el agua no se nota, no te preocupes.

Comenzó a quitarse la ropa y ella le inspeccionó con curiosidad al ver que debajo de los pantalones llevaba un bañador muy ajustado como los que solían usar los nadadores.

— ¿Te gusta mi trasero apretadito por la licra? — le lanzó él.

— Ni me he fijado — rechazó con exageración.

Él liberó una risa antes de tenderle un neopreno y unos escaupines y animarla a que se los pusiera. Lo hizo. Se desnudó, quedándose en bikini, y se ajustó el traje de goma con cierta dificultad y el calzado. La sensación del frío material sobre su cuerpo era extraña. Alzó la cara cuando escuchó un potente graznido. Por encima de su cabeza, unas cuantas gaviotas sobrevolaban la playa.

— El peñón está lleno de nidos de gaviotas y de pardelas — le explicó él, viendo hacia donde dirigía la mirada—. También hay cormoranes moñudos. Mira allí y verás algunos tomando el sol.

Ella siguió sus señales. Había tres aves oscuras con curiosos tupés en la cabeza sobre una gran roca.

— No tienes problemas cardiacos ni respiratorios, ¿verdad?

La pregunta la llevó a girarse con brusquedad. El nudo que tenía en su estómago se hizo más grande todavía.

— Hasta esta mañana no los tenía — dijo con pretendida sorna—. Ahora ya no estoy tan segura. Mi corazón va a mil por hora.

— Lo vas a hacer genial — le dijo él con una expresión tranquilizadora en el semblante—. Estoy seguro. Solo tienes que saber hacer tres cosas. La primera, no dejar de respirar. La segunda, compensar cuando sientas presión en los oídos. Al descender lo haremos cada medio metro aproximadamente.

Y la tercera, vaciar la máscara bajo el agua. Ahora te enseño cómo. Y ya está. De lo demás me encargo yo, ¿vale?

— Vale — respondió. Aunque trató de imprimir firmeza a su voz, no lo consiguió.

Jorge se adelantó un paso y le cogió las manos, oprimiéndoselas con firmeza. Había un brillo alentador en sus ojos. Estaba muy sexi embutido en su traje negro de neopreno.

— Estás a tiempo de decir que no quieres hacerlo. Quiero que esta sea una experiencia genial para ti. Si tienes dudas podemos irnos o simplemente disfrutar de la playa y darnos un baño, Juls. Sin presiones.

Le hubiera gustado decirle que sus palabras la serenaban, pero no era cierto.

— ¿Vamos a profundizar mucho?

— No. Unos siete metros. Es lo usual para los principiantes.

Siete metros. ¿Eso era mucho o era poco? ¿Todavía podría ver la superficie? ¿Podría subir si se agobiaba? Había visto películas en las que los buzos no podían ascender deprisa y tenían que hacer pausas para no tener problemas. Y si ella no podía...

— Deja de pensar — le pidió él con voz suave e inclinó la cabeza hasta que sus frentes se rozaron—. Te voy a explicar cómo funciona todo y nos metemos en el agua. Una vez ahí, si decides que no quieres seguir, nos salimos. Sin problema.

Se sintió como una tonta. ¿Desde cuándo tenía ella miedo a probar experiencias nuevas? Era verdad que el agua le daba respeto, pero sabía que Jorge iba a estar a su lado.

— Quiero hacerlo — dijo. Y aquella aseveración sonó firme en el silencio de la playa solo interrumpido por las voces de las escandalosas gaviotas.

Él la besó con ligereza.

Luego se apartó de ella y comenzó a revelarle para qué servían todas y cada una de las piezas del equipo. Juls siguió sus explicaciones con avidez mientras él le hablaba de la bombona de oxígeno de doce litros y doscientos bares de presión. Aprendió cómo ponerse el chaleco hidrostático y cómo manejarlo para ascender y descender en el agua, y vio el funcionamiento de

las distintas etapas que permitían llevar el oxígeno a alta presión de la botella hasta el regulador por el que se respiraba a presión ambiente. Después de eso, él le mostró cómo debía de compensar. También le enseñó las diferentes señales de comunicación bajo el agua que a ella le parecieron bastante simples, no obstante, las repitieron varias veces hasta que él estuvo seguro de que no iba a olvidarlas. Luego comenzó a explicarle algo referente al cinturón de lastre, mencionando que los plomos dependían del peso de la botella, del grosor de su traje de neopreno y del propio peso y volumen de ella. A Juls todos aquellos cálculos le sonaron a chino y cuando terminó su aclaración y le dijo que probarían con un cinturón de cinco kilos, se limitó a asentir.

— No te has enterado de nada — dijo él con una sonrisa juguetona.

Ella se mordió el labio inferior. Se sentía rara con el neopreno, los escarpines y el pesado chaleco.

— De lo último no — admitió—. Las matemáticas y yo no nos llevamos bien. Pero confío en ti. Y si dices que cinco kilos son correctos, te creo. Tengo fe en que no quieres que me hunda como si fuera un ancla.

Él se rio.

— Sé que estás nerviosa, es lo normal, no pienses que eres la única. Mucha gente reacciona como tú antes de la inmersión. Pero creo que la experiencia te va a encantar. De verdad. Cuando te sumerges dejas atrás todas tus preocupaciones y problemas. La sensación de silencio e ingravidez es como volar.

— Si tú lo dices — dijo con escepticismo.

— Venga, vamos. El resto te lo explico dentro.

No tardaron en encaminarse hacia el agua con las bombonas y las aletas en la mano. La sangre iba rauda por las venas de Juls y su corazón había empezado a acelerarse. La mujer que jugaba con su perrito les hizo un gesto con la mano y Juls le sonrió con los labios trémulos.

Se detuvieron en la orilla y se ajustaron las bombonas. El peso estuvo a punto de tirarla hacia atrás, pero se balanceó hacia delante y compensó con rapidez. Jorge la tomó de la mano y ella le siguió. Una vez dentro del agua, él la ayudó a calzarse las aletas, después de haberse puesto las suyas.

El tiempo era espectacular y la superficie del mar se mantenía en calma. Apenas un suave movimiento mecía las aguas azules. Según se fueron adentrando en ellas, el equipo perdió su pesadez y se tornó liviano. Juls llevaba el chaleco medio hinchado lo que facilitaba su flotación. Pronto, dejó de sentir el lecho de arena bajo sus pies y pudo aletear con libertad. Era la primera vez que se ponía unas aletas y una extraña y torpe sensación se adueñó de sus piernas, poco acostumbradas a ese tipo de calzado. Él, por el contrario, fluía grácil en el agua como el mismo Poseidón.

Jorge se detuvo y ella le imitó.

— Ahora un par de conceptos más, ¿vale? Ante todo, no te pongas nerviosa.

¿Que no se pusiera nerviosa? ¿Estaba de broma? Se tragó una imprecación y siguió sus explicaciones mientras él le mostraba cómo vaciar la máscara debajo del agua.

No era un proceso fácil y tuvo que probar muchas veces. La frustración la embargó al ver que no era capaz de conseguirlo. Pero Jorge tenía muchísima paciencia, como demostró una y otra vez, hablándole con calma. Juls estaba a punto de tirar la toalla cuando lo consiguió por fin. Él la obligó a hacerlo unas cuantas veces más hasta que estuvo seguro de que era capaz.

— Vamos a hacer ahora el chequeo de flotabilidad. A ver, deshinchas el chaleco, quédate quieta y llena los pulmones. ¿Cómo lo ves? ¿Te hundes?

— No.

— Vale, vacía ahora los pulmones del todo. Si empiezas a hundirte despacio es que tienes el lastre correcto.

Juls vació los pulmones y esperó. Poco a poco comenzó a notar como si una fuerza invisible tirase de su cuerpo hacia abajo.

— ¡Genial! — Jorge le tendió una mano y le sujetó el brazo mientras una sonrisa se dibujaba en su boca—. Creo que soy un instructor maravilloso. Tienes los plomos que te corresponden. Y a la primera.

Ella le sonrió insegura. Jorge parecía eufórico.

— ¿Preparada?

«¡No!».

— Sí — murmuró.

— ¿Recuerdas las señales?

Asintió.

— No te voy a soltar la mano, Juls. No te preocupes. Podemos ascender en cualquier momento. Lo haremos despacio, eso sí. ¿Todo correcto?

— Está bien.

Después de ponerse las máscaras, aguardaron un rato más sobre el agua hasta que ella se acostumbró a respirar a través del regulador. Por fin, él le hizo una señal indicándole que iban a descender y ella asintió. Bajó los párpados unos segundos y dejó que él tirase de ella.

El agua la engulló.

Cuando se quiso dar cuenta, ya se habían sumergido y Jorge le sujetaba la mano con firmeza. Aquello la tranquilizó. Le vio hacer el símbolo de *Ok* juntando el índice y el pulgar y le correspondió de la misma manera. Una inmensidad azul se abría ante sus ojos y solo podía escuchar un opresivo silencio y el sonido de su aparatosa respiración. La presión comenzó a acaparar sus oídos como si quisiera robárselos y se apretó la nariz con ambos dedos y espiró, tal y como él le había dicho, compensando. Volvió a hacerlo un par de veces más, cada vez que la presión le taponaba los oídos según descendían.

Con lentitud, se fueron internando en las profundidades. Echó un último vistazo hacia arriba y vio la superficie muy por encima de su cabeza, quizá a cinco o seis metros.

Notó el corazón palpitando furioso en su pecho.

«Ya no hay marcha atrás», se dijo con ansiedad.

Giró la cara y se encontró con la mirada de Jorge distorsionada por el cristal de las gafas submarinas. Quizá se lo imaginó, pero le pareció que él le hacía un guiño.

La pesadez que sentía en el estómago disminuyó un poco.

La sensación de ingravidez era indescriptible.

Era como estar suspendida en el aire.

Como volar.

Capítulo 16

Jorge

Ladeó la cara y la contempló con fijeza.

El rubio pelo alborotado con los cortos mechones cayendo sobre su frente, la piel dorada, la nariz algo respingona, las sombras que sus largas pestañas castañas proyectaban sobre sus pómulos y los labios rosados que parecían sonreír siempre.

¡Dios! Juls era preciosa cuando dormía. Mucho.

Un suspiro brotó de su boca. Alzó la mano, la acercó a su cara y pudo notar el aire que ella expelía con cada respiración. Era suave, cálido y parecía una caricia ligera. Saber que ese aire había estado dentro de ella le hacía sentir bien. Controló el deseo de tocarla y cerró la mano en un puño antes de apartarse con desgana y extraviar la vista en el techo. Apoyó el antebrazo sobre su frente y se concentró en las sombras del incipiente amanecer que entraba por la ventana.

No deseaba pensar demasiado en que apenas faltaban diez horas para que Juls regresara a Madrid y esa historia de los dos terminase. Menos de un día para poder estar con ella y disfrutar de su compañía. Demasiado poco tiempo.

Era una puñetera locura, pero lo que había comenzado siendo una aventura pasajera se había convertido en algo más, al menos para él, aunque estaba casi seguro de que para ella también. Era indudable en cómo le miraba, en cómo reaccionaba a cada una de sus caricias y sus besos y en cómo se comportaba. Quizá era pronto para hablar de sentimientos profundos, pero quería seguir conociéndola. No deseaba que aquello a lo que todavía no se atrevía a ponerle nombre llegase a su fin.

Pero ¿qué podía hacer?

¿Una relación a distancia?

Eso no sonaba demasiado bien.

Un resoplido frustrado brotó de su garganta.

Juls se agitó en sueños y él la miró de reojo, pero ella no se despertó, solo cambió de postura, enterrando la cara en las sábanas y frunciendo los labios de un modo encantador.

No pudo evitar sonreír.

Le originaba una ternura infinita verla así. Era una faceta desconocida de ella. Solía mostrarse decidida y fuerte, y poder disfrutar de su aparente fragilidad mientras dormía le llenaba de satisfacción. Pese a que admiraba su carácter firme e independiente, tenía que admitir que esa vulnerabilidad no le desagradaba del todo.

Con cuidado para no despertarla, se dio la vuelta y se acomodó boca abajo. Inhaló con fuerza y el femenino aroma que impregnaba la almohada le entró por las fosas nasales. La miró de nuevo, recreándose en sus facciones y las ganas de acercarse y besarla le invadieron, pero no lo hizo. Se limitó a contemplarla.

La iba a echar de menos.

Una punzada de desazón se manifestó en su pecho.

«¡Joder! ¡Cuánta sensiblería!», se regañó en silencio.

Trató de ahuyentar aquellos pensamientos de su cabeza y se concentró en todo lo sucedido en las últimas horas. El día anterior había sido perfecto. Juls había estado increíble en el agua. Pese a su inicial reticencia e inseguridad había afrontado la experiencia de su primera inmersión con valentía y, cuando emergieron, después de haber pasado una media hora recorriendo las aguas del Mediterráneo, ella admitió con una sonrisa que quería volver a repetir, algo que a él le encantó. Que Juls compartiese sus aficiones le resultaba realmente grato.

Las horas posteriores a su coqueteo con el buceo las pasaron en la cala, nadando y dejándose tostar por los rayos de sol de ese día espléndido. Juguetearon en la orilla mientras se hacían dueños de la pequeña y desierta bahía y se comieron a besos con sabor a sal.

Las mariposas se agitaron en su estómago al recordar cómo el húmedo cuerpo de Juls se había pegado al suyo con abandono al tiempo que se reía por algo que él había dicho.

Terminaron comiendo en un restaurante del puerto de Calpe que era conocido por servir uno de los mejores arroces del *senyoret* ¹⁹ de la zona y pudieron comprobar de primera mano que su fama estaba plenamente justificada. Sin embargo, pese a que las viandas estaban deliciosas, no se entretuvieron demasiado allí; ambos estaban demasiado ansiosos por marcharse y buscar la privacidad de su apartamento, así que dejaron que la sobremesa culminara entre las sábanas.

Habían hecho el amor varias veces, al principio de un modo pasional y frenético, llenos de antojo y con prisas, muy conscientes de que no les quedaba mucho tiempo de estar juntos. Después, más tarde, bajaron el ritmo y su unión fue más serena y pausada, aunque no menos ardiente. Se dejaron llevar por la intensidad de sus sentimientos y viajaron al paraíso un par de veces más mecidos por la brisa que entraba por la ventana y el sonido de las olas rompiendo en la playa, hasta que acabaron agotados y se quedaron dormidos, enmarañados el uno en el otro. Hasta ese amanecer que despuntaba en esos momentos y que había despertado a Jorge generándole todas aquellas sensaciones agridulces. La euforia de los instantes compartidos el día anterior se mezclaba con el desagrado de saber que eran las últimas horas que pasaba con Juls.

Ella se revolvió en sueños y su pierna entró en contacto con su muslo. Sintió un tirón en la entrepierna y se mordió las ganas de estirar la mano y posarla sobre la redondez de su cadera.

Era muy temprano, se dijo. Si la posición del sol no le engañaba, debían de ser las ocho de la mañana. Mejor dejar que ella durmiera un rato más. A fin de cuentas, habían pasado casi toda la noche en vela.

Reptando milímetro a milímetro, abandonó la cama y estiró los brazos, desperezándose, al tiempo que echaba un vistazo al exterior. El sol era una esfera anaranjada que hería las retinas con su ardiente brillo. Unos cuantos jirones de nubes en tonalidades ocre y azuladas se esforzaban por hacerle la competencia y trataban de ocultar su fulgor, pero fracasaban estrepitosamente.

— Buenos días. — La adormilada voz a su espalda le sobresaltó.

Se dio la vuelta y se encontró con sus ojos entreabiertos y una sonrisa dibujada en su boca. Su contención se desmoronó como un castillo de

naipes. Sin vacilación alguna, regresó a la cama y se tendió sobre ella. Su piel cálida y tersa le dio la bienvenida. Depositó un beso sobre sus labios mullidos y sensuales al que ella correspondió casi con timidez.

— Buenos días — le dijo, enterrando la cara en el hueco de su garganta y aspirando hondo—. No quería despertarte. Es muy pronto.

— Me haces cosquillas — protestó ella, retirándose con una risa sofocada.

Él alzó la cara y la miró, hambriento.

— Anoche no te quejabas tanto.

Ella se sonrojó, algo que le sorprendió. Juls no tenía nada de recatada.

— Me abrumas — confesó al cabo de unos segundos, ladeando la cara, como si no estuviera muy convencida de que expresar aquello en voz alta fuera lo más conveniente—. Tengo los nervios a flor de piel. Mira.

Sus brazos sostenían la sábana contra su pecho y, en efecto, tenía la carne de gallina. Saber que su mera cercanía era capaz de despertar esa reacción en ella le llenó de beneplácito. Una pequeña parte de él se burló de su tonto y desmedido ego que acababa de hincharse como un globo.

«Ay, Jorge, estás perdido».

— Me encanta descolocarte — murmuró y volvió a hundir la cara en su cuello.

Ella se dejó abrazar antes de apartarle.

— Tengo que ir al baño.

— ¡Qué poco romántica eres! — protestó él.

Juls salió de la cama sin preocuparse por su desnudez y le tiró un beso. Él la siguió con la mirada, entreteniéndose más de la cuenta en su firme trasero y en sus muslos bien definidos, hasta que desapareció detrás de la puerta del aseo.

Ignoró su erección que reclamaba atención y volvió a fijar la vista en el techo mientras comenzaba a hacer planes. Solo tenía unas pocas horas para poder estar con Juls y quería hacer algo especial, algo diferente y memorable.

Una vaga idea comenzó a formarse en su cabeza.

— ¿A qué hora sale tu autobús? — llamó, alzando la voz.

Una pesada nostalgia se instaló en su estómago al preguntarlo. Era la primera vez que se refería a su partida. Hasta ese día había evitado hablar de ese tema, como si no mencionarlo fuera a cambiar algo.

«Eres ridículo».

— A las cuatro y media — respondió ella, abriendo la puerta.

Perfecto. Tenían toda la mañana para estar juntos. Ya sabía dónde iba a llevarla.

— Quiero que vayamos a un sitio diferente.

Juls le dirigió una mirada interesada.

— Mientras esté de regreso en el piso sobre las dos para poder terminar de hacer mi maleta... — Dejó el resto de la frase en el aire.

— Estarás.

— ¿Dónde me vas a llevar? — inquirió con curiosidad, volviendo a desaparecer dentro del baño, pero dejando la puerta entreabierta.

— Es una sorpresa.

— Contigo todo es una sorpresa.

— ¿Y eso no te gusta?

Ella tardó en responder y cuando lo hizo el sonido del grifo del lavabo se tragó sus palabras.

— ¿Cómo dices? — insistió él. Se puso de pie y se acercó al baño, deteniéndose frente a la hoja de madera. Su erección no había disminuido ni un ápice; seguía erguida y desafiante.

— He dicho que creo que me gusta demasiado — contestó ella de regreso en el dormitorio. La expresión de su rostro se cargó de sorpresa al verle ahí delante, tan cerca.

Jorge dio un paso al frente e impidió que pudiera seguir avanzando. Su miembro se clavó en su suave estómago. Ella soltó un gemido lleno de descarnado deseo que reverberó en cada centímetro cuadrado de la piel de él.

— Creo que hay una ducha que nos está esperando. — La sujetó por el talle y la obligó a retroceder.

— Creo que tienes razón — se rindió ella. Y se dejó empujar.

Juls

Un mercadillo de antigüedades era el último lugar al que había esperado que él la llevara.

Dejaron el coche en el parking de tierra que había junto al recinto y rodearon el terreno vallado que los llevaba al acceso principal.

Antigüedades El Cisne, anunciaban varios cartelones a lo largo de toda la valla que conducía a la entrada. Todos ellos adornados con la imagen de esa ave en tonos blancos o azules.

— No es el típico mercadillo — anunció él como si le hubiera leído la mente.

— ¿Es como El Rastro de Madrid?

— Nunca he estado allí, pero espera a ver este y luego me dices si se parecen.

Había mucha gente, pero no tanta como en El Rastro. Sobre todo, abundaban los turistas, era palmario en su forma de vestir y en los retazos de conversaciones que llegaban hasta ellos.

— Está dividido en tres partes — anunció Jorge y la tomó de la mano para que avanzara—. Pero las tres zonas interactúan y ni te vas a dar cuenta si pasamos de una a otra. Está la tienda de antigüedades, ahí en esa construcción. — Señaló la edificación de una planta que tenían delante—. Luego está el mercadillo que tiene casi un centenar de puestos, rodeándola, y también están las cafeterías y restaurantes. Están intercalados por todo el rastro. Ya lo verás. Hay, desde un bar con karaoke, hasta una terraza genial con música de jazz en vivo.

Juls le escuchaba maravillada. Todo eso que él le contaba sonaba muy bien.

— ¿Entramos?

Asintió con energía. No era que las antigüedades le interesasen demasiado, pero explorar cosas nuevas con Jorge se le antojaba una actividad muy atrayente.

Accedieron al interior de la tienda y comenzaron a andar por el pasillo que se curvaba suavemente como si transcurriese en un amplio círculo. Apenas había sitio para caminar ya que no solo las paredes y el techo se hallaban abarrotados de cosas diversas y pintorescas, también el suelo estaba lleno de objetos de todo tipo: alacenas del siglo pasado, vajillas

inglesas sobre mesas vintage, jarrones descomunales, escritorios exóticos y sillas de todas las formas y colores, entre otras mil cosas. Entremezclados con los muebles aparecían efectos militares del ejército alemán y uniformes, máscaras de gas de la Gran Guerra e incluso reproducciones de distintas armas. De las paredes colgaban cuadros tanto realistas como abstractos y espejos de diferentes épocas con marcos dorados o montados sobre estructuras de metal. Y del techo, entre las vigas de madera oscura, pendían multitud de lámparas, algunas muy estrambóticas, otra más clásicas, todas ellas encendidas, iluminando el local de un modo casi cegador.

Juls se detuvo frente a un flamenco rosa de madera de aproximadamente dos metros de altura y lo miró con estupor. ¿Habría alguien que comprase algo semejante para ponerlo en su salón?

— ¿Te gusta? — inquirió él a su lado—. ¿Crees que quedaría bien en mi piso?

— Esto no puede quedar bien en ningún sitio. Seguro que es *atrezzo* .

— Yo no hablaría muy alto — repuso él en voz baja. Acto seguido le giró la cara hacia la izquierda—. Mira — le susurró al oído.

A solo unos metros de distancia, un hombre de mediana edad cargaba con el que parecía ser el gemelo de ese flamenco.

— ¿En serio? — La mandíbula de Juls se aflojó por la sorpresa.

— Ya sabes lo que dicen, siempre hay un roto para un descosido. Vamos, ayúdame a elegir algo para mi piso.

— ¿Aquí?

— No seas tan negativa.

Tiró de ella y la forzó a seguir andando entre las antigüedades, pasando por debajo de un arco de piedra y entrando en otra zona del establecimiento. No había demasiada gente allí y pudieron continuar husmeando por la tienda a su antojo, deteniéndose frente a estanterías con condecoraciones militares, baúles llenos de libros antiguos, candelabros y viejos percheros.

Iban comentando todo lo que veían y, de vez en cuando, Jorge hacía alguna sugerencia con mofa sobre dónde colocar las diferentes piezas en su piso. Ella respondía chasqueando la lengua con rechazo y conminándole a buscar otra cosa. En realidad, no creía que él fuera a encontrar algo allí para su moderno apartamento producto de Ikea.

Mientras él inspeccionaba una réplica de un barco de madera, Juls se hizo con una máscara algo tétrica del carnaval de Venecia y se la puso. Luego se situó a su espalda y aguardó a que él se diese la vuelta. Cuando lo hizo, un jadeo ahogado brotó de su garganta.

— ¡Joder, pareces un espectro!

— Tenías que haber visto tu cara — se rio ella, dejando la máscara sobre una mesa taraceada.

— Me debes una — la regañó, alzando el dedo índice en el aire. Luego se aproximó y le dio un beso en la frente, antes de apartarse y continuar caminando.

Juls se quedó rezagada. El modo de comportarse de Jorge con ella era natural, como si fueran una pareja que llevasen juntos mucho tiempo juntos y no un simple rollo esporádico con fecha de caducidad. Pensativa, le siguió más despacio, tratando de poner en orden sus ideas. En silencio, se preguntó qué pensaría él de eso que estaba ocurriendo entre ellos. Solo quedaban tres horas para la despedida y no habían hablado de lo que iba a ser de ellos después de su regreso a Madrid.

¿Querría él seguir adelante con esa historia?

Ella sí lo deseaba. Solo que no sabía cómo podían hacer que funcionara. Sin embargo, quería intentarlo. En el corto espacio de tiempo desde que Jorge había llegado a su vida se había convertido en alguien esencial para ella.

Le gustaba mucho.

— ¿Vienes? — la llamó él.

Se apresuró a seguirle.

Finalmente, no compraron nada en la tienda y se internaron en la zona de los puestos de mercadillo. Los había de todo tipo, de ropa de segunda mano, de joyas, de figuras religiosas, de vinilos y de aparatos electrónicos. Algunos eran meras mesas plegables de camping con cuatro tonterías sobre ellas, otros eran grandes tiendas con techos de lona y probadores. Había también pequeños puestos donde se servían platos de paella y refrescos. Y el sonido de la música en directo llegaba hasta ellos algo amortiguado. La gente deambulaba de un lado otro y Jorge entrelazó los dedos con los suyos para que no se despistara.

Le gustaba aquello, el sentir la mano de él agarrando la suya mientras paseaban sin un rumbo claro. Quizá él no era consciente de lo que hacía, pero su dedo pulgar le acariciaba con suavidad la muñeca con movimientos circulares.

La sensación premonitoria de que cada vez les quedaba menos tiempo para poder estar juntos se afianzó de nuevo en el interior de Juls y le provocó un desagradable sabor de boca.

Jorge, ajeno a sus pensamientos tan poco placenteros, se detuvo frente a un puesto de sombreros y se probó uno blanco de anchas alas, que en otro hombre podría haber resultado ridículo, pero que no le restaba ni un ápice de atractivo.

— ¿Cómo estoy? ¿Me lo llevo? — bromeó, guiñando un ojo.

Estaba espectacular con sus vaqueros y su camiseta negra ajustada. Las ganas de abalanzarse sobre él y plantarle un beso en la boca se multiplicaron en su cabeza. Algo debió de verse reflejado en su expresión porque él la observó con los ojos vivaces.

— Joder, Juls, parece que te gusto con sombrero. Me estás desnudando con la mirada — dijo en un susurro.

Antes de que ella pudiese decir nada, tiró de su muñeca hasta que sus cuerpos se encontraron y le dio un beso.

Hubiera podido ser un simple beso rápido y sin demasiada sustancia, pero ella profundizó la caricia con pasión, colgándose de su cuello, hasta que ambos se quedaron sin aliento. Cuando se separaron, jadeaban.

— No me hagas esto aquí — murmuró él—. Me cuesta tener las manos alejadas de ti y si haces esto no me lo pones fácil.

— No te lo quiero poner fácil.

— Qué cabrona — musitó contra su boca.

Se apartó unos pasos y se colocó el pantalón con disimulo. El gesto pasó inadvertido para la gente que había alrededor, al fin y al cabo, el bullicio era grande, pero no para Juls, que le miró con lascivia mientras se humedecía el labio inferior.

Él gimió y se dio la vuelta, huyendo de la provocación. Cogió un sombrero de una de las estanterías y se lo puso a ella. Era una gorra rastafari de colores que tenía las rastas incorporadas.

— Joder — masculló al tiempo que la contemplaba—. Ni caracterizada de Bob Marley dejas de gustarme.

Ella se echó a reír y se acercó a uno de los espejos que colgaban de la pared de lona para ver qué aspecto tenía. Estaba ridícula.

— Espera, no te lo quites — dijo él a su espalda. Se había sacado el móvil del bolsillo y trasteaba con él.

Pese a sus tibias protestas, terminaron posando para hacerse unos selfis absurdos. Intercambiaron sombreros unas cuantas veces más hasta que el dueño de la tienda comenzó a mirarlos con cara de pocos amigos. Terminaron marchándose con una risa tonta bailando en sus bocas. Y sin haber comprado nada.

— ¡Mira! — exclamó él cuando se habían alejado unos cuantos metros, señalando una zona de mesas y sillas—. Ese es el sitio del que te he hablado antes, donde tocan música de jazz en directo. Vamos a buscar una mesa.

Al fondo, tras un muro de piedra caliza, había una plataforma sobre la que conversaban cuatro músicos, que en ese momento parecían estar descansando. Ellos se dirigieron hacia el otro extremo y se apresuraron a instalarse en una de las pocas mesas que todavía quedaban libres, algo alejadas del escenario. El lugar estaba muy concurrido, los clientes reían y conversaban animadamente mientras aguardaban a que el cuarteto empezara a tocar de nuevo. Una camarera se acercó y les tomó nota de sus bebidas. Ambos se decantaron por un refresco.

— ¿Qué te parece el sitio? — le preguntó él, acercando la silla a la suya para poder hablar con más comodidad.

— Es mucho más pequeño que El Rastro de Madrid, claro, pero me parece muy original.

— La verdad es que vengo poco, está más enfocado a los turistas, pero creo que merece la pena echar un vistazo.

— A mí me ha gustado mucho. Es diferente.

Él apoyó el brazo sobre sus hombros casi con abandono y acercó la boca a su oreja.

— No sabes lo que me alegra oírte decir eso. Quería que nuestras últimas horas fueran especiales.

Era la primera vez que se refería tan claramente a su despedida y a ella se le encogió la garganta. ¿Había algo de tristeza en sus palabras? Volteó la cara y trató de leer su expresión, pero él miraba a la camarera que estaba poniendo las bebidas sobre la mesa. Tardó unos cuantos segundos en volver a encararse con ella.

Se sostuvieron la mirada con rotundidad.

A Juls no se le daba muy bien interpretar a las personas, pero era evidente que a él le afectaba la situación, ¿no? Al menos, mostraba un anhelo y un pesar semejantes a los que estaba experimentando ella.

Cuando parecía que ya había pasado una eternidad, él abrió la boca para decir algo, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

— ¡Jorge! — Se escuchó una voz a pocos metros de distancia.

Juls desvió la vista hacia la persona que acababa de llamar su atención y se encontró con tres hombres que se erguían a pocos metros de la mesa. Al ser consciente de su aspecto, el estupor la invadió. Eran los tres muy altos, rubios, con los ojos azules y de un atractivo apabullante. Sin duda alguna no eran españoles. Aunque no se parecían demasiado físicamente, emanaba de ellos un aura de complicidad enorme y, de algún modo, Juls supo de inmediato que eran hermanos.

— ¡Hola! — repuso Jorge, levantándose.

— ¡Qué jodida casualidad! — exclamó uno de ellos, el que tenía el pelo largo y una tupida barba.

Intercambiaron saludos afectuosos de palmaditas en la espalda.

— ¿Qué hacéis aquí sin vuestras mujeres? — preguntó Jorge con una amplia sonrisa, prueba tangible de que aquellos hombres le caían bien.

— Hemos huido — confesó el de pelo corto con una mueca. Tenía ambos brazos tatuados—. Necesitábamos un respiro de mujeres. Un día de hacer cosas de hombres, ya sabes.

El que se había quedado más rezagado, que tenía la musculatura más impresionante de los tres y llevaba gafas con montura de pasta, se echó a reír y le dio un codazo al que acababa de hablar.

— Vamos, Cas, confiesa la verdad. Eli está decorando la casa y ha visto unos candelabros por internet de los que se ha enamorado y tú te estás

volviendo loco para encontrarlos. Y por eso estamos aquí. Till y yo hemos venido a darle apoyo moral.

El tal Cas le arrojó una mirada torva.

— ¿Los habéis encontrado? — inquirió Jorge con curiosidad.

— No. No ha habido suerte — suspiró—. Seguiré buscando.

— Perdonad — dijo de pronto Jorge como si se hubiera dado cuenta de que no la había presentado—. Esta es Juls. Juls, estos son Till, Cas y Jan.

Ella se incorporó para darles los besos de rigor y rápidamente se percató no solo de lo altos que eran, sino del formidable *sex appeal* que desprendían. Jorge era un tío guapo, guapo, pero aquellos tres parecían de otro planeta.

— Till es el propietario de la escuela de buceo donde trabajo — continuó él—. Y estos son Cas y Jan — añadió—. Son hermanos, aunque como ves, no se parecen en nada.

— Yo soy el más guapo de los tres — intervino Cas—. Es evidente, ¿no?

El que Jorge había presentado como su jefe resopló.

— Así que para esto te has cogido el día libre — dijo con tono de chanza cambiando de tema—. Para venir aquí.

Jorge no se amilanó ante el comentario.

— Hay cosas por las que merece la pena dejarlo todo, ¿no? — repuso con desenfado, lanzándole una mirada a Juls.

Ella no pudo evitar que las mariposas que vivían en su estómago echaran a volar al escucharle decir aquello. ¿Era él consciente de lo que sus palabras despertaban en ella?

— ¿Te gustó la experiencia ayer buceando? — Till la estudió con interés.

— Oh, sí, me encantó. Aunque al principio estaba muy nerviosa. Estuve a punto de echarme atrás — confesó.

— Es lógico. El agua da mucho respeto. Pero con Jorge estás en buenas manos. No es tan bueno como yo, pero es suficiente — bromeó.

Jorge le dio un codazo.

— Yo no me atrevo ni a meter la cabeza debajo del agua dentro de la bañera — intervino Cas con un guiño.

Ella se rio.

— ¿Cómo está Oksana? — le preguntó Jorge a Jan—. Su mujer está a punto de dar a luz — le explicó a Juls.

— Enhorabuena.

— Gracias. Está bien, pero los nervios siempre están ahí, a pesar de ser la segunda.

— ¿Queréis sentaros con nosotros? — ofreció Jorge.

— Venga, tío, y ¿joderte la cita? — respondió Cas, arqueando las cejas —. Perdónale, es un poco torpe — le dijo a Juls con fingida conmiseración y una sonrisa deslumbrante.

Ella no pudo evitar devolvérsela. Era obvio que aquel tipo poseía un gran carisma.

— La verdad es que lo he ofrecido con la boca pequeña porque sabía no ibais a aceptar — admitió Jorge, llevándose una mano a la nuca como si estuviese avergonzado, aunque su gesto revoltoso decía lo contrario.

— Joder, qué listillo — se rio Cas—. Te mereces que nos quedemos.

En ese momento, los músicos comenzaron a tocar de nuevo.

— Nos vamos. Estaremos por allí. — Till señaló un lugar indefinido al otro extremo de la terraza—. Si no nos vemos luego, encantado de haberte conocido, Juls.

— Igualmente — repuso ella.

Se despidieron y se alejaron.

Jorge y ella volvieron a sentarse. Durante unos segundos, ambos guardaron silencio y se limitaron a disfrutar de la pieza de jazz.

Los ojos de Juls se desviaron hacia donde se encontraban los tres hermanos. Habían ocupado una mesa al otro lado de la terraza y hablaban con la camarera.

— ¿Así que te gustan rubios? ¿Me tengo que poner celoso?

Había suficiente ironía en el tono de él como para que ella no le tomara en serio.

— Tienes que reconocer que son espectaculares. Parecen modelos, sobre todo tu jefe. Es muy guapo.

— Nunca me han atraído mucho los tíos, la verdad — repuso mientras se acariciaba el mentón—. Le preguntaré a Diego — continuó como

hablando consigo mismo.

— ¿A Diego?

— Mi hermano es gay. Aunque creo que le van más los morenos.

Ella asimiló la información con neutralidad sin decir nada al respecto. Su propio hermano era bisexual y estaba acostumbrada tanto a sus novios como a sus novias.

— El de los brazos tatuados, Cas, restaura motos — explicó él—. Es quien le consiguió la moto a Diego. Y vive justo al lado de mis padres. Y el otro, Jan, es tatuador. Me hizo el tatuaje que llevo en el costado. Son unos tíos geniales, la verdad.

Juls no lo dudaba; el encontronazo había sido breve, pero era incuestionable que los tres eran simpáticos y agradables.

Inesperadamente, Jorge se acercó hasta que su respiración le bañó la mandíbula.

— Y dime, Juls, ¿te gusta el ambiente?

— No está mal — dijo, echando la cabeza a un lado casi imperceptiblemente para que pudiera besarle el cuello si así lo deseaba.

Él no tardó en cumplir sus deseos y depositó un pequeño beso sobre el lateral de su garganta.

Ella se estremeció.

Pese a que estaban rodeados por gente ruidosa y parlanchina y apenas había distancia entre una mesa y otra, Juls cerró los ojos y se imaginó que no había nadie más a su alrededor. Solo ellos dos, envueltos por la música de jazz. Sintió la mano de Jorge sobre su mejilla, girándole la cara. Estaba claro lo que pretendía: que sus bocas se encontraran. Decidió ponérselo fácil e ir a su encuentro.

El beso fue corto. Apenas unos segundos de pasión contenida.

— ¿Sabes lo mucho que me gusta besarte? — murmuró él.

— He oído rumores.

— No me sorprende, se lo he dicho a todo el mundo que conozco — dijo burlón.

— Me siento halagada.

— No lo estés. Tampoco conozco a tanta gente.

Juls se rio con ganas.

— Eso no es verdad. Estoy segura de que haces amigos allá por donde pasas.

— Tampoco es para tanto — rechazó, separándose de ella para alcanzar su vaso y darle un par de tragos a su refresco. Después de eso, se quedó absorto contemplando a los músicos.

Ella aprovechó el instante para estudiarle con atención. Su pelo algo ondulado en la parte delantera, su nariz recta, su firme mentón, su sensual boca y la protuberancia de su nuez que subía y bajaba de un modo muy sensual cada vez que tragaba. A duras penas controló un suspiro. A hurtadillas, sacó el móvil del bolso y le echó un vistazo a la pantalla. Ya era la una y cinco. No les quedaba mucho tiempo. Intranquila, desvió la vista y recorrió las mesas mientras su mente bullía con todo tipo de pensamientos.

¿Había llegado el momento de decir algo respecto a su partida? ¿Se estaba montando una película en la cabeza y era la única que quería seguir adelante con esa historia? ¿O Jorge también lo deseaba?

¡Qué frustrante ese tonto silencio!

Estaba a punto de poner todas sus cartas sobre la mesa y abrir la boca cuando un pitido la alertó de la entrada de un wasap. Seguro que era Mariu, se dijo.

Pero no era su amiga.

Jorge: Quiero que sepas que han sido unos días fantásticos a tu lado.

Sorprendida, ladeó la cara y buscó su mirada, pero él parecía ensimismado en su teléfono mientras que una sonrisa pintaba sus labios. Ella no pudo evitar que los suyos también se curvaran.

Aceptó el guante que él le arrojaba y se concentró en su propio teléfono.

Juls: Para mí también. Creo que eres una persona muy especial.

La contestación no tardó en llegar. Una contestación que la obligó a coger aire con fuerza.

Jorge: Tú también lo eres. Ha sido muy poco tiempo, pero te has convertido en alguien muy importante para mí.

Juls: Pienso exactamente lo mismo. Ojalá tuviéramos más días.

Jorge: Podemos tenerlos. No quiero que esto se acabe. No quiero estar sin ti.

Pestañeó y releyó aquellas palabras unas cuantas veces antes de mirarle de soslayo. Él se mostraba aparentemente impasible; contemplaba la pantalla de su móvil como si la vida le fuera en ello.

Juls: Yo tampoco quiero.

No le resultó demasiado difícil admitirlo.

Jorge: Tengo unos días libres en noviembre. Creo que puedo pasarlos en Madrid.

Ella tragó saliva, emocionada por el desarrollo de la situación.

Juls: Eso sería perfecto.

La música y la algarabía a su alrededor eran muy ruidosas y la falta de privacidad, flagrante, sin embargo, Juls sentía que había una gran intimidad en aquel intercambio silencioso de mensajes. Nada más importaba, solo los textos que iban revelando poco a poco lo que ambos deseaban y sentían.

Jorge: Dicen que las relaciones a distancia son muy complicadas, pero no me asustan los retos.

¿Relación a distancia? Esas eran palabras mayores, ¿no? No obstante, eran las mismas que habían resonado en su cabeza desde hacía unos días. ¿A quién pretendía engañar?

Juls: A mí tampoco.

Jorge: Y c reo que el sexo telefónico tampoco está nada mal. Además, tengo tarifa plana.

¡Cómo le gustaba esa parte desenfadada de él! La volvía loca. Evitó mirarle antes de responder.

Juls: Estoy deseando comprobarlo.

Jorge: Esta noche te llamo y lo probamos ? Así salimos de dudas.

Se mordió los labios para ahogar una nueva carcajada. Notó también cómo sus mejillas comenzaban a arder y su cuerpo se cargaba de electricidad. Las ganas de guardar el teléfono y lanzarse a sus brazos eran abrumadoras.

Juls: Qué te parece si ahora dejo el móvil y te beso de verdad?

Jorge: Aquí? En medio de la gente? Qué vergüenza.

Juls: Prometo ser delicada y no propasarme mucho. Será solo un besito.

Jorge: Vaaaale, pero sin lengua que te conozco y sé que eres muy efusiva.

Juls: Confiesa que te gusta.

— Me encanta — dijo él de pronto en voz alta, sorprendiéndola.

Se volvió a mirarle. La calidez que desprendían sus ojos y su sonrisa radiante la descolocaron. Se quedó paralizada, tratando de no hiperventilar.

— ¿Y mi beso? — reclamó él antes de que hubiera podido reaccionar.

Fue mutuo e instintivo. Ambos acortaron distancias al mismo tiempo hasta que sus bocas se unieron con fogosidad. Y no fue un besito como había aseverado ella, fue mucho más. Y sí, hubo lengua, tanto de uno como de otro.

Olvidadas quedaron la música y la gente. También los vítores y las palmas de los comensales de la mesa de al lado, que los animaron a seguir besándose.

Jorge

Abandonaron la terraza cogidos de la mano y seguidos por las felicitaciones de algunos de los clientes que habían sido testigos del ardiente beso. Hasta los hermanos Landvik hicieron un gesto de victoria desde su mesa.

Jorge se rio al verlo y se despidió de ellos agitando el brazo.

Estaba eufórico.

Quizá era absurdo sentirse así sabiendo que solo tenía media hora más para estar con ella, sin embargo, una delirante sensación de felicidad se había alojado en su estómago.

Podía sentir la mano de Juls pequeña y suave que se aferraba a la suya, y su presencia cautivadora a solo unos centímetros de distancia. No le hacía falta mirarla para saber que sonreía. Algo especial había sucedido entre ellos durante el intercambio de mensajes que habían sellado después con ese beso de película. Algo que ni siquiera su partida inminente podía ensombrecer.

Atravesaron todo el recinto, esquivando a la gente, hasta que se hallaron en el exterior y él se detuvo. No pudo evitar girarse y estrecharla entre sus brazos de improviso. Ella debía de haber estado esperando una señal similar porque en lugar de asombrarse, se dejó abrazar y se acurrucó contra su pecho.

Se mantuvieron así por espacio de unos segundos, pegados el uno al otro, sin decirse nada en absoluto.

No era quizá el lugar más bonito e inspirador del mundo, allí, junto a una carretera comarcal por la que no paraban de pasar coches y rodeados por los turistas que accedían al mercadillo, pero a Jorge aquel momento se le antojó mágico.

«¿Cómo es posible que en un espacio tan corto de tiempo sienta tanto por ella?», se cuestionó mientras aspiraba su aroma, ese aroma al que se había acostumbrado en los últimos días.

La iba a extrañar.

— Será mejor que nos vayamos de aquí — murmuró.

— Sí.

Ella se apartó un paso, pero él la sujetó por los hombros impidiéndoselo.

— ¿Ven a esta mujer? — comenzó con una mueca traviesa— . He pasado algunas de las mejores noches de mi vida con ella estas semanas y no me puedo ni imaginar que me vaya a interesar otra persona como me interesa ella.

Pese a que lo dijo mirando a su alrededor, dirigiéndose a un público imaginario, su tono de voz no era excesivamente alto, era solo para los dos.

— Jorge, creo que no te han entendido, son alemanes — dijo ella y señaló a un grupo de turistas que se encontraban a escasos metros de ellos.

— ¿Alemanes? Espera, entonces. Pondré las cosas claras. *Sehen Sie diese Frau?...²⁰*

Ella rompió a reír y le puso ambas manos sobre la boca, silenciándole.

Él se dejó acallar y aprovechó para depositar un beso sobre la palma de su mano. Le brillaban los ojos de diversión y algo más profundo para lo que no tenía nombre... todavía.

Con la risa flotando a su alrededor, echaron a andar hacía el parking de tierra. Había mucho movimiento de coches que entraban y salían, pero no tardaron en alcanzar el Nissan Patrol. Cuando se acomodaron en el interior y Jorge encendió el motor, la radio emitió los acordes de una de las canciones que había sonado la noche en que él fue a recogerla con el Porsche de su amigo, una de Police.

— ¿Tienes sobornados a los de Kiss FM y siempre ponen tus canciones favoritas? — inquirió ella con guasa.

— Si los tuviera sobornados ahora estaría sonando *Up where we belong* — repuso—. Sería mucho más adecuada.

— Creo que esa no la conozco.

— ¡No puede ser! La cantan Joe Cocker y Jennifer Warnes. Tienes que haberla escuchado. Es de la banda sonora de *Oficial y caballero*.

— ¿También te van las pelis románticas de los ochenta? Eres muy sentimental — dijo con un guiño—. ¿Cómo es la canción?

— *Love lift us up where we belong, where the eagles cry on a mountain high...* ²¹

Comenzó a cantar el estribillo con entusiasmo. Era una balada que le gustaba mucho. Desafinaba, pero le dio igual. No tenía un sentido del ridículo muy desarrollado. Y ella le miraba fascinada, de todos modos.

— ¡Ah, sí, ya sé cuál es! — le interrumpió, dando una palmada—. Me parece preciosa. No obstante, no te imaginaba tan tierno — añadió con un tibio sarcasmo.

— Ya ves. No te dejes engañar por mi duro aspecto de chico malo. En el fondo soy un romántico empedernido. — Alargó la mano y cogió la de ella, se la llevó a los labios y depositó un ligero beso sobre sus nudillos.

— No sé lo que eres, pero me gusta. Sin lugar a dudas, me gusta — murmuró con voz queda.

Se incorporaron a la carretera y los siguientes kilómetros los hicieron en silencio, hasta que el cartel que anunciaba el desvío de la playa de Poniente apareció ante sus ojos.

— Ya estamos llegando — dijo él.

— Eh, sí.

— ¿Te está esperando Mariu?

— Sí. Le mandé un wasap antes y estaba en el piso.

— ¿Queréis que os lleve a la estación de autobuses?

Ella tardó en contestar.

— Es mejor que no. Odio las despedidas.

Después de eso no se dijeron nada más y Jorge se concentró en la conducción. Agarraba el volante con excesiva fuerza, prueba inequívoca de

que no se encontraba tan sereno como deseaba aparentar. Finalmente, detuvo el todoterreno frente al alto edificio y puso las luces de emergencia. Apagó el motor y descendió del vehículo. Por el rabillo del ojo vio que ella también se bajaba y que cerraba la puerta con suavidad. Ambos rodearon el coche y se encontraron justo frente al capó.

— Bueno...

— Bien...

Comenzaron a hablar al unísono.

Se miraron y se sonrieron.

Como siempre le sucedía, la sonrisa de ella le caló muy hondo.

— Pues aquí nos decimos adiós — comenzó Juls.

Él tiró de su muñeca hasta que ella se dejó caer contra su cuerpo. Luego le acunó la cara entre las manos y le dio un beso en los labios.

— Esto no es una despedida.

— Por supuesto que no lo es — jadeó ella contra su boca.

— ¿A qué hora llegas esta noche a Madrid?

— A las diez y cuarto.

— Llámame cuando estés en casa.

— ¿Videollamada? — sugirió con una mueca.

— Sí — respondió justo antes de apoderarse de su boca una última vez.

Tardaron en separarse y lo hicieron con reticencia. Ella dio unos pasos en dirección al portal y él la observó alejarse con nostalgia contenida. El pantalón vaquero y la camiseta que ella llevaba eran muy sencillos, nada del otro mundo, pero para él estaba simplemente preciosa. Una vocecita interna llegó para decirle que estaba tan pillado que no era nada objetivo. Y era cierto. Juls siempre le parecía hermosa.

Ella se dio la vuelta y le lanzó una sonrisa algo más trémula de lo habitual.

— Te veo en un mes.

— Para nada — negó él, sacándose el móvil del bolsillo y señalándolo — . Nos vemos esta noche.

— Es verdad — admitió risueña. Después de decir aquello se quedó parada frente a la puerta.

— Vete — la conminó, haciendo una seña con la barbilla.

— Ya voy.

Pero no se movió del sitio.

Sus ojos castaños se fundieron con los de él. Había muchas emociones contenidas en ellos y eso hizo que Jorge dejase escapar un gemido derrotado. Solo tardó dos segundos en capitular y ponerse en movimiento. De dos zancadas, llegó hasta ella y la alzó en el aire por el talle, como si fuera una pluma. Se la quedó mirando con embeleso.

— ¿Qué cojones has hecho conmigo para que me comporte así, Juls? ¡Dímelo! — La voz le salió estrangulada, teñida por el ardor que sentía.

— Lo mismo podría preguntarte yo.

— ¡Joder! — exclamó—. Si apenas nos conocemos y no puedo dejar de pensar en ti. Estás en todas partes.

Ella suspiró bajito y pegó la frente a la suya mientras le acariciaba la nuca con la punta de los dedos.

— Te voy a echar mucho de menos, Jorge.

A él se le encogió el pecho al escuchar todo el sentimiento que había encerrado en esa frase.

— Y yo a ti. Pero un mes pasa rápido.

Juls asintió.

Lentamente, la depositó en el suelo. Le costó hacerlo, no iba a negarlo. Luego dio un paso atrás y se pasó la mano por el mentón con un ademán nervioso muy poco propio de él.

— Vete — le pidió.

— Sí. Me voy.

Y esa vez sí se fue de verdad. Se dio la vuelta y abrió la puerta. Sin volver a mirarle, accedió al interior del portal con mucha prisa y desapareció.

Jorge se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y contempló el acceso al edificio con la vista extraviada durante unos segundos. Se sentía algo vacío, pero su optimismo innato ganó la partida y se convenció a sí mismo de que aquello no era un adiós, era un simple hasta luego y que esa misma noche iba a volver a verla en la pantalla de su móvil.

Sonrió.

Aquello no era un final. Era un principio.

Capítulo 17

Juls

Las relaciones a distancia no eran sencillas, por el contrario, había ganas de muchas cosas que había que reprimir e infinitos momentos de echar de menos. Pero Jorge y ella estaban consiguiendo que la suya funcionara.

El mes de octubre no pasó deprisa como él había vaticinado. Lo hizo con lentitud, a una velocidad desesperante. Los minutos parecían convertirse en horas, y las horas en días.

Pese a que no estaba ociosa — escribía artículo tras artículo, todo ellos absurdos y vacíos de contenido—, se pasaba la mayor parte del día y de la noche ocupando su cabeza con Jorge. Extrañándole.

Intercambiaban vídeos y mensajes constantemente, a veces breves, un simple emoji o un meme divertido, otras, dialogaban e imaginaban lo que iban a hacer cuando estuviesen juntos, o se decían mil tonterías sin sentido. Y por las noches, se hacían videollamadas. Videollamadas que se habían convertido en algo imprescindible y sin las cuales ella ya no podía ni quería estar. El verle, aunque solo fuera a través de la pantalla del móvil o del ordenador era como una bocanada de aire fresco, una recarga de energía.

Y sí, también habían disfrutado un par de veces de sexo telefónico.

Y resultó ser interesante. Mucho.

Bueno, interesante no era la palabra más adecuada. Alucinante, extraordinario, sublime... perfecto. Sí, eso encajaba más en la descripción de cómo fue.

Todo era perfecto con Jorge.

Todo menos la distancia.

Juls tenía el calendario abierto en la pantalla de su portátil y, por enésima vez esa mañana, volvió a mirarlo y a contar los días que faltaban para su reencuentro.

Cinco días.

Solo cinco días, pero que se le antojaban como una eternidad.

Suspiró y trató de concentrarse en la hoja que tenía frente a ella y en la que apenas había logrado juntar tres párrafos.

Sonsoles se había marchado a pasar el fin de semana con su familia, dejándole el piso para ella sola. Sonsoles era encantadora, pero demasiado ruidosa y no se cortaba un pelo a la hora de invitar a gente a casa, así que su ausencia era como un regalo para Juls que, aprovechando la quietud del piso, había pasado todo el sábado trabajando, intentando adelantar los artículos que tenía que entregar durante las próximas semanas para poder estar libre y tener tiempo con Jorge cuando él llegase. Y lo mismo estaba haciendo esa mañana de domingo: escribir y escribir.

El sonido de un wasap entrante la llevó a sonreír con amplitud.

Seguro que era él para darle los buenos días.

Alargó la mano, cogió el móvil y lo desbloqueó con ansiedad.

Félix: Buenos día, tonta. Te he despertado?

Bueno, no era Jorge, pero la sonrisa no se borró de su boca. El remitente de aquel texto era una de las personas a las que más quería en el mundo.

Juls: Hola, imbécil. Has tenido suerte. Llevo un rato ya levantada. Estoy currando.

Félix: Currando en domingo y tan temprano? Estás enferma?

Juls: No todos somos tan afortunados como tú. Yo no tengo empleados que me solucionen la vida.

Su hermano y sus dos socios habían montado hacía años un bar de copas en el centro de Madrid. El éxito del local los había llevado a abrir dos más en otras zonas de la ciudad y les iba muy bien. Ahora, Félix podía permitirse el lujo de hacer meras labores de supervisor y ya no necesitaba trabajar de sol a sol como había hecho con anterioridad.

Félix: Tu teoría hace aguas por todas partes. Si fuera rico no estaría levantado a estas horas y tendría un mayordomo sirviéndome un café en la cama. Sin embargo, estoy en la calle. Te invito a desayunar.

Echó un rápido vistazo a su ordenador y a su maldito artículo a medio escribir, deliberando consigo misma si podía permitirse el lujo de desayunar con él.

Claudicó con rapidez.

Juls: Acepto.

Félix: En quince minutos estoy ahí.

Dejó el móvil en la mesa y se incorporó con celeridad para irse a la ducha. Abandonado quedó el café que se había preparado hacía un rato. No veía a su hermano desde hacía dos meses y tenía ganas de pasar un rato con él. A pesar de la diferencia de edad, había mucha complicidad entre ellos.

Iba camino del baño cuando le entró un nuevo wasap.

Ese sí que debía de ser Jorge.

Pero no.

Sergio: Estoy en la puerta de tu casa. Necesito hablar contigo.

¡Mierda! Su mano se cerró como una garra sobre el aparato mientras sus ojos se estrechaban enojados.

Hacía dos semanas, después de que él la hubiera llamado con insistencia durante toda una tarde, le envió un largo mensaje en el que le decía que no quería saber nada más de él. Dado que no volvió a contactar con ella, pensó que había dejado las cosas claras entre ellos, pero, aparentemente, no era así. ¿Ahora se presentaba en su casa?

Tenía que ponerle fin a eso.

Juls: Dame cinco minutos y bajo.

Se dio una de las duchas más rápidas de su vida mientras mascullaba improperios.

— ¿Por qué no te vas de mi vida? ¿Acaso no nos hemos hecho ya mucho daño? ¿Qué narices quieres de mí?

Con movimientos agitados, se vistió con unos tejanos y un polo de manga larga de color negro. Se calzó unos botines y cogió una cazadora del armario. Ni siquiera se molestó en secarse el pelo. Luego abandonó el piso y bajó las escaleras a toda velocidad.

Cuando alcanzó el portal, pudo ver a Sergio en la acera, a escasos dos metros de la puerta. Le daba la espalda. Se detuvo en el último escalón para observarle de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros azules, una cazadora de cuero marrón y una bolsa negra en bandolera, y se había cortado el pelo desde la última vez que le vio. Se giró y las partes más agradecidas de su perfil quedaron al descubierto: su nariz recta y la perfecta curvatura de sus labios. Estaba muy atractivo.

Mentira. El verbo correcto no era ese. *Era* muy atractivo.

Juls hurgó en su interior, buscando algún resquicio de todo aquello que había sentido por él en el pasado y no halló absolutamente nada.

Su cuerpo tampoco reaccionó.

Ni una punzada en el pecho, ni un vuelco en el estómago

Nada.

Decidida a enfrentarse a él cuanto antes, abrió la puerta con brío.

Él se dio la vuelta y la miró de frente.

— Hola — la saludó con una sonrisa cauta.

Ella no se la devolvió. Pese a que ya no sentía una animadversión especial hacia él, todavía recordaba cómo había sido su abrupta ruptura y las cosas horribles que se habían dicho.

— ¿Qué quieres, Sergio? — le increpó con dureza.

Él tardó en contestar. Parecía estar calibrando cuál era su estado de ánimo.

— ¿Podemos tomarnos un café? — Señaló la cafetería que había al otro lado de la calle—. No quiero hablar aquí en medio.

— No tengo mucho tiempo, la verdad — suspiró con fatiga—. He quedado con mi hermano.

— Seré breve.

Aceptó resignada y echó a andar hacia la calzada sin esperar a ver si él la seguía.

Era temprano y en la cafetería no había mucha gente, casi todas las mesas estaban libres. Juls se dirigió hacia una de las del fondo, tomó asiento y lo primero que hizo fue mandarle un mensaje a Félix para informarle de dónde estaba.

Sergio se sentó frente a ella y colgó su bolsa en el respaldo de la silla. Tenía una expresión difícil de interpretar en la cara.

La camarera llegó para tomarles nota y ambos pidieron lo mismo: café solo.

— ¿De qué quieres hablar conmigo? — le preguntó sin rodeos en cuanto la chica se alejó.

— De nosotros.

— ¿De nosotros? No hay un nosotros — rechazó con displicencia. Su enfado había amainado y se había convertido en una simple irritación.

— Podría haberlo.

Ella meneó la cabeza con incredulidad. Pese a que aquello no la pillaba completamente por sorpresa — la insistencia de él durante las últimas semanas había dejado claro que algo quería— , no terminaba de creerse que Sergio, el tío independiente y despegado que siempre le echaba en cara que era demasiado absorbente, estuviera frente a ella para proponerle una reconciliación.

— ¿Te olvidas de cómo terminamos? Porque yo no.

Él vaciló antes de responder. Frunció el ceño y apoyó las manos sobre la mesa como si no supiera qué hacer con ellas. Juls no pudo evitar que su mirada se dirigiese hacia sus dedos; eran largos y delgados. En su momento, creyó que no encontraría jamás a un hombre que la acariciase como él lo hacía.

Y, sin embargo, lo había hecho. Lo había encontrado.

Las caricias de Jorge habían borrado las de Sergio, escribiendo sobre ellas hasta hacerlas desaparecer.

— Sé que nos dijimos cosas muy feas — admitió él con un suspiro— . Me he pasado estos meses pensando en ello y créeme que me arrepiento de mucho de lo que te dije. Quiero pedirte perdón...

La última palabra quedó en el aire, interrumpida por la llegada de la camarera, que depositó los dos cafés frente a ellos.

Juls aprovechó el instante para meditar sobre lo que él acababa de decir. Apenas podía creerse que Sergio estuviera pidiéndole perdón. No era muy propio de él.

— Dijiste que a mi lado no encontrabas emociones y que nunca te di lo que andabas buscando — expresó sin acritud, constatando un hecho.

— Me equivoqué.

Le vio echarse el sobrecito de azúcar en el café y removerlo con la cucharilla. Después, sus bellos ojos verdes se hundieron en los de ella.

«Hubo un tiempo en el que me habría perdido en esa mirada».

Ya no.

— También dijiste que te agobiaba y que no era la mujer adecuada para ti. Me hiciste sentir como una mierda.

Él bajó los párpados. Parecía avergonzado.

— Dije muchas gilipolleces — reconoció.

— No — le rebatió tajante—. Dijiste exactamente lo que pensabas. Era tu verdad.

Después de esa frase solo hubo silencio.

Juls le dio un sorbo a su café y se arrepintió en el acto; estaba demasiado caliente. Dejó la taza sobre el platito y se quedó unos segundos absorta, recolocando sus pensamientos.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Si alguien le hubiese dicho solo hacía tres meses que iba a sentir tanta indiferencia frente a Sergio no lo habría creído jamás.

— La relación duró dos años — continuó en vista de que él no decía nada—, pero apenas pasábamos tiempo juntos. Siempre tenías otras cosas que hacer que eran mucho más importantes que yo. Pese a que fuiste tú el que decidió que todo se acabase, yo ya estaba cansada de esperarte.

— No me porté bien. Eso lo tengo claro.

— Tampoco te portaste mal. — Se encogió de hombros—. Tú eras así. Y yo no quise verlo y esperé demasiado de ti. Esperé cosas que no podías darme.

— Juls, no es así. Tú esperaste lo que espera cualquier persona de una relación. Fui yo el que metió la pata.

Le miró un largo rato, perpleja por lo que él estaba admitiendo. Había una ligera sombra de pesar en sus facciones que le resultó nueva y desconocida. Sergio no era así.

— Bueno, ya es demasiado tarde...

— No tiene por qué serlo. Podemos intentarlo de nuevo.

Ella comenzó a negar, pero no tuvo tiempo de decir nada porque su móvil emitió un pitido. No necesitaba mirar la pantalla para saber de quién se trataba en esa ocasión. Lo presentía.

Se sacó el aparato del bolsillo y lo desbloqueó.

Jorge: Buenos días, preciosa. Anoche soñé contigo y esta mañana me he despertado pensando en ti. Qué puñetera casualidad, no crees? ;)

Sonrió tontamente. Cómo no hacerlo. Ese era el efecto que Jorge tenía en ella.

Le lanzó un vistazo oblicuo a Sergio que no ocultaba que estaba molesto porque le estaba dando prioridad al mensaje y él se había convertido en algo secundario.

— Si es algo urgente, atiéndelo — murmuró con desgana, llevándose la taza de café a la boca.

Quizá no era urgente, pero para Juls era mucho más importante que aquella incómoda reunión. Sin vacilar, envió su respuesta.

Juls: Seguro que se lo dices a todas.

Jorge: Ups... perdona, me he equivocado, el wasap no era para ti.

Juls: Demasiado tarde. He hecho un pantallazo y me lo he guardado.

Jorge: Las mujeres sois tan astutas. He caído en tus redes, de nuevo.

Juls: Me río de tu inocencia, jajaja.

Jorge: Mira lo que hago los domingos por la mañana. A que soy dulce?

Había una imagen que acompañaba a ese último texto y Juls pinchó sobre ella para ampliarla. Era una foto de un plato blanco. Sobre él, escrito con mermelada de fresa — si se guiaba por el color— aparecía el texto *J y J* ♥.

La sonrisa que se dibujó en su cara fue inmensa.

Jorge no podía evitarlo, era un romántico empedernido. No era la primera vez que le regalaba detalles semejantes que hacían que su corazón se acelerase.

— Has conocido a alguien.

La repentina frase, pronunciada con sequedad, la llevó a elevar la cara. Se encontró con el semblante sombrío de Sergio. También su entrecejo mostraba una arruga de preocupación.

— Sí. He conocido a alguien — confesó.

— ¿Es algo serio?

«No es asunto tuyo». Fue lo primero que le acudió a la cabeza, pero se contuvo en el último segundo. Él estaba siendo muy cortés y ella tampoco iba a perder los papeles, aunque estaba en su derecho de no contestar a esa pregunta.

¿Era algo serio lo que tenía con Jorge? Solo se conocían desde hacía mes y medio y apenas se habían visto unas cuantas veces. Y, sin embargo, ella estaba muy comprometida con esa relación.

— Quiero pensar que sí.

— Vaya, y solo hace tres meses que rompimos — dijo él malhumorado.

— A veces no hace falta mucho tiempo para darse cuenta de lo que uno quiere.

— ¿A él también le dices que es el hombre de tu vida? — El sarcasmo rebosó en todas y cada una de las sílabas.

Juls cerró los ojos mortificada. Era verdad que le había dicho eso a Sergio en incontables ocasiones, sobre todo durante el primer año de relación, cuando estaba loca por él. Luego las cosas cambiaron y se enfriaron.

— No creo que tenga que responderte.

Él la estudió con los labios apretados y ella le sostuvo la mirada.

— No voy a ir de bueno y a decirte que me alegro, cuando no es cierto. Hubiese preferido mil veces que no estuvieras con nadie.

— ¿Y eso nos habría acercado? Aunque no estuviera con él, tampoco querría volver contigo, Sergio. Lo nuestro fue un desastre.

La puerta del establecimiento se abrió y ella desvió la vista hacia allí, ansiando que el recién llegado fuera su hermano para que la rescatara de aquella fastidiosa situación. Pero no. Eran dos chicas de su edad que se dirigieron a la barra.

— Te echo de menos, ¿sabes?

No había ya ni rastro de ironía en su tono, solo una especie de entumecida melancolía que, inexplicablemente, la removió. Tragó saliva cuando sintió en el pecho una suave punzada cargada de reminiscencias del pasado. No supo cómo reaccionar. Se limitó a contemplarle. Él tenía una expresión desencantada en el rostro. Sus ojos, que mantenía extraviados en algún lugar por encima del hombro de ella, se mostraban velados.

— Me he dado cuenta de lo importante que eras para mí — continuó—. Sí, ya sé que he tardado en reaccionar, pero al final lo he hecho — suspiró—. Aunque ahora es demasiado tarde.

— Creo que...

— No digas nada — la interrumpió—. Prefiero que no me digas eso de que podemos ser amigos o de que todo va a ir bien o chorradas por el estilo. No es eso lo que necesito escuchar.

Le miró con perplejidad. Jamás le había visto tan afectado por algo.

De pronto, él se incorporó y se sacó la cartera del bolsillo, extrajo un billete y lo depositó sobre la mesa.

— Te invito yo al café. Es mejor que me vaya. Saluda a tu hermano de mi parte.

— Sergio...

Él hizo un gesto con la mano, deteniéndola de nuevo.

— Espero que te vaya bien, Juls. No prometo no volver a llamarte. Es posible que lo haga.

No esperó a que ella se despidiese o dijera algo más. Cogió su bolsa, se dio media vuelta y se alejó camino de la puerta. Solo unos segundos después ya no estaba allí.

Juls se llevó ambas manos a la cara, llena de confusión. No podía decir que la situación la hubiese sorprendido, pero sí la actitud de él. Jamás, en sus dos años de relación, había visto a ese Sergio tan vulnerable. Pensativa, fijó la vista en su café.

— ¿Con quién estabas?

La voz grave de su hermano la sobresaltó. No le había visto entrar. Elevó la cara y se encontró con los iris oscuros de Félix.

Era un hombre apabullante y llamativo, una fuerza de la naturaleza. Metro ochenta y cinco de puro músculo, pelo castaño muy corto, casi rapado, y una barba bien recortada que cubría su mentón. A aquello se le sumaba el pantalón de vestir y el chaleco gris marengo que lucía sobre una inmaculada camisa blanca que llevaba arremangada, dejando al descubierto sus poderosos brazos llenos de tatuajes.

Las cabezas solían volverse a su paso.

El corazón de Juls se llenó de orgullo y afecto.

Se puso de pie y le abrazó con ganas; siempre se había sentido reconfortada entre los fornidos brazos de su hermano. Él la besó y le alborotó el cabello cariñosamente como si fuera una cría.

— Estaba con Sergio.

— ¿Con Sergio? — inquirió él sorprendido. Dejó su chaqueta en el respaldo de la silla y tomó asiento frente a ella—. Pensaba que ya no estabais juntos.

— Y no lo estamos. Ha venido a buscarme para pedirme que le dé otra oportunidad.

— ¿Pero no fue él quien quiso terminar?

— Dice que se ha dado cuenta de lo mucho que me echa de menos.

— Si es que mi hermanita es irresistible — soltó él con una sonrisa ladeada—. Por tu cara, deduzco que le has rechazado.

— Sí. Lo nuestro está muerto y enterrado — declaró con seguridad—. Además, he conocido a otra persona.

— Eso me lo tienes que contar con todo detalle — le dijo él en voz baja antes de darse la vuelta para saludar a la camarera que acababa de acercarse a su mesa y le miraba con mucho interés y algo de rubor en las mejillas.

Sí, ese era el efecto que su hermano tenía en las personas.

Ella se decantó por otro café solo y un *muffin*, mientras que Félix pidió un desayuno completo: café con leche, tostada doble con aceite y un zumo de naranja.

— ¿Qué haces tú por esta zona un domingo?

— Había quedado por aquí cerca para ver un local, pero cuando ya estaba llegando el propietario me ha escrito para retrasar la cita una hora debido a un problema que ha tenido.

— ¿Otro local? ¿Vais a abrir otro bar?

— Siempre estamos buscando sitios, por si acaso merece la pena, pero no tenemos nada claro — repuso él con cierta indiferencia.

— Me alegro mucho de que os vaya tan bien.

— No podemos quejarnos. Hemos tenido suerte. — Se encogió de hombros.

Juls sabía que la suerte no tenía nada que ver en el éxito de su hermano. Eran el trabajo duro y la constancia.

Félix había sido un adolescente de lo más problemático que les había dado muchos quebraderos de cabeza a sus padres — al menos así lo contaban ellos—, ella era demasiado pequeña para acordarse. No acabó el instituto y se juntó con gente que no le convenía; terminó metido en

multitud de embrollos y situaciones difíciles, llegando incluso a ser detenido en dos ocasiones. Gracias al cielo, poco después de cumplir los veinticinco, despertó de su letargo y comenzó a tomarse la vida en serio. Le había costado resurgir de sus cenizas, pero lo había conseguido a fuerza de tesón y voluntad.

— ¿Has estado en casa de papá y mamá? — le preguntó él—. Yo hace un siglo que no voy.

— Sí, el fin de semana pasado fui a comer.

Comenzaron a hablar de sus padres y de lo felices que eran desde que se habían jubilado y podían hacer viajes. Después de eso, terminaron hablando de Rodrigo y sus sobrinos a los que hacía casi un año que no veían. Estaba previsto que este y su familia subieran a Madrid en Navidad.

— Venga, cuéntame eso de que has conocido a alguien, peque — dijo él, una vez que hubo dado cuenta de su copioso desayuno.

Pese a que no le gustaba demasiado que su hermano la llamara *peque* — aquello solía hacer que se sintiera como una niña desdentada y con coletas —, Juls sintió cómo su cara se iluminaba. Estaba ardiendo en deseos de contarle cómo había conocido a Jorge y, durante la siguiente media hora, se explayó hablando de los días que había pasado en Benidorm y de su recién nacida relación a distancia.

— No profundices en lo del sexo telefónico — le dijo él, alzando una mano con tono de guasa—. Me cuesta aceptar que mi hermana pequeña no sea virgen, no necesito saber los detalles.

— No pensaba contártelos, idiota.

Él le tiró una miga de pan que ella esquivó con rapidez.

— ¿Él está igual de colado que tú?

— ¿Crees que estoy muy colada? — le preguntó, apoyando los codos sobre la mesa y echándose hacia delante.

— ¿El cielo es azul?

Ella arrugó la nariz.

Sí, lo admitía. Estaba completamente loca por él.

Pero Jorge también estaba igual de loco por ella, ¿no?

— ¿Va a venir a verte, entonces?

— La semana que viene.

«¡Cinco días!», gritó una voz eufórica en su cabeza. En cinco días podría verle de nuevo.

— Tendrá que pasar mi filtro.

Juls arqueó ambas cejas con exageración.

— ¿Tu filtro? ¿Acaso tú me consultas cuando conoces a alguien?

— Es diferente. Yo soy el mayor. Y el más sabio.

Juls resopló con fingida indignación. Cogió su servilleta, hizo una bola y se la arrojó. Él la atrapó al vuelo.

— Sinceramente — dijo ella— . No me fío de tu buen juicio. Si tuvieras criterio tendrías pareja y sé, de buena tinta, que estás muy soltero.

— Y pretendo seguir así. Todavía no ha nacido ni el hombre ni la mujer que consigan que yo desee comprometerme y tener algo serio.

— ¡Qué arrogante eres! Ya verás cuando te enamores, vas a caer en picado.

Él dejó escapar una risa cargada de cinismo.

— Nunca — sentenció con firmeza, aunque sus ojos refulgían con humor— . Y dime, ¿no tienes ninguna foto de esa maravilla de hombre que te hace suspirar? — Cambió de tema.

Juls se apresuró a desbloquear el móvil y buscar las fotos que se había hecho junto a Jorge. Había muchas. Se detuvo en una en la que estaba él solo, mirando a la cámara y sonriendo de ese modo que a ella tanto le gustaba. Le tendió el móvil a su hermano y aguardó con la respiración contenida.

Félix puso cara de póker y en un primer momento no dijo ni una palabra.

— ¿Qué? — exclamó ella— . ¡Di algo!

— Bueno, pues, no sé...

— ¿Cómo? ¿Eso es todo?

Él se rio estentóreamente.

— ¡Qué tontita eres! Reconozco que no está mal.

— ¡¿Que no está mal?! — Le arrebató el teléfono— . ¡Está muy bueno! Mírale. Es guapísimo.

— No es mi tipo. Me van más los rubios, ya sabes — dijo con un guiño.

Ella elevó los ojos al techo y no le hizo caso. Se concentró en la foto y suspiró. Jorge estaba muy atractivo en ella. Mucho. La amplió y se centró en sus labios tan eróticos.

«Ayyy...».

De pronto, se dio cuenta de que no había respondido a su mensaje de antes. ¡Mierda! Accedió a la aplicación y leyó el texto de nuevo: *Mira lo que hago los domingos por la mañana. A que soy dulce ?* Y la foto con el corazón de mermelada de fresa.

— Me tengo que ir.

La voz de su hermano la sorprendió. Le miró distraída.

— Oh, vale.

— Pago yo, que sé que eres pobre — dijo con un matiz burlón.

No replicó. Félix siempre era muy generoso con ella. Le vio dejar un billete sobre la mesa y ponerse de pie.

— ¿Te quedas?

— No, no — murmuró, y se levantó también— . Pero espera un momento.

Cogió una servilleta del servilletero e introdujo la cucharilla en los restos de su taza de café y, con la humedad que se desprendía de ella, dibujó sobre la superficie de papel dos jotas unidas por un corazón. Acto seguido, sacó el móvil y le hizo una foto. Se apresuró a redactar un texto al que adjuntó la imagen.

Juls: Sí, eres muy dulce. Perdona por la demora.

— ¿Qué haces? — le preguntó él con tono extrañado.

— Pagando una deuda — le respondió.

— ¡Por favor! — exclamó él, cogiendo la servilleta y girándola para ver lo que había escrito— . Esto es lo más cursi que he visto en mi vida.

Quizá sí era cursi. O una tontería. O un gesto sin sentido.

Pero cuando solo unos segundos después llegó la respuesta le dio igual lo que fuera o lo que pareciese.

Se le escapó una risa feliz.

Jorge: Yo te espero siempre, preciosa.

Capítulo 18

Jorge

— En serio, cuando le enseñé tu foto a mi hermano me dijo que no estabas mal, aunque prefiere los rubios. Félix es muy exigente, así que supongo que has pasado su filtro.

Jorge se rio entre dientes.

— Es bueno saberlo. No querría enfrentarme a él jamás.

Ella le había enviado una foto de su hermano que él tenía abierta en otra pestaña y debía de reconocer que su aspecto fiero imponía.

— Es un trozo de pan — continuó Juls al otro lado de la pantalla—. No te dejes guiar por las apariencias. Bueno, es cierto que si me haces daño te arrancará el corazón y lo arrojará a un vertedero. Pero de buen rollo.

Volvió a reírse. No por lo que ella decía sino por cómo lo hacía, con la nariz arrugada y la boca combada en una amplia sonrisa.

— Qué suerte tienes de tener un hermano así. Si tú te portases mal conmigo, los míos probablemente se pondrían de tu parte.

— No lo creo. Diego tiene pinta de ser el típico hermano mayor muy protector.

No tuvo tiempo de contestar. Una presencia a su espalda se lo impidió.

— ¡Hola, Juls!

Era Erika, que se abalanzó sobre el respaldo del sofá en el que estaba sentado y apoyó la barbilla sobre su hombro.

— Hola Erika — la saludó Juls.

— ¿Te has enterado ya de que ahora eres mi única cuñada?

Jorge puso los ojos en blanco.

— Tenemos cosas más importantes de qué hablar, ¿sabes?

— Lukas y Eva han cortado — siguió hablando Erika sin hacerle caso—. Tenemos drama familiar.

— Oh, lo siento — dijo Juls—. Llevaban mucho tiempo juntos, ¿no?

— Dos años. Lukas está hecho polvo.

— No me extraña.

— Aunque ha sido de mutuo acuerdo.

— Oye, si queréis os dejo solas — intervino Jorge.

— Por mí, vale. ¡Un momento! — exclamó Erika repentinamente. Rodeó el sofá y se dejó caer al lado de Jorge. Señalaba con apremio la parte derecha de la pantalla— . ¿Quién es ese?

— El hermano de Juls.

— Muero — murmuró— . ¿Puedes ampliarla?

Jorge lo hizo con un gesto exasperado mientras la miraba de reojo. Contemplaba la foto con la mandíbula desencajada.

— Creo que Erika acaba de sufrir un ataque o algo al ver a tu hermano — le dijo a Juls, cuya imagen se mostraba en una ventanita pequeña en la parte inferior de la pantalla.

— Necesito que me lo presentes. Es absolutamente necesario e imprescindible — pidió la rubia— . ¿Está soltero?

Juls se rio con ganas.

— Está soltero y creo que pretende estarlo hasta el fin de los días.

— Yo puedo hacer que cambie de opinión — aseveró Erika con mucha seguridad— . Este hombre es para mí. Lo presiento.

— Creía que estabas saliendo con alguien.

— Ya no. Rompí con él hace semanas. Estoy soltera. Pásale mi número de teléfono a tu hermano. ¿Cómo se llama?

— Félix.

— Oh, Félix y Erika. Suena genial.

— Es un poco mayor para ti.

Ella alzó una ceja en actitud interrogadora.

— Tiene treinta y cinco — continuó Juls.

— Ideal. Me ponen los hombres mayores.

— Eso no necesito saberlo, de verdad — se inmiscuyó Jorge con un suspiro. Luego le dio un codazo— . Márchate ya, anda, y déjame tener una conversación con Juls.

— Estás en el salón. Es zona común. Yo puedo estar aquí — protestó.

Jorge se incorporó con rapidez. Cargando con el portátil, se encaminó a la que durante unos años fue su habitación y que ahora se usaba como despacho.

— ¡Pídele el teléfono de su hermano a Juls! — La escuchó gritar antes de encerrarse en el cuarto.

Echó el cerrojo, por si acaso.

— No sabía lo de Lukas. Qué putada — comentó Juls.

Él tomó asiento en el sofá cama que había bajo la ventana y se colocó el ordenador sobre las rodillas. Luego hizo desaparecer la foto de Félix para que fuera el rostro de Juls el que llenase la pantalla.

— Está jodido, pero se le pasará — suspiró—. Todos hemos pasado por algo así alguna vez y hemos sobrevivido. Y nos tiene a nosotros. Por eso estoy en casa de mis padres. Hemos venido a cenar para subirle el ánimo un poco y de paso celebramos el cumple de Diego.

— Y luego dices que si yo me portase mal contigo tus hermanos se pondrían de mi parte. Mentiroso — resopló.

— A ver, es que tú eres encantadora. Mucho más que yo. Yo no tengo esa nariz respingona y esa carita de ángel — dijo con voz de falsete.

— Pfff... Eres un adulator.

— Quizá es que te mereces que te adulen.

— ¿Tú crees?

— Pienso que sí — lo dijo con los ojos entrecerrados.

— Si pones esa cara no sé si eres un adulator o un perverso.

— Si fuera un perverso, te diría que te quitases la camiseta ahora mismo.

— ¡Pero si ya lo has hecho en otras ocasiones! — Una risa cantarina brotó de su garganta.

— ¿En serio soy así de vicioso?

— Sí.

— Vaya.

— Que conste que me gusta cómo eres.

— ¿Aunque te pida que te quites la camiseta?

Ella asintió.

— Aunque me pidas que me quite la camiseta...

Jorge se humedeció el labio inferior con deliberada parsimonia, regodeándose en la expresión excitada del rostro de Juls.

— Anda, Jorge — ronroneó ella y se acercó más a la cámara— , quítate tú la camiseta...

— Hablando de pervertidos...

No pudo continuar porque unos fuertes golpes en la puerta se lo impidieron.

— ¡Joder! ¿Quién eres y qué narices quieres? — gritó.

— ¡Te estamos esperando en el salón para echar una de Trivial! — Se escuchó la voz amortiguada de su hermano pequeño a través de la hoja de madera.

Jorge se llevó las manos a la cara y se la cubrió con ellas al tiempo que emitía un gemido cargado de frustración. De fondo, pudo oír la risa de Juls.

— Creo que esta noche no es nuestra noche — dijo ella.

— Creo que no — suspiró.

— Anda, desconecta y cumple tu labor como hermano mayor. Y felicita a Diego de mi parte.

— Lo haré, pero quiero que sepas que mientras me esté jugando un quesito solo voy a poder pensar en ti sin camiseta.

Ella se rio.

— Espera que te doy un adelanto.

Nada más decir aquello, se subió la camisa a toda velocidad y le mostró los pechos, pero antes de que él hubiera podido reaccionar se la había vuelto a bajar, cubriéndose.

— ¿En serio... no llevas sujetador? — gruñó él

— Claro que no. Pensaba que esta noche tocaba sexo telefónico.

— ¡Mierda! ¡Putas vidas!

Juls volvió a reírse.

Él hizo un gesto exagerado, colocándose el pantalón.

— ¿Tenías una erección? — se burló ella.

— Completa no, pero iba por buen camino.

— Pásalo bien jugando al Trivial.

— ¡Qué cabrona eres!

Después de eso ambos guardaron silencio y la risa que habían compartido fue suavizándose hasta que se convirtió en sonrisa.

— No me apetece nada despedirme de ti — admitió él, apoyando la espalda en el sofá y estirando las piernas.

— Solo quedan dos días.

— Quiero que sea viernes ya.

Su autobús llegaba a Madrid el viernes a las cuatro y media de la tarde. Después de hablarlo, habían convenido que él dejara su coche en Benidorm porque los problemas de aparcamiento en la capital eran un engorro. Y pensaba quedarse hasta el miércoles.

Cinco días con ella.

Se le encogía el estómago de anticipación cada vez que pensaba en ello.

— Yo también.

— Creo que lo primero que voy a hacer cuando te vea es enterrar la cara en tu cuello y aspirarte hasta que desaparezcas dentro de mí. Echo de menos tu olor. Te echo de menos a ti.

A veces, cuando imaginaba que la tenía entre sus brazos, ese sutil aroma a mandarina que ya había olido otras veces en ella le explotaba en el cerebro. Hacía unos días había pasado por una perfumería y había buscado el gel que sabía que usaba — ella le había mencionado la marca cuando él le dijo que le gustaba su olor— y lo había olisqueado. Pese a que el aroma era similar, faltaba algo en la ecuación.

Faltaba su piel.

— Yo también te echo de menos, Jorge — musitó ella con la voz quebrada—. Mucho.

El calor le invadió al escucharla.

Aquello era una completa locura. En toda su vida se habría podido imaginar estar tan colgado por una mujer.

Había algo muy especial entre ellos. Y el hecho de que pudiera utilizar la palabra *especial* cuando se refería a ambos era muy significativo. Respecto a la otra palabra, esa que empezaba por A y que nunca había usado con ninguna de sus parejas anteriores porque jamás había sentido una conexión semejante, ahí estaba también, tremenda y poderosa, aunque todavía no se atrevía a completar las cuatro letras que la componían en voz

alta. ¿No era demasiado pronto? Solo se conocían desde hacía mes y medio y, en realidad, apenas se habían visto durante un par de semanas.

Amor.

Ahí estaba.

Cada vez que miraba a Juls y cada vez que ella le miraba a él a través de esa pantalla que se había convertido en todo su mundo, Jorge podía sentirlo.

Amor.

Intenso y avasallador.

Carraspeó y se centró de nuevo en Juls que parecía igual de ensimismada que él mismo.

— Tengo una canción — le dijo para romper el extraño estado de ánimo en el que habían caído los dos.

Ella aclaró la vista y le miró con curiosidad.

— ¿Cuál?

— Espera. Te va a encantar.

Era algo que solían hacer: intercambiar canciones. Hacía días que esa le rondaba por la cabeza y quería compartirla con ella. Buscó el enlace en YouTube y se lo envió.

Era *Nothing's gonna stop us now* de Starship. Una balada ochentera, cuya letra era de lo más romántico.

Una sonrisa tonta se dibujó en sus labios mientras observaba cómo ella la reproducía y bajaba los párpados, moviéndose al ritmo de la melodía. Él mismo la fue tarareando en susurros. Juls alzó la cara y le dirigió una sonrisa inmensa al escucharle cantar.

— No puedes evitarlo. Te encantan todas estas pasteladas, eh...

Él soltó una risita entre dientes.

— Es muy nosotros, ¿no?

— Sí, sobre todo cuando dice eso de *Want so much to give you this love in my heart that I'm feeling for you...* ²²

Se encogió de hombros y fingió desenfado. Quizá no se atrevía a decir en voz alta lo que sentía por ella, pero sus intenciones quedaban claras con esa canción, ¿no?

— Confiesa que a ti también te gustan estas chorradas.

— Lo confieso — admitió ella. Un suave rubor había cubierto sus mejillas—. Voy a contar las horas hasta el viernes a las cuatro y media — añadió.

— ¿Quién es la ñoña ahora? — inquirió él con tono afectuoso.

— Y voy a ponerme esta canción como tono de llamada en el móvil.

— Me parece muy buena idea.

Alguien llamó a la puerta con insistencia, interrumpiéndolos.

— ¡Jorge! ¿Sales ya? — Era Lukas, de nuevo.

— ¡Joder! — exclamó—. ¡Ya voy! — gritó—. Me tengo que ir, Juls, pero mañana hablamos.

— Sin problema. Dale un beso a tu hermano de mi parte. Bueno, a todos.

— Lo haré. Sueña conmigo, preciosa.

— Lo intentaré — dijo con una risa sugerente.

— Capulla — murmuró antes de desconectarse.

Cerró la tapa del portátil y lo dejó a su lado sobre el sofá. Luego se puso de pie y se acercó a la ventana. A lo lejos, en la oscuridad de la noche, destacaban los pequeños y numerosos puntos luminosos contra el cielo.

Las luces de la ciudad.

Las ignoró y se centró en su imagen, que se reflejaba en el negro cristal. Sus ojos parecían ansiosos y una expresión febril se mostraba en su semblante. ¡Dios! Tenía muchísimas ganas de volver a verla; la espera le estaba resultando agónica.

Se sacó el móvil del bolsillo y buscó el tema de Starship. No tardó en encontrarlo. Lo descargó, lo estableció como tono de llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

— Ya está — dijo con tono risueño—. Ya eres el tío más cursi del universo.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su cara.

Capítulo 19

Juls

Cuando el autobús proveniente de Benidorm entró en la dársena, Juls, incapaz de mantenerse quieta, se acercó al cristal que separaba la sala de espera del área de llegadas y trató de encontrar a Jorge entre las personas que descendían del vehículo. El corazón se le disparó cuando vio a un hombre alto y musculoso de espaldas. Llevaba una cazadora de cuero negro y tenía el cabello castaño claro. Pero cuando el individuo se dio la vuelta se dio cuenta de que no era él.

Fue paseando la vista por todos los pasajeros que accedían al interior de la estación cargados con maletas; muchos de ellos eran recibidos con abrazos y besos afectuosos y alguna que otra exclamación sorprendida.

Sonrió. Saber que ella misma estaba a punto de poder abrazarle y besarle la llenaba de entusiasmo.

Pronto, el flujo de viajeros que se reunían con su familiares o amigos se hizo escaso y, solo unos minutos después, nadie más atravesó las puertas de acceso. Juls, algo inquieta, se abrió paso entre la gente y volvió al cristal para escudriñar el exterior. No había más personas junto al autobús, solo el conductor que hablaba con un guardia de seguridad.

¿Se habría equivocado de hora?

Imposible.

Se sacó el teléfono del bolsillo y revisó sus wasaps. En uno de ellos, Jorge le confirmaba la hora de llegada. Las cuatro y media de ese viernes.

A lo mejor había algún otro autobús.

Vio que el conductor se encaminaba al interior de la sala y se acercó a él de prisa.

— Disculpe, ¿hay más autobuses que lleguen desde Benidorm hoy?

— Sí, seis más. El siguiente, a las nueve menos diez.

— No, me refiero a las cuatro y media.

— No. Este es el único.

— Ah, pues muchas gracias.

Con perplejidad, se alejó y tomó asiento en una de las sillas. Frunció el ceño. Quizá Jorge se había demorado y había perdido el autobús, se dijo. Pero, entonces, ¿por qué no la había avisado? No entendía nada.

Desbloqueó el móvil y le llamó.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.

Quizá se había quedado sin batería.

Accedió a la aplicación de mensajes y comprobó que su última conexión era de esa misma mañana, cuando intercambiaron un par de textos dándose los buenos días.

Tecleó con rapidez.

Has perdido el bus?

El bullicio de la gente a su alrededor le resultaba molesto, así que se puso de pie y se alejó camino de las escaleras mecánicas que conducían a la planta superior.

Volvió a llamarle con el mismo resultado que antes.

No sabía qué hacer.

¿Quedarse en la estación y seguir esperando hasta el siguiente autobús que llegaba a las nueve menos diez?

Aquello no tenía mucho sentido.

Salió a la calle y unas cuantas gotas de lluvia golpearon su cara. Maldijo en silencio. Había olvidado que estaba lloviendo. Sacó el paraguas plegable de su bolso y lo abrió, resguardándose debajo. Con la mirada extraviada en el fluido tráfico que circulaba por la avenida, le llamó de nuevo.

Nada.

Y el wasap que acababa de enviarle tampoco mostraba la doble notificación en azul. Él ni siquiera lo había visto.

No obstante, le envió otro más.

Estoy un poco preocupada. Llámame cuando puedas.

Comenzó a pasear arriba y abajo por la empapada acera. Estúpidamente, no se atrevía a alejarse demasiado de la estación de autobuses por si acaso él...

¿Qué?

¿Aparecía por arte de magia delante de ella?

Era obvio que no había cogido el autobús de las cuatro y media. Y no había otro hasta dentro de cuatro horas. Y tampoco tenía garantías de que Jorge fuera en él.

Marcó su número de nuevo.

La tonta locución volvió a penetrarle en los oídos.

— ¡Mierda!

Estaba desconcertada.

Quizá le había pasado algo...

«No seas tan dramática. Quizá ha perdido el bus y se ha quedado sin batería en el móvil y no ha podido avisarte. Es probable que llegue en el siguiente».

Sí, debía de ser eso.

No iba a ponerse histérica ni a hacer cábalas.

Lo mejor sería alejarse de la lluvia y esperarle dentro. No ganaba nada quedándose allí en medio de la calle, expuesta a los elementos. Retornó al interior y se encaminó a la zona de restauración. Uno de los locales era una cafetería con autoservicio en la que había varias mesas libres. Se hizo con un capuchino y tomó asiento en una de ellas, una que estaba frente al ventanal que daba a la calle. No había mucha gente en el exterior, pese a que era pronto. Quizá debido a la lluvia.

Trató de distraerse contestando unos cuantos correos electrónicos y navegando por sus redes sociales. En un fútil intento de averiguar algo más sobre Jorge, accedió también a las de él, pero no halló nada. La última publicación de su cuenta de Instagram era de hacía días, una foto de un grupo de alumnos antes de una inmersión en el mar.

Volvió a llamarle unas cuantas veces más.

De nuevo la locución.

Jamás una tarde había pasado tan despacio. Las manillas del reloj que había colgado de la pared detrás de la barra parecían suspendidas en el tiempo, como si estuvieran hechizadas y avanzasen a una velocidad infinitamente inferior a la habitual. Las personas llegaban, ocupaban las mesas durante un rato y luego se marchaban, cediendo su espacio a otras. El

ocaso convirtió el cielo en un lienzo azul marino carente de estrellas y cubierto de nubes informes que no dejaban de arrojar litros y litros de agua. Su capuchino se convirtió en dos más y la batería de su móvil comenzó a peligrar ya que lo desbloqueaba frecuentemente para ver si él había leído sus wasaps.

No lo había hecho.

Su ansiedad fue creciendo exponencialmente.

No era fácil mantener la calma cuando toda la incertidumbre del mundo se manifestaba dentro de ella.

De repente, recordó que quizá Mariu tuviera el número de teléfono de Dani, pero cuando consiguió contactar con ella, esta le dijo que no lo tenía, que lo había eliminado cuando llegó a Madrid. No quiso darle demasiadas explicaciones y cortó la comunicación, prometiendo llamarla al día siguiente.

Su imaginación no tardó en comenzar a jugarle malas pasadas y a poner todo tipo de ideas en su cabeza. Quizá Jorge había decidido hacerle *ghosting* porque estaba harto de ella. Aunque aquello no tenía mucho sentido, ¿no? Desde el mismo instante en que abandonó Benidorm y regresó a Madrid, cada vez que hablaban o se enviaban mensajes, el entusiasmo de él era flagrante. Juls hubiera podido jurar que estaba tan comprometido con esa relación como ella.

Tenía que haber pasado algo grande para que él se comportase así.

No podía ser de otra manera, se dijo con convicción.

Sus ojos volvieron a centrarse en el reloj de la pared. Eran las ocho y media.

Lentamente, recogió sus cosas y abandonó la cafetería. Esquivó a un grupo de viajeros que parecían un poco perdidos y se encaminó a las escaleras mecánicas. En la planta baja, se aproximó a uno de los paneles que mostraban los horarios de llegadas y salidas y comprobó el número de dársena por la que iba a llegar el siguiente autobús con origen Benidorm.

Inquieta, paseó de un extremo al otro de la larga construcción sin fijarse apenas en las personas con las que se cruzaba. Miraba la hora en la pantalla de su móvil cada cinco minutos.

A las nueve menos cuarto se apostó frente a las puertas de cristal y aguardó con los nervios a flor de piel.

El autobús no tardó en llegar y aparcar en el mismo lugar en el que lo había hecho el de las cuatro y media. Y al igual que hacía unas horas, los pasajeros descendieron y se aproximaron a la trampilla lateral para recoger su equipaje. La mirada de Juls voló de uno a otro, tratando de encontrar su figura alta entre todos ellos.

Jorge tenía que estar en ese autobús.

Tenía que estar.

Apenas se dio cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos debido a la ansiedad.

Pronto, todos los viajeros, cargados con bolsas y maletas, habían atravesado las puertas, accediendo al interior.

Jorge no estaba entre ellos.

Juls bajó los párpados y comenzó a menear la cabeza.

No entendía nada.

Volvió a llamarle.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.

¡Mierda!

Pero ¿qué narices estaba pasando?

Quizá en el siguiente autobús...

«¡No! Deja de decirte gilipolleces a ti misma. No va a llegar en el próximo autobús. O ha pasado de ti o le ha sucedido algo. Sé realista».

Echó a andar casi por inercia y subió al piso superior. Sus pasos la llevaron hasta la salida. Seguía cayendo agua del cielo, aunque la lluvia había rebajado su intensidad. Abrió el paraguas y se alejó unos pasos de la edificación.

¿Cómo podía averiguar qué estaba ocurriendo? No tenía el teléfono de ninguno de sus hermanos o amigos, aunque a lo mejor podía localizarlos a través de las redes sociales, ¿no?

En ese instante, su móvil comenzó a sonar.

«¡Es él!»

Presa de la agitación y con dedos temblorosos, se sacó el aparato del bolsillo.

El nombre de su hermano destacaba en la pantalla.

Ahogó el gemido frustrado que estuvo a punto de abandonar su boca y aceptó la llamada.

— Hola, Félix — respondió.

— Juls, ¿dónde estás?

El tono serio de su voz la llevó a detenerse en medio de la acera.

— ¿Pasa algo?

Félix tardó unos segundos en responder.

— Es papá... Ha sufrido un infarto.

El estómago le dio un potente vuelco.

— ¿CÓ... cómo?

— Me acaba de llamar mamá. Le han llevado a La Paz. ¿Estás en casa? Voy a buscarte.

— Pero..., pero... ¿está bien? — tartamudeó.

— No sé mucho, Juls. Mamá apenas podía hablar. Voy de camino hacia tu casa. Llegaré en quince minutos.

— Vale, vale. Te... te espero en la puerta.

La comunicación se cortó.

Juls cerró los ojos. Se le había instalado un sonoro zumbido en los oídos y sentía una enorme opresión en el pecho.

¿Su padre había tenido un infarto?

¡¿Cómo era posible?! ¡Pero si había estado con él solo hacía cinco días y estaba estupendo! ¡No podía ser cierto! Su padre tenía mucha vitalidad y se cuidaba muchísimo. No fumaba, no bebía y hacía deporte. Era el epítome de la vida sana...

¿Y su madre? ¿Cómo estaría su madre?

Muy nerviosa, echó a andar deprisa, esquivando charcos y a otros transeúntes que se cruzaron con ella. Su piso quedaba cerca de la estación de autobuses.

Por el momento, se olvidó de Jorge.

Capítulo 20

Jorge

Pese a que sentía los párpados pesados, abrió los ojos, pero la luz proveniente de la ventana que tenía a su izquierda le resultó muy molesta y volvió a cerrarlos.

Le dolía mucho la cabeza. Era como si un tamborilero se hubiera establecido dentro de su cerebro y estuviera practicando su solo de tambor con potencia y entusiasmo. También tenía la boca pastosa y la lengua pegada al paladar. Necesitaba beber algo. Y su vejiga estaba a reventar. Quería ir al baño.

Un olor a desinfectante, antiséptico, alcohol y algo más indefinido le entró por la nariz. Era un olor que no le resultaba del todo desconocido, aunque tardó en asociarlo con nada.

Olía a hospital.

¿Estaba en un hospital?

Trató de abrir los ojos de nuevo, pero el esfuerzo fue demasiado grande y desistió.

A través de la niebla que cubría sus sentidos, escuchó una voz grave.

— ¿Cómo estás?

Pestañeó unas cuantas veces y trató de enfocar. Era curioso, pero ahora la habitación estaba sumida en penumbra y solo una suave luz proveniente de la cabecera de su ortopédica cama iluminaba el cuarto. Miró por la ventana. Era de noche. Extraño. Solo hacía unos minutos la luz del día había entrado por ese cristal. ¿O habían pasado horas?

— ¿Cómo te encuentras?

La pregunta llegó de nuevo. Provenía de un hombre de mediana edad con el pelo gris y gafas con montura metálica. Llevaba un pijama azul y una bata blanca. Se erguía a los pies de la cama.

Un médico.

— Me... duele mucho... la cabeza — articuló—. Como si me fuera a estallar.

— Es normal. Ahora viene la enfermera y te administra algo para eso. Soy el doctor Quesada.

Tragó saliva con dificultad. De alguna manera le molestaba el tono paternalista que estaba empleando el médico para hablar con él, pero se sentía demasiado débil para protestar.

— Jorge.

Una figura alta emergió de la oscuridad y se plantó a su lado.

Clavó los ojos en el rostro de su padre. La ansiedad le borraba la expresión afable que siempre llevaba en el semblante. Nunca le había visto tan preocupado.

— Hola, papá... — murmuró.

Tony Alba suspiró y una trémula sonrisa acudió a sus labios.

— ¿Estoy... en un hospital? ¿Por qué?

— ¿Recuerdas el accidente? — Era la voz del doctor.

¿Accidente? ¿Qué accidente?

Frunció el ceño e intentó traer a su memoria aquel recuerdo, pero ante él solo se mostraba un vacío negro y desolador. Cerró los ojos y se forzó a pensar, pero una sensación de angustia se le concentró en el estómago.

— ¿Accidente...? No... lo recuerdo. ¿Qué... ha pasado?

— No pasa nada. No te preocupes — le aseguró el médico—. ¿Recuerdas la conversación que hemos tenido esta mañana?

— Eh... ¿esta mañana? — La confusión le invadió.

— Esta mañana te hemos despertado y hemos intercambiado unas frases, pero no pasa nada si no lo recuerdas. Estabas muy desorientado.

— ¿Despertado?

Cuanto más hablaba el doctor Quesada más desconcertado se hallaba. ¿Despertado? ¿Cómo que despertado? ¿Cuántos días llevaba allí?

En ese instante, una enfermera accedió a la habitación y el médico se giró y le dijo algo que Jorge no logró entender. Ella abandonó el cuarto.

— Tuviste un accidente de tráfico — continuó el galeno, dirigiéndose a él—. Sufriste una lesión en el cráneo. Te hemos mantenido en coma

inducido unos días para darle tiempo a tu cerebro a que se cure mientras la inflamación disminuye.

Jorge se había perdido en la explicación. Solo las primeras palabras resonaban en su cabeza: *Accidente de tráfico* . ¿Qué había sucedido?

La enfermera regresó y se acercó al gotero. Inyectó algo en él mientras hablaba en voz baja con el médico.

— Estamos muy contentos de que te hayas recuperado, Jorge — intervino su padre—. Estamos todos aquí. Los demás están fuera, esperando. Tienen muchas ganas de verte.

— Eh... vale. ¿Todos?

— Mamá y tus hermanos.

— ¿Y Claudia?

Su padre le miró de un modo extraño.

— ¿Claudia?

— ¿Está bien ella?

— Eh... supongo que sí.

— ¿No iba ella conmigo en el coche cuando el accidente?

— No. Tú no conducías. Te atropelló un coche... — El tono de voz de su padre era crudo. Le lanzó una peculiar mirada al doctor que Jorge no se detuvo a analizar.

¿Un atropello? No recordaba nada en absoluto.

— ¿Claudia no ha... venido a... visitarme?

No sabía qué era lo que le había puesto la enfermera en el suero, pero su dolor de cabeza iba disminuyendo y comenzaba a encontrarse muy somnoliento.

— Jorge, ¿qué es lo último que recuerdas? — La cara del doctor apareció en su campo de visión. Tenía la frente arrugada como si estuviera preocupado.

— Eh... Que volvía de Londres con mis amigos. Claudia, mi novia — aclaró— , me estaba esperando en el aeropuerto y fuimos al parking a buscar el coche... Después de eso nada más.

Una exclamación ahogada brotó de la boca de Tony Alba.

— Doctor, usted dijo que todo iba muy bien. Ese viaje a Londres del que habla ocurrió hace tiempo. — El apremio fue claramente apreciable en su

VOZ.

— Una lesión cerebral no es como un hueso roto, señor Alba. El cerebro es menos previsible. A veces, según como el tejido inflamado presione contra el cráneo puede provocar cierta discapacidad.

— ¿Discapacidad?

Jorge podía escuchar las palabras con claridad, pero sentía como si todo aquello no fuera con él, como si la escena estuviera transcurriendo en paralelo y él fuese un mero espectador. No se veía capacitado para seguir aquella conversación. Estaba exhausto.

— Aunque está despierto, la inflamación puede originar confusión, pérdida de memoria y cambios de humor erráticos, pero es normal — prosiguió el médico.

— ¿Normal?

Jorge cerró los ojos.

Lo más importante era que Claudia estaba bien.

Capítulo 21

Juls

Salió al pasillo y cruzó la mirada con la mujer que se apoyaba en la pared al lado de la puerta. Se llamaba Andrea y era la hermana de la paciente que se encontraba ingresada en la habitación contigua a la de su padre. Habían hablado en unas cuantas ocasiones.

— ¿Hoy le dan el alta a tu padre?

— Pues no lo sabemos. Le han hecho nuevas pruebas esta mañana y estamos esperando los resultados. Ojalá — suspiró— . Ya estamos cansados de estar aquí. Y Silvia, ¿cómo está?

— Pues parece que bien. No muestra rechazo.

Silvia era la hermana gemela de Andrea. Le habían trasplantado un nuevo corazón.

— Me alegro mucho. Es fantástico. Seguro que dentro de poco os mandan para casa. — Señaló hacia el fondo— . Voy a la máquina a por una botella de agua. ¿Te traigo algo?

— No. No. Muchas gracias.

Juls se despidió y se encaminó hacia la sala de espera que había al final del corredor, donde se encontraba la máquina expendedora. Avanzó por el pasillo bordeado por numerosas habitaciones, sin dirigir la mirada a ninguna en especial. Conocía la mayoría de las historias que se gestaban detrás de aquellas puertas. Llevaba ya demasiado tiempo en esa planta del hospital.

Veinticuatro días.

Hacía tres semanas que le habían practicado una cirugía de bypass de la arteria coronaria a su padre y llevaba desde entonces en observación debido a unas pequeñas complicaciones. No obstante, según les había confirmado su cardiólogo el día anterior, era cuestión de pocos días que le dieran el alta. Quizá, con suerte, en unas horas.

Sacó una botella de agua de la máquina y tomó asiento en una de las sillas. La abrió y bebió de ella con avidez. Le rugieron las tripas y volvió a dar unos tragos de agua para engañar al hambre. Hacía unas horas que había bajado a la cafetería a desayunar, pero no había comido, solo tomó un café. Ahora se arrepentía de no haber ingerido nada sólido.

La sala estaba vacía, algo habitual a esa hora de la mañana ya que todavía no había comenzado el horario de visitas. Las paredes estaban pintadas en un discreto color beige y los suelos eran de linóleo azul. Los fluorescentes del techo emitían una desagradable luz mortecina y no había ventanas que diesen a la calle.

Miró la pantalla de su móvil y comprobó que ya eran las diez. Su madre no tardaría en llegar.

Durante los primeros días, había insistido en estar las veinticuatro horas junto a su marido en el hospital, pero Félix y ella habían logrado convencerla para hacer turnos. Ellos dos se encargaron de las noches, dejando que ella se quedara por el día. Su hermano Rodrigo también había subido desde Sevilla, pero solo había podido quedarse unos días. Cuando se aseguró de que su padre estaba fuera de peligro, regresó a su trabajo.

Juls se estiró e hizo girar la cabeza a un lado y al otro, desentumeciendo los músculos de los hombros y la espalda. Dormir en un hospital público como acompañante era una de las peores cosas que podían pasarle a alguien. Solo había un duro sillón reclinable junto a la cama del enfermo. Uno podía intentar dormitar un par de horas, pero la postura era tan incómoda que no se descansaba ni un ápice.

Cruzó los dedos y rogó por que le diesen el alta a su padre.

Volteó el móvil entre sus manos, pensativa, antes de acceder a su cuenta de Instagram con ansiedad.

No era la primera vez que lo hacía ese día. De hecho, lo hacía cientos de veces todos los días, desde que localizó la cuenta de Erika y le dejó un mensaje.

Resopló frustrada al ver que todavía no lo había leído.

Pese a que el estado de salud de su padre no dejaba espacio para estar pendiente de muchas más cosas, la ausencia de información de Jorge seguía siendo su otra principal preocupación. Después de tantos días sin que él

hubiera dado señales de vida, estaba plenamente convencida de que algo malo había tenido que sucederle. Ni por un segundo creía que estuviera ignorándola a propósito. Aquel no era su estilo.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared al tiempo que cerraba los ojos. Sentía un dolor sordo en el pecho que se hacía cada vez más profundo cuanto más pensaba en él.

El móvil comenzó a sonar, sobresaltándola. Era la canción que Jorge había elegido para ella: *Nothing's gonna stop us now*, y una ola de profunda melancolía la embargó.

Le echó un rápido vistazo a la pantalla y vio el nombre de su amiga Mariu.

— Hola, Mariu.

— Hola bonita. ¿Cómo está tu padre?

— Bien. Es probable que le den el alta hoy.

— Me alegro un montón. ¿Y de Jorge sabes algo?

Juls se llevó la mano a la frente y se la frotó ligeramente.

— Nada. Y su hermana ni siquiera ha visto el mensaje — suspiró.

— Joder, es que no se me ocurre cómo averiguar algo más. No recuerdo el nombre del hotel donde trabaja Dani ni cómo se llama la agencia inmobiliaria de Rafa.

Había mucha impotencia en la voz de su amiga. La misma que sentía ella.

— Ya. Yo tampoco. Erika es mi única oportunidad. No he conseguido averiguar nada más de sus otros hermanos. Deben de tener las cuentas privadas. Y tampoco sé cómo se llama la imprenta de su familia — dijo desilusionada—. Me estoy temiendo lo peor. Son muchos días ya... — se le rompió la voz.

— Joder, Juls, es que no sé qué decirte. La cosa no pinta bien.

— No. No pinta bien.

Notó cómo se le estrechaba la garganta y se le humedecían los ojos.

— Vaya incertidumbre — murmuró Mariu.

Eso era lo peor de todo: el no saber qué había pasado.

En ese instante, las puertas de uno de los ascensores que había frente a ella se abrieron, dejando vislumbrar la figura de su madre.

Carraspeó con fuerza y se enjugó los ojos a toda velocidad. Lo último que necesitaba su progenitora era verla en ese estado, así que se tragó su pena.

— Mariu, te tengo que dejar. Mi madre acaba de llegar — cuchicheó.

— Ya me dices, ¿vale?

— Claro. Un beso.

Cortó la comunicación y se puso de pie.

Araceli Arrieta no aparentaba más de sesenta años, pese a que había cumplido ya los setenta y dos. Quizá fuera por su aspecto esbelto o porque su cabello no mostraba apenas canas. Iba vestida con un pantalón negro, un abrigo de paño de color gris y un chal floreado que se enroscaba en su cuello. Se encaminó hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

— ¿Qué tal noche ha pasado? — Fue la primera pregunta que salió de su boca.

Juls la puso al día con rapidez

— Le he dejado discutiendo con Hipólito — concluyó.

Hipólito era el compañero de habitación de su padre. Llevaban ya dos semanas juntos y sus ideas políticas eran algo contradictorias. Gracias al cielo, ninguno de los dos era demasiado cabezón ni se exaltaba con facilidad.

— Voy a poner paz — dijo su madre con una sonrisa condescendiente—. . Tienes cara de cansada — añadió, acariciándole la mejilla con suavidad—. . ¿Por qué no te vas? Ya estoy yo aquí.

— Prefiero quedarme hasta que pase el médico, por si acaso le dan el alta.

— Pues baja a la cafetería y distráete un poco.

— Sí. Sí. Voy a hacerlo — aceptó.

Su madre se despidió de ella y se internó en el pasillo camino de la habitación de su marido.

Juls se quedó quieta durante unos segundos sin saber muy bien qué hacer. Todavía sentía esa pesadez que le provocaba la angustia de pensar en Jorge. Quizá no era una buena idea ir a la cafetería y estar rodeada de personas ruidosas. Aunque permanecer en esa solitaria y tristona sala de espera tampoco le apetecía demasiado.

La decisión le fue arrebatada de improviso cuando su móvil comenzó a sonar de nuevo.

¡Mierda! De nuevo *esa* canción. Tenía que haberla cambiado para no morirse de tristeza cada vez que alguien la llamaba.

Aceptó la llamada a toda velocidad sin detenerse a mirar el nombre en la pantalla.

— ¿Qué tal noche ha pasado? — preguntó su hermano antes de que hubiera podido decir nada. Su voz cargada de energía y determinación le resultó reconfortante.

— Genial. Se durmió pronto y se ha despertado pronto también y de buen humor. Dice que tiene una corazonada y que sabe que hoy le van a dar el alta. Han venido a buscarle temprano para hacerle un electro y unos análisis y ahora estamos esperando a que pase el médico y nos diga.

— ¿Está mamá?

— Acaba de llegar.

— ¿Estás en la habitación?

— No. Estoy en la sala de espera. Iba a bajar ahora a la cafetería.

— Se te escucha desanimada, peque.

Suspiró. Su hermano siempre tan perspicaz.

— Estoy agotada. He dormido poco, la verdad. Estuve trabajando hasta la una de la mañana. Y cuando conseguí conciliar el sueño a eso de las dos o así, papá se puso a roncar en plan locomotora y me despertó. Solo he podido pegar ojo a ratitos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

— ¿Solo es eso? ¿Cansancio? ¿Sigues sin saber nada de ese chico?

Juls agarró el móvil con rigidez. Hacía días que había hablado con Félix del tema y había tratado de hacerlo sin dramatismos, sin mostrar lo preocupada que estaba, pero parecía que su hermano no se había tragado su fingida indiferencia.

— Sigo sin saber nada — admitió en un susurro.

— Joder, Juls, ¿por qué no hablas conmigo? Estoy aquí siempre.

— Lo sé — reconoció con un hilo de voz.

De pronto, solo tenía ganas de llorar. Llevaba demasiado tiempo haciéndose la fuerte para no resultar una carga para su familia en un

momento tan delicado, y ya no podía más.

— Espérame abajo en la cafetería — dijo su hermano cortante—. Voy para allá.

— Pero Félix, tu trabajo...

— Puede sobrevivir unas horas sin mí — la interrumpió—. En treinta minutos estoy ahí.

La comunicación se cortó, pero Juls permaneció unos instantes más con el teléfono pegado a la oreja. Se encontraba dividida, una parte de ella deseaba el apoyo de Félix; necesitaba hablar con él y confesarle lo angustiada que estaba. Por otro lado, se sentía culpable por no haber sido capaz de controlar sus sentimientos y haber provocado que su hermano se preocupase por ella mientras que la situación familiar era tan compleja.

Las puertas del ascensor de la derecha se abrieron con un sonido chirriante y un celador con una silla de ruedas vacía salió de él. La saludó con una leve inclinación de cabeza a la que ella correspondió de igual modo.

Estaba a punto de guardarse el móvil en el bolso cuando un pitido le advirtió de una notificación. Casi con desidia, lo desbloqueó y echó un vistazo a la pantalla. En la parte superior aparecía el símbolo de Instagram. Accedió a la aplicación.

Era un mensaje privado de @ErikaAS.

Hola Juls.

Y debajo de ese simple saludo aparecía intermitente la palabra *Escribiendo*.

Las piernas le flojearon. Se dejó caer en una de las sillas con pesadez mientras sus ojos se adherían a la pantalla con intensidad.

Era probable que no hubieran pasado más de unos minutos hasta que llegó el resto del mensaje, pero a ella le pareció que pasaban horas.

Perdona que no te haya contestado antes, pero acabo de ver tu mensaje. La verdad es que los últimos días han sido complicados para mi familia. Hace unas semanas Jorge tuvo un accidente de tráfico y está en el hospital. Ha estado en coma, pero ya ha despertado. No te preocupes porque está bien.

Juls se llevó una mano al corazón que latía desbocado en su pecho. Estaba horrorizada. ¿Un accidente? ¿En coma? El mal presentimiento que había tenido a lo largo de las semanas se convertía en realidad.

La palabra *Escribiendo* volvió a aparecer.

Pásame tu número de teléfono y te llamo ahora y te cuento con más detalle.

Se apresuró a mandárselo. Estaba tan nerviosa que se equivocó en dos dígitos y tuvo que rectificar.

Aguardó unos segundos más, pero, aunque Erika había visto su último texto, ya no volvió a escribir.

Agitada, se puso de pie y comenzó a pasear por la vacía sala de espera, tratando de asimilar la información que acababa de recibir. Le temblaban las manos y un poco también las piernas y sus oídos albergaban un potente zumbido.

¡Jorge había tenido un accidente de tráfico y había estado en coma!

¡Dios Santo! ¿Cómo habría sucedido? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cuánto tiempo había estado en coma exactamente? ¿Había sufrido alguna secuela? Y si ya había despertado, como decía Erika, ¿contactaría con ella? ¿Tenía que quedarse mucho tiempo más en el hospital?

Su cabeza era un batiburrillo de preguntas sin respuesta.

— ¿Juls?

Se giró y vio a su progenitora que la observaba con semblante preocupado.

— ¿Estás bien, hija? Pareces al borde de un ataque de ansiedad.

Pestañeó un par de veces y trató de controlarse. Su madre no sabía nada de Jorge ni de sus cuitas y quería que eso siguiera así.

— Estoy bien, mamá. Es solo que... acabo de hablar con mi editora y me ha reclamado unos artículos que todavía no he escrito... — mintió.

— Qué ganas tengo de que encuentres otro trabajo. Siempre estás agobiada — suspiró con pesadumbre—. Creía que ibas a bajar a la cafetería — añadió.

— Sí. Ya me voy. Félix viene para acá. Estaremos abajo. Avísanos cuando pase el médico.

— Sí, yo os aviso — repuso al tiempo que se encaminaba hacia el aseo que se hallaba en una esquina de la sala.

Juls se acercó a los ascensores y pulsó el botón. Sabía que su madre no había entrado al baño y que la estaba observando; podía sentir sus ojos sobre su espalda. Se mantuvo erguida y con una postura de fingido desenfado. En cuanto la puerta se abrió, se apresuró a acceder al interior de la cabina y a pulsar el botón de la planta baja. Se pintó una sonrisa en la boca en beneficio de su progenitora que la estudiaba pensativa.

En cuanto las puertas se cerraron, la sonrisa impostada desapareció de su rostro y se derrumbó contra la pared metálica. Tenía un nudo enorme en la garganta y una vena había comenzado a latirle con violencia en la sien.

Jorge...

Su imagen se presentó claramente ante ella, con esa mueca canalla que solía componer y esos ojos suyos almendrados que siempre la descolocaban. Las ganas de escuchar su voz y de sentirle cerca le robaron el aliento.

Se llevó la mano a la boca tratando de controlar un sollozo.

«Por favor, que esté bien, que solo haya sido un susto... Por favor...».

Aferraba el móvil entre los dedos, como si la vida le fuera en ello. No quería guardárselo en el bolsillo del abrigo por si no lo escuchaba sonar.

Te llamo ahora...

Eso había dicho Erika.

Pero ¿cuándo era ahora?

Capítulo 22

Jorge

Aparentemente, la memoria era el todo y la nada al mismo tiempo. No tenía sustancia ni forma ni peso ni color. En términos científicos se la describía como un depósito de proteínas que había dentro de las células del cerebro. Sin embargo, esas palabras eran tan incomprensibles como la propia metáfora que se empleaba para entender su concepto: *la memoria como un almacén*. Un almacén al que iban todas las experiencias vividas, donde eran clasificadas y etiquetadas. Pero los recuerdos no eran algo estático, no eran simples hechos que se hubieran experimentado, ya que cada vez que se evocaba uno de ellos sufría transformaciones.

En definitiva, la memoria era la suma de uno mismo, en constante cambio y evolución. Si se fragmentaba y una parte se perdía, como era su caso, aparecían el desequilibrio y la confusión.

Pero él se sentía bien, no tenía la sensación de estar enfermo. Exceptuando algunos dolores de cabeza que el médico le había asegurado que pasarían, ciertos episodios de visión borrosa y otros de ansiedad, estaba fuerte y en forma.

Podía recordar su infancia, su adolescencia, sus años en la universidad, los nombres de sus amigos, de sus compañeros de trabajo, los viajes que había hecho, los lugares que había visitado, a su familia, la ropa que le gustaba, su comida favorita...

Se acordaba de absolutamente todo.

El tipo de amnesia que padeces es el menos frecuente. Es amnesia retrógrada pura y se debe a una lesión en el tálamo, una estructura altamente relacionada con la recuperación de información ya establecida en la corteza cerebral a partir de su conexión con estructuras relacionadas con la memoria. No presentas deterioro cognitivo y tu memoria a largo

plazo está intacta. Solo que no eres capaz de acceder a los recuerdos anteriores a tu accidente.

Las palabras del neurólogo danzaron por su cabeza mientras apoyaba la frente sobre el cristal. Las vibraciones del vehículo en marcha se colaron por su cuerpo y le sacudieron con suavidad.

Había perdido veintidós meses de recuerdos.

Casi dos años.

Tus recuerdos pueden regresar con el tiempo. A veces, las personas suelen recobrarlos a partir de la recuperación natural de la lesión. Y los resultados de tu último TAC son excelentes. Es cuestión de tiempo. Lo mejor es que retornes a tu vida habitual cuanto antes, a tus rutinas.

Volvió a elevar los párpados y se concentró en la carretera. Estaban llegando al peaje de la autopista. Conocía muy bien aquella zona porque él mismo la había recorrido cientos de veces en su vida.

— ¿Cómo vas?

Sus ojos se encontraron con los de su hermano Diego, que se había girado y le contemplaba desde el asiento delantero del coche.

— ¿Sinceramente? Me siento genial.

Se escuchó la risa de su padre, que era el que conducía.

— Está claro que eres mi hijo. Ni una lesión cerebral puede contigo.

— ¿Te duele la cabeza? — preguntó Diego.

— No. Ya te digo que me encuentro bien. Tengo hambre.

— En nada llegamos.

Jorge asintió y volvió a mirar por la ventanilla.

Los primeros días después de despertar del coma inducido fueron muy confusos y habían estado salpicados por dolores de cabeza continuos y problemas de visión, pero se recuperó con relativa rapidez. El neurólogo le había comentado que era posible que sufriera cambios de humor y tuviese comportamientos irascibles, pero exceptuando una leve zozobra que le acosaba de vez en cuando no había notado nada.

Un neuropsicólogo se reunió con él para hacerle una valoración neurológica, pruebas cognitivas y una entrevista de memoria autobiográfica y así poder diseñar un programa de rehabilitación específico para su caso. Dado que no tenía problemas motores ni cognitivos ni del lenguaje, había

decidido que su terapia fuera solo psicológica. En unos días tenía una cita con una terapeuta.

Después de llevar más de una semana despierto en aquella habitación de hospital, la estancia allí comenzó a resultarle de lo más tediosa. Así que, aquella mañana, cuando el doctor Quesada pasó a verle para comunicarle que iban a darle el alta, estuvo a punto de besarle. No le importó demasiado la larga lista de recomendaciones y/o prohibiciones que tenía que seguir, solo quería largarse del hospital. Durante las próximas semanas no podía conducir ni ejercitarse de manera desproporcionada, tampoco podía incorporarse al trabajo, dado que el buceo era una de sus actividades principales y la presión que el cráneo experimentaba en una inmersión no era aconsejable en una lesión como la suya.

El coche se detuvo junto al peaje y su padre abonó el trayecto antes de volver a ponerse en marcha. Conducía de un modo muy pausado, algo poco habitual en él, y Jorge sonrió de medio lado. Era enternecedor, aunque un poco exasperante, ver cómo su familia le trataba como si fuera de mantequilla.

El amplio vial que llevaba al chalet familiar no tardó en aparecer frente a ellos.

Le habían dicho que hacía un tiempo que se había independizado y que residía en un apartamento en el Albir, algo que él no recordaba en absoluto, pero habían decidido — tanto él como su familia— que, por el momento, se instalara en casa de sus padres.

A juzgar por las conversaciones que había mantenido, sobre todo con su hermano Diego, su vida no había sufrido grandes transformaciones en los últimos veintidós meses. Seguía trabajando en el mismo sitio, en la escuela de buceo de Till Landvik, y sus amigos eran los mismos de siempre; solo su domicilio y su relación sentimental habían cambiado.

Suspiro al acordarse de Claudia.

Según parecía, habían roto solo unos días después de que él volviese de ese viaje de Londres, que seguía permaneciendo en su cabeza como su último recuerdo. No le sorprendió demasiado cuando su padre le comunicó que ya no estaban juntos. Recordaba bien que, en los últimos tiempos, Claudia y él discutían con frecuencia y hablaban de separarse. Su relación

no estaba en su mejor momento. Sin embargo, saber que ella ya había rehecho su vida con otra persona con la que pensaba casarse — eso le dijo Diego— , cuando para él solo habían pasado unos días desde su ruptura, le resultó de lo más extraño. Todavía estaba haciéndose a la idea.

— Mamá ha preparado *Sauerbraten* ²³ — dijo su padre, sacándole de sus pensamientos.

— ¿Estamos celebrando algo? — preguntó con una risa.

Su madre no era una gran cocinera y que se hubiera pasado varias horas en la cocina preparando ese complicado plato daba fe de lo preocupada que estaba su familia por él.

— El regreso del hijo pródigo — dijo Tony Alba en tono jocoso.

— Creía que el hijo pródigo era yo — intervino Diego.

— Envidioso — le lanzó Jorge.

Los ojos de ambos se encontraron en el espejo retrovisor. Había un atisbo de profundo afecto en la mirada azul de su hermano que provocó que a Jorge se le estrechara la garganta. Diego era grande. Cálido y maravilloso. El hermano mayor perfecto.

Intercambiaron una sonrisa.

Su hermana Erika y su hermano Lukas estaban esperando frente a la puerta del chalet, en medio de la calle. Habían extendido una vieja sábana blanca en la que se podía leer en letras negras: *Bienvenido a casa, imbécil* . Comenzaron a agitarla al ver aproximarse el coche a la acera.

Jorge no pudo evitar soltar una carcajada.

— Les dije que no pusieran lo de imbécil — dijo su padre mientras aparcaba.

— Yo les dije que pusieran idiota que suena más potente. Ni caso me han hecho — dijo Diego. La risa vibraba en su voz.

Jorge apenas pudo bajarse del coche porque su hermano Lukas se aferró a su cuello como si fuera un pequeño mono trepador en cuanto abrió la puerta y salió del vehículo.

— Joder, tío... Tío... joder, tío...

Su agitación era inequívoca. Incluso sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— ¿Sabes decir algo más o en el tiempo que he estado fuera has vuelto a la infancia? — bromeó, abrazándole con fuerza.

Había visto a Lukas cuando este fue a verle al hospital hacía unos días, no obstante, seguía maravillándole cómo había cambiado. El Lukas de su recuerdo era un adolescente de dieciocho años, imberbe y desgarrado. Sin embargo, el joven que tenía delante era ya un adulto. La emoción se apoderó de él al darse cuenta de que se había perdido el proceso de madurez de su hermano pequeño.

Tener amnesia era una mierda.

Erika no le dejó descansar ni un segundo. En cuanto Lukas se hizo a un lado fue ella la que enroscó los brazos en torno a su talle y comenzó a darle numerosos besos en las mejillas.

— Te hemos echado de menos — exclamó entre beso y beso.

— ¿Se te ha ocurrido a ti lo de la pancarta?

— Claro, ¿a quién si no?

— ¿Lo de imbécil también?

— ¡Por supuesto!

La alzó en el aire y dio una vuelta mientras ella se reía con fuerza y los mechones rubios de su pelo se le arremolinaban frente a la cara.

Erika estaba exactamente igual. Tan loca y divertida como siempre. No había cambiado ni un ápice.

Eso le resultó reconfortante.

Cuando entraron al chalet, su madre salió a recibirle. Mucho más comedida que sus hijos pequeños, pero con los ojos brillantes de felicidad, le cogió la cara entre las manos y le contempló un largo rato. Estaba pálida y parecía cansada, aunque nada podía opacar su belleza teutónica. A Jorge le resultó insólito verla tan emocionada. Anna Schwarz jamás perdía la compostura.

— *Willkommen zu Hause, mein lieber Junge* ²⁴ — le dijo al fin en voz queda.

Hacía siglos que su madre no se refería a él en aquellos términos y se sintió conmovido. Carraspeó al darse cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas.

¡Dios, sí que estaba sensible!

— *Ich bin auch sehr froh, hier zu sein, Mama* ²⁵ — murmuró.

— ¡Tenemos hambre! — intervino su padre.

Jorge le agradeció la interrupción con un gesto silencioso.

Mientras los demás se dirigían al salón, él se encaminó al baño. De reojo, se percató de que algunas cosas habían cambiado en la casa. El sofá era otro diferente al que él recordaba y la televisión tampoco era la misma. También había una foto en la pared del pasillo que le resultó desconocida. Se detuvo y la escrutó con el ceño fruncido.

Era una foto familiar. De los seis. Estaba tomada en el jardín y parecía ser invierno porque todos llevaban chaquetas. Su padre y su madre iban vestidos con elegancia. A su lado, había dos globos de color dorado, uno con la forma de un dos y otro de un ocho. El veintiocho. ¿Veintiocho qué?

La incomodidad se apoderó de él. Era inusual verse a sí mismo y no tener conciencia de ese momento. Era como observar a un extraño.

— Es del aniversario de papá y mamá — le dijo Erika que se había situado a su lado sin que se diera cuenta.

— Ah... el aniversario...

— Del invierno pasado... — Hizo una pequeña pausa antes de continuar — : Seguro que pronto lo recuerdas todo, Jorge.

— Claro — repuso con una rápida sonrisa.

Intentando ignorar la mirada preocupada de su hermana, se encerró en el baño y se aproximó al lavabo. Abrió el grifo y se lavó las manos y la cara con agua fría.

El espejo le devolvió su imagen. Todavía no terminaba de acostumbrarse a su propio reflejo y no porque hubiese cambiado demasiado — su aspecto físico era similar al de hacía dos años, solo llevaba el cabello más largo — , pero había algo diferente en él que no era capaz de entender. Quizá había visto y vivido experiencias que le habían marcado de algún modo durante ese tiempo que se escapaba a sus recuerdos.

Bajó los párpados y respiró hondo. La opresión que comenzaba a sentir en el pecho era un indicador de que la ansiedad se despertaba en él.

Las palabras que le había dicho el neurólogo antes de abandonar el hospital acudieron a su mente.

Intenta llenar los agujeros. Tienes que estar abierto a poder recordar. No te cierres a ello.

No era tarea fácil. Cuando se forzaba a hacerlo, la sensación que le acometía le suscitaba un hondo malestar. Era como cuando uno tenía una palabra en la punta de la lengua, pero era incapaz de recordarla correctamente, solo que multiplicado por mil. Era angustioso.

— ¿Estás bien, Jorge?

La voz de Erika al otro lado de la puerta le hizo alzar la cabeza. Estaba claro que durante los siguientes días iba a tener que ser muy paciente con su sobreprotectora familia.

— Sí. Estoy bien. Ya salgo.

Respiró un par de veces hasta serenarse lo suficiente para abrir la puerta. Se encontró con la expresión ansiosa en la cara de su hermana.

— ¿Pensabas que me habían vuelto todos los recuerdos de golpe y había sufrido un ataque o algo? — se chanceó.

Ella liberó una risilla nerviosa.

— Qué va, hombre.

Le hizo un gesto con la mano conminándole a moverse, pero ella se quedó atrás.

— ¿No vienes?

— Tengo que hacer una llamada primero. Ahora voy.

Jorge se encogió de hombros antes de darse la vuelta y dirigirse al ruidoso salón. Su padre se había vuelto loco como de costumbre y había asaltado el equipo de música. Sonaba una canción de los Bee Gees a toda pastilla.

Aquello le dibujó una sonrisa.

Gracias a Dios algunas cosas no cambiaban jamás.

Juls

El *ahora* del que Erika había hablado se había convertido en varias horas, así que cuando sonó el teléfono y el número desconocido apareció en la pantalla le temblaban las manos de la impaciencia.

Tenía que ser Erika. Solo podía ser ella.

— ¿Sí? — respondió con el corazón queriendo salirse por la boca.

— Hola, Juls. Soy Erika.

En cuanto escuchó su voz, le fallaron las piernas y tuvo que dejarse caer sobre el sofá del salón de su piso, al que hacía solo una media hora que había llegado.

— ¿Está bien Jorge? — preguntó con tono inquisitivo.

— Está bien. De verdad. Está muy bien.

— ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Puedo hablar con él?

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea. Pausa que no le gustó demasiado. Algo no iba bien.

— La mañana en la que Jorge iba a ir a Madrid, tuvo un accidente — explicó Erika—. Fue un atropello y fuga en un paso de peatones. Todavía no han encontrado al responsable. Por lo que dicen los testigos, el coche apenas le rozó, pero tuvo la mala suerte de golpearse la cabeza contra el bordillo al caer.

— ¿La cabeza? — balbuceó.

— Sí. Sufrió una lesión, bueno, lo que los médicos llaman traumatismo craneoencefálico. Por eso le indujeron el coma. Es normal hacerlo, nos dijeron, para que su cerebro tenga tiempo de curarse mientras la inflamación va disminuyendo o algo así — explicó—. No se rompió ningún hueso ni nada. Solo lo de la cabeza y algunas magulladuras sin importancia.

— ¿Pero ya está bien?

— Sí. Le despertaron hace más de una semana y hoy le han dado el alta. Juls dejó escapar un suspiro aliviado.

Jorge estaba bien. Eso era lo único que importaba.

— No había visto tu mensaje antes porque hemos estado desconectados y centrados en Jorge — continuó Erika—. Hemos pasado más tiempo en el hospital que en casa.

Juls asintió en silencio. Sabía muy bien de lo que hablaba. Ella lo había estado experimentado en sus propias carnes durante las últimas semanas.

— Sospechaba que algo había tenido que ocurrir cuando Jorge no contactó conmigo. No leía los mensajes ni contestaba el teléfono. Estaba muy preocupada, la verdad.

— Jorge está bien.

Pese a que la frase resonó categórica, había algo en la voz de Erika que resultaba poco convincente y Juls frunció el ceño con suspicacia. ¿Qué no le estaba contando?

— ¿Puedo hablar con él? — insistió.

La respuesta fue un silencio largo y pesado.

— Hay algo más que tengo que decirte — dijo Erika al fin.

— ¿Algo más? — Todas las alarmas se dispararon en su cabeza.

— Mira, Juls, es una mierda tener que hablar de esto por teléfono, pero creo que necesitas saberlo.

— ¿Saber el qué? — Un tono histérico se deslizó en sus palabras.

Erika tardó en contestar y cuando lo hizo fue en un mero susurro.

— Jorge... ha perdido la memoria.

Juls frunció el ceño, perpleja.

— ¿Quieres decir que no se acuerda del accidente?

— No solo del accidente...

— ¿A qué te refieres?

— Bueno... Nos han dicho que padece amnesia retrógrada. Es un tipo de amnesia en la que se pierde la memoria reciente.

— ¿Reciente? ¿No recuerda los últimos días?

Incluso a través del auricular Juls pudo escuchar con nitidez el profundo suspiro que brotó de la garganta de la rubia.

— No solo los últimos días. Ha perdido los recuerdos de los últimos... veintidós meses.

Se irguió en el sofá al escuchar aquello y todo su cuerpo se tensó.

— ¿Veintidós meses? — repitió.

— Sí. Eso puede pasar cuando la lesión es en el hipocampo. Eso nos han dicho los médicos.

— Pero es algo pasajero, ¿no?

— Puede ser... — La vacilación era casi palpable en su tono—. Hay algunos casos de gente que no los recupera, pero somos optimistas.

— Ya... — No sabía muy bien qué decir. Estaba desbordada por la situación—. ¿Es... es seguro? ¿Le han hecho... pruebas?

— Sí. Le han visto un neurólogo y un neuropsicólogo en el hospital. Como te digo, somos muy optimistas. Y él está bien — se apresuró a añadir

— . Es consciente de su situación y lo lleva bien.

— Pero, pero... os recuerda, ¿no? Me refiero a su familia y a sus amigos.

— Sí. Sí. Lo recuerda todo. Sabe dónde trabaja y nos conoce a todos, no ha perdido ninguna habilidad ni tiene trastornos físicos, es solo que su último recuerdo es de hace dos años aproximadamente.

— Vale — dijo en voz queda. Luego trago saliva con fuerza antes de hacer la pregunta que sobrevolaba por su cabeza como un pájaro negro de mal agüero— . A mí no me recuerda, ¿verdad?

Erika guardó silencio. Un silencio que expresaba mucho más que mil palabras.

— No. No te recuerda — repuso al fin.

La mano que sujetaba el móvil empezaba a temblarle. Tuvo que ayudarse de la otra para que el aparato no se deslizara al suelo.

Jorge se había olvidado de ella.

Cerró los ojos con fuerza hasta que se hizo daño y trató de coger aire con lentitud para no hiperventilar.

«Vale. No te desmorones. Seguro que es momentáneo. Todo va a salir bien».

— Los médicos le han aconsejado que vuelva a sus rutinas y que trate de vivir su vida con normalidad — continuó Erika con suavidad— . De momento está de baja, pero le han dicho que se podrá incorporar al trabajo en cosa de un mes si todo va bien.

— Bien, bien... entonces, todo está bien...

Estaba tartamudeando. No se sentía capaz de hilar dos frases seguidas. Una tormenta de tremendas proporciones rugía en su interior y le impedía pensar con claridad.

— Juls... Lo siento muchísimo...

— Quiero verle — articuló con un hilo de voz.

Erika soltó un suspiro ahogado.

— Mira, te entiendo perfectamente. Sé que lo que teníais era muy especial. Mi hermano estaba muy ilusionado contigo y sé que tú también lo estabas. Era evidente. Él no paraba de hablar de ti... ¡Mierda! — exclamó — . Es una verdadera putada lo que ha pasado.

Lo era. Era una putada.

— Tenemos una cita con una psicóloga el viernes — continuó Erika—. Ha insistido en que la familia también participe en esas reuniones para que ayudemos a Jorge con su nueva situación. Te prometo que le preguntaré si es bueno que os veáis... o si es contraproducente. El viernes por la noche te llamo y te cuento. ¿Te parece?

Juls gimió. ¿Tenía que esperar hasta el viernes? Era lunes y la semana se le iba a hacer eterna. No obstante, era lo único que tenía, así que se agarró a aquella propuesta con desesperación.

— Perfecto. Me... me parece bien.

— Si quieres saber algo más o preguntarme lo que quieras, llámame. De verdad.

— Claro. Claro...

Apenas fue consciente de que Erika se despedía de ella y la comunicación se interrumpía. Estaba demasiado confundida. Tenía tantas ganas de llorar que el simple hecho de contener las lágrimas le ocasionaba un gran dolor en el pecho.

Se puso de pie, abandonando el móvil sobre el sofá, y anduvo hasta el balcón. Apoyó la frente sobre el cristal templado por el sol y bajó los párpados.

Amnesia.

¿Cómo podía haber sucedido algo así? Era impensable que una cosa semejante tuviera lugar fuera de la ficción.

¿No había una película con Channing Tatum que trataba de eso?

Era la historia de una pareja de recién casados que tenía un accidente en el que la mujer perdía la memoria y se olvidaba de su marido. Y estaba basada en hechos reales.

¿Cómo acababa?

Ella no recuperaba los recuerdos, ¿no?

Se abrazó a sí misma al notar cómo un escalofrío le recorría la espalda. No hacía frío en su piso, pero ella estaba helada.

Su mirada se posó sobre la postal que Jorge le había enviado poco después de que ella abandonase Benidorm. La había sujetado con una pinza a un extremo de la larga estantería que ocupaba la pared principal del salón.

Mostraba el curioso *skyline* de la ciudad y justo debajo de la foto, en color blanco, la leyenda decía: *Benidorm te espera* .

No le hacía falta cogerla y darle la vuelta para saber lo que ponía detrás. Había leído la frase escrita por Jorge con trazos firmes en innumerables ocasiones.

Pasa de lo que ponga en el frontal, el que te espera en Benidorm soy yo, preciosa.

Recordó la ilusión que le hizo recibirla.

Gimió y cerró los ojos con fuerza.

¿Y si Jorge nunca recuperaba la memoria? ¿Y si jamás volvía a recordarla?

«No seas tan negativa», se amonestó. «Erika te ha dicho que podría ser pasajero».

Eso era. Tenía que mantener la esperanza. Quizá en unos pocos días todo se arreglase. Quizá, incluso antes del viernes, Jorge recuperara sus recuerdos y contactase con ella.

Su móvil comenzó a sonar de nuevo.

¡Erika!

En su prisa por ir a buscarlo, se giró con tanta brusquedad que estuvo a punto de tropezar con sus propios pies.

El nombre de su hermano se mostró en la pantalla.

Sabía por qué la llamaba. Su conversación en la cafetería del hospital había quedado inconclusa y era consciente de que él estaba preocupado por ella. No habían podido hablar mucho porque su madre fue a buscarlos para informarles de que su padre había recibido el alta y de que podían marcharse a casa.

Terminó por cortar la comunicación con una leve sensación de culpabilidad. No obstante, se apresuró a mandarle un wasap.

Estoy ocupada. Ahora te llamo.

En cualquier otro momento hubiera ansiado hablar con él y contarle todo lo que estaba sucediendo, pero no en ese instante. Se sentía descentrada y tenía la cabeza llena de pensamientos caóticos. Necesitaba ordenarlos antes de poder expresar en voz alta lo que sentía.

Volvió a dejar el móvil sobre el sofá y se quedó cabizbaja e inmóvil en medio del salón sin saber muy bien qué hacer.

Jorge no la recordaba.

Y ella sentía que estaba más enamorada de él que nunca.

Capítulo 23

Juls

Se paseó por el piso muy inquieta, mirando el reloj de vez en cuando y soltando suspiros impacientes. Había deshecho el equipaje y se había cambiado de ropa veinte veces, insegura con su aspecto. ¿Pantalones o falda? ¿Camisa de flores o lisa? ¿Chaqueta de paño o cazadora vaquera? Al final se decidió por unos tejanos negros, sus *Converse* blancas, una camiseta de cuello alto de color rojo y una cazadora vaquera con adornos plateados.

Erika había quedado en ir a recogerla a las cuatro y ya eran menos cinco.

El viernes por la noche, después de pasarse toda la semana angustiada, recibió la ansiada llamada. La psicóloga había dado el visto bueno a un encuentro entre ella y Jorge. Solo les pidió que no forzasen la situación y que dejaran fluir los acontecimientos, pero les aseguró que era bueno que Jorge se viera confrontado con sus vivencias del pasado; eso podía ayudar a que sus recuerdos volviesen a él.

Apenas veinticuatro horas después de haber recibido la noticia, Juls ya había preparado su viaje relámpago a Benidorm. Envío a su editora unos artículos que tenía pendientes, habló con Mariu y le pidió las llaves del piso de sus padres, que esta le dio encantada, y se lo contó también a su hermano, que le ofreció su coche para que no tuviera que ir en autobús.

Había llegado a la costa hacía unas horas y la espera se le estaba haciendo eterna.

Iba a ver a Jorge.

Casi no podía creerlo.

Era domingo y, como todos los domingos, los Alba se reunían en la casa familiar. Erika había pensado que era una buena idea que Juls también estuviera presente. Si Jorge no era capaz de recordarla, la presentaría como una amiga suya.

Juls estaba histérica.

No se había atrevido a decírselo a nadie para no crearse falsas expectativas, pero, en secreto, tenía la esperanza de que él la viera y la recordase de inmediato. Una historia de amor tan bonita como la suya no podía haber desaparecido del todo. Aunque él no se acordase de la persona, tenía que sentir algo en su interior al encontrarse con ella. Los sentimientos tenían que seguir ahí, ¿no?

Ese era su gran anhelo.

Pero una vocecita interior se empeñaba en machacarla constantemente. ¿Y si no la recordaba? ¿Y si la miraba con indiferencia?

Probablemente, si eso sucedía, se echaría a llorar.

El sonido del timbre del portero automático la sobresaltó.

Con las piernas gelatinosas, se acercó al aparato.

— ¿Sí?

— Soy Erika. ¿Bajas?

— Sí.

Cogió la mochila de la mesita que había en la entrada y respiró hondo.

La suerte estaba echada.

Bajó los escalones con rapidez, casi sin darse cuenta de que iba conteniendo la respiración. Cuando llegó al portal, se detuvo y trató de insuflarse ánimos. A través del cristal de la puerta pudo vislumbrar la silueta de Erika. Estaba de espaldas y llevaba unos vaqueros y una cazadora de cuero negro. Su melena dorada reposaba suelta sobre sus hombros.

— Hola — la saludó con inseguridad nada más abrir la hoja metálica.

Erika se dio la vuelta y la miró con sus preciosos ojos azules tan diferentes a los de su hermano.

— Juls — repuso con una mezcla de simpatía y ternura. Acto seguido, la abrazó con fuerza.

Juls no lo esperaba y quizá por eso se le formó un nudo en la garganta al sentir los brazos de la otra estrechándola. Eran ambas de la misma estatura y complexión, pero ella se sintió pequeña e indefensa en ese abrazo.

— Joder, cuánto lo siento...

No pudo pronunciar palabra. Sabía que si lo hacía rompería a llorar. Se apartó a duras penas. Los ojos de Erika también se habían llenado de

lágrimas, como los suyos.

— ¿Qué tal el viaje? — le preguntó al tiempo que daba un paso atrás.

— Bien. El coche de mi hermano es maravilloso.

Era un BMW X5. A ella no le gustaba demasiado conducir y no solía hacerlo, pero con un coche así incluso el viaje más largo resultaba cómodo.

— ¿Estás nerviosa?

— Sí.

Erika le cogió la mano y se la apretó ligeramente, gesto que Juls agradeció.

— ¿CÓ... cómo está? — le preguntó con un hilo de voz.

— Está muy bien. Quitando algún dolor de cabeza que otro, está bien. Empezó la terapia el viernes y parece muy animado.

— ¿Sigue sin recordar nada...?

— Sí — contestó Erika.

Juls tragó saliva y asintió. Lo había esperado.

— Como ya te dije por teléfono, la psicóloga dice que debemos tener paciencia y seguir su ritmo.

— ¿Jorge sabe que habéis hablado de mí con su psicóloga?

— No. Él no estaba presente cuando reunió a la familia para explicarnos cómo debíamos comportarnos.

— A lo mejor no es una buena idea que yo haya venido — susurró.

— O sí. Vamos a verlo — la animó Erika, agarrándola del brazo—. He aparcado en la calle de al lado. Ven, vamos.

Se pusieron en movimiento una al lado de la otra, acompasando sus andares.

Cuando giraron la esquina y Juls vio el vehículo que había junto a la acera, se le aceleró el corazón. Era inconfundible.

El Nissan Patrol de Jorge.

Una maldición ahogada brotó de su boca cuando cientos de imágenes de momentos compartidos en aquel coche ocuparon su cabeza.

— ¡Mierda! — balbuceó al darse cuenta de que sus ojos volvían a humedecerse.

— ¿Estás bien?

Clavó la mirada en la de la rubia y simuló neutralidad. No podía desplomarse cada cinco minutos, se dijo. Tenía que ser fuerte.

— Sí. Estoy bien — articuló.

— Como Jorge no puede conducir, me he adueñado de Turbo. He pensado que sería mejor que venir a buscarte en mi moto.

Escuchó la explicación con la cara acartonada por una fingida sonrisa, sin decir nada.

— ¿Tus padres saben que voy? — inquirió una vez que se acomodaron en el interior.

— Sí. Y mis hermanos también.

— ¿Quién más está?

— Solo la familia e Iván, el amigo de Lukas. Creo que Dani y Rafa iban a pasarse más tarde. Nadie más.

Juls se sintió aliviada. Lo último que deseaba era que la amiga de Erika, la tal Bea, también estuviese presente. Cuantas menos personas fueran testigos de aquel encuentro, mucho mejor.

— ¿Qué es lo que sabe Jorge?

— Le he dicho que iba a buscar a una amiga. Y nada más.

Erika conducía de un modo similar al de su hermano. Lo hacía deprisa y con fluidez, cambiando de marchas con mucha seguridad. Se notaba que disfrutaba de la conducción y no tardaron demasiado en llegar a la urbanización en la que se encontraba el chalet de los Alba. El trayecto le resultó muy corto a Juls que tenía la mente en otro sitio. No paraba de imaginarse cómo sería el reencuentro. Cuanto menos tiempo faltaba para que Jorge y ella se vieran las caras, más agitada se sentía.

Una vez que el coche se detuvo frente al portón metálico y Juls descendió de él, se percató del calor que hacía. El tiempo era espléndido para encontrarse casi a mediados de diciembre. Se despojó de la cazadora y se la ató a la cintura con movimientos bruscos.

Erika le dio un rápido abrazo que pretendía ser tranquilizador, al que Juls no se vio capaz de corresponder porque estaba paralizada.

«Cálmate», le dijo una voz interior llena de sabiduría.

Imposible.

Se obligó a poner un pie delante del otro y a seguir a Erika al interior de la casa. Mientras cruzaban el caminito de grava, pudo escuchar la música y las conversaciones que provenían del jardín.

La sangre comenzó a fluir a toda velocidad por sus venas.

Estaba a punto de verle.

Atravesaron el salón y salieron al exterior.

Una conocida canción de Bon Jovi sonaba en el equipo de música.

Había dos grupos de personas. En uno de ellos, cerca de la plataforma de madera, se encontraba la madre de Jorge con Lukas y su amigo. En el otro, más cerca de la piscina, estaban Tony Alba, Diego y el propio Jorge. Este último tenía la espalda girada hacia la casa y no se percató de su llegada.

Anna Schwarz fue la primera en darse cuenta de que habían llegado y les hizo un gesto. Juls apenas si fue consciente de la sonrisa alentadora que le dirigió. Solo tenía ojos para Jorge.

Su amplia espalda estaba cubierta por un polo de color gris oscuro y sus piernas, enfundadas en unos vaqueros azules. Se mantenía erguido y se reía de algo que su hermano acababa de contarle.

Su risa...

Juls sintió una dolorosa punzada en el centro del pecho.

La mano de Erika se enroscó en torno a su muñeca y tiró de ella. Con el abdomen acalambrado, se dejó conducir hasta él.

Podía sentir los ojos de todos los allí presentes sobre su persona. Las conversaciones murieron y el silencio se impuso, solo interrumpido por los últimos acordes del tema que terminaba.

Todo parecía transcurrir a cámara lenta. Hasta la brisa semejaba haberse detenido. Solo el corazón de Juls bombeaba sangre a más velocidad de lo habitual. *Bum bum bum* resonaba como un eco ensordecedor en sus oídos.

Jorge, como si se hubiera dado cuenta del cambio en el ambiente, se dio la vuelta. Una sonrisa agradable rizaba sus labios.

Un hormigueo recorrió el cuerpo de Juls y la respiración se le atascó en la garganta.

— Jorge, esta es Juls — la presentó Erika con un suave carraspeo.

Él la miró. Su expresión no se alteró ni un milímetro.

— Encantado.

Era su voz cálida y ronca...

Era su voz... indiferente.

Las piernas de Juls se convirtieron en gelatina y su rostro empalideció.

El mundo se derrumbó sobre sus hombros.

No la había reconocido .

Jorge

Tenía un incipiente dolor de cabeza y solo quería largarse a su habitación, tumbarse en la cama y cerrar los ojos, pero no deseaba hacerle un feo a su familia que tanto se esforzaba por que se sintiese a gusto, así que se armó de paciencia, se tomó un potente analgésico y le pidió a su padre que bajara la música a un volumen apto para humanos. Esperaba que aquello fuera suficiente y que el dolor no derivase en una de las fuertes migrañas que padecía últimamente.

Aprovechó un momento en el que todo el mundo parecía distraído para buscar solaz en una de las tumbonas más alejadas. Tomó asiento y le dio un largo trago a la botella de agua que llevaba en la mano mientras su mirada paseaba por el jardín.

Sonrió condescendiente al contemplar a su familia.

Hacía casi una semana desde que le habían dado el alta y todavía seguían tratándole como si fuera de cristal y pudiera romperse. No dejaban que se esforzara de ninguna manera. Sabía que lo hacían con buena intención y lo aceptaba, pese a que le resultaba irritante. Todos estaban pendientes de su bienestar; le preparaban el desayuno, la comida y la cena y ni siquiera le dejaban acercarse a la cocina a ayudar. Si tenía ganas de pasear, alguno de ellos siempre estaba a su lado. Si quería hacer deporte o salir a correr, siempre llevaba a Lukas detrás. El día anterior, quiso bajar a Benidorm a comprar algo de ropa y, rápidamente, Diego — que odiaba ir de compras— se apuntó a acompañarle. Era como si se turnaran para que no estuviera solo jamás.

Y todavía le quedaba un mes más de aguantar esa sobreprotección.

Anhelaba que pasara el tiempo deprisa y que los médicos le levantasen la prohibición de conducir o ir a trabajar. Necesitaba su independencia. Sobre todo, porque — exceptuando cierta confusión— se sentía bien. Deseaba recuperar sus rutinas.

Hacía dos días había acudido a la consulta de la psicóloga por primera vez. La doctora Carmena resultó ser una mujer joven y de carácter enérgico. Lo primero que hizo, después de presentarse, revisar sus informes médicos y plantearle unas cuantas preguntas de carácter personal, fue ponerle sobre

aviso de que ella no podía devolverle la memoria, pero sí podía ayudarle a gestionar sus cambios de humor y a aceptar y entender su nueva situación, ya recuperase los recuerdos o no.

Le recomendó que hablase con su familia y amigos sobre las experiencias vividas junto a ellos en el periodo de tiempo que había olvidado, o que viera fotos. Algo que quizá podría servirle como terapia de choque. No le prometía que nada de eso fuera a devolverle los recuerdos, pero podría actuar como detonante para despertar su adormecida memoria.

No obstante, también le aconsejó que no se centrara solo en el pasado, ya que podría suponerle un estancamiento, y que se enfocara en el presente y en el futuro. Que hiciera planes, de cualquier índole. Que viviera.

Jorge salió de la sesión con una actitud muy positiva, decidido a que su pérdida de memoria no le condicionara y a llevar una vida normal, si bien era cierto que ya se había visto obligado a hacer algunas concesiones. A veces, cuando se forzaba a recordar, una sensación de vacío se instalaba en su interior y le provocaba ansiedad. Por recomendación del médico, había comenzado a tomar ansiolíticos, aunque lo hacía a regañadientes. No quería depender demasiado de las pastillas.

Desde el otro lado del jardín, su hermana le saludó con la mano. Él respondió alzando la botella de agua. Después, sus ojos se posaron sobre su amiga. Juls, había dicho Erika que se llamaba. Suponía que aquel sería un diminutivo de otro nombre, quizá Julia. Era una chica no muy alta y de complexión esbelta. Con el cabello rubio cortito y cara algo traviesa en la que predominaban unos bonitos ojos castaños y unos labios gruesos curvados hacia arriba. Muy sugerentes.

Era guapa.

Le recordó a Campanilla, el hada de Peter Pan.

La contempló durante unos segundos más con el ceño fruncido, aprovechando que le daba la espalda mientras conversaba con su hermano Diego.

Había algo raro en ella.

Mejor dicho, él se sentía extraño en su presencia.

Era quizá por la forma en que le miró cuando los presentaron, con enorme intensidad, como si estuviese esperando algo de él. O el modo en

que parecía rehuirle cada vez que sus ojos se cruzaban. Llevaba toda la tarde esquivándole. Hablaba con todos los miembros de su familia con afecto y estos parecían corresponderle de igual manera. A él, por el contrario, le ignoraba flagrantemente.

¿Desde cuándo era amiga de Erika? Tenía que serlo desde hacía tiempo para que toda su familia estuviera tan volcada con ella. Hasta el frío e inalterable Diego la trataba con suma simpatía.

Al menos, su presencia no era tan molesta como la de Bea. Se alegraba de que Erika no la hubiera invitado aquella tarde. De haberlo hecho, él no habría podido estar tan tranquilo; Bea era demasiado irritante y pesada.

Volvió a beber un trago de agua y compuso un gesto. Lo que daría por una buena cerveza alemana. Pero le habían prohibido probar el alcohol hasta nueva orden.

Lukas se acercó a él y se dejó caer a su lado en la tumbona. Luego le pasó un brazo por encima de los hombros de modo paternalista.

— ¿Estás bien?

Jorge puso los ojos en blanco. Incluso el benjamín de la familia le trataba como si fuera un enfermo.

— Estoy genial. Por favor, como sigáis así me voy a largar de aquí.

— No sé por qué dices eso.

Le miró con una ceja arqueada y Lukas tuvo la decencia de sonrojarse avergonzado.

— Tío, entiende que estemos preocupados — masculló, apartando el brazo.

— Lo entiendo, pero no soy un anciano con alzhéimer ni un bebé que no pueda expresarse si se encuentra mal.

— Ya...

Hubo un silencio entre ambos antes de que Jorge decidiese cambiar de tema.

— Esa chica, ¿desde cuándo son amigas Erika y ella? — preguntó al tiempo que su mirada volvía hacia la joven de pelo corto.

Lukas se puso de pie con precipitación, sorprendiéndole.

— Eh, desde hace un tiempo... — respondió con vaguedad.

— Pero ya ha estado más veces aquí, ¿no? Lo digo porque parece que se lleva bien con papá y mamá. Bueno, con todos, en realidad.

— Sí. Ha estado más veces aquí... ¿Quieres más agua? ¿Te traigo otra botella?

Jorge le ojeó curioso. De repente parecía muy nervioso.

— No quiero más agua, gracias.

En ese instante sonó el timbre de la puerta y Lukas se alejó a toda velocidad. Desapareció en el interior de la vivienda, pero solo tardó unos segundos en regresar, acompañado por Dani y Rafa.

Jorge se incorporó sonriendo. Ya había visto a sus amigos hacía unos días, no obstante, su presencia era más que bienvenida. Ellos no le trataban como si estuviera convaleciente. Los vio saludar a su familia y se sorprendió cuando ambos se acercaron a Juls y le dieron un caluroso abrazo.

— ¿Qué pasa, Jordi Alba? Tienes buen aspecto. — Rafa se aproximó y le palmeó en la espalda con entusiasmo.

— Mejor que el tuyo seguro — repuso.

— No me hables, que anoche salí con compañeros del trabajo y terminamos a las tantas — bufó.

— Estás mayor, Nadal — se burló.

— Eso le he dicho yo — intervino Dani—. Ya no vale para trasnochar.

— Calla, capullo — le cortó Rafa ofendido—. Es que mezclé bebidas.

— Excusitas de señor mayor. Mi abuelo siempre se queja de lo mismo.

Rafa cogió a Dani por el cuello y le pellizcó la nariz. Dani se vengó dándole una colleja. Jorge soltó una breve risa al contemplarlos haciendo el imbécil. Algunas cosas no cambiaban en absoluto.

— Oye, ¿vosotros también conocéis a la amiga de mi hermana?

Rafa se le quedó mirando con mucha seriedad, pero no dijo nada. Solo le lanzó una mirada oblicua a Dani.

— Claro. Hemos salido unas cuantas veces... con ellas — repuso este último con la voz entrecortada.

— Es una tía muy maja — intervino Rafa con una sonrisa a todas luces falsa.

Jorge entornó los ojos. ¿Por qué reaccionaban ambos de esa manera tan singular?

No tuvo tiempo de preguntar nada más, porque pronto se enfrascaron en una conversación sobre un problema que había tenido Rafa con unos clientes. Luego, Dani puso también su granito de arena y les habló de su trabajo y de lo cansado que estaba de hacer noches. Jorge solo los escuchaba a medias, su vista se había desviado hacia el otro extremo del jardín. Sus padres habían comenzado a bailar agarrados. Lukas y su amigo Iván los jaleaban y silbaban entusiasmados.

La escena le generó una sonrisa.

De pronto, un móvil comenzó a sonar a su espalda y una conocida melodía llegó hasta él. Aguzó el oído con curiosidad.

¡Era *Nothing's gonna stop us now* de Starship! Una balada ochentera que le encantaba.

Se dio la vuelta, buscando al poseedor del teléfono y la estupefacción le invadió al percatarse de que se trataba de Juls, que aceptó la llamada y se alejó unos pasos mientras se llevaba el aparato a la oreja.

¿Qué probabilidades había de que una persona a la que acababa de conocer llevara una de sus canciones favoritas como tono de llamada en el móvil? Una canción que poca gente de su edad conocía. No era muy común encontrarla en esos tiempos.

Era insólito.

— Eh, te estoy hablando. — La insistente voz de Dani le hizo retornar a la realidad.

— Perdona, ¿qué has dicho? — Trató de concentrarse en su amigo.

— Que el fin de semana que viene vamos a organizar una comida de Navidad. Que si te apuntas.

— Claro — repuso distraído.

— Se lo podemos decir también a Óscar y a Iker.

— Como veáis.

Dani empezó a hablar de posibles restaurantes a los que ir y Jorge desconectó de nuevo. Seguía pendiente de los movimientos de Juls, que había vuelto a guardarse el móvil y se acercaba a Erika y a Diego para continuar hablando con ellos.

Esa chica le intrigaba.

El tiempo transcurrió muy deprisa y el crepúsculo no tardó en convertir el cielo en naranja y violeta. El ambiente de la reunión se fue ralentizando y, poco a poco, todos buscaron asiento en las tumbonas o en el banco que había junto a la puerta del salón mientras conversaban con tranquilidad.

Quizá fue la casualidad o quizá fue él mismo el que provocó que, poco antes de que la oscuridad se cerniese del todo sobre el jardín, Juls y él se encontrasen a solas. Ella se acercó a la mesa para coger una botellita de agua y él se situó a su lado, percatándose en el acto de lo menuda que era.

— Siento no acordarme de ti — le dijo en voz baja.

Ella se giró con brusquedad y, al encontrarle tan cerca, la botella estuvo a punto de deslizarse de entre sus dedos. La rescató en el último segundo.

— Oh... no pasa... nada — logro articular.

De cerca era mucho más guapa que de lejos, constató él.

Las ganas de involucrarla en una conversación le sobrepasaron.

— ¿Mi hermana y tú sois amigas desde hace mucho tiempo?

— Unos meses — murmuró.

La observó a hurtadillas. Era obvio que lo último que deseaba era quedarse allí, hablando con él. Su incomodidad era palpable. No entendía por qué parecía tan amigable con todo el mundo y a él le trataba con esa hostilidad.

— ¿Hemos tenido algún problema tú y yo? — le preguntó de repente con el ceño fruncido.

— ¡No! — exclamó ella con rapidez. Con demasiada rapidez. Y dio un paso atrás.

— ¿Seguro? — continuó con escepticismo.

— Seguro.

Hubo una pausa después de eso, que él aprovechó para coger una lata de refresco y abrirla.

— Es un poco frustrante no acordarse de las cosas, ¿sabes? — admitió antes de beber un trago.

La música que sonaba de fondo se mezclaba con las conversaciones y Jorge tuvo la sensación de que todo el mundo estaba pendiente de ellos.

Ella tardó en reaccionar. Seguía mirando en otra dirección. Desde que él se había acercado, había evitado que sus ojos se cruzasen.

— ¿Lo... llevas mal? — le preguntó al fin.

— No lo llevo muy mal, aunque a veces se me hace un poco cuesta arriba, como hoy, cuando me presentan a gente que se supone que yo debería conocer. No sé muy bien cómo reaccionar. — Se encogió de hombros con indiferencia—. Lo cierto es que mi vida no ha cambiado mucho en estos últimos dos años, así que no tengo la sensación de haberme perdido muchas cosas — concluyó.

Ella bajó los párpados y acarició la botella distraídamente con la punta del dedo índice.

— ¿Te... gustaría recuperar tus recuerdos?

— Por supuesto que me gustaría. Es como tener un puzle en la cabeza al que le falta una pieza. ¿Quién no querría completar el puzle? — se rio—. Pero si no sucede y la pieza nunca aparece, tendré que seguir viviendo sin ella. Me acostumbraré.

Quizá, si no hubiese estado tan atento a sus reacciones, habría pasado por alto su repentina palidez, pero como la observaba con fijeza se percató al instante. Perplejo, se preguntó de nuevo si habría dicho algo ofensivo. No entendía a esa mujer. Era demasiado enigmática. Quizá fuera solo timidez, aunque con los demás no parecía demostrarla.

— Por cierto — dijo, cambiando de tema—. Tu tono de llamada es una de mis canciones favoritas. Soy muy fan de la música ochentera.

— Eh, sí... — balbuceó.

— Qué casualidad que nos guste la misma canción, ¿no? Es poco común.

Una mueca cargada de tristeza se reflejó entonces en las facciones de ella.

¿Por qué reaccionaba de ese modo tan peculiar?

— Sí, qué casualidad — murmuró.

Después de eso solo hubo silencio. Y Jorge se devanó la cabeza sin saber qué decir para romper el momento embarazoso. Tenía la sensación de que, dijera lo que dijera, ella seguiría mostrándose a disgusto.

A lo mejor nunca le había caído bien, se dijo. No solía sucederle, desde luego. Se tenía por un tipo afable que hacía amistades con facilidad. Pero siempre había una primera vez para todo, ¿no?

— Es tarde. Me tengo que ir — dijo ella de pronto.

— Espero que volvamos a coincidir.

— Claro.

Aquellas dos últimas sílabas llegaron acompañadas de la sonrisa más falsa que hubiera visto en su vida. Luego, ella dejó la botella sobre la mesa — que ni siquiera había abierto— y se apresuró a alejarse.

Eso solo podía calificarse como una huida en toda regla.

«Vale. No le caes bien y punto. Acéptalo».

Era una lástima porque esa chica tenía algo que le resultaba de lo más interesante.

Le dio un trago a su refresco y se alejó hacia la tumbona donde estaban Rafa y Dani.

Capítulo 24

Juls

Creía que la tarde no se iba a acabar nunca. Aquellas cuatro horas que había pasado en el chalet se le habían hecho interminables. Le dolía todo el cuerpo de la tensión a la que había estado sometida. Estaba exhausta.

Hacía solo diez minutos que Erika la había dejado frente a la puerta de su edificio. Habían hecho el trayecto desde la casa de sus padres hasta su piso en absoluto silencio, un silencio espeso y cargado de desánimo que la hermana de Jorge trató de romper en un par de ocasiones para trasladarle su apoyo, pero Juls no podía ni quería hablar de lo sucedido. Se despidieron con un fuerte abrazo, unos besos y la promesa de Erika de llamarla al día siguiente para hablar.

Juls se miró al espejo que había sobre el lavabo en el baño y apenas si se reconoció. Estaba pálida y sus ojos se mostraban opacos y sin vida.

Cuando la primera lágrima rodó por su mejilla no le pilló por sorpresa. Había estado conteniendo el llanto desde que Jorge se plantó frente a ella y la miró como si fuera una desconocida.

Se le rompió el corazón.

Hasta el último segundo había tenido la fútil esperanza de que él la viera y la reconociese. Se había aferrado a ese pequeño resquicio de ilusión con todas sus fuerzas.

Para nada.

Otra lágrima siguió a la primera. Y detrás de esa, otra y otra más hasta que un fuerte sollozo sacudió su cuerpo. Sus piernas flojearon y tuvo que tomar asiento en el borde de la bañera para no caerse al suelo desmadejada por la pena.

Todo lo que habían vivido juntos había desaparecido. Cada beso, cada caricia, cada conversación, cada sonrisa y cada sentimiento, eclipsados.

Quizá para siempre.

Se abrazó a sí misma mientras gemía.

Fue tan extraño mirarle y ver a un desconocido.

Era Jorge y al mismo tiempo no lo era.

Su tez morena, su atractivo rostro con esos ojos color avellana, las cejas bien delineadas, la nariz recta, su boca generosa y el mentón cubierto por una leve sombra oscura...

Todo tal cual lo recordaba.

Pero no era su Jorge.

Ni el brillo de sus iris ni el calor de su sonrisa eran los mismos.

Lo cierto es que mi vida no ha cambiado mucho en estos últimos dos años, así que no tengo la sensación de haberme perdido muchas cosas.

Cuando sus palabras le acudieron a la memoria, se tapó la cara con las manos y los sollozos se hicieron más fuertes.

¡Sí que había perdido algo muy importante! ¡La había perdido a ella!

El dolor en el pecho se hizo insoportable.

Se dejó llevar por la tristeza. Encorvada sobre sí misma, apoyó las manos sobre sus rodillas y fijó la vista en el suelo de baldosas marrones. Las lágrimas cayeron sobre la tela vaquera de sus pantalones, convirtiéndose en manchurroneos oscuros que según tocaban el tejido se agrandaban y adquirían el doble de su tamaño.

El móvil comenzó a sonar de fondo. Y hasta ella llegó sofocada la primera estrofa de su tono de llamada.

Lookin' in your eyes I see a paradise. This world that I found is too good to be true . Standin' here beside you want so much to give you this love in my heart that I'm feelin' for you. ²⁶

¡Esa canción era de los dos! ¡Era su canción!

Pasó de cogerlo.

Alzó la cara y se golpeó el muslo con un puño, a caballo entre la desesperación y la impotencia. Gracias a Dios, el estúpido teléfono guardó silencio por fin. Un silencio que, de pronto, le resultó terriblemente incómodo.

Con mucha lentitud, como si arrastrase el peso del mundo sobre sus hombros, se puso de pie y se enjugó las mejillas con la manga de su cazadora, que todavía conservaba puesta. Se dirigió al salón y, de camino,

cogió la mochila que había dejado en el suelo en el pasillo. Sacó el móvil y lo ojeó con desidia.

Dos llamadas perdidas de su hermano.

¿Dos? ¿Tan ensimismada estaba que no se había dado cuenta de su insistencia? Suspiró. No podía ignorarle. Tenía que devolverle la llamada. Sabía que, si no lo hacía, él se preocuparía mucho. Respiró hondo al tiempo que se quitaba la chaqueta y tomaba asiento en el sofá. No se molestó en encender ninguna lámpara. La luz del baño, que llegaba hasta allí difuminada por la distancia, era la única fuente de iluminación. Suficiente.

Carraspeó, aclarándose la garganta, y llamó a Félix.

— ¿Estás bien?

Pese a que su tono era sereno y firme, pudo detectar una inflexión de preocupación en su voz.

— Estoy bien.

— Vale, y ahora la verdad.

¿La verdad? Se hundió en el sofá y se hizo pequeñita.

— No me ha reconocido... — gimoteó.

Se escuchó un exabrupto ahogado al otro lado de la línea.

— Cuéntamelo todo — dijo al cabo de unos segundos.

— Ha sido muy extraño — suspiró—. Su hermana ha venido a buscarme y hemos ido a la casa de sus padres. Estaba toda la familia y se han portado todos muy bien conmigo... — se detuvo y cogió aire antes de continuar—. Te juro que me temblaba todo el cuerpo cuando nos hemos acercado a saludarle. Casi no podía respirar... — se le quebró la voz—. Creo que no voy a olvidar ese momento jamás. Se ha girado y me ha mirado y... me ha sonreído... y me ha dicho: *encantado*. Y se notaba que no sabía quién era yo. Y yo... me estaba muriendo por dentro, Félix. — Emitió un sollozo, pero trató de apagarlo, llevándose el puño a boca—. Te prometo que nunca me había sentido más sola en mi vida...

— Joder, peque...

— Me he pasado toda la tarde rehuyéndole porque no sabía cómo enfrentarme a él. Estaba segura de que, si me acercaba, rompería a llorar. Ha sido al final, cuando hemos intercambiado unas palabras — continuó—. Me ha dicho que si no recupera sus recuerdos no pasa nada, que no se va a

comer la cabeza y que va a seguir viviendo. La verdad es que cada frase que salía de su boca me partía el corazón. — Hizo una pausa—. Y ha habido un episodio horrible en que me ha sonado el móvil porque me ha llamado Mariu y... y él se me ha acercado y me ha dicho que le parecía insólito que yo tuviera esa melodía como tono de llamada, que era un tema que le encantaba... — balbuceó entre lágrimas—. Joder, Félix, es que es nuestra canción... ¿sabes? Es la canción que él eligió para los dos...

— Juls...

— Y está... tan guapo como siempre — le interrumpió—. Y parece feliz... Y no se acuerda de mí. He... he desaparecido de su memoria... y de su vida... — Se rompió del todo y un llanto silencioso la sacudió.

— Joder, Juls, no me gusta nada escucharte así. ¿Estás sola ahora? — preguntó él.

— Sí.

— Dame la dirección y voy para allá — habló con determinación.

— ¡No! — protestó, irguiéndose.

No era la primera vez que él insistía en estar a su lado. Cuando le contó que iba a ir a Benidorm, él se ofreció a ir con ella, pero lo rechazó categóricamente. Félix ya tenía bastante con ocuparse de su negocio.

— Puedo con esto — prosiguió, tragándose las lágrimas—. De verdad. Solo necesitaba contárselo a alguien. Desahogarme. Pero... puedo con ello.

— No quiero que estés sola, Juls.

— Confía en mí — dijo e hizo de tripas corazón, imprimiendo serenidad a su voz—. Además, sé lo atareado que estás. Me sentiría horrible si ahora lo dejases todo y vinieras. En realidad, creo que mañana volveré a Madrid. Aquí no pinto nada.

Le dolía admitirlo, pero era la verdad.

— Es una putada lo que te está pasando, peque. No tengo palabras. ¿Qué dicen los médicos? ¿Sabes algo?

— No sé más que lo que ya te conté. Lo que me dijo Erika.

— Me parece tan descabellado. Cosas así solo pasan en las películas.

Eso mismo había pensado ella. Algo así era inimaginable en la vida real. Sin embargo, estaba sucediendo. Le estaba pasando a ella.

Cerró los ojos, cercenada por la tristeza, pero tragó saliva y se forzó a guardar la compostura. No quería que su hermano se preocupara todavía más por ella.

— Mañana te llamo y te cuento lo que decida. Ahora estoy agotada y solo me apetece irme a la cama.

— Está bien — repuso él con reticencia—. Sabes que puedes llamarme siempre, peque. Da igual la hora. Hazlo.

Prometiendo hacerlo, se despidió y cortó la comunicación. Luego, dejó el móvil en la mesita que había frente al sofá. Le había prometido a Mariu que la llamaría, pero no tenía ganas.

Su hermano era maravilloso. Se sentía muy afortunada de poder contar con él. Siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Sabía que solo tenía que haber dicho *sí* y él se habría presentado en Benidorm en unas horas. Félix era así. No obstante, pese a que hablar con él le había resultado reconfortante, deseaba estar sola. Lo necesitaba para poder ordenar sus pensamientos y tomar una decisión.

Se tumbó, apoyando la cabeza sobre uno de los cojines de flores, y fijó la vista en el oscuro techo, barajando sus posibilidades.

Podía quedarse unos días más e intentar ver a Jorge otra vez. Quizá un nuevo encuentro se desarrollase de otra manera. Algún recuerdo podía acudir a él cuando se viesen. Todo era posible, ¿no?

«Vuelves a hacerte ilusiones estúpidas», le dijo una vocecita muy lógica. Suspiró.

También podía regresar a Madrid y aguardar los acontecimientos. Quizá él recuperase sus recuerdos en unos días o en unas semanas. Y cuando lo hiciera, contactaría con ella, sin dudarlo.

«¿Y si no lo hace? ¿Y si no recobra la memoria?», volvió a manifestarse la misma voz.

¡No podía pensar eso!

Tenía que creer que él sí volvería a recordarla. Quizá llevara algo más de tiempo, pero la recordaría, se dijo. Jorge se acordaría de su historia. ¡Una historia tan especial no podía desaparecer sin dejar rastro!

— Ah, Jorge...

El nombre abandonó su boca con un gemido ahogado.

Se acurrucó en el sofá, sintiéndose la persona más diminuta del planeta, y se cubrió la cara con las manos. Le ardían los ojos y sabía que iba a comenzar a llorar de nuevo. Hacía un siglo que no lloraba tanto. No solía hacerlo.

Pero se sentía tan miserable...

Pronto, las lágrimas corrieron sin control por sus mejillas.

Jorge

Hacía tiempo que todos se habían marchado y solo Diego y él seguían sentados en una de las tumbonas del jardín. Su hermano se acababa de abrir una cerveza y él continuaba con otro de los aburridos refrescos.

La noche había caído y el cielo se mostraba oscuro y libre de nubes. Multitud de estrellas titilaban en él. Pese a que el mes de diciembre se hallaba en su ecuador no hacía demasiado frío para esa época del año y ambos se encontraban en mangas de camisa.

Hacía al menos diez minutos que ninguno de los dos pronunciaba palabra. El silencio solo se veía interrumpido por el apagado sonido de la televisión que llegaba desde dentro de la casa.

Jorge observó a su hermano de reojo. Diego tenía una expresión meditabunda en el semblante y semejaba estar muy lejos de allí en ese momento. Se preguntó qué estaría barruntando. Solía ser bastante hermético, si bien con él tenía mucha confianza. Al menos así había sido antes. ¿Habrían cambiado las cosas entre ellos?

Era una mierda no poder recordar.

— Oye, Diego — comenzó—. Nosotros siempre hemos tenido una buena relación... — se detuvo porque no tenía ni idea de cómo continuar.

Su hermano le miró con el ceño fruncido.

— Claro — asintió. Su perplejidad era notoria.

Jorge resopló. A veces le resultaba muy complicado trasladar a palabras lo que tenía en la mente. Era quizá porque no terminaba de comprender ese vacío que había en su cerebro. De algún modo, todos habían avanzado menos él. Y era muy consciente de ello, sobre todo en días como ese en el que la familia y los amigos se reunían y hablaban de sucesos que le eran

ajenos, aunque había estado presente. Aquello le causaba una inseguridad que no le gustaba ni un ápice.

— ¿Estás bien? — La voz de Diego llegó hasta él.

— Joder, no empieces tú también — protestó, alzando una mano con exasperación—. Estoy bien. Es solo que todo esto es un poco confuso.

— ¿Cuándo tienes otra cita con la psicóloga?

— El jueves.

— Coméntaselo.

Asintió y volvió a llevarse la lata de refresco a la boca. Dio un buen sorbo.

— Lo haré — terminó por decir.

Pasaron un par de minutos en los que ninguno dijo nada. La conocida música de un anuncio de perfume que provenía de la tele llegó hasta ellos.

— ¿Por qué has dicho eso de que si teníamos una buena relación? — preguntó Diego al cabo de un lapso de tiempo.

— Es una tontería. — Se encogió de hombros—. Pero el tener este puñetero agujero en la memoria me hace sentir extraño. Te estaba mirando y te he visto muy serio y pensativo y me he preguntado si todavía seguiríamos teniendo la misma confianza el uno en el otro. — Hizo una breve pausa—. No me hagas mucho caso. Sé que si las cosas hubieran cambiado mucho entre nosotros me lo habrías dicho.

Aunque intentó pronunciar la última frase con firmeza, esta abandonó su boca con una entonación dubitativa que no le gustó mucho. Demasiada vulnerabilidad.

— Nada ha cambiado entre nosotros, Jorge — le tranquilizó Diego—. Seguimos igual de unidos y seguimos contándonos nuestras cosas. Bueno, tú hablas bastante más que yo. Ya sabes que a mí siempre me ha costado más abrirme, aunque si lo hago, es contigo. Eres mi persona de confianza. Lo sigues siendo.

Jorge le lanzó una fugaz sonrisa aliviada.

— ¿Por qué estabas tan callado? Parecías preocupado por algo.

Diego bajó la barbilla y se concentró en el césped. Suspiró fatigado.

— Poco antes de tu accidente me preguntaste lo mismo y yo te esquivé, ¿sabes? — reconoció sin alzar la vista—. Te dije que tenía un problema

sentimental, pero no profundicé.

— ¿Y vas a profundizar ahora?

— Creo que no — dijo con una sonrisa displicente.

— Capullo — comentó Jorge y le pegó un suave puñetazo en el hombro.

— La verdad es que me he enamorado de la persona equivocada y no sé muy bien qué va a salir de todo esto — admitió, justo antes de llevarse la cerveza a la boca.

Jorge le miró con insistencia, tratando de extraer más información de su rostro, sin éxito.

— ¿Puede ser que te hayas enamorado de un hetero? — tanteó.

— Puede ser.

— Joder...

— Exacto. Joder.

— ¿Quieres contarme algo más?

— No.

Jorge no insistió. Sabía que era inútil. Si Diego quería desahogarse con él, lo haría a su debido tiempo.

Desvió la vista hacia el interior del chalet. Desde donde estaban sentados no podían ver gran cosa del salón, que estaba en penumbra, solo el reflejo azulado de la televisión. Sus padres se habían ido a la cama hacía un rato. Solo Erika y Lukas permanecían levantados, viendo una serie de Netflix.

— Jorge.

La voz de Diego le llevó a girar la cabeza.

— ¿Sí?

— Espero que recuperes tus recuerdos.

— A mí también me gustaría, pero si no es así, no voy a agobiarme. Ya lo he hablado con la psicóloga y me ha dicho que cabe la posibilidad de que no vuelvan nunca — dijo al tiempo que chasqueaba la lengua—. Tengo que aprender a vivir con lo que me ha tocado. Si vuelven, bienvenidos sean. Si no..., pues no... ¿De verdad me he perdido tantas cosas interesantes? — preguntó con sorna.

Diego no reaccionó como él había esperado. En lugar de devolverle el gesto, bajó la mirada hacia su botella. De repente, se mostraba tenso.

Jorge estudió el perfil de su hermano con suspicacia.

— ¿Hay algo que no me hayáis contado? — inquirió.

Diego volvió a darle un trago a su cerveza. Evitaba mirarle.

— Vale — masculló Jorge—. Está claro que sí. ¿Qué es? ¿Algo muy duro?

— No. No vayas por ahí — negó—. Es... que estabas saliendo con una chica...

Jorge arrugó la frente y se pasó la mano por el mentón. Aquello sí que le acababa de descolocar.

— ¿Estaba saliendo con una chica? — repitió en voz baja. Todavía no terminaba de asimilar esa información.

— Sí.

— Bueno... Me sorprende que no me hayáis dicho nada antes.

— La doctora Carmena pensó que era mejor no presionarte con demasiada información de primeras. Nos dijo que a lo mejor lo recordabas por ti mismo. Que te diéramos tiempo.

— Tiempo. Solo escucho eso últimamente — suspiró—. Es un poco raro todo esto.

— Lo es — le dio la razón Diego.

Jorge carraspeó y vació la lata de un último trago antes de arrugarla y dejarla sobre la tumbona, a su lado. Se frotó las sienes con los dedos mientras trataba de ordenar sus pensamientos, pero no pudo. Tenía la mente en blanco.

— Ni siquiera puedo decir que sea una putada haberla olvidado. A fin de cuentas, no recuerdo nada de nada. ¿Íbamos en serio?

— Creo que sí. No hacía mucho tiempo que os conocíais, pero estabas muy entusiasmado. Hablabas de ella todo el rato.

— ¿Tú la conocías?

— Sí.

— ¿Y? ¿Qué te parecía?

— Me caía bien — admitió. Se miraron durante unos segundos—. Te hacía feliz.

¡Joder!

El último recuerdo romántico que pululaba por su cabeza estaba protagonizado por Claudia el día que fue a recogerle al aeropuerto. Se habían besado en el parking. Todavía podía recordar el beso con nitidez, pese a que hacía casi dos años de aquello.

Para él solo hacía unos días.

¡Qué grotesco era todo!

Apartó la vista y la paseó por el jardín sin detenerla en ningún lugar en particular. Cerró los ojos con fuerza y se agarró con las manos al borde de la tumbona mientras trataba de hacer memoria y de concentrarse. Quizá, en algún lugar de su cerebro hubiese una mirada o una caricia especial, una risa, alguna conversación o algo importante que le devolviera la imagen de esa chica de la que hablaba su hermano...

Nada. No había absolutamente nada.

Podía notar cómo una fina película de transpiración cubría su frente. Su respiración se aceleró y un nudo de grandes proporciones se formó en su estómago y fue subiendo hacia su pecho.

— ¿Jorge? — Su hermano posó la mano sobre su antebrazo, provocándole un respingo.

— Estoy bien — farfulló—. Es que me he agobiado. Es la jodida ansiedad.

Se puso de pie con precipitación y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Inhaló y exhaló, tratando de no hiperventilar.

— Joder, no quería desestabilizarte. No tenía que haberte dicho nada — musitó Diego a su lado, incorporándose también.

— No. Has hecho lo correcto — jadeó—. Soy yo el que necesita tiempo para procesarlo. Creo que me voy a ir a la cama, pero antes voy al baño.

— ¿Te acompaño?

No quería preocupar a su hermano por lo que fingió una sonrisa que le acartonó la cara.

— Claro, y me la sujetas, también — se burló.

Diego bufó, pero no dijo nada.

Echaron a andar y abandonaron el jardín para internarse en el interior del chalet. La mortecina luz del televisor les mostró que tanto Erika como Lukas se habían quedado dormidos en el sofá.

Jorge pudo notar los inquisitivos ojos de Diego sobre su espalda mientras se encaminaba al aseo que había junto a la cocina. Se encerró en la pequeña estancia y apoyó la espalda contra la puerta, cogiendo una ruda bocanada de aire y expulsándola a trompicones. No se molestó en encender la luz; permaneció allí en penumbra e intentó hacerse dueño de su caos mental.

Recordando algunas técnicas de relajación, frunció los labios como si fuera a apagar una vela y trató de regular su respiración, al tiempo que visualizaba una escena relajante: una playa tropical con arena blanca y un límpido cielo azul. La brisa agitaba las copas de las palmeras y unas gaviotas surcaban el cielo... El sol se reflejaba sobre el mar, arrancándole destellos dorados...

Inspiró y espiró profundamente unas cuantas veces.

Con mucha lentitud, empezó a notar cómo los latidos de su corazón se ralentizaban y cómo sus pulmones tenían menos dificultad para retener el aire.

El momento crítico había pasado.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro cuando escuchó unos golpes en la puerta seguidos por la alterada voz de su hermano.

— ¿Jorge?

— Ya salgo. No te preocupes. Vete a la cama, si quieres — respondió y le sorprendió que sus palabras se escucharan tan firmes.

Solo unos instantes después, escuchó los pasos que se alejaban. Desde que le dieran el alta, Diego había tomado por costumbre pasar casi todas las noches en el chalet familiar y no regresar a su piso.

Abrió el grifo, introdujo las manos debajo del chorro de agua y se humedeció la cara con ellas, agradeciendo el frescor del transparente líquido sobre su acalorada piel.

Estabas saliendo con una chica. Te hacía feliz.

¿De verdad había estado enamorado? ¿Quién era ella? ¿Cómo se habían conocido? ¿Cuánto tiempo habían estado juntos? Y lo más importante, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué no había contactado con él?

Nada tenía sentido.

Dejando escapar un suspiro frustrado, abandonó el aseo y se dirigió a su habitación. Lukas y Erika seguían en el sofá y Diego no estaba por ninguna parte. Supuso que le habría hecho caso y se habría ido a dormir. A fin de cuentas, al día siguiente era lunes y tenía que madrugar.

Se encerró en su cuarto, tomó asiento en el borde de la cama y trató de digerir la información que le había caído encima de improviso. Intentó hacerse a la idea de que, supuestamente, quería a una mujer. Una mujer de la que no se acordaba.

Aquello era una puta locura.

Se incorporó y comenzó a dar paseos por el dormitorio. No había mucho espacio, ya que sus padres, cuando él se independizó, lo habían convertido en una especie de despacho/habitación multiusos. Ahora, además del sofá cama, había un escritorio y diversas estanterías llenas de archivadores y carpetas.

La curiosidad por saber algo más de esa chica hizo presa en él y estuvo tentado de ir en busca de su hermano para interrogarle, pero se reprimió. Podía extraer información de otro sitio.

Su vista se posó sobre la mesilla. Allí, conectado al cargador, estaba su móvil.

Bueno, en realidad no era el suyo. Ese había quedado dañado en el accidente. Mientras lo reparaban — lo habían enviado a la fábrica porque todavía estaba en garantía— estaba utilizando uno antiguo de Lukas. Ni siquiera se había molestado en sincronizar los contactos ni en bajarse ninguna aplicación porque era algo provisional.

Se acercó al dispositivo y lo desconectó del cable. Echó un vistazo a la galería de imágenes que, por supuesto, estaba vacía. Después de eso, se descargó la aplicación de mensajes y espero hasta que estuvo instalada. El teléfono le preguntó si deseaba sincronizar la cuenta y pulsó *Aceptar*.

Quizá tenía que haberlo hecho antes, pero demasiadas cosas ocupaban su cabeza.

El móvil comenzó a emitir pitidos según las notificaciones iban entrando. Se fueron acumulando una tras otra hasta alcanzar la cifra de doscientas diez. Aquello le hizo suspirar. Sin embargo, no se amilanó y empezó a cribar los textos con rapidez, ignorando los de sus amigos y compañeros de trabajo, con los que ya había hablado. Pronto, llegó a un contacto que tenía como foto de perfil una puesta de sol. Estaba guardado como J♥.

Estaba claro que era ella, solo podía ser ella.

¿J? ¿Cómo se llamaría? ¿Jimena, Julia, Jennifer, Judith...? Recordaba que en el instituto tuvo una compañera cuyo nombre era Jessica...

Se le secó la boca y pestañeó con agitación antes de acceder a sus wasaps. Los dos últimos tenían la fecha del día de su atropello.

Has perdido el bus?

Estoy un poco preocupada. Llámame cuando puedas.

¿El bus? ¿Qué bus?

Con la frente arrugada por la incompreensión, deslizó el dedo por la pantalla y fue leyendo los textos. Aparentemente, ella vivía en Madrid y él había planeado ir a verla. Un viaje que quedó truncado por su accidente.

Había muchas conversaciones entre ellos. Algunas eran cortas, apenas un par de frases que no desvelaban demasiado de ninguno de los dos, pero otras eran extensas y llenas de comentarios divertidos e irónicos.

Jorge se tumbó bocabajo sobre la cama y continuó indagando mientras se empapaba de la lectura, fascinado. Era raro. Era como adentrarse en una relación de dos desconocidos. Si bien podía reconocerse en el estilo de algunas frases que esa persona — que era él — le había dedicado a esa chica, otras le resultaban completamente ajenas.

Buenos días, preciosa. Anoche soñé contigo y esta mañana me he despertado pensando en ti.

¿Desde cuándo era tan sentimental?

Ninguno de los dos, en ningún momento, pronunciaba la palabra amor. No se decían que se querían. Sin embargo, muchos de los mensajes rebosaban cariño y una gran dosis de sentimiento y pasión. Era evidente que aquellas dos personas estaban enamoradas.

Te has convertido en alguien muy importante para mí. No quiero que esto se acabe. No quiero estar sin ti.

¡Eso lo había escrito él!

Una sensación de ahogo se le formó en el pecho y tuvo que dejar el aparato a un lado mientras cogía aire y volvía a expulsarlo con lentitud. Por más que intentaba ponerle cara a esa mujer, a esa J a la que, indudablemente, había amado, era del todo imposible.

¡Mierda!

Irritado, se levantó y se llevó las manos a las sienes mientras sus ojos seguían clavados sobre el teléfono.

Unos golpes en la puerta le hicieron girarse con brusquedad. Vaciló unos instantes. No quería hablar con nadie. Necesitaba estar solo para asimilar su descubrimiento.

Los golpes se repitieron.

De dos zancadas, se acercó a la hoja de madera y la abrió.

La cara preocupada de Diego se mostró en el umbral.

— ¿Todo bien?

No. No estaba bien. Estaba confundido y alterado.

— Sí — mintió — . Solo estoy algo cansado.

El escepticismo se dibujó en las facciones de su hermano.

— ¿Seguro? Si quieres que hablemos de eso que hemos comentado en el jardín...

— ¡No! Solo quiero acostarme, de verdad.

— Si necesitas algo...

— Lo sé — rechazó con un gesto y una sonrisa distraída — . No te preocupes y vete a la cama que mañana tienes que madrugar.

— Vale, pero...

— Que sí. Que si te necesito, te llamaré. Hasta mañana.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Se sentía raro. Como si su piel hubiera encogido y fuese demasiado pequeña para contenerle. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estaban activas y electrificadas.

Jamás había experimentado algo así.

No sabía por qué le había ocultado a Diego su descubrimiento sobre J. Con toda seguridad, su hermano sabría mucho más sobre ella y podría

haberle preguntado. Pero cuando le tuvo delante, una sensación de rechazo le embargó y le llevó a guardar silencio sobre lo que acababa de encontrar. No quería hablar de ella con nadie, al menos por el momento. J era solo suya y no deseaba compartirla.

Quería descubrirla él solo.

Se frotó los ojos, tratando de comprender por qué estaba reaccionando de esa manera tan poco propia de él, pero no halló respuesta. Tendría que consultárselo a la psicóloga en su próxima cita.

Ansioso, se acercó a la cama y cogió el teléfono de nuevo, centrándose en los textos con avidez y analizando cada palabra. J era divertida, sin duda. Tenía ingenio y muy buen humor. Se burlaba de él constantemente y le provocaba. Y él se comportaba del mismo modo. Al llegar a un intercambio de wasaps que se habían escrito en forma de rima, soltó una risa excitada. Los dos eran encantadoramente absurdos y parecían estar muy compenetrados.

Le gustaba aquella desconocida.

Descubrió que la relación, si bien intensa, fue muy breve. Habían estado juntos unas seis semanas, de las cuales solo se vieron quince días. Resultaba curioso que hubieran profundizado tanto y estuviesen tan locos el uno por el otro en un espacio tan corto de tiempo.

Lamentablemente no había ninguna imagen de ella. Encontró un par de archivos, pero cuando intentó abrirlos, no pudo. Debían de estar almacenados en su otro móvil, pero hasta dentro de unos días no podría recuperarlo.

Se tiró sobre el colchón y trató de imaginársela. ¿Qué aspecto tendría? ¿Sería rubia o morena? ¿Delgada o rellenita? ¿Alta o baja? ¿De qué color tendría los ojos?

La opresiva muralla de oscuridad que se alzaba ante él cada vez que intentaba arañar su memoria en busca de algún recuerdo perdido le impidió ver nada.

Era insoportable y muy exasperante.

Mientras aferraba el teléfono con fuerza contra su pecho, elevó los párpados y extravió la mirada en algún lugar de la pared.

Había una cosa de la que sí estaba convencido.

J tenía que sonreír con frecuencia.

Estaba seguro.

«Ahora tienes su número. Puedes comprobarlo contactando con ella. Llámala».

El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando aquel pensamiento acudió a su mente. ¿Contactar con ella? Pero ¿qué podía decirle?

Hola, soy Jorge, el hombre con el que tienes una relación. Sí, ya sé que nos amábamos, pero me he olvidado de ti.

Resopló. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

¿Y si la veía y no sentía nada? O... peor todavía, ¿y si se encontraba con ella y descubría que no le gustaba en absoluto?

¡Joder! ¡Qué complicado era todo!

Se irguió en la cama y se echó hacia atrás para apoyar la espalda contra el cabecero. Luego volvió a abrir la aplicación y releyó una de las conversaciones de nuevo, una que habían mantenido cuando ella estaba ya en Madrid.

Jorge: Tengo ganas de besarte. Lo echo de menos.

J: Y yo. Tus besos son... uff, no tengo palabras.

Jorge: Tan bueno soy?

J: Eres el mejor.

Jorge: Lo sabía.

J: Jajaja, qué creído.

Jorge: Creído no, realista, nena.

J: En este caso tengo que darte la razón. Besas de muerte.

Jorge: Qué es lo que más te gusta?

J: Que me mordisquees los labios.

Jorge: Es que es inevitable. Tus labios son impresionantes, los labios más apetecibles del universo. Mándame una foto.

J: De mis labios?

Jorge: Sí. Bueno, no, espera y te hago una videollamada.

J: Genial.

Dejó caer el móvil sobre el colchón y terminó por llevarse el dedo índice a la boca. Se acarició los labios con abandono.

Los labios más apetecibles del universo.

¿Cómo serían sus besos?

Capítulo 25

Juls

A pesar de que regresar a Madrid habría sido lo más sencillo, se quedó en Benidorm. Tomó la decisión después de asegurarse de que su padre estaba bien y ni él ni su madre la necesitaban. Trató de convencerse a sí misma de que era lo más acertado, al menos hasta que tuviese una nueva oportunidad de volver a ver a Jorge. Sus esperanzas eran ínfimas, mas no podía rendirse con tanta facilidad. Tenía que intentarlo otra vez.

Desde el domingo no había vuelto a dormir en condiciones. Se acostaba temprano, pero solo podía agitarse en la cama de un lado a otro, rompiéndose la cabeza sobre cuál debía de ser su proceder en todo ese asunto. El amanecer solía encontrarla despierta y agotada, sin haber llegado a ninguna conclusión definitiva.

Y ya era jueves.

La hora de ver a Jorge estaba a solo diez minutos de distancia.

Fue idea de Erika el propiciar un encuentro entre ella y su hermano en esa cafetería, a la que Juls hacía rato que había llegado. Incapaz de esperar en el apartamento, se presentó allí con una hora de antelación, con todos los nervios del mundo alojados en su interior.

Una hora que se le había hecho eterna.

Frente a ella, sobre la mesa blanca, se podía ver una taza vacía — la del tercer café— y los restos de una servilleta de papel, que había destrozado y convertido en cachitos. Tomar tanta cafeína fue una idea pésima que resultó ser poco conveniente para su ya maltrecho estado de ánimo. Notaba la respiración acelerada y su pierna derecha se movía convulsivamente.

Hizo una señal a la camarera y le pidió una botella de agua.

Sus ojos se posaron sobre el reloj que había colgado sobre la barra. ¿Solo había pasado un minuto desde la última vez que había mirado?

Nueve minutos para las siete y media.

Durante esos cuatro de días de crispada espera, no había hecho gran cosa, limitándose a permanecer en el piso y a indagar online sobre la pérdida de memoria. Había leído cientos de entradas sobre la amnesia retrógrada y muchos casos de pacientes reales. Algunos habían recuperado sus recuerdos a los pocos días o a las pocas semanas de haber sufrido un traumatismo craneoencefálico. Aunque también se había topado con algunos artículos que hablaban de personas que nunca habían recobrado la memoria.

Se negaba a creer que Jorge pudiera encontrarse entre esos últimos.

Habló también con Mariu, buscando información más profesional, pero su amiga resultó ser de poca ayuda. No se había especializado en psicología clínica y no dominaba el tema. No obstante, le proporcionó varias direcciones donde poder recabar más información. Sin embargo, después de haberse pasado horas investigando, seguía igual de perdida que al principio. Cada caso era diferente y tanto la evolución de una amnesia como su resolución eran algo imprevisible.

En apariencia, era una cuestión de fe.

Ella nunca había sido una mujer de fe.

La chica que atendía las mesas le trajo la botella de agua y un vaso. Juls se lo agradeció con un gesto antes de volver a mirar la hora.

Faltaban seis minutos.

Su móvil comenzó a sonar, sobresaltándola. Echó un rápido vistazo y vio que se trataba de Sergio. No había vuelto a saber nada de él desde aquel día en que fue a buscarla a su piso, y de eso hacía más de un mes. Frunció el ceño, irritada, antes de desviar la llamada al buzón de voz. No tenía ganas de hablar con su ex por mucho que hubieran hecho las paces.

Con agitación, se retocó el pelo, pasándose los dedos por el flequillo. Se había mirado al espejo veinte veces antes de salir del piso y sabía que tenía buen aspecto. Llevaba unos vaqueros negros muy ajustados y un jersey marrón con el cuello de pico que hacía juego con sus botas de ante. No se había molestado en peinarse y había dejado que los cortos mechones le cayeran descuidados sobre la frente. También se había maquillado con mucho cuidado, poniendo especial atención a la sombra de ojos, de un sutil

tono tostado que hacía que su mirada pareciese misteriosa. Al menos eso pensaba ella.

Quería estar perfecta.

El local estaba decorado acorde a las fechas en las que se encontraban: un alto árbol de Navidad cargado de bolas doradas adornaba el fondo y tiras de lucecitas blancas parpadeantes colgaban del techo por todas partes. Casi todas las mesas estaban ocupadas y reinaba un agradable bullicio. Se notaba que el establecimiento era popular, aunque no era sorprendente; sus amplios ventanales daban directamente a la playa y se podían ver las olas rompiendo sobre la costa a unos cien metros de distancia.

Pese a que hacía ya tiempo que había anochecido y la temperatura había descendido varios grados, todavía había bastante gente paseando por la acera, junto al arenal. Desde donde estaba sentada, en uno de los cómodos sofás que había en un lateral, podía atisbar toda la calle, por lo que cuando Erika y Jorge se acercaran al local, los vería inmediatamente.

Hacía dos días que Erika le había hablado de su plan y ella estaba lo suficientemente desesperada como para no poner ni una sola pega y aceptar participar en él. El jueves era el día en que Jorge tenía que acudir a terapia a Alicante y su hermana, la encargada de llevarle. A la vuelta, se pasarían por la cafetería donde los estaría esperando Juls. No tenía ni idea de qué excusa habría puesto Erika, eso lo dejaba en sus manos.

Ella bastante tenía con respirar.

Cuatro minutos.

Erika había tratado de convencerla de que le revelase su verdadera identidad a Jorge, pero ella se había negado con rotundidad. Lo último que deseaba era ponerle en un compromiso o desestabilizarle. Quizá más adelante.

Desprecintó la botella de agua y vertió algo de su contenido en el vaso.

Por el rabillo del ojo distinguió un movimiento en el exterior. Era el inconfundible todoterreno de Jorge — Turbo — que se había detenido frente a la cafetería y que daba marcha atrás para aparcar en uno de los huecos que había al otro lado de la calzada.

Dejó la botella sobre la mesa, temiendo que el agua se le derramara, y tragó saliva con fuerza.

El momento había llegado.

Se echó hacia atrás en el sofá y terminó medio tumbada. La postura le resultó ridícula así que volvió a erguirse al tiempo que se retorció las manos en el regazo.

Erika era una excelente conductora y consiguió estacionar a la primera, sin hacer muchas maniobras. La vio emerger del vehículo con sus cabellos dorados libres sobre los hombros, pero Juls solo tenía ojos para la puerta del copiloto, que quedaba justo al otro lado. La cabeza de Jorge no tardó en asomar por encima del techo del Patrol. Tenía el pelo algo alborotado como si se hubiera pasado los dedos por él. Pronto, todo su cuerpo se mostró en su campo de visión.

Juls se bebió su imagen y se detuvo en su amplia sonrisa. Su hermana debía de haberle dicho algo divertido porque la sonrisa se convirtió en una fugaz carcajada.

El calor se le concentró en el abdomen.

La risa de Jorge era simplemente maravillosa.

Vestía informalmente con vaqueros azules muy desgastados, deportivas y una cazadora marrón de cuero con la cremallera a medio bajar por la que asomaba lo que parecía ser un polo blanco.

¿Se podía estar más guapo?

No. No se podía.

Jorge Alba era un regalo para la vista.

Los vio cruzar la calle y acercarse a la cafetería. Por primera vez, se fijó también en Erika, su aliada, que se estaba recogiendo el pelo en una coleta mientras le daba un codazo a su hermano, que este devolvió de modo juguetón.

Juls se preguntó qué le habría dicho para convencerle de que la acompañara hasta allí.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca.

Lo iba a averiguar en solo unos segundos.

Jorge

— ¿Te molesta si me acerco a un sitio antes de ir a casa?

La pregunta de Erika llegó de improviso y le sacó de su ensimismamiento. Apenas habían hablado en la última media hora; se habían limitado a escuchar la radio.

— ¿A un sitio?

— Eh, sí. Es que he quedado con mi amiga Juls para darle una cosa que me prestó.

¿Juls? Era la chica del domingo pasado, la del pelo corto que se parecía a Campanilla.

— Por mí, perfecto. — Se encogió de hombros—. No tengo ni prisa ni planes.

— Me está esperando en una cafetería. ¿Te molesta si nos tomamos algo con ella? Algo rapidito.

— Vale — asintió algo ausente.

Fijó la vista en la carretera. Hacía tiempo que estaba envuelta en sombras que los potentes faros de su coche se empeñaban en romper. El cartel que anunciaba que quedaban tres kilómetros para la salida que debían tomar pasó ante sus ojos. El trayecto desde Alicante apenas había durado media hora; a Erika le gustaba pisar el acelerador y se le daba bien manejar a Turbo.

Jorge volvió a embeberse en sus pensamientos. Continuaba dándole vueltas a la sesión que acababa de tener con la doctora Carmena.

Le había hablado de J.

Le había contado todo lo que había descubierto.

Ella le escuchó en silencio y le dejó hablar sin interrumpirle. Cuando terminó, se limitó a preguntarle que qué deseaba hacer. Y no había podido responderle. Estaba hecho un lío. No sabía por qué tenía miedo de enfrentarse a su *supuesta novia* si él era una persona decidida y valiente. Jamás se había sentido atemorizado por nada y aquella desacostumbrada sensación le avergonzaba un poco. También le habló del comportamiento que había tenido frente a Diego y su decisión de ocultarle lo que había averiguado. No se explicaba el porqué de su infantil actitud.

La psicóloga le aconsejó que no fuera demasiado duro consigo mismo, ya que estaba atravesando una situación totalmente desconocida y cualquier

reacción era normal. El cerebro del ser humano era impredecible. No había una manera correcta o incorrecta de proceder.

No puedo decirte lo que debes o no debes hacer. La respuesta a eso la tienes tú. Yo solo puedo ayudarte a lidiar con las consecuencias. Pero creo que enfrentarte a esa chica podría ser beneficioso para ti.

— Estás ido hoy — comentó Erika, rompiendo el silencio—. No has dicho nada en todo el camino. ¿Qué tal con la psicóloga?

— Bien. Me gusta.

— ¿Te ayuda?

— Pues no sé. Supongo que sí.

— ¿Has recordado algo?

Dejó escapar un suspiro. Era la pregunta del millón.

— No. Nada.

De nuevo hubo un silencio entre ellos.

Las ganas de preguntarle algo sobre la misteriosa J le sobrepasaron. Estaba seguro de que, si Diego sabía sobre esa chica, su hermana también estaría al tanto de todo. No obstante, no dijo ni una palabra. Al día siguiente tenía que recoger su móvil — le habían avisado de que ya estaba reparado — y estaba convencido de que hallaría imágenes de ella allí, quizá incluso algún vídeo. La ansiedad podía con él y no quería que su primera impresión de J quedara contaminada por la información que pudiesen proporcionarle sus hermanos. Estaba ansioso por descubrirla a solas.

Todo lo que sabía sobre ella a través de los mensajes le gustaba. Mucho.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Esperando a que recuperase sus recuerdos y contactara con ella? ¿Sería consciente de que él la había olvidado?

— ¿Te ha jodido lo del trabajo en el Oceanográfico? — le preguntó Erika.

Al parecer, hacía unos meses había hecho una entrevista para trabajar en el Oceanográfico de Valencia y hacía dos días le habían contactado para contratarle, algo que, en su situación actual, no era factible. No podía decir que lamentara haber perdido esa oportunidad porque ni siquiera sabía qué le había movido a solicitar aquel puesto. Él era feliz en la escuela de buceo.

— Pues no mucho. ¿Estaba descontento en la escuela?

— En realidad, no. Quizá un poco cansado de los horarios y de trabajar los fines de semana. — Hizo una pausa antes de añadir— : ¿Echas de menos trabajar? ¿Te aburres en casa?

— Me he visto el catálogo completo de pelis de Netflix — se rio—. ¿Tú qué crees?

— Siempre puedes limpiar mi habitación.

— Ahora recuerdo por qué me independicé — resopló.

— ¿Piensas volver a irte?

— Puede.

Todavía no había ido ni una sola vez al apartamento que tenía alquilado y no se había planteado dejar la casa de sus padres, pero no descartaba volver a mudarse en las próximas semanas.

Habían llegado al peaje y Erika detuvo el coche frente a la máquina para pagar. Al fondo a la derecha, los altos edificios iluminados de Benidorm destacaban contra el oscuro cielo crepuscular.

— ¿Dónde has quedado con tu amiga? — le preguntó.

— En el Nevada.

Hacía un siglo que no iba a esa cafetería. Estaba en la playa de Poniente, en primera línea, y tenía unas vistas increíbles.

— ¿Qué es lo que tienes que darle?

— ¿Cómo?

— Antes me has dicho que habías quedado con ella para darle una cosa.

— Sí, claro. Eh... Bueno...

La miró de reojo. Su hermana no solía reaccionar así, pero era evidente que se había puesto nerviosa.

— Vale, ¿qué pasa?

— No pasa nada. No sé a qué te refieres.

— Ya — soltó con ironía—. Bueno, ¿qué es lo que tienes que darle?

— Una cazadora — respondió, concentrada en la carretera, como si el tráfico fuera denso cuando el suyo era el único vehículo que circulaba por el vial a esa hora.

La contempló con escepticismo, pero no pudo comentar nada más porque su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que era Diego.

— ¿Qué pasa, Dieguito? — respondió.

— ¿Estás ya en casa? Yo voy para allá. ¿Nos tomamos algo por ahí?

— Llegas tarde — rechazó—. Estamos volviendo de Alicante y vamos camino del Nevada. Erika ha quedado allí con una amiga suya.

— ¿Con qué amiga?

— Con la rubita del domingo. Con esa tal Juls.

— Ah...

Jorge frunció el ceño cuando su hermano no añadió nada más. Su monosílabo había sonado extraño.

— ¿Quieres pasarte?

— Puede. Me lo pienso. Luego te llamo.

Y la comunicación se cortó.

Jorge se quedó mirando el teléfono con el ceño fruncido. Últimamente todo el mundo reaccionaba de un modo muy raro, ¿o era él el que había cambiado y estaba hipersensible?

— ¿Qué dice? — le preguntó Erika.

— Que a lo mejor viene. No lo sabe todavía.

Habían llegado a su destino. Las luces de las potentes farolas iluminaban el arenal. En verano, incluso a aquella hora, solía haber gente en la playa jugando a la pelota, paseando o disfrutando del ambiente, pero ahora estaba desierta.

Avanzaron hasta el final de la calle, donde se encontraba la cafetería. Había bastantes huecos libres para aparcar y su hermana lo hizo como una campeona, en uno bastante pequeño. Erika era un puñetero crack con cualquier tipo de vehículo.

— Lo has dejado demasiado lejos de la acera — la provocó cuando ambos descendieron del Patrol.

— Claro, supongo que para los tíos diez centímetros son algo gigantesco — se burló ella.

— Se acerca más a los treinta — se jactó, acariciándose el labio inferior con el pulgar.

— Pfff... Demasiada información — repuso mientras le daba un codazo.

Jorge se rio y se lo devolvió mientras atravesaban la calzada. Sus ojos se desviaron hacia los amplios ventanales del Nevada. El interior del local estaba lleno de gente, como siempre. Su hermana se adelantó y abrió la

puerta. Se detuvo justo a la entrada y repasó las mesas hasta que encontró la que buscaba. Luego echó a andar hacia allí. Él la siguió.

La amiga de Erika estaba en la zona de sillones bajos. Se había puesto de pie al verlos entrar. Por un instante, sus miradas se cruzaron, pero fue solo eso, un instante, porque ella desvió la suya con rapidez. La iluminación no era muy intensa, no obstante, Jorge creyó percibir que se había sonrojado.

La sensación que ya tuvo la tarde del domingo anterior acudió a él. Era innegable que no le caía bien a esa chica.

— Hola Juls — la saludó Erika, plantándole un beso afectuoso—. ¿Te acuerdas de mi hermano?

— Claro — repuso, dirigiéndose a él.

Intercambiaron dos besos algo torpes y rígidos antes de que ella se apartase con prontitud y tomara asiento en el sofá que recorría la pared. Erika se sentó enfrente, en un coqueto puf, por lo que a Jorge no le quedó más remedio que acomodarse junto a Juls.

— Te he traído la chaqueta, pero me la he dejado en el coche. Ahora cuando nos vayamos te la doy — dijo su hermana.

— Eh... Vale.

La camarera se acercó a ellos. Erika se pidió un capuchino y él, un café solo.

Después de eso, hubo un silencio solo interrumpido por la música y las conversaciones de fondo. Pese a que los separaban unos cuantos palmos, la tensión que desprendía la chica que Jorge tenía al lado era obvia. Le echó un vistazo sesgado. Ella estaba pendiente de Erika, que a su vez la miraba con intensidad. Jorge arrugó la frente. Las dos parecían estar comunicándose sin palabras.

— Si queréis hablar de vuestras cosas me voy al baño — dijo, izando una ceja.

— ¡Qué gilipollez! — repuso su hermana con una sonrisa rápida. Luego se dirigió a su amiga—. ¿Qué has hecho estos días, Juls?

— Pues no mucho, la verdad. Descansar, sobre todo. Pasear por la playa y poco más.

Tenía una voz muy agradable de escuchar, ni demasiado aguda ni demasiado grave.

— ¿Estás de vacaciones? — se inmiscuyó él en la conversación.

Ella le miró de frente. Sus ojos eran castaños, grandes y muy expresivos. Y sus pestañas, oscuras, muy diferentes al color de su cabello.

— He venido a Benidorm a pasar unos días de relax — dijo tras una brevísima pausa.

Aquella respuesta le sorprendió.

— ¿No eres de aquí? Perdona si mis preguntas te resultan sorprendentes y absurdas — añadió con tono defensivo—. Sé que es probable que todo esto ya lo supiera con anterioridad, pero...

— No te disculpes — le interrumpió—. No pasa nada. Soy de Madrid.

— Ah, ¿y cómo has conocido a Erika?

— Fue el verano pasado, en La Sal — intervino esta veloz—. Juls estaba aquí de vacaciones con una amiga. Congeniamos con facilidad porque somos muy parecidas, ¿verdad?

Juls asintió y le lanzó una sonrisa.

De nuevo, Jorge tuvo la sensación de que algo se le escapaba, pero no podía precisar qué era. Las observó a las dos con curiosidad, pero la llegada de la camarera con los cafés le distrajo momentáneamente.

— ¿Cómo está tu padre? — preguntó Erika.

— Está mejor. Mi madre le está mimando en casa, así que genial.

— Es que su padre sufrió un infarto y tuvieron que operarle. Justo cuando tú estabas ingresado también — aclaró su hermana.

— Vaya, lo siento mucho — dijo él al tiempo que tocaba el brazo de Juls con empatía. Era una persona muy física y fue un movimiento inconsciente del que se arrepintió cuando ella se retiró con rudeza. Se maldijo en silencio por haber olvidado la presunta animadversión que sentía hacia él.

— Gracias — murmuró ella. Cogió la botella y se sirvió más agua en el vaso.

— ¿Cuándo tienes que volver a Madrid? — preguntó Erika.

— No tengo una fecha fija... — repuso después de lanzarle una mirada apresurada a Jorge, de la que él fue consciente, pero que no entendió. Estaba descolocado.

— ¿A qué te dedicas? — inquirió en cambio con educación.

— Escribo artículos para una revista digital. Soy periodista.

— Nuestro hermano Lukas está estudiando periodismo... — se interrumpió de pronto—. Aunque supongo que ya lo sabes, ¿no?

— Sí.

Torció el gesto. Tener amnesia era un puñetero fastidio.

— ¡Ostras! Había olvidado que tengo que hacer una llamada superurgente a un compañero — exclamó Erika, poniéndose de pie—. Ahora mismo vuelvo.

Antes de que ninguno de los dos pudiera protestar, ya se alejaba camino de la puerta con el móvil en la mano.

Jorge cerró los ojos. ¡Qué capulla! ¿Cómo le dejaba solo con su amiga que parecía querer estar en cualquier sitio menos allí sentada a su lado? Paseó la vista por el local, tratando de encontrar algún tema de conversación insustancial para romper el momento incómodo que se había creado entre ellos.

— Bueno... — carraspeó al fin, ladeando la cara para enfrentarse a ella. La iluminación no era muy potente, no obstante, pudo apreciar que su rostro mostraba agitación—. La verdad es que casi no me atrevo a hablar contigo de nada porque es probable que cualquier cosa que te cuente ya la sepas.

— Prometo fingir que no es así — respondió ella con una sonrisa.

A Jorge le invadió la sorpresa. Era la primera vez que se mostraba relajada y que le sonreía. Tenía una sonrisa encantadora.

— ¿Me mentirías?

— No sería mentir, sería ocultar. Y solo por caridad.

Él se echó a reír. Juls parecía tener más chispa de lo que él había pensado.

La sonrisa de ella se hizo más amplia.

Sí. Su sonrisa era hermosa.

— ¿Sabes una cosa? — comenzó con seriedad—. Desde el domingo pasado, cuando coincidimos en casa de mis padres, he tenido la impresión de que no te caigo muy bien. Aunque quizá son imaginaciones mías.

Ella dejó de sonreír y abrió la boca como si fuera a protestar, pero no dijo nada. Sus ojos llegaron incluso a ensombrecerse. Terminó por apartar

la vista y llevarla hasta la mesa.

— No es así — rechazó.

No continuó y él se quedó con las ganas de saber más.

Observó su perfil durante unos segundos. Tenía los pómulos altos y marcados y la curva de su mentón era suave, aniñada casi. Y ese corte de pelo a lo *pixie* le sentaba realmente bien. Era una chica guapa. Y quizá en otro momento y otro lugar podría haberle resultado lo suficientemente atractiva como para coquetear con ella, pero sus pensamientos estaban llenos de las conversaciones que había leído en el móvil entre J y él. De algún modo y, aunque sonara peculiar, sentía que mostrar interés por otra mujer sería como traicionar a *su novia*. Sí, esa novia de la que no se acordaba.

¡Qué ridículo!

— ¿Te gusta Benidorm? — Decidió que ese tema tan neutral era lo más adecuado.

— Sí. Tenía un concepto equivocado de la ciudad, pero ha cambiado. Es un sitio muy interesante.

— Las playas son de lo mejor que hay en el litoral mediterráneo y hay muchos lugares para visitar. ¿Has estado en el Mirador del Castillo?

— No.

— ¿No? Pues es imprescindible. Tienes que ir. Y también deberías subir al Mirador de la Cruz; las vistas desde allí son una pasada.

— Ese mirador sí lo conozco — repuso ella con los párpados bajos—. Vi atardecer desde allí. Y sí, las vistas son fabulosas.

Jorge trató de leer su expresión porque su voz se había teñido de melancolía, pero había girado la cabeza hacia el ventanal y no pudo hacerlo.

— ¿Has estado por el centro? — prosiguió después de darle un sorbo a su café—. ¿Has visto el Ayuntamiento nuevo y el parque de l'Aigüera?

— Estuve en un concierto de Ara Malikian allí — musitó.

— ¡Vaya! ¿Te gusta Malikian? A mí me encanta. Fui a verle a Zaragoza hace unos meses... — se interrumpió de pronto—. Bueno, a decir verdad, fue hace un par de años — continuó al tiempo que componía una mueca.

Después de eso hubo un largo silencio. Juls había comenzado a jugar con su botella, haciéndola girar entre sus manos. Parecía

incómoda de nuevo y Jorge se preguntó cuál sería el motivo. No era nada fácil hablar con ella. Ojeó el exterior. Erika estaba parada en la acera, cerca de la puerta, hablando por teléfono muy concentrada.

— ¿Te puedo preguntar algo un poco personal?

Aquello le pilló por sorpresa. Giró la cara y se encontró con que ella le contemplaba con fijeza.

— ¿Cuál era nuestro nivel de confianza antes de que yo perdiera la memoria? ¿Me habrías hecho preguntas personales? — inquirió.

— Sí — respondió ella sin vacilar.

«Vaya, pues sí que éramos amigos».

— Dispara, entonces.

— ¿Cómo es no poder recordar?

Jorge se acarició el mentón.

— Raro. ¿Sabes esa sensación que se tiene cuando uno no puede dar con una palabra que tiene en la punta de la lengua? — Ella asintió—. Pues multiplícalo por mil. Cuando intento forzarme a recordar, eso es lo que siento. Y es incómodo.

— ¿Y cómo lidias con ello? — Se inclinó hacia él y mostró preocupación.

— Yendo a terapia, tomando ansiolíticos... — Hizo una breve pausa cargada de efecto—. Y viendo pelis de Netflix. Sobre todo, comedias navideñas, esas me ayudan un montón para desconectar — terminó con un guiño travieso.

— No has cambiado en absoluto — dijo ella.

— ¿No? ¿Cómo era yo contigo? — Le picaba la curiosidad.

Juls le dio un largo trago a su agua antes de empezar a hablar.

— Eras simpático y muy divertido. Siempre estabas de broma.

— ¿Cómo nos conocimos?

— Eh... Nos presentó tu hermana una noche.

— ¿Qué sabes de mí?

Ella se tomó su tiempo. Arrancó la etiqueta de la botella de agua y comenzó a partirla en trocitos.

— Sé que te encanta la música ochentera — replicó al fin—. Siempre llevas Kiss FM en la radio de tu coche.

— ¿Has montado conmigo en Turbo?

— Eh... Sí.

— ¿Qué te parece mi coche? Una pasada, ¿verdad? — se rio. Antes de que ella pudiera responder, prosiguió— : A ti también te gusta la música ochentera, ¿no? Por eso llevas a Starship en el móvil.

Ella volvió a apartar la vista como si no quisiera hablar de ese tema. Jorge frunció el ceño, confundido. ¿Por qué esa reacción?

— Sí, me... gusta — admitió con un titubeo—. Esa canción es preciosa.

Él se permitió el lujo de tararear el estribillo y golpear la taza ya vacía de su café con la cucharilla, siguiendo el compás y obviando la singular mirada que ella le dirigía.

— Canto fatal, ¿no?

— Qué va — rechazó con un movimiento apenas perceptible de cabeza. Había comenzado a hacer bolitas con los trozos de la etiqueta.

— ¿Qué más sabes de mí? — volvió él a la carga.

Ella volteó la cara y le miró fijamente mientras se pensaba su respuesta.

— Sé que en esa chapa que llevas colgada al cuello está grabada la constelación de Piscis.

Automáticamente, la mano de Jorge se dirigió hacia su pecho. Bajo la tela del polo pudo palpar la chapa que ella mencionaba, regalo de Lukas.

— Sé que el tatuaje que llevas en el costado lo diseñó tu hermano Diego — agregó ella.

— Entonces, ¿eso quiere decir que me has visto desnudo? — Le guiñó un ojo.

— Te he visto en la playa, haciéndote el chulito con tu vela de windsurf — dijo con ironía.

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

— ¿También hemos ido juntos a la playa? Parece que nos llevábamos muy bien.

Ella no respondió, pero la expresión de su rostro se ensombreció. Se puso de pie y le miró de soslayo.

— Tengo que ir al aseo — murmuró.

Jorge la vio alejarse hacia el otro extremo del local. Tenía una figura esbelta y caminaba con un ligero contoneo de caderas. Sus ojos se clavaron

momentáneamente sobre su nuca. Ese corte de pelo le quedaba bien. Pese a que parecía más relajada en su presencia y él no había notado ningún signo de animadversión, seguía reaccionando de un modo que no alcanzaba a comprender.

Barrió el exterior con la mirada. Erika todavía estaba enganchado al móvil. Llevaba un montón de tiempo ahí fuera. ¡Qué pesada!

Mientras hacía tiempo para que Juls regresara del baño, jugueteó con su teléfono, bloqueándolo y desbloqueándolo, hasta que terminó por acceder — por enésima vez — a los mensajes de J. Le tenían fascinado.

Jorge: Qué llevas puesto ahora mismo?

J: Esto es una conversación erótica?

Jorge: Pues claro.

J: Vale, entonces llevo puestas unas braguitas de encaje negras muy pequeñas. Y nada más.

Jorge: En serio???? Mándame una foto.

J: Jajaja, qué ansioso.

Jorge: Sí, pero mándala.

J: Creo que es mejor que te lo imagines. Es más erótico.

Jorge: No, no, que yo soy muy visual. Necesito verlo.

J: Tú lo has querido. Ahí va.

(Archivo adjunto).

Jorge: Joder, qué mentirosa! Si es un pijama de invierno!

J: Te dije que era mejor imaginárselo.

Jorge: Me has engañado miserablemente.

J: Era una mentirijilla piadosa.

Jorge: Y ahora qué hago yo con mi erección?

J: Erección? Qué facilón eres! Videollamada lujuriosa?

Jorge: Perfecto. Te llamo.

Una amplia sonrisa se pintó en su boca al terminar de releer la conversación. Era evidente que estaba loco por ella. Y ella por él.

En ese momento, Erika hizo acto de presencia. Llegaba con Diego.

— Mira a quién me he encontrado en la puerta. Oye, ¿y Juls?

— Ha ido al baño.

Diego, después de palmearle el hombro, tomó asiento frente a él.

— ¿Qué tal con ella? — le preguntó Erika con una sonrisa de medio lado.

Jorge la miró con el ceño fruncido y algo de suspicacia. ¿Qué pretendía su hermana? Sí, Juls era una chica preciosa y parecía divertida, pero él ya tenía a otra persona en la cabeza.

— No trates de liarme con nadie, Erika. Tu amiga parece muy maja, pero yo ya tengo a alguien que me interesa.

Los ojos abiertos como platos de Erika le alertaron de una presencia justo a su lado. Era Juls que acababa de regresar.

— ¿Todo bien? — le preguntó al ver que ella no tomaba asiento.

— Eh... Sí, claro. Yo me tengo que ir — dijo con un tono de voz áspero después de darle dos besos a Diego.

— ¡Pero si es muy pronto! ¡Si todavía...! — exclamó Erika, pero se interrumpió veloz—. Bueno, vale, pues mañana hablamos.

— Te llamo — murmuró Juls. Y cogió su bolso y su chaqueta del sofá.

Jorge se puso de pie y se aproximó para despedirse de ella. Posó las manos sobre su talle y se inclinó para darle dos besos con suma naturalidad, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes. Aspiró con fuerza y el olor de su cabello le entró por las fosas nasales. Una oleada de calor le recorrió por dentro cuando su memoria olfativa le recordó que él ya había oído ese aroma con anterioridad. Estaba seguro. Volvió a aspirar y se recreó en su fragancia. ¡Joder, qué bien olía!

Ella se apartó con un carraspeo incómodo y se dio media vuelta, haciendo un gesto de despedida con la mano. Luego se alejó con prisa.

Él se quedó allí de pie algo absorto. El olor que ella desprendía sobrevolaba el ambiente. *Mandarina*. Algo se agitó muy dentro de él, originándole un curioso desasosiego.

— ¿Te pasa algo? — Llegó la voz de su hermana.

— Eh, no. No me pasa nada.

Volvió a tomar asiento y sonrió distraídamente a Diego que le devolvió la sonrisa.

La camarera se aproximó para tomarles nota y llevarse los vasos vacíos que había sobre la mesa. Limpió la superficie con una bayeta y las bolitas

de papel en las que se había convertido la etiqueta de la botella de Juls desaparecieron.

Jul...

Era una chica peculiar. Debajo de su aparente timidez, asomaban vestigios de descaro y diversión. Seguro que habían tenido conversaciones muy interesantes en el pasado. Se preguntó si ella le habría escuchado cuando le dijo a su hermana que no estaba interesado.

— Te has olvidado de la cazadora — dijo de pronto.

— ¿Qué cazadora? — La expresión de la cara de Erika era de puro desconcierto.

— La que ibas a darle a Juls. Por eso hemos venido.

Un tono rojizo cubrió sus mejillas y Jorge arrugó la frente, perplejo.

— Ostras, pues es verdad. Bueno, mañana la llamaré — respondió, apartándose un mechón de pelo de la frente con un ademán enérgico.

Diego comenzó a hablarles de algo relacionado con la empresa familiar y él aprovechó para desconectar unos segundos. Tenía ganas de llegar a casa y plasmar en el diario que llevaba — una idea que le había sugerido la psicóloga— aquella extraña sensación de *déjà vu* que acababa de experimentar. Era la primera vez que le sucedía algo así.

¿Estarían volviendo sus recuerdos?

Capítulo 26

Juls

Cerró la puerta del piso a su espalda y dejó que la bolsa de viaje resbalara de su hombro y cayera al suelo. Por un instante, se quedó quieta y aguzó el oído. No se oía nada. Ni un solo sonido salía del cuarto de Sonsoles — algo insólito ya que su compañera siempre tenía la tele encendida—, por lo que supuso que tendría turno de mañana en el trabajo.

Mejor. No quería hablar con nadie.

Arrastrando los pies, atravesó el pasillo hasta llegar al salón. Se quitó las zapatillas de un puntapié y se tiró en el sofá con pesadez. El viaje de cinco horas en coche desde Benidorm la había dejado exhausta. Odiaba conducir. Y mucho más hacerlo de noche. Se contorsionó para poder sacarse el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y redactó un wasap para su hermano.

Ya he llegado. Puedes recoger tu coche cuando quieras. Voy a estar en casa.

La respuesta apenas tardó unos segundos en llegar.

Me paso luego y c omo contigo.

Envío un emoji con el pulgar levantado.

Sus ojos se posaron sobre el reloj de la parte superior de la pantalla. Eran las nueve y cuarto de la mañana. Solo hacía catorce horas que se había enfrentado a Jorge en la cafetería y, sin embargo, parecía que hubiera transcurrido una eternidad. ¡Dios! Era agotador tener que fingir todo el rato y mantenerse neutral cuando lo que deseaba era lanzarse a sus brazos y besarle sin medida; tenerle tan cerca y no poder hacerlo había sido frustrante. Ni siquiera recordaba demasiado bien qué le había dicho, ya que estaba demasiado concentrada en leer sus expresiones y en tratar de interpretar el brillo de sus ojos. Había respondido a sus preguntas como una autómatas.

Se había hecho cachitos por dentro como si fuera de cristal cuando él habló del Mirador de la Cruz y le recomendó que fuera a visitarlo. Las imágenes de ambos besándose justo debajo de la Cruz acudieron raudas a ella y tuvo que tragar saliva con fuerza para no echarse a llorar. Cada frase que salía de la boca de Jorge era una tortura: cuando hablaba de música, cuando se burlaba preguntándole si le había visto desnudo, cuando decía que tenía la sensación de que ellos dos se llevaban bien.

Pero nada tan aterrador como escucharle decir que tenía a otra persona en la cabeza. ¿Quién sería? Sabía que no podía ser alguien nuevo porque Erika le dijo que apenas salía de casa. ¿Sería una mujer de su pasado? ¿Esa ex de la que guardaba su último recuerdo? ¿Claudia?

Insoportable.

Devastada, solo le quedó huir.

Sabía que su hermana había propiciado aquel encuentro para que ellos dos pudieran hablar y se lo agradecía de corazón, pero no pudo aguantarlo. Era demasiado triste estar junto a la persona que uno amaba y tener que pretender que no había absolutamente nada entre ellos.

Tenía un par de wasaps de Erika en el móvil, de la noche anterior, pero se había negado a leerlos porque su mente estaba demasiado confundida y tenía que tomar una decisión sin que los textos pudieran influenciarla. La sensatez y su instinto de supervivencia la habían llevado a regresar a Madrid. No había nada más que pudiera hacer en Benidorm. Nada. Forzar otra situación con Jorge era absurdo. Él no tenía ni la menor idea de quién era y ella no podía estar a su lado simulando ser solo una amiga porque eso la rompía en pedazos.

Se sentía impotente y muy desdichada.

Los días que habían pasado juntos se habían perdido. Habían desaparecido.

Quizá para siempre.

Ahora se arrepentía de no haberlos vivido con más intensidad.

Aovillada en el sofá, dejó que la melancolía la invadiera.

Tenía que haber reído más y con más fuerza. Haberle abrazado con más ímpetu y acariciado durante horas, llenándose de su piel. Y, por supuesto, haberle besado con más pasión, poniendo todo su empeño en cada roce de

lenguas. Tenía que haber gritado que le amaba y que la vida sin él no tenía sentido y haber dejado que le hiciera el amor con frenesí. Tenía que haberse hundido dentro de él y haber dejado que él se hundiera dentro de ella... Tenía que haberse entregado más, dado más, saboreado más. Tenía que haberle aspirado con ansia como si él fuera su oxígeno y lo necesitara para sobrevivir.

Sí. Tenía que haber hecho más, mucho más.

Pero ya era tarde para todo eso.

Demasiado tarde.

Sollozó sin medida con la cara enterrada en uno de los cojines. Lo hizo durante mucho tiempo, amparada por la soledad del piso, hasta que tuvo la sensación de que no le quedaban más lágrimas que derramar.

Se sentía vacía.

Los primeros acordes de *Nothing's gonna stop us now* resonaron con fuerza en el silencioso salón. Alzó la cara y contempló el móvil con destemplanza. Mientras alargaba la mano para coger el aparato, se prometió en silencio que cambiaría el tono de llamada.

Era Sergio.

Estuvo tentada de desviar la llamada al buzón de voz, pero en un impulso acabó por aceptarla.

— Dime, Sergio — respondió con fatiga.

— Hola, Juls.

— ¿Qué quieres?

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea.

— Puedo escuchar que no estás bien. ¿Necesitas algo?

Le entró la risa, una risa cínica y amarga.

— ¿Por qué me llamas?

— Necesitaba oír tu voz. La última vez que nos vimos ya te dije que era probable que volviese a llamarte.

— Pues ya me has llamado y me has escuchado — repuso con sequedad.

— Creo que necesitas un amigo. ¿Quieres que nos tomemos algo y me cuentas lo que te pasa?

— Tú y yo no somos amigos — rechazó.

— Tampoco somos enemigos.

— No creo que sea una buena idea quedar contigo.
— ¿Por qué no? Es solo para hablar. Puedes desahogarte conmigo.
— ¿Desahogarme contigo? Jamás has sido el paño de lágrimas de nadie.
Creo que tienes segundas intenciones — murmuró y se incorporó en el sofá.
— Las tengo. No lo voy a ocultar.
— No quiero nada contigo — dijo con agotamiento.
— Lo sé. Me lo dejaste muy claro. No obstante, quizá cambies de opinión en un futuro — hablaba en tono persuasivo.

— No lo haré.
— Bueno, no pasa nada. — Hubo una breve pausa—. Estoy cerca de tu piso. Podemos vernos en la cafetería de la última vez. Creo que te vendría bien para despejarte.

Juls se pasó una mano por la frente, titubeante. Estaba segura de que era una pésima idea encontrarse con Sergio, pero admitía que estar sola en su piso llorando tampoco era lo mejor. Al menos, tomarse un café con su ex le serviría de distracción.

— Vale — terminó por responder al cabo de unos segundos—. En diez minutos estoy abajo.

Cortó la comunicación y dejó el móvil sobre la mesa, pero volvió a cogerlo con celeridad y buscó los wasaps de Erika.

Cómo ha ido todo con Jorge? Habéis podido hablar?

Llárame cuando puedas y me lo cuentas.

Decidida a ignorar el primero, se limitó a responder solo al segundo.

He regresado a Madrid. Te llamo esta tarde y hablamos.

Después de eso, accedió a las melodías y buscó en ellas hasta que encontró la que llevaba antes de cambiarla por la de Starship. Era una antigua canción de Meat Loaf. La seleccionó y la estableció como tono de llamada con decisión.

De ese modo, cada vez que sonara su teléfono no se hundiría en la nostalgia.

Jorge

Había madrugado y había convencido a su madre para que le acercara al centro de Benidorm. Mientras ella se iba a hacer unas compras, él se plantó frente a la puerta del establecimiento donde Diego llevó su móvil a reparar y aguardaba con impaciencia a que este abriese sus puertas.

Paseó la vista por la zona. Había algo de incongruente en la decoración navideña que adornaba la mayoría de las tiendas y el caluroso tiempo que obligaba a la gente a ir de manga corta. Él mismo solo lucía un polo; había dejado la cazadora vaquera en el coche de su madre.

Se miró el reloj por enésima vez. Eran las diez en punto.

Una joven bajita y delgada con el pelo recogido en una coleta se detuvo a su lado. Le saludó con un gesto al tiempo que introducía la llave en la cerradura y procedía a abrir la puerta.

— Un momento mientras enciendo las luces y el ordenador — le dijo, invitándole a pasar.

Él asintió. Se dirigió hacia el escaparate y contempló los móviles allí expuestos. Le hizo gracia ver los modernos modelos. Su mente seguía anclada en el pasado y le sorprendió la nomenclatura de muchos de los teléfonos. La tecnología avanzaba a pasos agigantados.

— ¿En qué puedo ayudarte? — le preguntó la chica.

Se acercó al mostrador.

— Me llamasteis para decirme que ya había llegado mi móvil del servicio técnico y que podía pasar a recogerlo.

— ¿Tienes el resguardo?

Se sacó del bolsillo el papel doblado en cuatro que le había dado su hermano y se lo tendió. Ella lo ojeó antes de darse la vuelta y desaparecer en la trastienda. No tardó en regresar con una bolsa de plástico de la que extrajo un móvil que le resultó desconocido.

— Tengo que cambiar la tarjeta, ¿no? — preguntó, mostrando el teléfono que Lukas le había prestado.

— Lo puedo hacer por ti, si quieres.

— Sí, por favor.

Mientras la chica trasteaba con los dos aparatos, él dirigió la vista hacia la calle y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba nervioso.

— Ya está.

— Muchas gracias. ¿Tengo que abonar algo?

— No. El seguro que tenías cubre la reparación.

Se despidió de ella y abandonó el establecimiento con los dos teléfonos en la mano. Su vista se posó sobre un banco de madera que había a unos metros de distancia, frente al Mercado Municipal. Estaba libre.

Se dirigió hacia allí.

Había bastante gente por los alrededores, una mezcla de turistas extranjeros y vecinos de la ciudad que habían acudido a hacer la compra. La calle era peatonal y estaba bordeada por comercios y cafeterías.

Ignorando el ruido ambiental, Jorge tomó asiento, se guardó en el bolsillo el viejo móvil de Lukas y aferró el otro con fuerza. Estaba ansioso por ponerle cara a J. Esa noche apenas había podido dormir sabiendo que iba a descubrir más cosas de ella.

Cogió aire y encendió el aparato. Lo primero que vio fue su fondo de pantalla. Era una foto de una servilleta de papel sobre la que había escritas — aparentemente con restos de café — dos jotas unidas por un corazón.

— Vale — susurró — . Está claro que estaba loco por ella.

Ahora solo tenía que acceder a la galería de imágenes y buscar fotos o vídeos o lo que fuera. Se percató de que la mano había comenzado a temblarle y la cerró en un puño antes de abrirla y pulsar el icono correcto.

Había muchas fotos.

Una de las últimas era de Juls.

¿Juls?

Con el ceño fruncido por la perplejidad, la abrió y la amplió. Ella miraba a la cámara con una expresión de felicidad indescriptible, con los ojos fulgurantes y una amplia sonrisa. Estaba realmente guapa.

Los dedos comenzaron a hormiguearle cuando una sensación premonitoria encontró abrigo en su interior.

¿Juls era J?

¡No podía ser porque sus hermanos se lo habrían dicho...!

Repasó las siguientes fotos con afán mientras los latidos de su corazón se disparaban.

Juls por todas partes.

En algunas estaba sola, en otras, acompañada por él.

Había imágenes tomadas en El Cisne — conocía bien el entorno porque había estado allí varias veces— en las que ambos llevaban ridículos sombreros y se reían. En uno de los selfis, él lucía uno de cowboy blanco y ella una gorra rastafari de colores y se estaban besando.

Se estaban besando.

Se llevó la mano al cuello, donde había comenzado a latirle una vena con fuerza, y trató de asimilar toda esa información mientras seguía pasando imágenes hasta que se topó con otras de ambos en un concierto. Era de noche y al aire libre. Pellizcó la pantalla para ver quién era el cantante... ¡Ara Malikian!

¡Joder! ¡Ese era el concierto del que ella había hablado la tarde anterior! Habían ido juntos.

Cerró los ojos y respiró hondo. Estaba hecho un lío.

Juls y él.

Juls era *su chica*. La chica de los mensajes que le tenían encandilado.

No entendía nada. ¿Por qué se lo habían ocultado? Estaba claro que toda su familia la conocía, por eso las muestras de afecto hacia ella. ¿Y Juls? ¿Por qué ella no le había dicho nada? ¿Por qué había fingido ser casi una desconocida para él?

Continuó pasando fotos, deteniéndose en las que aparecía ella sola y ampliándolas. Su sonrisa era preciosa y sus ojos castaños, sumamente elocuentes.

También había unos cuantos selfis de ambos con una puesta de sol a sus espaldas. No tardó ni un segundo en reconocer el lugar en el que se encontraban. El Mirador de la Cruz. La mortificación le invadió al recordar cómo, la tarde anterior, le había recomendado que subiera a visitarlo y cómo ella le dijo que ya había estado allí. Dejó escapar un gemido cargado de frustración y se echó hacia atrás en el banco, elevando la vista al cielo azul preñado de nubes blancas.

Ahora entendía el porqué de su actitud cada vez que estaba con él.

Solo hacía unas horas había estado sentado a su lado...

¡Joder! Aquello era una locura.

No permaneció demasiado tiempo alejado de las fotos. Retornó a ellas al cabo de unos segundos y siguió inspeccionándolas con ansia. El Jorge que

aparecía junto a Juls era un Jorge diferente al que él veía en el espejo cada mañana. El de las fotos se mostraba lleno de entusiasmo, como si fuera la persona más feliz del mundo.

Probablemente lo era.

En realidad, ambos parecían dichosos.

Juls no se parecía en nada a la esquiva mujer con la que había coincidido el domingo y la tarde anterior. La chica de las fotos, esa que le besaba con ímpetu y le contemplaba con admiración, estaba colada por el chico de expresión soñadora de las imágenes.

Extravió la vista en algún punto al otro lado de la calzada. Sus pensamientos formaban una particular mezcolanza de ideas enmarañadas.

El móvil comenzó a emitir una conocida melodía y sus ojos se abrieron desmesuradamente mientras los posaba sobre la pantalla. Era su madre. Pero eso no era lo sorprendente, sino la canción. ¡Era *Nothing's gonna stop us now* !

— ¡Joder! — masculló.

Desvió la llamada al buzón de voz y le envió un wasap a su madre para decirle que todavía no había terminado y que la llamaría cuando acabase. No tardó en recibir un *Ok* por respuesta.

Así que ambos compartían el mismo tono de llamada.

Debía de ser una canción especial para ellos.

Tenía que haberlo sospechado antes. Todas las pistas estaban ahí. La melodía, la inicial de su nombre, el que Erika se comportase de esa manera inusual cada vez que hablaba de su amiga, las extrañas reacciones de ella, y ese olor a mandarina de su cabello que le había traído el vago vestigio de un recuerdo...

— Juls... — pronunció el nombre en voz alta para ver si el sonido despertaba algún sentimiento en él, pero no. Todo seguía en la oscuridad.

Completamente confundido, jugueteó con el móvil, girándolo entre sus manos. Terminó por desbloquearlo y entrar de nuevo a la galería. No solo había fotos, constató, también había unos cuantos vídeos. No tenía auriculares, así que bajó el volumen y pulsó sobre uno de ellos. Era un vídeo breve en el que Juls hablaba a la cámara solo unos segundos. Lo contempló con atención, siguiendo el movimiento de sus labios, ansioso por

saber qué estaría diciendo. Finalmente, se llevó el aparato a la oreja y volvió a reproducirlo.

Puede que seas el hombre de mi vida. No tengo pruebas, pero tampoco dudas...

Y después de esas palabras había una risa juguetona.

Jorge se incorporó con rapidez y se guardó el móvil en el bolsillo. Tenía las emociones a flor de piel y necesitaba estar solo y no rodeado de gente que iba a la compra y hablaba en voz alta.

Echó a andar hacia el Parque de Elche, que quedaba solo a doscientos metros de donde se encontraba, justo al lado del puerto. No tardó en alcanzar su destino. A esa hora de la mañana solo había jubilados que daban de comer a las palomas sentados a la sombra de las numerosas palmeras.

Tomó asiento en una de las jardineras que estaban orientadas hacia la playa, pero las vistas no le interesaban demasiado. Apoyó los codos en las rodillas y echó el peso del cuerpo hacia delante, enterrando la cara en las manos.

Sus pensamientos volaron hacia Juls. Apenas se podía imaginar cómo tenía que haberle afectado toda esa historia. Seguro que estaba destrozada. Las ganas de llamar a su hermana y preguntarle por ella le desbordaron, mas se reprimió. Era mejor hablarlo en persona. Esa tarde, cuando Erika volviera a casa, la confrontaría con lo que había averiguado. Y lo mismo haría con Diego. Necesitaba saber más.

Pese a que su mente era un puro caos, había algo que sí tenía claro.

Necesitaba desesperadamente volver a verla.

Tenían que hablar.

Capítulo 27

Jorge

Después de que su madre le recogiera y regresaran a casa, se había encerrado en su habitación y había pasado allí la mayor parte del día, repasando febrilmente las fotos, buscando detalles nimios que quizá pudieran darle más pistas sobre su relación. También visualizó todos los vídeos que había en la memoria del teléfono. Algunos eran muy divertidos; ella le contaba cómo había pasado el día o simplemente le daba las buenas noches. Otros, en cambio, destacaban por su atrevimiento y despedían un tinte tan erótico que le hicieron sudar y sentirse como un *voyeur*.

Todo parecía indicar que Juls y él habían tenido una relación muy profunda.

Hacía ya un buen rato que había dejado el móvil sobre la mesilla y se había tumbado en la cama. Caía la tarde y las sombras comenzaban a entrar por la ventana. Estaba absorto contemplando el techo mientras pasaba revista al encuentro del día anterior en el Nevada. Una profunda vergüenza le invadió al recordar partes de la conversación.

Entonces, ¿eso quiere decir que me has visto desnudo?

¡Joder!

Debía de haber sido complicado y muy duro para ella actuar con serenidad después de escuchar algo así. Se sentía como un tonto. Pese a que la lógica le decía que no tenía culpa alguna y que todo se debía a las desafortunadas circunstancias, la necesidad de pedirle perdón se instaló en su interior.

Perdón por haber olvidado una historia de amor tan especial como la suya...

Perdón por haber olvidado sus besos, sus caricias, sus abrazos, sus palabras...

Perdón por haberla olvidado a ella...

Cerró los ojos y trató de atraer esos recuerdos compartidos, guiándose por las fotos que había visto: el concierto de Malikian, la visita al mirador, el rastro de El Cisne...

Su respiración se aceleró y la presión aumentó en su pecho cuando solo un abismo oscuro se presentó en su cabeza.

¡Maldita amnesia!

Malhumorado, se levantó de la cama y cogió su diario, dispuesto a plasmar en el papel la angustia que le recorría por dentro, pero no pudo escribir ni una sola palabra porque alguien llamó a la puerta con unos suaves golpes.

— ¿Jorge? ¿Puedo pasar?

Erika.

Azuzado por la impaciencia, se acercó a la hoja de madera y la abrió con brusquedad. Su hermana le miró con los ojos muy abiertos, sorprendida.

— ¿Estás bien? ¿Pasa algo? Dice mamá que llevas todo el día encerrado.

— Estoy bien. Necesito hablar contigo.

— ¿Me puedo dar una ducha primero? Estoy llena de grasa.

Jorge la miró de arriba abajo. Tenía el pelo recogido en una coleta de la que se escapaban algunos mechones y una mancha negruzca en el pómulos. Llevaba unos viejos vaqueros anchos y una sudadera gris con aspecto de haber sobrevivido a duras penas a un terremoto. Era la ropa con la que solía ir al trabajo.

— No — rechazó—. Esto es urgente. — Cerró la puerta y se dirigió a la cama. Tomó asiento en el borde y aguardó a que Erika hiciera lo mismo.

— Estás muy serio. ¿Qué es lo que ha pasado? — Le miró desconcertada.

— Hoy he ido a recoger mi móvil que ya estaba reparado — comenzó con calma—. Y he... visto las fotos que tenía guardadas. Juls está en todas ellas. Juls y yo. Juntos.

La expresión del rostro de Erika cambió por completo y se opacó. Dejó escapar un suspiro y bajó los párpados.

— Vale.

— ¿Vale? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? — exclamó en voz más alta de lo que había pretendido—. ¿Por qué no me lo dijiste?

— Juls no quería.

Aquella respuesta le llegó como un golpe en pleno plexo solar. Se puso de pie como impulsado por un resorte, con los puños apretados.

— Pero ¿por qué? — logró articular.

— No quería presionarte. No quería que te vieras obligado a nada.

— ¿Obligado a qué? — Debía de ser estúpido, pero no lo entendía.

— A reanudar la relación o a intentar forzar algo que en tu mente ya no existía. Es su argumento, no el mío. Yo traté de convencerla de que te lo dijera.

Jorge guardó silencio. Se había quedado sin palabras.

En ese momento, alguien más llamó a la puerta.

Murmuró un exabrupto mientras se dirigía a ella y la abría. En el umbral se recortó la figura de Diego.

— ¿Pasa algo? He escuchado voces — dijo este con expresión preocupada.

— Tú también lo sabías, claro — espetó.

— Yo también sabía, ¿qué?

— Lo de Juls.

Diego soltó un ligero suspiro y se adentró en la habitación. Se dirigió hacia la cama y se sentó junto a Erika.

— Lo sabía — admitió en voz baja— . Lo sabemos todos. Papá, mamá y Lukas. Y tus amigos también. Antes del accidente no hablabas de otra cosa. Estabas colado por ella.

— Me siento como un gilipollas — dijo Jorge, frotándose la frente.

— Pues no te sientas así. El hecho de que no te hayamos dicho nada es porque todos tenemos la esperanza de que tus recuerdos regresen. Además de que ella nos lo ha pedido. Queríamos darte tiempo.

— ¿Y si mis recuerdos no regresan? — escupió con furia— Entonces, ¿qué?

— Más tarde o más temprano te lo habríamos dicho — repuso Erika— . Solo que te has adelantado y lo has descubierto por ti mismo.

Jorge se dio media vuelta y se acercó a la ventana. Unas cuantas estrellas destacaban en el oscuro cielo vespertino.

«Tan oscuro como mi jodida memoria», se dijo para sus adentros con un matiz de cinismo. Su cabreo inicial se amortiguaba lentamente dando paso a un hondo desencanto.

— ¿Esto lo habéis hablado con la doctora Carmena? — inquirió.

— Sí — respondió Diego—. Le consultamos sobre cómo proceder. Nos dijo que un encuentro con Juls quizá fuese beneficioso para ti. Que no perdíamos nada por intentarlo.

— ¿Beneficioso? — se rio con amargura—. Para lo único que ha servido ha sido para hacerle daño a ella. Eso lo tengo más que claro. La he herido con todas y cada una de mis palabras. Y yo sigo igual, con esta puta pieza de puzle extraviada aquí dentro — terminó con voz ahogada mientras se golpeaba la frente con los dedos.

Después de eso ninguno de los tres dijo nada.

— ¿Cómo lo has averiguado? — rompió el silencio Diego.

— He recuperado mi móvil y he visto las fotos y los vídeos — reconoció Jorge con tono fatigado—. El domingo pasado, cuando me dijiste que estaba con alguien, empecé a investigar. Hace días que encontré los wasaps que intercambié con ella, pero ha sido hoy cuando he tenido la confirmación de que era Juls. — Hizo una pausa—. ¡Joder! Ayer por la tarde estuvimos juntos y no la reconocí — lamentó—. Le dije tantas gilipolleces... Tenía que haberlo sabido — murmuró, llevándose las manos a la cabeza.

— ¿Cómo ibas a saberlo? — Erika se situó tras él y le puso una mano en el hombro. Su rostro se reflejó en el cristal junto al suyo.

— ¡Porque todo encajaba! La inicial de su nombre, vuestro comportamiento cuando ella estaba delante, el suyo, su tono de llamada y ese olor tan familiar...

Se dio la vuelta y se encaró con ambos que le contemplaban con preocupación. Diego también se había puesto de pie.

— Quiero verla — dijo con firmeza, dirigiéndose a su hermana.

Ella chasqueó la lengua y bajó la barbilla clavando la vista en el suelo.

— Me ha mandado un wasap esta mañana. Ha vuelto a Madrid.

— ¡Mierda! — exclamó Jorge. Cerró los ojos y cogió aire.

— Me ha dicho que me llamaría esta tarde — continuó ella—. Supongo que no tardará en hacerlo.

Jorge no dijo nada más. Comenzó a dar paseos nerviosos por el cuarto.

— ¿Qué vas a decirle si la vuelves a ver? — le preguntó Diego.

— No tengo ni la más remota idea. La verdad, supongo. ¡Dios! — Se detuvo en medio de la habitación, elevó la cara hacia el techo y ancló los ojos en él—. ¿Qué cojones puedo decirle? ¿Pedirle perdón por haberla olvidado?

— No es culpa tuya, Jorge — dijo su hermano con serenidad.

— Lo sé. Joder, ayer mismo en la cafetería dije que no me interesaba porque había otra persona. ¿Creéis que me escuchó?

— Ni idea — repuso Diego.

— ¿A qué persona te referías? — intervino Erika—. Ni te lo pregunté porque estaba demasiado ansiosa por todo esto.

Jorge resopló con incredulidad antes de responder.

— A ella misma — admitió.

— ¿Cómo?

— Desde que leí los wasaps que nos intercambiamos solo la tengo a ella en mi cabeza — confesó.

Una exclamación ahogada brotó de la garganta de su hermana, pero no pudo replicar más porque su móvil comenzó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y le echó un vistazo a la pantalla. Jorge la interrogó con la mirada.

— Es ella — susurró.

— Pon el manos libres — le pidió—. Por favor.

Erika pareció vacilar, pero terminó por aceptar la llamada y pulsar el icono del altavoz.

— Hola, Juls.

— Hola, Erika.

Jorge bajó los párpados al escuchar su voz.

— No esperaba que regresaras a Madrid tan pronto. Pensaba que te quedarías unos días más.

— ¿Para qué? ¿Para que volvamos a encontrarnos y él siga mirándome como si fuera una extraña? ¿Para que me diga que le gusta otra? Me duele demasiado.

— Te entiendo, Juls. Tiene que ser muy jodido para ti. ¿Pasó algo ayer cuando os dejé solos?

— No pasó nada. Absolutamente nada. Él fue encantador, tal y como es siempre. Me recomendó sitios a los que podía ir en Benidorm... — se le quebró la voz, pero continuó con una risa agria— : ¡Sitios a los que ya había ido con él! Fue horrible, Erika. Me sentí miserable. Lo que me apetece cuando le tengo a mi lado es abrazarle y besarle todo el tiempo. Y lo único que puedo hacer es fingir que me es indiferente y pretender que solo somos conocidos... No puedo hacerlo. ¡No puedo!

Jorge apretó la mandíbula. Aquellas palabras llenas de desesperación le removieron por dentro. Podía sentir su angustia como si fuera la suya propia. Sus ojos se cruzaron con los de Diego, que le contemplaba con un brillo empático en sus profundidades azules.

— Joder, Juls. Me duele escucharte así de triste. Si hay algo que yo...

— No — la interrumpió—. No puedes hacer nada. Te has portado genial conmigo. Todos lo habéis hecho. Solo te pido que me tengas informada sobre sus progresos.

— Claro. — Erika levantó la cara y miró a Jorge antes de continuar— : Ya sé que no quieres que le digamos nada de ti, pero creo que él debería saberlo.

— ¿De qué le va a servir saber que tuvo una aventura con una chica? Lo nuestro fue... algo breve.

Jorge rechinó los dientes. ¿Una aventura? Tenía cientos de textos, fotos y vídeos que demostraban lo contrario.

— ¿Una aventura? — masculló Erika como si le hubiera leído los pensamientos—. De sobra sabes que lo vuestro era más que eso.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea en el que se escuchó perfectamente su respiración entrecortada.

— No todas las historias de amor tienen un final feliz — dijo al fin con determinación—. Tengo que dejarte ahora. Te llamo mañana y hablamos.

— Vale. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

La despedida fue rápida y, solo un segundo después, Erika cortaba la comunicación y se encaraba con Jorge.

— Está hecha polvo.

— No me extraña — repuso Diego.

Jorge se dirigió a la cama y se dejó caer sobre el colchón con pesadez. Casi por inercia, alargó la mano y cogió su móvil. Lo desbloqueó y el fondo de pantalla en el que aparecían las dos jotas unidas por el corazón se mostró antes sus ojos. Se quedó un buen rato mirándolo.

— ¿Cómo nos conocimos?

— Fue en septiembre, una noche en La Sal — dijo Erika—. Ella estaba de vacaciones aquí con una amiga. Creo que fue un flechazo en toda regla, al menos eso parecía.

— Yo... la quería, ¿verdad?

Tanto Erika como Diego asintieron.

— Me gustaría poder recordarla — admitió con voz áspera.

Accedió de nuevo a la galería de imágenes y encontró una en la que estaban juntos. Ella miraba a la cámara con una sonrisa y ojos que deslumbraban. No, no solo deslumbraban, eran como mundos colisionando, explotando, causando una brecha infinita e irreparable de suma felicidad.

En realidad, ambos tenían la misma expresión en la cara.

Era pura perfección.

Se le encogió el pecho y una ola de cálido anhelo le penetró hasta la médula.

Capítulo 28

Juls

Había transcurrido una semana desde su regreso a Madrid. Una semana llena de altibajos constantes, de momentos relativamente buenos y de otros muy malos. Había intentado llenar su tiempo trabajando, manteniendo largas conversaciones con Félix y con Mariu, saliendo de compras con Sonsoles y hasta quedando con Sergio para tomar café.

Nada le había servido. Su cabeza seguía llena de Jorge.

Todas las tardes contactaba con Erika para que esta le informara de sus progresos, pero la respuesta era siempre la misma: *Jorge está bien, pero todavía no recuerda nada*. Y cada vez que escuchaba esas palabras, su corazón volvía a hacerse pedacitos de nuevo. No obstante, debía de tener una vena masoquista en su interior porque seguía llamando.

Suspiró bajito.

Hacía un rato que había intentado contactar con Erika y esta no le había cogido el teléfono. Seguro que en breve le devolvería la llamada.

Miró la hora en la pantalla del portátil y se dio cuenta de que ya eran las siete. En solo una hora, Félix pasaría a buscarla para ir a cenar a casa de sus padres. Era Nochebuena y Rodri y su familia también iban a estar presentes.

Se incorporó, estirando los brazos en el aire para estimular los músculos de la espalda. Demasiadas horas frente al ordenador escribiendo. Había mucho silencio en el ambiente y eso le había permitido concentrarse y adelantar trabajo. Sonsoles se había ido a pasar esos días con su familia y Juls tenía el piso para ella sola.

Se encaminó al baño para darse una ducha. Reguló el agua y cuando esta estuvo a la temperatura deseada se introdujo en la cabina y dejó que el potente chorro se llevara el cansancio y la melancolía en la que parecía estar inmersa desde hacía semanas. Sabía que era un alivio momentáneo y que todos sus problemas retornarían con fuerza en cuanto abandonase esa

ducha, no obstante, trató de relajarse y de olvidarse de todo, aunque solo fuese por unos instantes.

No tuvo mucho éxito.

Ese año las navidades la habían pillado por sorpresa. Solía disfrutar de esos días con entusiasmo como cuando era una cría. Le encantaba ir de compras y salir por el centro de la ciudad para admirar las luces, pero la situación en la que se encontraba había hecho imposible que se divirtiese. No tenía ganas de celebraciones ni de encuentros festivos, pero no podía fallarle a su familia, así que esa noche se pintaría una sonrisa falsa y trataría de que nadie notara que estaba triste. Solo su hermano Félix era conocedor de su historia.

Se enjabonó el cuerpo y se lavó el pelo con energía. Después, apoyó la frente sobre la pared de azulejos y dejó que el agua arrastrara los restos de espuma.

Cerró los ojos con fuerza cuando un vívido recuerdo de una conversación que tuvo con Jorge acudió a ella. Habían acordado pasar el fin de año juntos. En Benidorm, en el Hotel Madeira Centro, que, según le contó él, disponía de una terraza panorámica con restaurante en la planta veinte. Desde allí verían la puesta de sol y cenarían algo suave para después irse a una suite a celebrar la entrada del nuevo año fundidos el uno en el otro.

Sí, esos habían sido sus planes.

Ya nada de eso iba a suceder.

A pesar de que el agua caliente le caía encima de los hombros y el vapor había convertido la ducha en una sauna, se le puso la carne de gallina.

«No pienses en él. No lo hagas».

Estaba tan ensimismada que apenas se percató de que su móvil sonaba en la habitación contigua. Se apresuró a cerrar el grifo y a salir de la cabina. Se secó someramente y, envuelta en la toalla, corrió hacia el salón, pero cuando llegó ya era tarde, el teléfono no emitía sonido alguno.

Seguro que era Erika devolviéndole la llamada.

Cogió el aparato y lo desbloqueó.

El nombre que aparecía en la pantalla no era el de la rubia.

Era el de Jorge.

Le fallaron las piernas y se dejó caer en el sofá, desmadejada. ¿Jorge la había llamado? ¿Significaba eso que había recuperado la memoria? ¿La recordaba?

Apenas se había formulado todas esas preguntas a sí misma cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo y estuvo a punto de dejarlo caer al suelo por la agitación. *Jorge*. Se quedó mirando aquellas cinco letras con la boca entreabierta y la respiración acelerada. En el par de segundos que tardó en aceptar la llamada, miles de ideas se manifestaron en su interior, todas ellas teñidas de un vestigio esperanzador.

— ¿Sí? — respondió casi sin aliento.

— Hola, Juls.

¡Dios! ¡Su voz!

— ¿Hola?

— ¿Sabes quién soy?

¿Cómo no iba a saberlo? Incluso si no hubiera tenido su número guardado, le habría reconocido en cualquier parte. Nadie hablaba como él. Nadie conseguía que se agitara por dentro de ese modo.

— Claro. Eres Jorge. — No le gustó demasiado la vulnerabilidad que destilaba su tono.

— Eh, sí.

— ¿Estás... bien? — preguntó titubeante.

— Estoy bien.

Hablaba con una ligera impronta de timidez como si no estuviese seguro de qué decir a continuación. Juls dejó que el silencio se expandiera entre ellos. El conato de esperanza que había sentido hacía unos segundos se diluía lentamente.

Ese no era *su* Jorge.

— No sé muy bien cómo decirte esto — continuó él al cabo de unos segundos—. No me andaré por las ramas. Sigo sin recordar nada, pero sé quién eres — suspiró—. Sé que eras... mi chica.

Juls enterró la mano entre sus muslos. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar. *Su chica*. ¿Cómo lo habría averiguado? ¿Se lo habrían dicho sus hermanos? No pudo seguir con sus elucubraciones porque él continuó hablando:

— He visto las fotos que nos hicimos juntos y también he leído los mensajes que intercambiamos. No lo había hecho antes porque no tenía mi móvil. Te he llamado en cuanto me he enterado... — Se detuvo y emitió un áspero soprido—. No. Es mentira. Lo averigüé hace días, pero me ha costado dar el paso de contactar contigo. No estaba seguro...

¿Su móvil? ¡Claro! Tenía sentido. Ni siquiera sabía por qué no se le había ocurrido pensar en ello antes. Casi toda su relación estaba plasmada en fotos, vídeos y mensajes.

— Oh...

Quería decir algo más que ese tonto monosílabo que escapó de su boca. Quería decir muchas cosas, pero tenía la sensación de que, en cuanto comenzara a hablar, sería incapaz de contener el llanto.

— Sé que esto es difícil para ti, Juls. No puedo ni imaginarme lo que tiene que ser experimentar algo así. Yo... yo lo siento mucho...

— No te disculpes — le interrumpió—. No es culpa tuya.

— Lo sé, lo sé — murmuró.

Hubo una larga pausa bastante embarazosa y Juls se vio en la obligación de romperla. Hasta el momento, era él quien había hablado todo el tiempo y ella se había limitado a escuchar. No se sentía preparada para profundizar en ese asunto y se escudó en otro tema menos escabroso.

— ¿Cómo... llevas la terapia?

Él emitió un ligero carraspeo. Quizá se sentía igual de turbado que ella y el cambio de tema le convenía.

— Bien. Me gusta la psicóloga. Me está ayudando mucho a... aceptar mi situación.

— Eso es genial.

— La semana que viene me van a hacer otro TAC. Si los resultados son positivos, me podré incorporar al trabajo. Estoy agobiado de estar todo el día en casa.

— Me lo imagino. ¿Y vas a volver a tu piso o te vas a quedar con tus padres?

— No me lo he planteado por ahora, pero supongo que volveré a mi piso. Echo de menos ser un poco más independiente. Toda mi familia está encima de mí ahora mismo.

— Están preocupados.

— Lo sé.

De nuevo hubo un silencio preñado de incomodidad.

Era casi irreal tenerle al otro lado de la línea y hablar con él de ese modo tan banal, como si ella no se estuviera muriendo por dentro.

— Eh... Juls...

Bajó los párpados al escucharle pronunciar su nombre. ¡Qué bien sonaba saliendo de su boca!

— Dime.

— Soy consciente de que no tengo que disculparme, pero quiero hacerlo.

— No es necesario.

— La última vez que nos vimos en el Nevada, sé que fue un momento bastante duro para ti. Mi torpeza hablándote...

— Torpeza ninguna — rechazó con contundencia— . Fuiste encantador.

Él liberó una risa que a ella le llegó al alma. Sintió cómo el calor se le concentraba en las mejillas.

— ¿Encantador? Vaya, me alegro de que pienses así de mí — dijo y después se detuvo. Incluso a través del teléfono era palpable que deseaba decir algo más y que estaba buscando las palabras adecuadas— . ¿Sabes una cosa? — continuó al fin tras un lapso de tiempo— . Durante unas semanas he estado utilizando un viejo móvil de mi hermano por eso no podía acceder a las fotos, pero sí pude descargarme la aplicación de mensajes. Te tenía guardada con la letra jota seguida por un corazón, por eso, en un primer momento, aunque leí todos los textos que nos enviábamos, no los asocié contigo.

— Ah...

¿Una jota seguida por un corazón? Juls no pudo evitar sonreír con tibieza. Jorge siempre fue un romántico.

— Esas conversaciones me revelaron la gran complicidad que había entre los dos. Confieso que me divertí mucho leyéndolas. Parecíamos muy cercanos y estaba impaciente por saber quién era J. La verdad es que empecé a pensar en ella todo el tiempo... — Hizo una pausa— . Cuando por fin pude recoger mi móvil y vi las fotos fue todo un shock, puedes

creerme... — murmuró y terminó en voz queda— : Pero me alegro de que seas tú.

A Juls se le quedó el aire atascado en la garganta. ¿Qué significaba aquello? Entonces, ¿era ella misma la chica a la que se había referido en la cafetería cuando decía que había otra persona que le interesaba? No se atrevió a preguntárselo por miedo a escuchar una respuesta poco satisfactoria.

— Bueno...

— ¿Sigues teniendo a Starship como tono de llamada? — la interrumpió, cambiando de tema.

— No — admitió.

— Vaya... Yo sí.

Su corazón se saltó un par de latidos al escucharle decir eso.

— Era nuestra canción, ¿verdad? — continuó él.

— Era una canción que te gustaba — suspiró—. Decías que te recordaba a nosotros.

— ¿Y por qué ya no la tienes?

— Después de todo lo que ha pasado, me provocaba dolor cada vez que sonaba mi móvil — se sinceró.

— Entiendo — repuso él.

De nuevo el silencio se adueñó de la conversación. Juls se echó hacia atrás en el sofá, sin importarle demasiado que la toalla se deslizara y dejara gran parte de su cuerpo al descubierto.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza a él? Pagaría una fortuna por saberlo. Siempre fueron tan francos el uno con el otro y, ahora, ambos parecían medir cada frase que salía de sus bocas. Era como andar sobre una cuerda floja con mucho cuidado para no perder el equilibrio.

— Hay tantas cosas que me he perdido — dijo él en voz queda—. No sé si volveré a recordarlas, pero me gustaría que me las contaras... Joder, ni siquiera sé si esto que te estoy pidiendo es demasiado para ti.

Le dolió escucharle así de confundido.

— Puedo contártelas — aceptó—. Y no es demasiado para mí. No te dejes guiar por mi aspecto frágil, soy una mujer de armas tomar. — Se permitió el lujo de bromear.

— No lo dudo — repuso con jovialidad. Y después de una pequeña pausa, añadió— : ¿Vas a volver a Benidorm?

La indecisión la apresó. Si era sincera consigo misma, deseaba regresar y volver a verle, pero no sabía si eso sería lo más adecuado.

— Creo que no.

— Vaya... Qué pena. Sería genial que lo hicieras.

Cerró los ojos y tragó saliva con fuerza al escuchar la desilusión en su voz.

El timbre del portero automático sonó con estridencia, sobresaltándola. ¿Ya eran las ocho? Se le había pasado el tiempo volando.

— No quiero molestarte más — dijo Jorge al otro lado de la línea. Era obvio que él también lo había escuchado.

— No me molestas. Es mi hermano que ha venido a buscarme. Vamos a cenar a casa de mis padres. Espera.

Se acercó a la entrada y descolgó el telefonillo.

— ¿Sí?

— Soy yo. ¿Bajas? — resonó la potente voz de Félix.

— Voy a tardar un poco. ¿Quieres subir?

— No, que he aparcado en una zona de carga y descarga. Te espero aquí abajo.

— Vale. Dame quince minutos.

Colgó y volvió a la conversación con Jorge.

— Ya estoy aquí.

— Sé que te tienes que ir, pero no quiero despedirme sin antes haberte pedido un favor... Me gustaría que mantuviésemos el contacto.

¿El contacto? ¿De qué manera? ¿Como amigos?

No era suficiente. No lo era. Ella quería más, mucho más. Quería a su Jorge, a ese chico que la había conquistado con su sonrisa fácil y sus frases ingeniosas. A ese chico que parecía conocerse todo el repertorio de Kiss FM y que no se avergonzaba de cantar con voz de falsete para arrancarle una sonrisa. A ese chico que ponía su mundo del revés con cada beso y cada caricia. A ese chico que cada vez que la miraba le arrebatava el suelo de debajo de los pies.

Al chico maravilloso del que estaba enamorada.

Notó cómo su labio inferior comenzaba a temblar y se lo mordió para evitar soltar un sollozo. No quería que él se diera cuenta de su tristeza.

— Juls — pronunció su nombre con apremio.

— ¿Sí?

— No dices nada. ¿Puedo volver a llamarte?

No podía negarse, ¿verdad? Y tampoco podía exigirle nada.

— Claro.

— Si no quieres...

— Sí quiero.

— Vale — dijo con alivio—. Pues... te llamo.

— Hazlo.

— Eh... Adiós.

¿Sonaba reacio a terminar la conversación o eran imaginaciones suyas?

— Sí, adiós...

Cortó la comunicación y cogió aire profundamente.

Jorge la había llamado.

¡La había llamado!

Bajó los párpados abrumada por la miríada de sensaciones que se agolpaban en su interior.

Apenas había tenido tiempo de asimilarlo cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo en su mano. Miró la pantalla con aprensión.

Era él.

¿Otra vez? ¿Habría olvidado algo?

— ¿Sí? — respondió.

— Hola. Como me has dicho que podía volver a llamarte — susurró él y había travesura en su tono.

Compuso una sonrisa tonta. ¿Estaba flirteando con ella?

— No pensé que lo harías tan pronto.

Él se rio.

— Ya ves, soy un hombre impredecible. No, en serio, solo quería desearte una Feliz Navidad.

Se derritió por dentro.

— Oh, sí. Feliz Navidad para ti también.

— Estamos en contacto.

— Sí, claro.

Esa vez, cuando finalizó la llamada, se quedó quieta en medio del pasillo, sosteniendo el móvil contra su pecho.

No quería hacerse ilusiones.

No podía olvidar que Jorge no la recordaba ni recordaba lo que sentía por ella.

Pero el corazón le daba saltos en el pecho.

Capítulo 29

Jorge

Las fiestas de fin de año en casa de los Alba eran legendarias. Desde que Jorge tenía uso de razón, sus padres siempre habían organizado alguna. Invitaban a sus amigos y animaban a que sus hijos hicieran lo mismo. La tradición consistía en que la familia se adentraba en el nuevo año comiendo las uvas en solitario, pero luego, las puertas de la casa se abrían para todo el mundo. Solo en muy contadas ocasiones alguno de los Alba había faltado un treinta y uno de diciembre.

Ese año estaban todos presentes. Acababan de ver las campanadas en televisión y estaban brindando mientras se abrazaban unos a otros.

— ¡Qué cabrón eres! — le gritó Lukas a su padre—. ¡No me he podido comer las doce uvas por tu culpa!

Tony Alba le sacó la lengua al tiempo que alzaba su copa en el aire. Después, se acercó a su mujer, la cogió en volandas y le estampó un beso en la boca que ella le devolvió con fervor.

— ¡Feliz Año! — dijo Erika colgándose del cuello de Jorge. Sonreía con los ojos, bien debido al alcohol que llevaba bebiendo desde antes de la cena o al entusiasmo. Imposible precisarlo.

— Feliz Año — respondió él, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Diego se acercó a ellos y apoyó sus manos en los hombros de ambos. Lukas no tardó en unirse y los cuatro formaron una piña.

— El vestido de la Pedroche este año, una pasada — dijo Erika, refiriéndose a la presentadora del evento.

— ¿Eso era un vestido? — bromeó Lukas—. ¿No era un bañador? Hay más tela en mis calzoncillos.

— ¡No compares tus apestosos calzoncillos con su traje! ¿Verdad, Diego?

— A mí no me metas. Yo solo tenía ojos para el presentador — se chanceó este.

Jorge se descubrió tragando saliva y tratando de contener la emoción. Quizá porque últimamente habían pasado demasiadas cosas, pero estaba más sensible que de costumbre. Adoraba a sus hermanos y verlos así, juntos e intercambiando chascarrillos le removía por dentro.

— ¿Habéis conseguido comer las uvas? — preguntó Lukas dando un paso atrás.

— Por supuesto — repuso Diego.

— Joder, papá me ha empujado y se me han caído dos al suelo.

— Pues ya sabes, este año vas a tener mala suerte — se burló Erika.

El patriarca de la familia abrió los ventanales que daban al jardín para trasladar la reunión al exterior y se dirigió al equipo de música. Hacía un tiempo espléndido; apenas se necesitaba una fina chaqueta para aguantar la temperatura. Los altavoces no tardaron en escupir una antigua canción de David Bowie y el ambiente se llenó con sus acordes.

La familia al completo comenzó a hacer viajes desde la cocina, trasladando botellas, vasos, hielo y algo de picoteo al jardín. Los invitados llegarían de un momento a otro.

— ¿Vas a llamarla? — le preguntó Diego a Jorge cuando se quedaron solos al lado de las tumbonas, que habían cubierto con unas mantas floreadas.

— Sí — respondió.

— Felicítale el año de nuestra parte.

— Claro. — Una gran sonrisa se mostró en sus labios al pensar en Juls.

— ¿Y esa sonrisa de felicidad? — inquirió Diego, dándole un codazo.

— No sé. Quizá porque es fin de año. — Se encogió de hombros con displicencia.

— Pfff — resopló su hermano y elevó la vista al cielo—. A otro con ese cuento. Es evidente que ha sido porque la he mencionado.

— Vale, me pillaste — reconoció Jorge con un ademán—. Es por ella. Pensar que por fin vamos a hablar me hace sentir bien.

— ¿No habéis hablado desde Nochebuena?

— No.

Habían mantenido el contacto, pero solo a través de wasaps. Todos ellos breves y superficiales que a Jorge le resultaron insuficientes. Él deseaba llamarla por teléfono, escuchar su voz y hacerle infinidad de preguntas, pero iba con pies de plomo porque era muy consciente de que Juls se mostraba reticente.

Sus escuetas respuestas a los textos que él le enviaba lo probaban.

Y mientras ella le mantenía a distancia, él comenzaba a obsesionarse. Había descubierto la revista en la que trabajaba y se había dedicado a leer los artículos que llevaban su firma. Incluso hablando de cosas tan prosaicas como la fruta más adecuada para perder peso o los diez mejores consejos para triunfar en una salida de chicas tenía gracia y era muy incisiva. Su carisma escribiendo era incuestionable. Era la chica de los mensajes en estado puro.

Estaba simplemente cautivado.

Erika se acercó a ellos en ese instante.

— Juls me acaba de felicitar el año, que lo sepas. — Agitó el móvil en el aire.

— ¿Qué te ha dicho? — preguntó, intentando disimular su ansiedad y fracasando estrepitosamente.

— Nada especial. Feliz Año y que espera que podamos vernos pronto.

Jorge se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros donde solía estar su móvil, pero lo encontró vacío. Claro, lo había dejado cargando en su habitación.

— ¿Qué hacéis ahí? — El grito de su padre desde el otro extremo del jardín los interrumpió—. ¡Venid a ayudar!

— Anda, id vosotros. Yo me voy a escaquear para llamarla.

— Suerte — le deseó Diego con una palmadita en la espalda.

Se despidió de sus hermanos y se dirigió a su habitación, buscando privacidad. Cerró la puerta, pero incluso así la música y las conversaciones de su familia llegaron claras hasta él. Se acercó a la mesilla y desenchufó el móvil del cargador. Echó un rápido vistazo a sus wasaps. Tenía unas cuantas felicitaciones de sus amigos y compañeros de trabajo.

Ninguna de ella.

¡Joder! ¿Le enviaba un mensaje a Erika y a él nada?

Se sentó en el borde de la cama y trasteó unos segundos con el teléfono, titubeante. Terminó por entrar a la agenda y buscar su nombre. Había sustituido la J por Juls, pero el corazón lo había conservado. Eliminarlo no le parecía bien. Sí, así de embobado estaba...

Podía enviarle un meme o algo.

No. Demasiado impersonal.

Apretó los labios con determinación y la llamó antes de poder arrepentirse.

El teléfono sonó y sonó hasta que saltó el buzón de voz.

Se quedó mirando el aparato con la frente arrugada, muy decepcionado.

«¿Qué pensabas? ¿Que ella iba a estar sentada con el teléfono en la mano, esperando tu llamada?».

Pues sí. En realidad, había esperado más interés por su parte. A fin de cuentas, Juls seguía queriéndole, ¿no?

Sin embargo, era él quien iniciaba siempre el acercamiento.

¿Cómo era posible que las cosas hubieran dado ese giro de ciento ochenta grados?

Una risa seca brotó de su garganta. Se estaba volviendo loco. No tenía sentido que estuviera perdiendo la cabeza por una chica a la que apenas conocía, solo porque había descubierto sus conversaciones del pasado, que le tenían fascinado.

¿Y si volvía a intentarlo?

No. No quería agobiarla. Ella ya vería su llamada perdida.

Se puso de pie, dispuesto a regresar al jardín con su familia, pero antes incluso de poder dar un paso hacia la puerta su teléfono sonó. No le hizo falta mirar la pantalla para saber de quién se trataba.

Sus labios se distendieron en una sonrisa.

— Hola — respondió.

— Hola, Jorge. No he oído tu llamada — Su voz se perdía en el estruendoso ruido de fondo: una mezcla de música y conversaciones.

— Si te pillo mal...

— ¡No! Espera que me voy de aquí.

Jorge se mantuvo con el teléfono pegado a la oreja mientras escuchaba cómo los sonidos se iban alejando al otro lado de la línea hasta que al final

solo llegaron amortiguados hasta él.

— Ya — dijo ella—. Es que hay mucho jaleo, pero me he encerrado en el baño.

— Supongo que estarás en alguna fiesta.

— Sí. Unos amigos han alquilado una casa en la sierra para pasar la Nochevieja.

— Solo quería desearte un feliz Año Nuevo.

— Lo mismo digo.

¿Iba a quedar como un tonto si le preguntaba por qué había felicitado a Erika y a él no? Quizá, pero le daba igual. No era su estilo guardarse nada.

— Erika me ha dicho que le habías mandado un wasap. La verdad es que he ido a mirar mi teléfono para ver si me habías felicitado a mí también.

— Mira, Jorge... — comenzó ella.

— ¿Podemos hacer una videollamada? — la interrumpió. Las ganas de verle la cara mientras hablaban le superaron.

— Eh... sí, supongo.

Se apresuró a cortar la comunicación y llamarla por vídeo. Ella respondió al segundo tono.

Su rostro llenó la pantalla del móvil. Se había hecho algo diferente en el cabello, peinándoselo hacia arriba con gel o gomina. Llevaba una gargantilla plateada que le daba dos vueltas al cuello y su rostro brillaba como si se hubiera echado purpurina.

Jorge absorbió su exótica imagen con voracidad. Estaba increíblemente guapa.

— Mira, no te he escrito porque... porque no sabía qué decirte — confesó ella casi al instante.

— ¿Feliz Año? — propuso con una mueca—. Es simple.

— No quería ser simple — musitó y desvió la mirada.

«Vale, parece que el momento de las confesiones ha llegado».

Se quitó los zapatos y se acomodó en la cama, apoyando la espalda en el cabecero.

— Pues no seas simple. Soy todo oídos — le dijo al tiempo que le regalaba una sonrisa.

— No me resulta fácil hablar contigo — confesó.

— ¿Por?

— Con franqueza, no sé dónde me encuentro. Eres la misma persona que... con la que... — se calló y suspiró—. Eres el mismo Jorge de siempre, pero no.

La entendía perfectamente. No debía de ser nada fácil para ella.

— ¿Cómo me hablarías si no tuviera amnesia? No. Espera. No hace falta que contestes, he leído todos nuestros mensajes. Sé cómo lo hacías.

— Tenía mucha confianza con él... digo contigo... — Gimió y agitó la cabeza llena de confusión.

— Es raro, ¿verdad?

— Mucho.

Pasaron unos cuantos segundos de incómodo silencio.

— ¿Y esa fiesta en la que estás? ¿Lo estás pasando bien? — preguntó él para rebajar la tensión que se había creado entre ellos.

— Bueno, es soportable — repuso, echándose hacia atrás.

Debía de haber apoyado el móvil en algún lugar porque su imagen cambió. Ahora podía verla de cintura para arriba. Llevaba un vestido negro con un escote bastante pronunciado.

— Puedo oír el reguetón desde aquí.

Ella se rio.

— Sí, es terrible.

— Donde esté una buena balada ochentera... — ofreció él con un guiño.

— Pues sí. La verdad es que preferiría estar en otro sitio — dijo con pesar.

Una idea acudió a él de repente como un fogonazo.

— ¿Habíamos hecho planes para esta noche? — preguntó con tono indagador.

Ella extravió la vista y tardó en contestar y esa tardanza le dijo a Jorge exactamente lo que quería saber.

— Sí. Habíamos hecho planes — contestó al fin volviendo a mirar a la cámara con los ojos opacos.

— ¿Te puedo preguntar cuáles?

Ella no parecía sentirse a gusto en su piel en ese momento.

— Íbamos a ir a un hotel de Benidorm, Madeira, creo que se llama. Íbamos a ver el atardecer desde la terraza y a cenar allí. Después, íbamos a... pasar la noche en una suite.

— Vaya. Qué plan más fantástico — murmuró él.

Las vistas desde el bar Planta20, situado en ese piso del hotel eran espectaculares. Había estado allí en un par de ocasiones con sus amigos y le había maravillado. Recordaba haberse prometido a sí mismo regresar con *su chica*. Curioso que jamás se le hubiera pasado por la cabeza llevar a Claudia. Sin embargo, sí se lo había propuesto a Juls.

Después de eso ambos guardaron silencio y Jorge se dedicó a estudiarla, deteniéndose en su sutil sombra de ojos color musgo, en su nariz pequeña y en la curva de sus labios que todavía tenían un resto de carmín rosado.

Era realmente preciosa.

Las ganas de decírselo le invadieron.

«Pues díselo. ¿Qué te lo impide?».

— Estás preciosa.

Ella no reaccionó como él esperaba.

— ¡Joder, Jorge, no me digas eso! — exclamó con un tinte desesperado al tiempo que se tapaba la cara con las manos.

— Es lo que pienso — repuso con mucha seriedad.

— Vale, pero quizá para ti no signifique lo mismo que para mí — balbuceó—. Y eso me duele.

¡Mierda! No había pretendido herirla.

— Juls...

— Mira, voy a hablarte como si fueras un completo desconocido. Y te voy a explicar lo que siento con sinceridad. Si hay algo que había entre Jorge y yo era la franqueza. — Hizo una pausa y bajó los párpados, como intentando aclarar sus ideas—. Yo estaba enamorada de Jorge. Y él lo estaba de mí. Quizá todo pasó muy rápido, porque solo estuvimos juntos unos días, pero nos queríamos, ¿sabes? Jamás nos dijimos un te quiero ni nada por el estilo, pero era obvio. Podía sentirlo aquí. — Se llevó una mano al pecho—. Todo era mágico con él. Los besos, los abrazos, cada palabra que intercambiábamos. Su risa. Todo... — terminó y la última sílaba se le quedó atascada en la garganta.

Él la miró sin mover ni un solo músculo, como si todo aquello que ella decía no le estuviera afectando, pero la realidad era bien distinta.

Un horrible pinchazo de celos le removi6 por dentro.

¿Cómo podía estar celoso? ¿De sí mismo?

Aquello era una jodida locura.

Sin embargo, era real.

¿Cómo podía explicar que odiaba que esa otra persona — esa otra versión de él de la que ni siquiera se acordaba— hubiera besado y abrazado a Juls y le hubiese dicho palabras tiernas al oído?

Tenía ganas de golpear a ese otro Jorge y hacerle desaparecer.

— ¿Por qué hablas en pasado? — logró articular al fin en un susurro.

Ella apuntaló los ojos en los de él con intensidad.

— Porque él ya no está — musitó.

— Estoy aquí — repuso con brusquedad.

— ¿Sí? ¿Seguro? — Había fatiga en su tono—. ¿Qué sientes por mí, Jorge? ¿Estás enamorado de mí?

Él rechinó los dientes.

— Podría ser.

En respuesta recibió una risa amarga.

— No te engañes. Apenas me conoces.

— Tengo cientos de wasaps, de fotos y de vídeos tuyos — murmuró, sin añadir que todo eso le tenía completamente cautivado—. Creo que algo sí te conozco. Además, dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

— Eso no tiene sentido — le contradijo.

Jorge se pasó la mano por el mentón y frunció el ceño.

— Creo que deberíamos vernos — prosiguió, resuelto—. Si no vienes tú a Benidorm, iré yo a Madrid.

Juls elevó la cara con precipitación.

— ¿Cómo dices?

— Me has entendido perfectamente. Esta conversación deberíamos tenerla en persona. Es demasiado importante para tenerla por teléfono. Yo no me incorporo al trabajo hasta dentro de unos días. Puedo ir a Madrid.

Ella tardó en reaccionar. Su rostro reflejó un gran número de expresiones, desde la perplejidad más flagrante, pasando por el rechazo, hasta llegar a una especie de serena aceptación.

— No. Prefiero ir yo a Benidorm — dijo al fin.

— ¿Cuándo? — La impaciencia se deslizó en su voz.

— En unos días.

— ¿No puedes ser más concreta?

Ella meneó la cabeza con lentitud.

— Vas a por todas, ¿no?

— ¿Acaso no me conoces? Puede que pienses que no soy el mismo Jorge de antes, pero sí lo soy.

Una sonrisa fugaz se pintó en los labios de ella.

— ¡Has sonreído! — exclamó él.

— Para nada.

— Lo has hecho. ¡Ya te tengo medio conquistada! — constató con un deje triunfalista.

— Ay, Jorge... — murmuró ella con emoción al cabo de unos instantes — . Estoy muerta de miedo.

Era la primera vez que ella desnudaba su alma frente a él. Hasta el momento, su forma de expresarse había sido contenida. Era innegable que no quería exponerse demasiado, pero ese *estoy muerta de miedo* había llegado desde lo más profundo de su ser.

— ¿De qué tienes miedo? — le preguntó con suavidad.

— De ti, de mí, de que lo nuestro no funcione... De que me rompas el corazón — confesó con voz trémula.

Había tanta angustia en sus palabras que él mismo sintió que se le estrechaba la garganta. Fijó los ojos en la pantalla con solidez y trató de hacerle llegar lo mucho que le importaba lo que pudiese suceder entre ambos.

— Juls, ten un poco de fe en mí — le pidió en voz queda.

Ella no respondió. Tragó saliva visiblemente y giró la cara un lado antes de añadir:

— Creo que es mejor que nos despedamos ahora.

Era lo último que él quería hacer. Hubiera seguido hablando con ella durante horas, pero era bastante evidente que Juls necesitaba acabar esa conversación.

— Mañana te llamo.

Tras asentir, ella alargó la mano hacia su teléfono e interrumpió la comunicación.

Jorge arrojó el móvil sobre la cama y se deslizó hacia abajo, hasta que su cabeza encontró la almohada. Extravió la vista en el techo, pensativo, mientras el estribillo de una canción de los Burning llegaba amortiguado desde el jardín.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

¿De verdad estaba enamorándose de ella de nuevo?

No estaba seguro, pero si se guiaba por cómo reaccionaba cada vez que pensaba en ella era más que probable que la respuesta a esa pregunta fuera un *sí*.

Un *SÍ* en mayúsculas.

Jul

No abandonó el baño. Se quedó allí un buen rato con la mirada perdida en el suelo de baldosas grises, pasando revista a la peculiar conversación que habían mantenido.

No sabía qué pensar.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

Se retorció las manos en el regazo muy agitada.

¿Cómo podía creerle?

Pero ¿cómo no hacerlo?

El Jorge que ella conocía era franco y muy directo. Jamás jugaba al despiste con sus declaraciones.

Se llevó una mano al pecho donde su corazón latía a una velocidad superior a la normal. Sí, estaba nerviosa y descentrada. Aquella conversación la había sacado de su zona de confort. Un pequeño espacio ficticio que se había inventado para no pensar en él y evitarse así un dolor que la paralizaba. Un espacio que se había ido trabajando desde la noche

del veinticuatro, blindándolo con una gruesa coraza protectora de indiferencia. ¡Y una simple llamada había conseguido derribar ese muro y la había devuelto a la casilla de salida!

Sentía el alma en carne viva.

Otra vez.

Unos golpes en la puerta del aseo la sobresaltaron y la devolvieron a la realidad.

— Está ocupado — exclamó. Todavía no estaba preparada para salir de allí.

Se contempló en el espejo que había sobre el lavabo y se dio cuenta de las imperfecciones que adornaban su rostro. El carmín de sus labios estaba desgastado y se le había corrido el rímel del ojo derecho.

¡Y él le había dicho que estaba preciosa!

Tomó asiento en el borde de la bañera y se tapó la cara con las manos, meneando la cabeza, a caballo entre el deleite y la incredulidad al recordarlo. Había sonado tan sincero. Tan parecido a su Jorge de antes.

Pese a que quizá fuera algo absurdo, le resultaba complicado pensar en él como una única persona. En su mente, eran dos Jorges distintos. El de antes, divertido, irónico y pasional; ese que estaba enamorado de ella. Y el de ahora, más serio e inseguro, ese que estaba confuso y que la miraba sin reconocerla.

Ella estaba colada por el antiguo.

Era descabellado e inverosímil.

Resopló bajito llena de desazón.

Era *el nuevo Jorge* quien había propuesto ir a Madrid a reunirse con ella.

Quería verla.

— Tú también quieres — dijo en voz alta.

Por supuesto que quería. Incluso a sabiendas de que ese encuentro podía ser terriblemente doloroso, deseaba volver a verle.

Unos nuevos golpes en la puerta, bastante enérgicos, le provocaron un respingo.

— ¡Ocupado! — gritó con impaciencia.

— ¿Juls? ¿Estás bien?

Era Sergio.

El culpable de que hubiera acudido a esa tediosa fiesta.

Si unos meses atrás alguien le hubiese dicho que Sergio se iba a convertir en su persona de confianza se habría echado a reír. Después de que su relación terminara de ese modo tan feo, jamás habría esperado reconciliarse con su ex. Y, sin embargo, ahí estaba, en una fiesta de Nochevieja con él.

Desde su encuentro la semana anterior a la Navidad, se habían visto dos veces más y habían hablado por teléfono con frecuencia. Sergio parecía muy decidido a hacerse un hueco en su vida y Juls tenía la piel tan fina y estaba tan sensible que se lo estaba permitiendo. Incluso le había hablado de Jorge y de lo que había sucedido. No obstante, le había dejado muy claro que lo único que podía ofrecerle era una amistad y él había aceptado. Aparentemente.

Abrió la puerta del baño y se encaró con él.

— Estoy bien.

La miró con escepticismo, pero no le llevó la contraria. Se limitó a tender la mano y ofrecérsela. Ella titubeó, pero finalmente la aceptó y, juntos, se dirigieron al abarrotado salón.

— Has desaparecido un buen rato, creía que había pasado algo — le dijo él, inclinándose y hablándole al oído para hacerse oír por encima de la música y el bullicio.

— Estaba hablando por teléfono.

— ¿Con él?

Juls le dirigió una mirada esquivo. Nada se mostraba en su impenetrable rostro.

— Sí.

— Ven, vamos fuera y me lo cuentas.

De camino al jardín, se detuvieron en la barra metálica que había en un extremo de la sala y se hicieron con dos ginebras con limón.

El aire fresco de la noche los recibió y Juls se estremeció. El vestido que llevaba era una preciosidad, pero no abrigaba nada. No obstante, antes de que pudiera sugerir volver al interior, Sergio se había quitado la chaqueta y se la pasaba por encima de los hombros.

— ¿Quién eres y qué has hecho con Sergio? — inquirió con estupor. Él no solía tener esos detalles.

— Me pintas como si fuera un egocéntrico egoísta.

— Siempre lo has sido. Bueno, al menos un poco.

— La gente cambia.

— No. Cambia el tiempo y los intereses bancarios, la gente no — se burló.

Él emitió risa mordaz que despertó un montón de recuerdos en ella. El hombre que tenía delante y que la contemplaba con los ojos vivaces era el Sergio del que estuvo enamorada.

En pasado.

Su mente, ahora, solo estaba llena de Jorge.

Para bien y para mal.

— Venga, habla — le dijo él, apoyando la espalda en el grueso tronco de un árbol.

No había mucha gente en el jardín y la música tampoco era demasiado estridente, lo que favorecía el ambiente de confidencias.

— Tengo poco que decir — repuso antes de llevarse el vaso a los labios. Hizo un gesto asqueado cuando el líquido se deslizó por su garganta. El porcentaje de ginebra era bastante superior al del limón. Debía tener cuidado porque era su tercer cubata de la noche.

— ¿No? ¿Y por eso has estado encerrada en el baño media hora? — la interrogó con escepticismo.

— ¿Me creerías si te dijera que me estaba empolvando la nariz?

— Pfff... Claro y yo soy Steve McCurry.

— ¿Quién es ese?

— Es un fotógrafo muy famoso.

— Sabes que tu humor inteligente y pedante a mí no me llega — repuso con sarcasmo.

— Casi lo había olvidado — se rio él.

Ella terminó por resoplar y huyó de su inquisitiva mirada, bajando los párpados y fijando la vista en el oscuro césped a sus pies. No tenía ganas de contarle a Sergio cómo había transcurrido su conversación con Jorge. Por

otro lado, ¿con quién podía hablar de ello? Ni Mariu ni Sonsoles ni Félix estaban disponibles.

— Voy a ir a Benidorm a verle — dijo al fin tras meditarlo un rato.

— ¿Él quiere que vayas?

— Sí.

— Pero ¿ya ha recuperado la memoria?

— No.

Tras aquel monosílabo pronunciado con un tinte desolador, ninguno de los dos dijo nada más. El tiempo transcurrió despacio mientras ambos se limitaban a beber en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Juls estaba triste, no podía evitarlo. Cerró los ojos y cogió aire, expulsándolo después con lentitud, tratando de insuflarse ánimo. Solo unos instantes después, sintió el calor de la palma de una mano sobre su mejilla. Era una mano suave y blanda, muy diferente a las manos de Jorge, ásperas y duras. No se apartó porque la caricia le resultó reconfortante.

— Juls, sabes que estoy aquí y que voy a apoyarte en lo que necesites — dijo él.

Por un momento, deseó volver a estar con Sergio y olvidarse del drama en el que se había convertido su vida. A Sergio le conocía, sabía cuáles eran sus virtudes y sus defectos. Estar en una relación con él sería como ir sobre seguro, no habría sobresaltos ni incertidumbres.

En cambio, con Jorge...

Apenas había podido acostumbrarse al roce de su mano cuando los masculinos labios se posaron sobre los suyos en un beso ligero y no muy demandante. No estaba sorprendida. No podía decir que no lo hubiera esperado. En realidad, sí lo había hecho.

Mientras la boca de él se movía con delicadeza sobre la suya, evocó el pasado. Imágenes de otros besos más pasionales que había compartido con él acudieron a ella. Caricias, abrazos, palabras susurradas al oído, suspiros y gemidos...

De pronto, dio un paso atrás, tambaleante, interrumpiendo el beso. Se llevó ambas manos a la boca y se la cubrió con ellas.

¡Había besado a un hombre que no era Jorge!

Sergio respiraba con dificultad y la estudiaba con los ojos entrecerrados. Parecía querer decirle algo.

— ¿Volvemos... a la fiesta? — propuso sin siquiera mirarle.

«Cobarde. Estás huyendo».

— Claro.

Le devolvió la chaqueta y echó a andar hacia la casa sin preocuparse de si él la seguía o no.

No quería analizar lo que acababa de suceder.

Capítulo 30

Jorge

Hacía dos días que se había incorporado al trabajo y estaba encantado con el ambiente que se respiraba en la escuela. Solo había dos personas de las que no se acordaba: Gema y Edu, que habían empezado a trabajar allí el año anterior. No obstante, la situación no resultó demasiado forzada ni desagradable porque ambos le cayeron bien desde el principio. Los demás compañeros también se esforzaron por adecuarse a su amnesia, explicándole ciertas cosas con paciencia de las que seguro habrían hablado en multitud de ocasiones.

— ¿Cómo vas?

La pregunta se la hizo Till, su jefe, que se dejó caer sobre el sofá que había en un lateral de la oficina.

Jorge estaba sentado frente al ordenador, intentando coordinar el calendario de clases de la semana.

— Bastante bien — respondió y alzó la cara para encontrarse con los ojos de Till—. Todo perfecto. No te preocupes.

Le lanzó una sonrisa tranquilizadora. Pese a que había recibido el alta médica y su neurólogo le había dado vía libre para incorporarse al trabajo, todavía no podía practicar ninguna inmersión de buceo hasta nueva orden; no hasta que sus dolores de cabeza desaparecieran del todo. Al menos le había permitido conducir.

— Si tienes algún problema, dímelo.

— No voy a tener problemas — le aseguró—. El TAC que me hicieron la semana pasada estaba limpio. Estoy sano.

— Vale, no obstante, me lo dices — insistió.

Jorge asintió y volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador.

— Sé que me estáis concediendo... privilegios — dijo al cabo de unos instantes.

— No sé a qué te refieres — dijo Till con inocencia, poniéndose de pie y estirándose. La gran envergadura de su cuerpo — medía cerca de metro noventa y era muy musculoso— pareció llenar la pequeña estancia.

— A que casi todo el trabajo está hecho y yo solo tengo que archivar facturas y dar clases teóricas.

— Será casualidad.

— ¿Casualidad? Claro — masculló con ironía.

— Venga, hombre, encima que te mimamos un poquito, no te quejes. Ya te daremos por el culo en unas semanas y luego llorarás.

Jorge soltó una risa cargada de resignación. Si había creído que se iba a librar de los exagerados cuidados familiares incorporándose al trabajo había estado muy equivocado.

— A llorar a la llorería, ¿no? — preguntó con guasa.

— Exacto — le respondió Till con una carcajada—. Y, por cierto, te noto diferente. Nunca te arreglas tanto un día de diario. Te has echado hasta colonia — terminó, olfateando el aire exageradamente.

— No te pases que no es para tanto — rechazó.

Pero sí que había puesto especial atención a su ropa. Llevaba unos vaqueros azules ajustados y un polo gris de manga larga y de cuello alto. Combinaba el atuendo con su cazadora negra de cuero y sus botas de cordones. También le había dado forma a su pelo con algo de cera para el cabello.

— Venga, confiesa — insistió Till—. ¿Quién es la afortunada?

Jorge suspiró.

— Se llama Juls. Llega hoy desde Madrid y voy a ir ahora a recogerla a la estación de autobuses. ¿La conoces?

Till se acercó a la mesa y apoyó la cadera en el borde. Se había puesto serio.

— La conozco. Me la presentaste hace un tiempo en El Cisne.

Jorge guardó silencio.

— Vaya — dijo al fin con un carraspeo—. ¿Y qué te pareció?

Siempre se había llevado muy bien con Till y entre ellos había la confianza suficiente como para hacerle ese tipo de pregunta.

— Apenas la vi unos minutos, pero me pareció una chica guapa y simpática — respondió con vaguedad y se encogió de hombros—. Lo que sí te puedo asegurar es que estabas colado. Te pasabas el día con una sonrisa tonta en la cara, intercambiando mensajes con ella y no parabas de mencionarla.

— Todo el mundo me dice lo mismo — murmuró pensativo.

— ¿Cómo lo llevas? Me refiero a estar con ella sin que tu memoria haya vuelto. Tiene que ser complicado, ¿no?

— Mucho. Pero casi más para Juls que para mí — admitió—. La que mantiene las distancia es ella. Soy yo el que lo está dando todo para que volvamos a intentarlo.

Till reaccionó sorprendido.

— No me pidas que te lo explique porque yo tampoco lo entiendo demasiado bien — prosiguió con un suspiro—. Bueno, es mentira — admitió cortante—. De hecho, es muy simple. Ella me interesa.

No pudo seguir hablando porque el móvil de Till comenzó a sonar con estridencia.

— Es mi chica — dijo este después de echarle un vistazo a la pantalla—. Tengo que cogerlo. Nos vemos. — Hizo un gesto de despedida y salió de la oficina.

Jorge miró la hora en la parte inferior de la pantalla del ordenador. Las tres y cinco. Tenía que irse ya si no quería llegar tarde a recoger a Juls. Guardó los cambios que había hecho en la hoja de Excel y la cerró. Después, cogió su cazadora del respaldo de la silla y se la puso. Abandonó la estancia dando largas zancadas y le dijo adiós a Pablo que estaba en la parte delantera del local colgando unos neoprenos en uno de los percheros.

Había dejado a Turbo aparcado en la calle de al lado y, en solo un minuto, estaba dentro del vehículo. Veloz, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad sobre la marcha, arrancó y tomó el camino hacia la estación de autobuses.

No iba a negar que estaba un tanto nervioso. Pese a que había hablado con Juls por teléfono, el encontrarse cara a cara con ella era una situación muy diferente.

No había mucho tráfico a esas horas y no tardó en llegar a su destino. Dejó el coche en el parking descubierto que había delante de la moderna edificación gris y se apresuró a acceder al interior. El panel digital de llegadas y salidas le mostró que eran las tres y veinte. Justo a tiempo.

Su móvil comenzó a sonar dentro del bolsillo de su cazadora.

Era Erika.

— Dime, pero no te enrolles que estoy ocupado. Al grano.

— ¿A qué hora llega Juls?

— A las tres y veinte. Estoy en la estación de autobuses ahora mismo.

— ¿Cuántos días va a quedarse?

— No lo sé.

— Vete preparando algo para que nos veamos. Una cenita. Sé que Diego quiere apuntarse. Y, probablemente, Lukas también.

— No me jodáis. Paso — farfulló.

Quería a Juls para él solo. No quería compartirla con toda su familia.

— Mañana por la noche nos viene genial a todos — continuó ella, ignorando su protesta—. Y no puedes negarte porque si lo haces la llamo directamente y lo organizo.

— Chantajista.

— Exacto, ese es mi segundo nombre — admitió impertérrita.

— Lo hablo con ella, entonces — se rindió con un suspiro.

— Dale un beso de mi parte.

Se despidieron y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Luego, se encaminó a las escaleras mecánicas que llevaban a la planta baja, pero ni siquiera tuvo la oportunidad de utilizarlas porque la figura de Juls, que arrastraba tras de sí una pequeña maleta rodante, se mostró ante sus ojos a unos veinte metros de distancia. Se detuvo en seco y aprovechó que una columna le cubría parcialmente para estudiarla con sumo interés sin que ella fuera consciente de su presencia.

Juls desvió la cabeza a un lado y al otro, buscándole, con toda seguridad. Habían hablado la tarde anterior y él se ofreció a ir a recogerla. Pese a que trató de rechazarle, él fue muy persistente hasta que logró salirse con la suya.

Quizá fuera la casualidad o quizá el destino, pero lucía una ropa parecida a la que llevaba él, vaqueros, jersey gris y cazadora negra de cuero.

Una sonrisa perezosa despuntó en sus labios al percatarse de ello.

Qué coincidencia, ¿no?

Se recreó observándola. Su rostro mostraba un rictus serio y tenía el ceño fruncido, pero eso no le restaba puntos a su belleza natural. Era hermosa. Una sensación de bienestar se esparció por su interior. Quizá su mente fuese incapaz de recordarla, pero su cuerpo reaccionaba a ella como si la conociera de siempre, como si supiera que aquella mujer era *su chica* .

Su chica...

Cabeceó, haciéndose a la idea.

Una idea que sonaba muy bien. Extremadamente bien.

Finalmente, dio un paso a un lado, haciéndose visible. No había mucha gente a aquella hora de la tarde y sus miradas no tardaron en chocar. En los femeninos ojos se mostró sorpresa y un fogonazo eufórico que se apagó con rapidez dejando paso a la cautela.

Jorge suspiró un poco decepcionado, pero se tragó la desilusión y sonrió.

Echaron a andar al unísono hasta que se encontraron uno frente al otro. La incomodidad era palpable en ella; sus hombros estaban tensos y apretaba la mandíbula.

Jorge tenía ganas de estrecharla entre sus brazos con fuerza, pero se conformó con darle dos besos superficiales al tiempo que posaba las manos sobre sus caderas. No pudo evitar, sin embargo, aprovechar el instante de contacto físico para llenarse de su aroma, inspirando en profundidad.

— Bienvenida, Juls — le dijo, y añadió— : Me encanta como hueles.

Era obvio que ella no había esperado un comentario semejante porque sus mejillas enrojecieron y su boca se entreabrió por la perplejidad.

— Eh... Hola — tartamudeó cuando recuperó su compostura.

— ¿El viaje, bien?

— Sí. No se me ha hecho muy pesado.

— Has llegado muy puntual.

— Sí. Hace pocos minutos.

— Ah, pues genial.

Después de ese torpe intercambio de información, callaron los dos.

Jorge carraspeó, devanándose los sesos para encontrar algo interesante que decir.

¿Cómo era posible estar tan ansioso? Era ridículo.

— Déjame que te lleve la maleta — dijo y extendió la mano.

— No hace falta — rechazó ella con un ademán.

De nuevo, un silencio embarazoso.

— Parece que nos hemos puesto de acuerdo — soltó él.

Ella le miró con la frente arrugada, sin comprender.

— La ropa — aclaró—. El destino es un bromista, ¿no crees?

— ¡Oh! Eso parece — repuso ella, escrutándole de arriba abajo y deteniéndose más tiempo del necesario en su torso.

Él vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta, pero su espíritu insolente ganó la partida.

— ¿Te gusta lo que ves?

Ella alzó la barbilla con precipitación y se mordisqueó el labio inferior. Parecía estar meditando cómo responder.

A Jorge, ese gesto — en apariencia inocente— le despertó un suave aleteo en la boca del estómago. Aguardó con avidez a que llegase su contestación. ¿Recogería el guante que él le había arrojado?

— Me gusta — admitió ella, imprimiendo firmeza a su voz.

«¡Perfecto!».

Sin poder evitar que una nueva sonrisa se dibujara en su boca, hizo una señal indicando el camino hacia la salida y echó a andar, poniéndole una mano en la curva de la espalda.

— ¿Cuántos días te vas a quedar?

— Hasta el lunes que viene.

¿Cinco días? No eran muchos. Tendría que aprovecharlos al máximo.

— Trabajo por las mañanas, pero tengo las tardes libres y el fin de semana también.

Ella se detuvo justo frente a la puerta de cristal.

— Tampoco hace falta que nos veamos todos los días...

— ¿Cómo que no? — la interrumpió—. Todos los huecos de mi agenda llevan tu nombre. Que lo sepas.

Ella resopló con ironía y él correspondió con una risa.

Tenía muchos planes. Planes que incluían llevarla a comer o a cenar por ahí y visitar algunas zonas interesantes de la ciudad que ella, seguramente, no conocería. Les quedaban muchos lugares por descubrir.

Juntos.

— ¿Quieres que te lleve a tu apartamento? — le sugirió mientras empujaba la puerta y le cedía el paso—. ¿O prefieres ir a comer algo primero?

En ese preciso instante, el estómago de ella emitió un rugido bastante audible.

— ¿Contesta eso tu pregunta? — Giró la cabeza con una mueca avergonzada.

Él volvió a reírse.

— Has sido transparente como un cristal. Pues vamos primero a comer algo. Luego quiero llevarte a un sitio precioso.

— ¿Dónde? — Le lanzó una mirada cargada de curiosidad.

— Es una sorpresa.

Ella abrió la boca como si fuera a protestar, pero tras unos segundos volvió a cerrarla y se encogió de hombros.

Alcanzaron el Patrol y dejaron la maleta en la parte trasera antes de acomodarse en los asientos.

— ¿Preparada para la brutal suspensión de mi coche? Es como montar en una montaña rusa.

Ella emitió un gemido cargado de desconcierto y se cubrió los ojos con la mano.

La miró con sorpresa. Sin embargo, su expresión cambió cuando una vaga idea del porqué de su extraña reacción acudió a él repentinamente.

— Es algo que ya te he dicho con anterioridad, ¿verdad?

— Sí — contestó ella en un murmullo con la vista fija en el parabrisas—. Es lo mismo que me dijiste la primera vez que monté contigo en este coche.

— Vaya, qué poco original soy. Pues no puedo prometerte que no vuelva a suceder. Ya sabes, amnesia y eso...

— No pasa nada — dijo en un hilo de voz.

Su intento por quitarle hierro al asunto no había servido de nada ya que las palabras de ella rezumaban tristeza. Aquello no le gustó demasiado.

Metió la llave en el contacto y arrancó. La radio — sintonizada en Kiss FM como de costumbre— escupió el estribillo de *Take on me* de A-ha. La tarareó mientras abandonaban el parking. Podía sentir los ojos de ella sobre su persona, pero fingió no darse cuenta y continuó cantando.

Juls

Comieron en un restaurante cercano al parking donde habían dejado el coche. Aitona se llamaba. Era un lugar sencillo, sin grandes pretensiones que servía típicos platos mediterráneos. Según le explicó Jorge, Diego vivía cerca e iba mucho por allí por lo que el dueño los trató con mucha deferencia y se acercó a su mesa un par de veces para comprobar que todo fuera de su gusto.

No tocaron temas demasiado profundos mientras comían. Como si se hubieran puesto de acuerdo, solo hablaron de asuntos neutrales, de sus respectivos trabajos y de sus familias. Jorge le contó también que hacía dos días que había vuelto a su apartamento del Albir y que estaba acostumbrándose a su recién adquirida independencia.

Después de comer, él la guio a través de unas calles peatonales flanqueadas por comercios de todo tipo y llenas de turistas, pero no tardaron en sumergirse en otras callejuelas mucho más estrechas y sin tanta afluencia de gente. Juls le preguntó en varias ocasiones por su destino, pero él reaccionó de manera misteriosa y no quiso desvelarle nada.

Finalmente, llegaron hasta una coqueta iglesia junto a la que había un pasadizo que se abría a una plaza con suelo de baldosas ajedrezadas y rodeada por una balaustrada blanca que daba al mar. En un extremo había un ancla gigantesca de bronce. Juls no tuvo tiempo de detenerse a contemplarla porque él la sujetó por la muñeca y tiró de ella. Parecía tan entusiasmado como un niño el día de los Reyes Magos. Agitada por el contacto de su mano sobre la piel de su brazo, se dejó arrastrar hasta el otro extremo de la plaza. Allí, junto al monumento de cuatro cañones también de bronce, había una escalinata custodiada por dos columnas blancas con

filigranas azules muy típicas de la arquitectura mediterránea. La subieron y, de pronto, se encontraron en un lugar precioso, como sacado de un cuento.

Juls no pudo evitar que se le abriera la boca por la sorpresa.

El suelo continuaba imitando a un ajedrez de dos tonos de gris y los arcos y columnas encalados en blanco y salpicados por azulejos azules se alternaban con árboles y algún banquito de madera. Al frente, había un pozo que presumía de los mismos colores de toda la zona, de cuya alzada superior de hierro forjado colgaban unos cuantos candados. Jorge se apresuró a explicarle que se había puesto de moda entre las parejas depositarlos allí como un símbolo de su amor.

Juls se dejó conducir hasta otras dos columnas similares a las anteriores de las que partía una escalera con balaustrada blanca que semejaba llevar hasta el mismo mar. Si antes se había sentido sorprendida, ahora estaba completamente fascinada por las vistas que se abrían ante sus ojos. Jorge no la había soltado en ningún momento y comenzó a descender los escalones delante de ella, tirando de su brazo. No tardaron en alcanzar una terraza con forma de pentágono que parecía suspendida sobre el océano, en cuyo centro se erguía una farola blanca de cinco luces.

No había apenas gente; solo dos parejas sacándose fotos en un extremo.

— Pues ya estamos aquí — anunció él y abrió los brazos con grandilocuencia.

— Me encanta — susurró ella, maravillada por el ambiente. Un lugar así no terminaba de encajar con el Benidorm que ella conocía.

— Es el Balcón del Mediterráneo, también llamado Mirador del Castillo. Ese nombre le viene porque durante varios siglos aquí hubo una fortaleza desde donde la ciudad se defendía de los continuos ataques de piratas — explicó Jorge—. En el siglo diecinueve, los franceses asaltaron el castillo y se apropiaron de él porque desde aquí podían vigilar los barcos ingleses que llegaban tanto por Levante como por Poniente. Pero la flota inglesa acabó derrumbando las instalaciones a cañonazos desde sus barcos. Cuando acabó la contienda, el castillo fue abandonado y hoy sólo quedan algunos vestigios de sus murallas sepultados bajo las rocas.

Juls le escuchó llena de interés. Cuando Jorge relataba alguna historia que conocía se le iluminaban el rostro entero. Le miró, analizando todos y

cada uno de sus gestos. Era como el Jorge de entonces cuando le habló del origen de la Isla de Benidorm.

— Soy aburrido, ¿no? — preguntó él al tiempo que se acariciaba la nuca.

— De ningún modo. — Negó con energía—. Siempre me ha gustado escucharte.

— ¿Siempre? ¿Te contaba muchas historias? — indagó con curiosidad.

— Algunas — repuso ella—. Me hablaste de la leyenda del gigante Roldán.

— ¿En serio? ¿Así fue cómo te conquisté? — dijo en tono de broma.

— Puede — admitió.

Después de reconocer aquello, se batió en retirada, apartándose unos pasos. Su cercanía le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera él. El paisaje marino que le rodeaba era el encuadre perfecto para su masculina figura. Jorge y el mar, imposible imaginar al uno sin el otro. Ni siquiera era capaz de disfrutar de la belleza que la rodeaba porque su presencia era intoxicante.

Se acodó en la balaustrada y aspiró hondo. Un ligero olor salobre le penetró por las fosas nasales mientras se centraba en la inmensidad del mar azul turquesa que parecía extenderse hasta el infinito y confundirse con el cielo. Las vistas desde allí eran espectaculares. Podía ver ambas bahías, la de Levante y la de Poniente, y el *skyline* de la ciudad. La singular terraza había sido construida entre las dos playas, sobre una península rocosa contra la que rompían las olas lanzando espuma blanca al aire.

Giró la cabeza para localizar a Jorge. Se había alejado de la barandilla y permanecía con las manos hundidas en los bolsillos justo al lado de la alta farola. El sol le bañaba en tonos dorados. Tenía la mirada extraviada en algún punto del lejano horizonte. Parecía pensativo.

Juls frunció el ceño. No tenía ni idea de cómo comportarse con él. Si se hubiera tratado del Jorge de antes habría bromeado y le habría provocado con algún comentario irónico, pero ese hombre atractivo que se erguía a escasos metros de ella con el pelo revuelto por la brisa era un desconocido.

El intercambio de palabras que tuvieron la noche de fin de año acudió a ella de repente.

¿Qué sientes por mí, Jorge? ¿Estás enamorado de mí?

Podría ser.

Suspiró internamente.

¿Qué probabilidades había de que una persona se enamorase de otra dos veces? Se suponía que muchas. A fin de cuentas, era lógico que se sintiera atraída por los mismos atributos y comportamiento de la otra persona, al igual que antes, ¿no?

No.

No era tan sencillo.

En teoría, sonaba bastante bien, pero en la práctica era muy diferente.

El nuevo Jorge era distinto al antiguo. Carecía de dos años de vivencias que le habían hecho ser quién era. En ese tiempo que se había borrado de su memoria, él había tenido multitud de experiencias y pensamientos que le habían moldeado y convertido en *su Jorge*. Pero ese Jorge que miraba al mar con ojos soñadores no era el mismo hombre que se había enamorado de ella la primera vez y tampoco era el mismo del que ella se había enamorado. Había una gran diferencia entre los dos, incluso siendo la misma persona.

¿Cuál era la conclusión de todo aquello, entonces? ¿Había dejado de quererle? La atracción que sentía por él seguía estando ahí, omnipresente y poderosa. Pero ¿y lo demás? ¿Dónde estaban el afecto y el cariño? ¿Se habían perdido?

Le observó llena de confusión y se recreó en su atractivo perfil. Imposible negar que era terriblemente cautivador.

Él giró la cabeza y le regaló una sonrisa.

Una sonrisa que le transformó el rostro lentamente. Era algo digno de ver. Empezó en sus ojos que chispearon con rapidez, iluminándose y desprendiendo destellos de color miel. Después se desplazó hasta la parte inferior de su cara hasta aterrizar sobre sus labios que se abrieron con suavidad dejando al descubierto una constelación blanca como la nieve.

Cada vez que él sonreía de aquel modo era como ver fuegos artificiales contra el cielo oscuro de medianoche.

El corazón de Juls se detuvo un instante para, después, desbocarse como un loco.

Llena de agitación, apartó la mirada y volvió a dirigirla hacia el océano.

— ¿Qué es eso? — preguntó, intentando disimular su zozobra y señalando con el dedo una especie de estructura metálica que emergía de las azules aguas a unos metros de distancia.

— ¿Eso? — Él se aproximó y se acodó en la balaustrada, a su lado—. Eso era el géiser. Hace tiempo que no funciona, pero cuando lo hacía era digno de ver. La altura del agua llegaba a los cien metros de altura. Era una pasada.

— ¿Por qué ya no funciona?

— El agua que salía disparada erosionaba las rocas del acantilado y dañaba el medio ambiente. Además, el mecanismo se estropeaba con frecuencia. Al final, lo dejaron por imposible.

Juls asintió distraída. Él estaba demasiado cerca, de nuevo. Solo dos o tres centímetros separaban sus codos y podía oler la fragancia que desprendía su piel perfectamente. Era un aroma muy viril y personal, una mezcla de esencias marinas y de Jorge. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que él la observaba con insistencia. Respiró hondo.

— ¿Por qué me miras tanto? ¿Te gusta lo que ves? — le preguntó con fingido aplomo, devolviéndole las mismas palabras que había empleado él en la estación de autobuses.

— Sí. Me encanta. Eres preciosa — respondió con mucha seguridad—. Me gusta tu nariz respingona y tus labios gruesos. Tus pómulos marcados, tus ojos tan bellos y la curva de tu frente. Y tu cuello estilizado...

El estómago de Juls se contrajo.

— ¿Ahora eres poeta?

Él se echó a reír.

— Soy lo que tú quieras que sea.

Un nuevo espasmo agitó su abdomen.

— ¿Coqueteas conmigo?

— Sí. ¿Qué tal voy? — La provocación era palmaria.

— Demasiado bien — reconoció en un susurro—. Eso que me has comentado antes de una cena con tus hermanos, ¿dónde vamos a ir? — Cambió de tema a toda velocidad.

— Cobarde — la recriminó él.

Ella no tuvo opción de decir ni una sola palabra porque él dio un paso atrás, situándose a su espalda, y posó ambas manos sobre sus hombros. Incluso a través de la gruesa tela de su cazadora, Juls pudo sentir su calor y un involuntario escalofrío la recorrió de arriba abajo.

— Todavía no lo sé — siguió hablando él—. Será Erika la que se encargue de todo, como siempre. Es una organizadora nata. — Hizo una breve pausa antes de continuar con voz rasposa— : ¿Dónde nos besamos por primera vez?

Ella se puso tensa. Tenía los nervios a flor de piel. Y no ayudaba nada que él se hubiera inclinado y le hablara casi al oído.

— Hubo dos primeros besos — repuso al fin—. El de mentira y el de verdad.

— ¿También intercambiamos besos falsos? — La sorpresa se reflejó en su tono.

Juls le habló de la noche en la que se conocieron y también del día en la playa en el que fingió ser su chica para librarle del acoso de Bea. Él dejó escapar una risa ronca al escucharla y las sacudidas de su torso encontraron eco en el cuerpo de ella, que tuvo que morderse los labios para no emitir un ahogado suspiro.

— Gracias por librarme de Bea. Es mi torturadora particular.

— Lo sé.

— ¿Y el beso de verdad? — insistió él.

— Ese fue un día después. En la piscina, en casa de tus padres... — vaciló—. Te comportaste como un crío y me retaste a besarte debajo del agua.

— Y lo hiciste.

— Es que te pusiste muy pesado.

Intentó mantener el tono desenfadado para no delatarse a sí misma y mostrar lo insegura que se sentía hablando de ese tema.

— Ya. Claro — dijo él con ironía.

Juls rememoró aquel beso. Un *beso robado* lo había llamado él. Aunque comenzó como una torpe caricia debajo del agua, terminó siendo apasionado y ardiente. Un gran beso.

— ¿Y te gustó? — inquirió él.

— Para nada — rechazó con exageración—. Fue bastante regular.

— ¡Ja! Seguro que mientes y beso como un dios.

Lo hacía. Besaba como un dios. Incluso el beso más torpe de Jorge era mejor que el beso más apasionado de cualquier hombre. Todos empalidecían al lado de los suyos. Por su cabeza revoloteó el beso que Sergio le dio la noche de fin de año. Casi lo había olvidado ya que no significó nada para ella, y a Sergio debió de quedarle también bastante claro porque no había mencionado el tema y tampoco había vuelto a llamarla.

En ese preciso momento, la canción *I'd do anything for love* de Meat Loaf rasgó el ambiente y se mezcló con el sonido de las olas del mar.

— Tu móvil — murmuró él, apartándose de ella.

¿Había sonado decepcionado?

Se sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y miró la pantalla.

Era Félix.

La culpa la embargó al ser consciente de que no había avisado a su hermano de su llegada a Benidorm, aunque se lo había prometido. Solo les había enviado un mensaje a sus padres.

— Lo siento. — Fue lo primero que dijo nada más aceptar la llamada.

— Vale, te perdono — repuso él.

— Es que me he liado y se me ha olvidado llamarte.

— Me supongo cómo te has liado — soltó con sarcasmo.

— Bueno, eh... Esta noche te llamo y hablamos más, ahora estoy ocupada — dijo mientras le echaba un vistazo a Jorge, que se había alejado al otro extremo de la terraza.

— Vale, peque. Sé cuidadosa.

Cortó la comunicación y echó a andar hacia donde él se encontraba.

— Era mi hermano — le dijo.

Jorge asintió sin mirarla.

De pronto, todo el buen humor que él había mostrado hacía solo unos minutos se había esfumado y Juls arrugó la frente con confusión. ¿Por qué parecía tan distante?

— ¿Estás bien? — le preguntó.

— Sí, claro — respondió él y le sonrió. Pero era una sonrisa tibia que no alcanzó sus ojos—. ¿Quieres que nos vayamos? Se está levantando un poco

de fresco, ¿no crees? — continuó, introduciéndose las manos en los bolsillos de la cazadora.

Tenía razón. El viento había comenzado a soplar con más fuerza. Las otras parejas hacía ya un rato que se habían marchado.

— Vale — aceptó.

Antes de seguirle hacia la escalera, miró una última vez a su alrededor, grabando el escenario en su memoria. Era un lugar muy especial.

Pese a todas sus dudas e inquietudes, estaba feliz de haberlo compartido con él.

Capítulo 31

Jorge

Sabía que su actitud el día anterior había sido bastante infantil, pero ya no había marcha atrás. Y todo porque ella no llevaba la canción de Starship en el móvil como tono de llamada. Al escuchar la famosa melodía de Meat Loaf se sintió herido y decepcionado.

¿Se podía ser más cretino?

Después de abandonar el mirador, fueron a una cafetería cercana a tomar algo, pero él no estaba de humor y ella pareció retraerse también. Al final, la reunión resultó un pequeño fracaso. Demasiados silencios y demasiados momentos incómodos. Así que, cuando Juls le preguntó si podía llevarla a su apartamento, él se apresuró a hacerlo.

Regresó a su piso en el Albir, al que todavía no se había acostumbrado del todo, y escribió en su diario durante unas horas, volcando sobre las hojas en blanco todos sus sentimientos, algunos muy claros, otros un poco más difusos. Los párrafos que fueron llenando las cuartillas se alternaban en una mezcla de fluidez y tachones. Y las líneas eran caóticas y desordenadas, reflejando a la perfección cuál era el estado de sus pensamientos.

Cuando le mostrara sus escritos a la doctora Carmena en su próxima sesión, con toda seguridad, ella no podría descifrar aquel galimatías.

Terminó por irse a la cama con los cascos colocados en sus orejas y se puso a escuchar una lista de sus temas favoritos en Spotify, preguntándose si habría compartido con Juls alguna de esas canciones, al mismo tiempo que abría la aplicación de mensajes en su móvil y releía los que habían intercambiado en el pasado.

La Juls de aquella tarde poco se parecía a la mujer cuyas palabras estaban plasmadas en aquellos textos. Y el anhelo de que ella se mostrara tal y como era antes le acometió con fuerza.

Quería a esa Juls de regreso.

«Tú tampoco eres el mismo Jorge de antes. Que no se te olvide. Quizá ella desea lo mismo que tú», le recordó una voz cargada de lógica.

La situación era frustrante.

Terminó por quedarse dormido, pero no fue un sueño pacífico ni reparador. Se despertó en incontables ocasiones durante la noche, por lo que, al día siguiente, se pasó toda la mañana bostezando y tratando de concentrarse en sus tediosas tareas de ordenador en la escuela. Cosa harto difícil cuando sus pensamientos recaían una y otra vez sobre esa chica de pelo corto y cara traviesa que se empeñaba en robarle el noventa por ciento de su tiempo.

Ahora, cuando solo faltaba un cuarto de hora para volver a verla, se recriminaba el haber sido tan pueril la tarde anterior y haber actuado de ese modo tan absurdo. Se prometió a sí mismo que aquello no volvería a suceder y que mantendría la compostura, pasara lo que pasara.

La calle donde estaba su edificio era una calle estrecha en la que no se podía aparcar, así que estacionó el Patrol en el acceso al garaje y puso las luces de emergencia. Apagó el motor, pero dejó la radio puesta. Disfrutó un rato de la música mientras se sacaba el móvil del bolsillo y jugueteaba con él. Vaciló antes de enviarle un wasap, pero la impaciencia pudo con él y terminó haciéndolo.

Ya estoy aquí abajo, pero no tengas prisa, puedo esperar.

No recibió respuesta, pese a que la doble marca azul le reveló que ella lo había leído.

De pronto, en el espejo retrovisor, la vio aparecer saliendo del portal.

Pese a que el sol se había ocultado hacía rato, todavía quedaban unos vestigios de luz en el cielo y pudo estudiar su figura con suficiente claridad. Llevaba los mismos vaqueros del día anterior, pero se había puesto una camisa de rayas naranjas y amarillas debajo de la cazadora y esos colores parecían iluminarle el rostro. También se había peinado hacia atrás, dejando su frente y sus cejas al descubierto.

¿Estaba más guapa que de costumbre o era que él había dejado de ser objetivo?

«Lo segundo, sin duda».

Se le aceleró el pulso.

— Hola — le saludó ella al abrir la puerta del pasajero—. No te he contestado porque ya estaba saliendo por la puerta.

Según parecía, estaba igual de impaciente que él porque todavía faltaban quince minutos para la hora en la que convinieron encontrarse. Habían quedado con Erika, Diego y Lukas a las ocho y media en el Portus. Iba a ser una cena temprana ya que todos — menos Juls— tenían que madrugar al día siguiente.

— ¿Qué tal has pasado el día? — le preguntó, circunspecto, aguantándose las ganas de darle un abrazo.

— Bien. He escrito algunos artículos para la revista — respondió mientras se abrochaba el cinturón.

Él bajó el volumen de la radio.

— ¿Sobre qué?

— Uno sobre los mejores hoteles de España para ir a celebrar San Valentín. Y otro sobre la dieta que sigue Jennifer Aniston.

— Suena muy interesante.

Ella se rio con jocosidad.

— Mentiroso. Suena terriblemente aburrido. ¿Y tú qué has hecho?

— Nada tan glamuroso como tú — bromeó—. Organizar un par de bautismos de buceo para mis compañeros y dar un curso teórico de un Open Water de Iniciación. El bautismo es para los que...

— No hace falta que me lo expliques — le cortó—. Ya lo hiciste. He buceado contigo.

Ladeó la cara para mirarla y se encontró con su perfil. ¡Joder, la curva de su mandíbula era perfecta!

— ¿Te gustó? — le preguntó después de aclararse la garganta.

— Sí — admitió con una sonrisa veloz—. Aunque al principio estaba muy nerviosa, la experiencia fue una maravilla. Fuiste un gran profesor.

Un cosquilleo de vano orgullo se instaló en él al recibir el cumplido.

— ¿Qué más cosas hemos hecho? — indagó mientras arrancaba el coche y abandonaba el estacionamiento—. Sé que estuvimos en el Mirador de la Cruz y en el rastro El Cisne. Y en el concierto de Malikian. He visto las fotos y los vídeos.

— En realidad, no hicimos mucho más. No estuvimos juntos mucho tiempo, Jorge. Apenas dos semanas — murmuró ella con un leve encogimiento de hombros.

Dicho así sonaba a poco, pero él sabía que su relación había sido mucho más que solo unos pocos días compartidos. El grado de intimidad que habían alcanzado era gigante. Estuvo tentado de decírselo, pero guardó silencio y se centró en la conducción.

— ¿Dónde vamos? — preguntó ella al cabo de un rato—. Este camino me resulta conocido.

— Vamos al Portus. Está en primera línea de playa. Quizá hayas estado antes. La planta baja se llama Massai — le explicó.

— Ah, sí. Sí que he estado. Nos tomamos un mojito allí el día que coincidimos en la playa, cuando te salvé de Bea.

Él se rio bajito. Le habría encantado recordar ese momento y, sobre todo, recordar la cara de Bea.

— ¿Vienen todos tus hermanos? — continuó ella.

— Sí, los tres. Incluso Lukas, que normalmente pasa la semana en Elche.

— Vaya, pues sí que soy interesante.

— Lo eres.

Ignoró el resoplido incrédulo que emitió ella porque acababan de llegar al cruce de la playa. En verano no hubiera encontrado ni un solo hueco para aparcar en aquella zona, pero era enero y los turistas brillaban por su ausencia por lo que pudo estacionar a solo unos metros del restaurante. Las altas farolas que bordeaban el paseo iluminaban el arenal, las palmeras y, algo más lejos, también las crestas blancas de las olas que rompían contra la orilla.

Apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad, pero en lugar de bajarse del vehículo, se giró en su asiento para contemplarla. Antes no se había dado cuenta, pero ahora que la miraba fijamente se percató de que se había maquillado con esmero. Llevaba los ojos perfilados con un *eyeliner* negro, sus párpados estaban sutilmente teñidos de sombra color tierra y el tono coral de su carmín realzaba el grosor de sus labios. No pudo evitar que

su mirada se posara sobre su generosa boca. La loca idea de inclinarse y besarla explotó en él como un relámpago.

— Sí que lo eres — le dijo en voz baja.

— ¿Que soy el qué? — indagó ella.

— Interesante.

— Oh...

— A mí me interesas — le confesó.

Era la pura verdad.

Ella desvió la vista y se mordisqueó el labio inferior con agitación. Él estuvo a punto de soltar un gemido y pedirle que no siguiera haciéndolo porque su cuerpo había comenzado a reaccionar en consecuencia. Se le había acelerado el pulso y una ola cálida se empeñaba en bañarle el abdomen.

La atracción que sentía por ella era incuestionable.

El comienzo de batería de *Nothing's gonna stop us now* rompió la quietud que se respiraba dentro del Patrol.

Con exasperación, se llevó la mano al bolsillo para sacar su móvil, pero la pantalla estaba oscura. Perplejo, alzó la cara al darse cuenta de que el que sonaba era el teléfono de Juls.

— Eh... Perdona — murmuró ella con la voz entrecortada y un tinte sonrojado en las mejillas—. Tengo que atender esta llamada. — Y se bajó del coche, cerrando la puerta con cuidado.

Jorge apoyó las manos en el volante y la siguió con la mirada.

Una sonrisa satisfecha combó sus labios mientras una bandada de pájaros echaba a volar dentro de su estómago.

«Sí».

Juls

La cena estaba resultando genial y no porque ella estuviera participando demasiado en las conversaciones. A decir verdad, el peso de todas ellas recaía en Erika y en Lukas. Ambos charlaban por los codos, mientras que Diego se mantenía callado y sonriente y Jorge se limitaba a intervenir solo de vez en cuando.

El Portus era muy pintoresco. Se habían decidido por cenar en el exterior por lo que no habían podido prescindir de las chaquetas, pero había merecido la pena ya que el ambiente era ideal. Plantas tropicales de colores lilas y moradas en forma de enredadera adornaban las paredes, y unas cuantas palmeras enanas se alternaban entre las mesas. Un techado de paja los resguardaba de la suave brisa. Y las vistas a la playa eran espectaculares.

Habían pedido dos ensaladas de frutos secos y tres pizzas para compartir.

Juls había tomado asiento en el banco de madera que había pegado a la pared, junto a Erika. Los chicos se sentaban en sillas de mimbre, frente a ellas.

— Cuando Jorge era pequeño tenía un oso de peluche con el que dormía y ni siquiera dejaba que nuestra madre lo metiera en la lavadora. Estaba pringoso y sucio — soltó Lukas con la boca llena de pizza—. Ese es el tipo de hombre que es mi hermano.

— Traga primero, ¿no? — le reprendió Diego.

— No era un oso, era un perro — rectificó Jorge con paciencia—. Y tú ni siquiera habías nacido.

No era la primera historieta de la infancia de Jorge que salía a relucir. Él aguantaba estoicamente y solo ponía los ojos en blanco cada vez que uno de sus hermanos contaba alguno de sus más íntimos y vergonzosos secretos.

Juls aguantó una risa. Erika y Lukas eran unos capullos encantadores. Era indiscutible el buen rollo que había entre todos ellos. Le recordó un poco a la relación que ella misma mantenía con Félix.

— ¿Te ha contado que una vez se hizo pis en los pantalones? — intervino Erika.

— ¿Es necesario? — inquirió Jorge, llevándose una mano a la frente.

— Esa historia me la sé — repuso Juls—. Fue en un botellón en el parque de l'Aigüera, ¿no?

Sintió los ojos de él sobre su persona, pero los ignoró mientras cogía un trozo de pizza. Lo cierto era que había sentido su mirada recorriéndola de arriba abajo gran parte de la noche y no terminaba de acostumbrarse.

— Doy fe — dijo Diego—. Yo también estaba allí.

— Yo no estaba, pero recuerdo cuando llegaron a casa. Era de madrugada — dijo Erika con una sonrisa—. Hicieron un montón de ruido y me despertaron, y no solo a mí, también a mis padres. Pensaba que mi padre los iba a regañar por llegar borrachos, pero para nada. Cuando vio los pantalones empapados de Jorge le entró un ataque de risa y se cayó sobre el sofá y tiró la mesita del salón — continuó, riéndose abiertamente—. Nunca le había visto reírse tanto. Y la cara de Jorge era una pasada. Estaba rojo como un tomate.

Lukas y Diego la acompañaron en su risa. Jorge emitió un fingido suspiro lastimero.

— ¿No podéis contarle algo bueno de mí?

— ¡No! — exclamaron al unísono Erika y Lukas.

Juls se rio con ganas. Pese a que había estado un poco nerviosa pensando en esa reunión, debía de reconocer que se estaba divirtiendo mucho. Los Alba eran muy agradables.

Su mirada se cruzó con la de Jorge y él le sonrió. Automáticamente, le devolvió la sonrisa. Era imposible no hacerlo. El ambiente lo propiciaba y el buen humor era contagioso.

Le estudió a hurtadillas. Era muy distinto del Jorge de la tarde anterior. Cuando abandonaron el mirador y fueron a tomar café, él se mostró taciturno y monosilábico. La ligera sospecha que ella tenía del porqué de su actitud se había confirmado solo hacía una hora, cuando recibió la llamada de Mariu en el coche. No hacía falta ser muy avisada para saber que su tono de llamada tenía algo que ver con su comportamiento.

Esa misma mañana, lo había cambiado en un impulso tonto.

¿Tan importante era para él que ella usara la canción de Starship?

Aparentemente, sí.

— Voy al baño — dijo Erika, sacándola de su ensimismamiento—. Vente conmigo.

La rubia tiró de su mano, haciendo del todo imposible que pudiera negarse. En cuanto accedieron a la pequeña estancia, decorada de modo tropical con mucho mimbre y plantas artificiales, Erika cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

Era evidente que no necesitaba acudir al aseo.

— ¿Cómo vas? — le preguntó.

— Muy bien. El sitio está genial — repuso con vaguedad.

— Pfff... No. Me refiero con Jorge.

— Pues tú misma puedes verlo. Vamos... bien. — Hizo un gesto con la mano en el aire al tiempo que arrugaba la frente.

— ¿Puedes especificar más?

Juls la miró con la cabeza inclinada, tratando de leer en su rostro hasta dónde podía llegar con sus confidencias. Se había convertido en una persona muy querida para ella, pero no podía olvidar que se trataba de la hermana de Jorge.

— ¿Cuánto de lo que te cuente se va a quedar entre nosotras? — preguntó al fin.

Erika pareció pensar detenidamente en su respuesta.

— Si lo que me digas puede ayudar a que mi hermano y tú volváis a estar juntos..., creo que solo el cincuenta por ciento.

Juls no pudo evitar reírse.

— Vale. Me queda claro.

— Tengo la impresión de que él se está esforzando por volver a... conocerte.

— Es un hombre estupendo...

— ¿Pero?

— Pero es diferente al Jorge del que me enamoré — suspiró.

Erika abrió la boca sorprendida, como si fuera a decir algo más, pero terminó por cerrarla y entornó los ojos.

— No es fácil de explicar — continuó Juls—. Ni yo misma lo entiendo muy bien. Cuando estoy con él es como si estuviera con otra persona. No es el mismo Jorge del pasado...

— Ya. ¿Y te gusta este nuevo Jorge? — inquirió la otra con tono preocupado.

Juls bajó los párpados un instante, pero los elevó con prontitud.

— Sí. Me gusta. Es imposible que no me guste; es solo que echo de menos al otro... — balbuceó—. Suena loco, ¿verdad?

— En realidad, no. Tiene su lógica.

— Supongo que solo necesitamos tiempo para saber qué es lo que queremos y aclarar nuestros sentimientos. Ya se verá si seguimos juntos o si nos separamos.

Erika alargó una mano para posarla sobre su antebrazo.

— No quiero que os separéis.

Juls sonrió con melancolía, pero no dijo nada más.

Regresaron a la mesa para encontrarse con que los tres chicos se habían enzarzado en una discusión sobre *The Walking Dead* y cuál era el mejor personaje de toda la serie. Lukas apostaba por Glenn, Diego por Rick y Jorge lo daba todo exponiendo las cualidades de Michonne. Erika y Juls se sumaron a la contienda verbal defendiendo a Carol y a Daryl respectivamente.

Después pasaron a hablar de música. El gusto musical de los hermanos Alba se había quedado varado en la década de los noventa y no iba más allá — exceptuando a Lukas que parecía más abierto en su repertorio — , culpa de sus padres. Juls dio las gracias en silencio a su hermano Félix por haberla educado musicalmente, por lo que no se sintió como un bicho raro y los grupos que los otros mencionaban no le sonaron del todo desconocidos.

— En junio viene Aerosmith a Madrid y queremos ir a verlos — dijo Erika, dirigiéndose a ella — . Vamos a ir todos, mis padres también. Y mi amiga Laura e Iván, el amigo de Lukas. Podrías venirte con nosotros.

Juls le echó un vistazo rápido a Jorge, pero él estaba distraído, intentando atraer la atención de la camarera.

— No sé...

— Anda, vente. Tenemos que sacar las entradas en tres semanas. Jorge, convéncela.

Él la miró de frente. En un primer momento no dijo nada, solo la escrutó y Juls notó cómo su corazón se aceleraba sin remedio.

— Déjala, Erika. Que haga lo que quiera — murmuró con firmeza — . Me encantaría que te apuntases — añadió en voz baja — , pero como tú quieras.

Juls tragó saliva. No era que no quisiese ir a un concierto con los Alba, era que no sabía en qué punto estaría su relación con Jorge en junio. Podían pasar muchas cosas en esos meses.

La camarera se acercó para llevarse los platos y no tardó en regresar con los *brownies* que habían pedido. Los puso en el centro de la mesa para compartir.

Juls cogió un pedazo con su cuchara y el delicioso sabor a chocolate le explotó en el paladar. ¡Estaba de muerte!

— Creo que voy a salir de aquí rodando — se quejó Lukas después de haber engullido él solo uno entero.

— Es probable que cuando me levante a alguno le dispare en el ojo con el botón de mis vaqueros — añadió Jorge, palmeándose el abdomen.

Siguieron bromeando sobre la ingesta de calorías, pero al cabo de cinco minutos no quedaba ni un resto del postre en el plato.

— Es hora de que nos vayamos, chicos — dijo Diego, echando una ojeada a su reloj—. Mañana madrugamos. Sobre todo, tú, Lukas, que te tienes que ir a Elche temprano.

— Sí — dijo este con un cabeceo—. Pide la cuenta.

Diego subió el brazo y llamó a la camarera.

— ¿La dividimos entre cinco? — propuso Erika.

— Yo pago la parte de Juls — dijo Jorge.

— ¡No! — protestó ella con energía—. La dividimos, como ha dicho Erika.

Jorge no insistió.

Después de pagar, bajaron la escalera de piedra y se detuvieron frente a la puerta del restaurante. Diego había llegado en su moto y Erika y Lukas lo habían hecho en el coche de este último, un Seat Ibiza blanco que estaba aparcado en dirección contraria al lugar donde habían dejado a Turbo.

— Te vemos el domingo, ¿no? — le preguntó Erika a Juls mientras la abrazaba.

— ¿El domingo?

— En casa de mis padres. La reunión semanal. Pásate, aunque sea solo un rato.

— Ya sabes que eres bienvenida — intervino Diego.

Juls miró de reojo a Jorge. No le había comentado nada.

— Sois unos pesados — farfulló él—. Es tu decisión — dijo, dirigiéndose a ella—. Haremos lo que te apetezca. No quiero agobiarte.

— No, no. Por mí está bien.

Terminaron de despedirse y ellos dos se dirigieron hacia el Patrol. Juls se percató de que le costaba un poco mantener la línea recta. Las tres copas de vino que había tomado se le habían subido un poco a la cabeza.

Hicieron el trayecto hasta su apartamento en un agradable silencio. En la radio sonaba *Moonlight shadow* de Mike Oldfield y ella miró a Jorge un par de veces. Era raro verle tan callado.

— ¿Estás esperando a que me ponga a cantar? — preguntó él de pronto como si le hubiera leído los pensamientos.

— Es que siempre lo haces — confesó con un suspiro relajado.

Él no dijo ni una palabra, pero poco después comenzaba a canturrear la canción con voz aflautada.

Ella bajó los párpados y no pudo evitar que una risa efervescente emergiera de su garganta. Sí, el vino estaba haciendo de las suyas.

De pronto, el coche se detuvo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que ya habían llegado a su destino; estaban en la puerta de su edificio.

— Mañana por la tarde tengo una cita con mi psicóloga en Alicante, pero podemos vernos después — dijo él. Se había girado en el asiento y la miraba.

— No te preocupes, yo tengo que trabajar. Nos vemos el sábado.

A él se le oscurecieron los ojos con desilusión, pero no replicó pese a que se notaba que quería hacerlo.

— Bueno — comenzó ella y se quitó el cinturón de seguridad— . Pues me voy...

— Claro.

Los nervios encontraron vivienda en su interior y vaciló un buen rato sin bajarse del coche. Finalmente, con una torpeza que rayaba en la más absoluta ineptitud, se acercó a él para darle dos besos, pero calculó mal la distancia y estuvo a punto de pegarle un cabezazo épico. Menos mal que Jorge parecía conservar todo su aplomo y la detuvo en el último momento poniéndole una mano en el hombro.

— Mañana te llamo — murmuró y le regaló una sonrisa torcida antes de darle dos besos.

— Eh, sí — musitó mientras su aroma se le colaba por la nariz y le erizaba el vello de la nuca—. Eh... Hasta mañana.

Descendió del vehículo y cerró la puerta a su espalda. No quiso mirar atrás mientras abría la puerta del edificio. Bastante complicado era poner un pie detrás de otro sin perder el equilibrio. Y ese vértigo que notaba no se debía al alcohol, sino a su cercanía.

Que se sentía atraída por él era muy obvio.

Entonces, ¿por qué no había querido verle al día siguiente?

Necesitaba tiempo para poner en su sitio todas esas ideas confusas que anidaban en ella. Dos días seguidos con Jorge habían sido como una sobredosis. Un día lejos de él sería una cura de desintoxicación que le urgía tener para pensar con claridad.

Había una lámpara encendida en el salón que había olvidado apagar antes de marcharse. Ahora lo agradeció porque así el piso no parecía tan solitario. Qué suerte tener una amiga como Mariu que le dejaba el apartamento en cualquier ocasión. Si hubiera tenido que pagarse un hotel con sus exiguos ahorros no habría podido permitirse ir a Benidorm con tanta frecuencia.

Apenas había tenido tiempo de desmaquillarse, lavarse los dientes y ponerse el pijama cuando llegó el wasap. Incluso antes de mirarlo ya sabía que era de él. Podía intuirlo.

Jorge: Qué tal la cena? Todo bien? Te ha gustado?

Se tumbó en la cama, poniéndose cómoda, y aferró el teléfono con ambas manos.

Juls: Todo perfecto, gracias. Tus hermanos son encantadores.

Jorge: Espero estar incluido en esa descripción.

Compuso una sonrisa.

Juls: Claro.

Jorge: Solo hay una cosa que me ha descuadrado.

Frunció el ceño, perpleja. ¿A qué se refería?

Juls: Qué?

Jorge: Tu preferencia por Daryl.

Juls: En serio? A mí me sorprende que defiendas a Michonne.

Jorge: Por qué? Es una mujer poderosa y es increíble con su katana.

Juls: Daryl sí que es increíble con su ballesta.

Jorge: Daryl no ha visto un peine en su vida.

Juls: Y Michonne sí? Te olvidas de sus rastas.

Jorge: No sé si seguir hablando contigo sabiendo que él es tu favorito.

Juls: Lo cierto es que el mejor personaje de todos es Negan.

Jorge: Pues ahí te doy la razón. Es brutal.

Juls: Somos amigos otra vez?

Jorge: Jajaja, sí.

Después de aquel no llegaron más textos y ella tampoco supo cómo continuar la conversación. Releyó los mensajes con una mueca divertida hasta que se dio cuenta de que en la parte superior de la pantalla aparecía la palabra *Escribiendo ...*

Aguardó con la respiración contenida.

Jorge: Me encanta compartir momentos contigo. Mañana va a ser un día muy largo. Ya tengo ganas de que sea sábado.

Se mordió los labios al tiempo que su corazón se saltaba un par de latidos. Sus dedos trémulos comenzaron a escribir una respuesta, pero se detuvieron. Volvió a empezar de nuevo, mas otra vez se detuvo.

Arrugó la frente, pensativa.

Sin verle era más fácil imaginarse que la persona al otro lado de la línea era el antiguo Jorge. ¿Cómo le habría respondido la antigua Juls?

Juls: Eres supercursi, pero reconozco que me gusta tu cursilería. Sigue así. Vas por buen camino.

Y añadió un emoji guiñando un ojo.

Jorge: Tengo muchas frases cursis en la reserva. No me tientes o prometo usarlas todas.

Juls: Venga, va, regálame alguna. Me apetece reírme.

Tuvo que esperar al menos un minuto hasta que llegó la contestación. Era un gatito llorando debajo del cual se podía leer: *Yo cuando no me respondes a los dos segundos.*

No pudo evitar que le entrara la risa.

Acto seguido, llegó una nueva foto. Esa vez era un perrito con carita soñadora y la leyenda decía: *No es piña ni es mora, es tu carita la que me enamora .*

Su carcajada fue estridente y rebotó en las paredes del dormitorio. ¡Qué ridículo!

Juls: Por favor, para y no me tortures más!

Jorge: Te lo advertí. Mañana te mando alguna más. Buenas noches.

Juls: Buenas noches.

Después de aquello, se deslizó hasta que su cabeza se apoyó en la almohada y cerró los ojos. Estaba algo mareada por el alcohol, pero lo suficientemente despejada para ser consciente de que Jorge y ella se acercaban poco a poco.

Ella también ansiaba que llegara el sábado.

Capítulo 32

Jorge

Había hecho grandes planes para ese día, pero al mirar el cielo encapotado, comenzó a temer que todos ellos se fueran al carajo.

Acababan de dejar el coche en el parking que el Ayuntamiento había habilitado en la ruta del faro del Albir. Para ser un sábado, no había demasiados vehículos allí estacionados. Claro que, mucha gente habría desistido de hacer aquella excursión al ver las nubes grises que cubrían el cielo. Ellos eran la excepción. Unos valientes, se dijo Jorge con una media sonrisa.

— Parece que va a llover y la ruta hasta el faro es de dos kilómetros de subida y otros dos de bajada. ¿Te atreves?

Juls le miró con las cejas fruncidas.

— ¿Me estás retando?

— Un poco — admitió con desvergüenza.

— Mientras el camino no sea de tierra y se convierta en un lodazal.

— No. Está asfaltado.

— Por mí, perfecto. Mira lo que tengo — dijo, al tiempo que extraía un pequeño paraguas plegable de su mochila.

— ¿Ahí cabemos los dos?

— ¿Quién ha dicho que sea para ambos?

Jorge emitió una suave risa.

La Juls de esa mañana se asemejaba mucho más a la Juls de los mensajes. Parecía haber perdido su timidez. Quizá haber pasado un día separados le había venido bien para aclarar sus ideas.

— Pues vamos, entonces.

Ella se puso en marcha, situándose a su lado. Llevaba vaqueros y deportivas, tal y como él le había pedido la noche anterior, cuando la llamó por teléfono.

Lo primero que encontraron al empezar la ruta fue un merendero, pero lo dejaron atrás y continuaron caminando a paso moderado. El camino estaba bordeado por hitos de piedra caliza y una amplia pinada se extendía debajo de ellos.

— El actual camino se trazó en mil novecientos sesenta y uno, antiguamente era una estrecha senda muy peligrosa que iba paralela al mar y terminaba en el faro, que se construyó en mil ochocientos sesenta y tres.

— Dime la verdad — le pidió ella, deteniéndose—. ¿Lo sabías de antes o lo has mirado en el Google esta mañana?

— Google, esta mañana — admitió con la boca torcida.

— Al menos eres sincero — repuso mientras echaba a andar de nuevo.

— Quería impresionarte. ¿Estás impresionada?

— ¿Por dos fechas? No.

Él volvió a reírse.

— Es una putada que esté nublado porque los días de sol las vistas son fantásticas, pero tenemos que aprovechar lo que tenemos, ¿no?

Siguieron caminando y disfrutando del paisaje. El mar en tonos grisáceos se abría ante sus ojos con el Peñón de Ifach al fondo, imponente y llamativo.

— Ese es el lugar donde fuimos a bucear — dijo ella, señalando la gran roca.

— Seguro que te llevé a la cala El Racó.

— ¡Sí! Ese era el nombre.

— Cualquier día de estos repetimos.

Juls le lanzó una mirada soslayada que él no supo interpretar, aunque creyó leer algo de inseguridad en ella. Decidido a no romper la armonía que parecía haber entre ambos, cambió de tema.

— Bueno, déjame que siga intentando impresionarte con mis conocimientos. Vamos a tomar la ruta que baja a las minas de ocre. Está un poco más adelante.

Y eso hicieron. Bajaron hasta la mina, con cuidado de no resbalarse en el suelo rocoso e irregular; era rojizo debido al ocre. Una vez abajo, Jorge volvió a hacer gala de su recién adquirida sabiduría vía internet — gracias a la pequeña chuleta que se había anotado con boli en la muñeca— y le habló

del origen de la mina y de que el ocre se utilizaba como colorante para pinturas.

Juls parecía pendiente de todas y cada una de sus palabras y él no pudo evitar sentirse un poco halagado por su interés.

Justo al lado de la mina, había una cala a la que se asomaron con prudencia, por lo escarpado del terreno. Él le contó que en verano la gente iba hasta allí para bañarse en sus cristalinas aguas.

Después de regresar al camino principal, avanzaron unos metros hasta alcanzar otra de las rutas secundarias, la que llevaba a la Boca de la Ballena. Descendieron por la senda que se abría paso entre la espesa vegetación y las rocas húmedas por el rocío hasta alcanzar una cueva de amplias dimensiones. Se entretuvieron un buen rato admirando las estalactitas y estalagmitas y las formas peculiares de las paredes rocosas.

— Qué pena. — Ella señaló unos grafitis en tonos rojos y blancos que afeaban una de las columnas de piedra.

— Sí, aquí viene toda clase de gente y les preocupa una mierda hacer destrozos — suspiró él—. Eso y el guano de las gaviotas van estropeando todas las formaciones.

Le dio la mano para ayudarla a subir un montículo, pero en el mismo instante en que alcanzaron terreno llano, se soltó. La contempló de reojo, lamentando que el contacto hubiera sido tan breve.

Abandonaron la cueva y regresaron al camino. El color del cielo había pasado de ser gris plomizo a convertirse en una mezcla de gris y negro, y el retumbar de un trueno llegó con claridad hasta ellos.

— Si queremos llegar al faro, tenemos que darnos prisa — comentó él.

Aceleró el paso y ella adecuó sus pisadas a las suyas.

Volvió a mirarla. El viento que soplaba generoso había puesto color en sus mejillas y le alborotaba el cabello.

Estaba guapa.

¿Y si tiraba de ella como si quisiera que se diese prisa? Era la excusa perfecta para cogerla de la mano, ¿no?

¡Dios! Se rio de sí mismo en silencio. ¿Cómo era posible que fuese tan absurdo?

No había tenido tiempo de encontrar una respuesta cuando el faro apareció ante ellos. Pese a que el cielo apagado deslucía algo la imagen, la edificación blanca y azul sobre la que se levantaba deslumbraba por su limpieza. Era evidente que hacía poco que había sido repintado.

Juls dejó escapar un gritito repleto de deleite.

— ¡Oh, me encanta!

Él se descubrió sonriendo, encantado por su entusiasmo.

— Está situado a ciento doce metros sobre el mar, y en la actualidad es un Centro de Interpretación — explicó, mirando disimuladamente la chuleta.

— ¿En serio lo llevas escrito? — preguntó ella con incredulidad.

— ¡Joder! Me has pillado — se rio.

— Alucino contigo — se carcajeó con suavidad.

— Tenía que fanfarronear un poco. — Se encogió de hombros—. .
¿Quieres entrar?

— No. Prefiero exponerme a los elementos.

Se acodaron en la balaustrada negra que daba al acantilado. Desde allí las vistas eran impresionantes. Se podía ver la bahía de Altea, la piscifactoría, los cortados de Sierra Helada con la antena en su punto más alto y el mar embravecido con las olas cada vez más altas.

Lástima de temporal que lo sombreaba todo y robaba los colores.

— Ven al Catadelfines. — Señaló él el telescopio.

— ¿Catadelfines?

— No me digas que no sabes lo qué es. Cuánta incultura... — Chasqueó la lengua de modo teatral—. Es, obviamente, un catalejo para ver delfines.

Ella puso los ojos en blanco, pero no dudó en acercarse y mirar por el telescopio.

— Es una pena que haga tan mal tiempo — suspiró él, situándose tras ella.

Sus ojos se clavaron en su nuca. Siempre pensó que le gustaban las mujeres con el pelo largo, una sedosa cabellera donde hundir los dedos le resultaba de lo más atrayente. Sin embargo, el corte de pelo de Juls le parecía terriblemente sexi. Reprimió las ganas de alargar la mano y deslizar los dedos por sus guedejas.

— ¡Puedo ver un montón de aves!

Su exclamación le hizo regresar a la realidad.

— Gaviotas y cormoranes, seguro. Son muy abundantes en esta zona — repuso.

Otro trueno se mezcló con el sonido del viento ululante.

— Tenemos dos opciones. Entrar al faro o largarnos de aquí a toda velocidad. El camino de regreso nos va a llevar por lo menos quince o veinte minutos. — Echó un vistazo a las nubes que amenazaban con derramarse sobre ellos de un momento a otro—. Si nos quedamos, es probable que no podamos bajar hasta dentro de unas horas.

— Pues vámonos.

— Solo un segundo. Tengo una última información de Google y necesito sacarla de mi interior, por favor, o me va a estallar la cabeza — exageró, alzándose la manga de la cazadora para leer la última frase que llevaba escrita en el brazo.

— Venga, vale. Dilo — se rio ella.

— ¿Ves ese montículo de piedra? Son los restos de la Torre Bombarda — recitó como un autómatas—. Una antigua torre vigía del siglo diecisiete, construida para defenderse de los piratas berberiscos y destruida durante la guerra de la independencia. ¡Ya! — terminó y volvió a bajarse la manga—. Y, ahora, ¡vámonos!

Se dio media vuelta y echó a andar deprisa hacia el camino por el que habían llegado. La risa cantarina de ella le siguió. Se giró y vio que una sonrisa flotaba en los femeninos labios. Se felicitó en silencio por la excursión y por haberse sentado aquella mañana delante del ordenador a buscar información. Incluso pese al mal tiempo, había conseguido crear un recuerdo memorable.

Habían recorrido algo más de medio kilómetro cuando una ráfaga de viento los azotó con fuerza y algunas gruesas gotas cayeron sobre sus cabezas. Ella se apresuró a sacar el diminuto paraguas de su mochila y abrirlo. Lo puso sobre ambos, pero no había contado con que el viento iba a soplar de lado. Poco después, comenzó a llover con ganas, y el ridículo paraguas se dio la vuelta y no sirvió de mucho. Los dos terminaron calados.

— ¿Y si corremos? — propuso él casi a gritos.

Juls no le dejó terminar; echó a correr dejando escapar una exclamación desenfrenada. Él se unió a ella, cabeceando por lo grotesco de la escena.

De algún modo y sin planearlo, se tomaron de la mano mientras avanzaban a toda velocidad por el camino asfaltado. Eran las dos únicas personas que parecía haber sobre la faz de la tierra, expuestas al vendaval. Nadie más estaba tan loco como para andar por allí.

— ¿Aguantas? — le gritó.

— ¿Y tú? ¿Aguantas tú? — respondió ella con otra pregunta.

Ambos rompieron a reír.

El viento se llevó sus risas.

Jorge se sentía pletórico.

Había tenido sus dudas el día anterior, cuando acudió a la consulta de la doctora Carmena y le enseñó su diario y compartió sus pensamientos con ella. Tenía la sensación de que se estaba embarcando en una relación en la que él estaba dispuesto a invertir mucho más que ella, que no hacía otra cosa que mostrar reticencia, si bien los wasaps que intercambiaron la noche del jueves le habían proporcionado algo de optimismo.

La psicóloga le aconsejó que se dejara llevar y que no se cerrase a experimentar ninguna emoción, ya fuera buena o menos buena. Las emociones malas no existían en su vocabulario.

Y eso estaba haciendo.

Experimentar emociones.

Buenas.

Junto a Juls.

Cuando alcanzaron el parking donde estaba su coche, la ropa de los dos chorreaba.

Se apresuraron a subir al vehículo.

— Recuérdame que no volvamos a salir cuando amenace lluvia — dijo él con un suspiro mientras se acomodaba en el interior de Turbo.

— ¿Estás seguro de que no lo he hecho ya? Lo digo por lo de tu amnesia y tal... — repuso ella. Estaba tiritando.

— Estás graciosa hoy.

— Graciosa, no sé. Calada, seguro. — Sus dientes comenzaron a castañear.

Las ganas de abrazarla y traspasarle algo de su calor corporal — que no era mucho— le sobrepasaron. No obstante, mantuvo la cabeza fría y se limitó a introducir la llave en el contacto y poner la calefacción a toda potencia.

La miró durante unos segundos. Las gotas resbalaban de su pelo que el agua había oscurecido y rodaban por su cara pálida. Su cazadora de cuero había conseguido repeler la humedad, pero sus vaqueros estaban empapados.

— Vamos a mi apartamento. — Tomó una decisión— . Está aquí al lado. Te puedes duchar y entrar en calor mientras tu ropa se seca.

Sacó un paquete de pañuelos de papel de la guantera y se lo tendió para que se secara. Ella lo cogió y le dio la gracias de un modo casi inaudible.

Él arrancó y accionó el limpiaparabrisas que se puso en marcha con un gemido lastimero. El calor que emergía de los conductos de ventilación pronto caldeó el interior del vehículo. Se pusieron en marcha en dirección a la costa y los neumáticos del todoterreno levantaron cortinas de agua al internarse en los profundos charcos. Apenas había gente por la calle; era indudable que todo el mundo había buscado refugio en algún lugar. Las tormentas invernales en la zona no solían ser muy comunes y duraban poco. Con toda seguridad, en un par de horas, el cielo estaría despejado.

Tal y como había pronosticado, llegaron al garaje de su edificio en pocos minutos.

Estacionó el vehículo en su plaza y lo rodeó para abrirle la puerta a ella, que, si bien se había secado la cara con los clínex, todavía tenía un aspecto miserable con el cabello pegado a la cabeza y las mejillas lívidas. Él mismo notaba el tejido húmedo de su cazadora vaquera pegado al cuerpo y era una sensación bastante desagradable.

Mientras subían en el ascensor se dedicó a estudiarla. Ella no había dicho ni una sola palabra en los últimos minutos y todo el buen humor que había mostrado en el camino del faro parecía haber desaparecido.

Se bajaron en la quinta planta y él señaló la vivienda de la derecha.

— Este es mi apartamento — dijo. Abrió la puerta y le cedió el paso— . No es muy grande, pero para una persona sola está bien. Todavía me estoy aclimatando al sitio. Solo hace unos días que me he mudado. Tenía ganas de

tener un poco más de independencia y tranquilidad, ya sabes cómo es mi familia, todos muy ruidosos y caóticos.

Se dio cuenta de que estaba balbuceando una frase tras otra, intentando llenar el incómodo mutismo que parecía haberlos envuelto.

— Ya lo conocía — susurró ella. Había un tinte melancólico en sus palabras.

¡Claro! Se llamó imbécil para sus adentros. ¿Cómo no había caído? Quizá ese era el motivo por el que estaba tan callada. ¿Recuerdos gratos o ingratos?

¡Puñetera amnesia!

Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el sofá. Luego, se dirigió al dormitorio y entró al baño. Cogió una toalla de la estantería y regresó a la alcoba para sacar un pantalón de chándal y una camiseta del cajón de su cómoda antes de volver junto a ella.

— Toma. Date una ducha para entrar en calor. Y ponte esto. — Le tendió las prendas—. Deja la ropa en el suelo junto a la puerta y yo me encargo de meterla en la secadora.

— ¿Puedo beber un vaso de agua primero?

— Pues claro.

Ni siquiera tuvo tiempo de ir a buscarlo. Ella estaba más cerca que él de la cocina y se dirigió directamente al armario donde guardaba los vasos. Cogió uno y sacó una botella de agua mineral de la nevera. Todos sus movimientos eran precisos y seguros.

Sí. Era indudable que ya había estado en el piso con anterioridad.

Verla desenvolverse con tanta familiaridad por su casa le causó un agradable cosquilleo en las tripas. Siguió observándola a través de las pestañas mientras volvía a guardar la botella en la nevera y bebía del vaso a pequeños sorbos. La suave ondulación de su garganta mientras tragaba le pareció sumamente sensual.

De pronto, se preguntó qué cosas habrían hecho en ese apartamento.

Imágenes de ambos retozando en su sofá y revolcándose en su cama se agolparon en su cabeza con repentina fuerza. Fueron tan vívidas que, durante un instante, pensó que eran un recuerdo real, pero rápidamente se

dio cuenta de que no era así. No eran reminiscencias de sucesos pasados, eran algo diferente.

Quizá un anhelo de deseos insatisfechos.

Un vehemente ardor se apoderó de él y le despertó una erección.

Avergonzado, trató de disimular su inesperada reacción física y se dio la vuelta, encarando el amplio ventanal que daba al exterior. A través de la cortina de agua que caía del cielo pudo ver los blancos cantos rodados empapados en la playa y el tormentoso mar de color pardo.

Tan tormentoso como sus propios pensamientos.

Permaneció inmóvil, con los puños cerrados, intentando que su cuerpo se serenase. Por fin escuchó los pasos de ella a su espalda y el sonido de la puerta del dormitorio, cerrándose. Expulsó el aire que había mantenido preso en los pulmones y pegó la frente al frío cristal. Un hondo suspiro emergió de su boca.

¿Acababa de empalmarse?

¡Qué patético!

«No seas tan dramático», se dijo. A fin de cuentas, tampoco era la primera vez. Hacía unos días que eso le había sucedido mientras veía los provocadores vídeos que ella le había enviado en el pasado.

Había uno en el que ella estaba solo con ropa interior.

¡Joder! Lo último que necesitaba en ese momento era pensar en esos vídeos.

Se dio la vuelta y se dirigió a su cuarto. Tal y como él le había pedido, ella había dejado la ropa mojada en el suelo: sus vaqueros, su suéter verde, sus deportivas y sus calcetines. Estos eran rojos con margaritas diminutas. Los alzó en el aire y se maravilló de lo pequeños que eran.

Se desnudó con rapidez, se puso un chándal y una camiseta y, con las prendas húmedas de ambos en la mano, se dirigió a la cocina para meterlas en la secadora. Después, regresó al ventanal y echó una ojeada al exterior. La lluvia parecía estar amainando.

Desde hacía unos minutos, una vena latía con fuerza cerca de su cuero cabelludo y un incipiente dolor de cabeza comenzaba a manifestarse detrás de sus cuencas oculares, pero lo había ignorado. Se frotó la sien con cuidado y sus ojos se posaron sobre las palabras escritas en azul en su antebrazo izquierdo. Se habían emborronado un poco con la humedad, pero todavía se podía leer en la parte más alejada de su mano: Juls ♥ .

Era consciente de haberse garabateado su nombre en el brazo esa mañana cuando estaba anotando las fechas, pero no recordaba haber dibujado el corazón.

Su subconsciente parecía traicionarle.

Jul

La melancolía había hecho presa en ella en cuanto entraron por la puerta del apartamento. Demasiadas experiencias compartidas entre aquellas paredes. Ya en el ascensor comenzó a sentirse extraña recordando la primera vez que estuvo allí. En aquel entonces, se habían devorado a besos en la estrecha cabina metálica.

Y, después, al ver el sofá en el que habían pasado largos ratos besándose, y la cocina, donde desayunaron e intercambiaron confidencias después de una larga noche de pasión, se le había encogido el estómago.

Pero nada comparado a lo que sintió cuando entró al dormitorio y sus ojos se deslizaron por la cama. Los recuerdos de todo lo sucedido entre esas sábanas la golpearon con fuerza y estuvo a punto de soltar un sollozo ahogado. Toda la complicidad, los besos, las caricias, el modo en que él le había susurrado al oído palabras en alemán, las miradas, las bromas y las risas... Todo olvidado.

Después de dejar la ropa en el suelo, junto a la puerta, se encerró en el baño a toda prisa, intentando ignorar que también habían hecho el amor en esa ducha mientras protestaban riéndose por el pequeño tamaño de la cabina acristalada. Dejó que el agua arrastrara las lágrimas que se empeñaron en brotar de sus ojos mientras se llamaba tonta en silencio por dejarse llevar de esa manera.

No quería demorarse mucho tiempo en el baño porque sabía que Jorge también necesitaba usarlo, pero la sensación del agua caliente sobre su entumecido cuerpo era demasiado maravillosa para apresurarse. Apoyó la cabeza sobre la pared de azulejos y emitió un sollozo, decidida a que fuera el último.

No podía seguir lamentándose.

Sí, era verdad que él no la recordaba y que había olvidado las experiencias maravillosas que habían vivido juntos.

Pero estaban construyendo otras nuevas.

Como la excursión al faro.

Pese a que la tormenta los había sorprendido, las últimas horas junto a él habían sido fantásticas y no se iban a borrar de su memoria jamás.

Cuando la imagen de Jorge leyendo las chuletas de su brazo acudió a ella no pudo evitar soltar una risa, cuyo eco se mezcló con el sonido del agua que caía sobre las paredes de cristal.

Era tan absurdo y tan tierno al mismo tiempo.

Era algo que el Jorge del pasado habría hecho.

Pensó en lo largo que se le había hecho el día anterior, sin verle. Ni siquiera pudo concentrarse en trabajar porque su mente estaba demasiado ocupada haciéndose preguntas ridículas.

¿Qué estaría haciendo él? ¿Dónde estaría? ¿Estaría pensando en ella?

Y otras mucho más serias.

¿Podía confiar en él? ¿De verdad se estaba enamorando de ella?

Y la peor de todas.

Si no era así, ¿podría resistirlo su corazón?

Vivía en un mar de dudas. Lo único que sabía con seguridad era que se había equivocado al pensar que, manteniendo las distancias, la atracción que sentía por él disminuiría de algún modo y sería capaz de ver las cosas en perspectiva. Fue al contrario. Le echó de menos a rabiar.

Por eso esa mañana había estado tan receptiva. Tenía la necesidad de ser Juls, la de antes y de que él fuera Jorge, también el de antes.

Y lo fueron.

Casi a regañadientes, abandonó la ducha y se secó. Después se vistió con la ropa que él le había dado, que le quedaba enorme. Ni siquiera se

miró al espejo. ¿Para qué? Seguro que estaba ridícula, pero no le importó demasiado.

Jorge estaba de pie frente al ventanal, pero se dio la vuelta al escuchar sus pasos.

— ¿Qué tal la ducha? — le preguntó.

— Grandiosa. Me habría quedado allí a vivir — repuso con un guiño.

Él le regaló una sonrisa que no terminó de alcanzar sus ojos al tiempo que se frotaba la frente. Estaba un poco pálido y tenía el ceño arrugado.

Aquello la llenó de sorpresa.

— Te queda bien mi ropa — bromeó. A todas luces, se notaba que su tono era forzado.

— Si te gustan los payasos...

— En serio. — Seguía sonriendo, pero era una sonrisa artificial.

No pudo preguntarle porque él se encaminó al dormitorio. Justo antes de cerrar la puerta, asomó la cabeza por ella.

— No tardo mucho, pero si quieres un café...

— No te preocupes — le interrumpió—. Yo me encargo.

Él desapareció y ella se quedó inmóvil y perpleja con la vista fija sobre la hoja de madera. Su cambio de actitud era muy patente. ¿Habría pasado algo?

Pensativa, preparó café y lo sirvió en dos tazas, sin leche, recordando que a él también le gustaba así. Después, con su taza en la mano, se dirigió al ventanal que dominaba toda la pared y que daba al balcón. Había dejado de llover. Solo de vez en cuando alguna gota golpeaba la barandilla de metal, pero era probable que no cayeran del cielo sino del piso superior.

Se abstrajo contemplando el mar revuelto. Las crestas blancas de las olas, que se habían comido media playa, contrastaban con el color plumizo del agua. La línea del horizonte parecía marcada con un cincel, tal era el contraste entre la oscuridad del océano y el gris apagado del cielo.

Unos pasos a su espalda la sobresaltaron. Se giró y le vio junto al sofá. El cabello húmedo le caía sobre la frente y tenía los ojos entrecerrados de un modo poco natural.

— ¿Ya? ¡Qué rapidez! — murmuró ella—. Te he preparado un café. — Señaló la encimera.

Él asintió con un rictus inusual en su boca.

De nuevo, Juls tuvo la sensación de que algo no marchaba bien.

— ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

— Me duele la cabeza — admitió él al tiempo que se llevaba los dedos a las sienes y bajaba los párpados—. Mucho — añadió con sutil reticencia.

— Oh... ¿Tienes algo para el dolor? — inquirió preocupada.

— Acabo de tomarme una pastilla, pero es probable que tarde en hacer efecto. — Hizo una pausa y bebió un trago de su taza—. Mira, ya sé que te voy a joder el día, pero creo que voy a tener que encerrarme en el dormitorio con las persianas bajadas. No es la primera vez que me pasa esto. Voy a llamar a Erika para que venga a buscarte.

— ¿Tiene esto algo que ver con tu accidente?

Él suspiro.

— Puede. Antes nunca había tenido este tipo de dolor de cabeza... No lo sé.

— No hace falta que llames a Erika y menos con las carreteras empapadas como están. Tú vete al dormitorio y yo me quedo aquí por si necesitas algo.

— Pero...

— Sin peros — le cortó con decisión.

Él guardó silencio unos instantes.

— Me sabe fatal que tu sábado se estropee.

— Vale. No digas nada más — volvió a callarle, alzando una mano con energía—. Vete a la cama que yo me apaño aquí. He visto que tienes comida en el frigorífico. Me prepararé algo y veré la tele.

— Juls...

— Jorge...

Por un segundo, la cara de él se aclaró y una sonrisa genuina asomó a sus labios.

— Vale, acepto mi derrota. No sabía que eras tan mandona.

— Sí lo sabías, pero se te había olvidado — le contradijo—. Te lo voy a ir recordando.

Él la miró indeciso, pero terminó por darse media vuelta y, con el café en la mano, se dirigió al dormitorio.

— Si necesitas cualquier cosa...

— Llamaré a la policía — bromeó ella.

Él se rio suavemente antes de entrar a la habitación y cerrar la puerta.

Juls dejó caer los hombros hacia delante en cuanto él no estuvo presente para poder verla. Si bien había utilizado su sentido del humor, estaba preocupada. No sabía hasta qué extremo un dolor de cabeza, en el caso de Jorge, entraba dentro de la normalidad. ¿Y si le pasaba algo?

Se apresuró a coger su móvil y, tomando asiento en el sofá, fue a Google e hizo una búsqueda sobre jaquecas en pacientes con amnesia. Al cabo de diez minutos, estaba más perdida que antes y no había sacado nada en claro. Lanzando miradas fugaces a la puerta del dormitorio, terminó llamando a Erika.

— Hola — dijo en voz queda cuando esta aceptó la llamada.

— Hola, Juls. Creía que estabas con Jorge.

— Y estoy, pero quería preguntarte una cosa.

— Dispara.

— Estamos en su piso. Le duele la cabeza y se ha acostado... — titubeó — . Estoy un poco preocupada, la verdad.

— Ah... Vaya, qué putada... — Erika chasqueó la lengua— . Le pasa de vez en cuando, no con mucha frecuencia, gracias al cielo. El último TAC que le hicieron es de hace dos semanas y estaba todo perfecto, así que no te preocupes. Solo necesita descansar y estar tranquilo. Seguro que en unas horas está bien.

Juls dejó escapar un suspiro aliviado.

— Vale.

— ¿Quieres que vaya a buscarte?

— No. No — rechazó— . Prefiero quedarme. Muchas gracias.

— Oye, Juls... — dijo Erika con un carraspeo.

— ¿Sí?

— Ayer en el aseo del Portus te dije que no quería que mi hermano y tú os separarais y tú no dijiste nada.

Juls cerró los ojos y tragó saliva.

— Me encantaría poder decirte que eso no va a suceder jamás, pero no lo sé, Erika. Soy consciente de que él está poniendo todo de su parte para

volver a enamorarse de mí. Lo noto. Pero ¿y si eso no pasa? ¿Y si de pronto se da cuenta de que no quiere estar conmigo?

— A ver, Juls. Conozco a mi hermano. Le gustas.

— No digo que no — repuso—. Pero gustar se queda corto.

— ¿Acaso lo habéis hablado?

— No.

— ¿A qué estáis esperando, entonces? — Sonaba impaciente.

— Tienes razón. Tenemos que hablar.

— No tomes ninguna decisión precipitada.

— No lo haré.

Hubo un largo silencio después de aquella frase.

— Mañana nos vemos en el chalet, ¿no? — preguntó Erika.

— Sí, claro.

— Genial. Si necesitas cualquier cosa, llámame.

Se despidieron y Juls se quedó un rato sentada en el sofá, abstraída. Las palabras que le había dicho Erika le daban vueltas por la cabeza.

Conozco a mi hermano. Le gustas.

Ella ya lo sabía. No era tonta. Jorge se lo demostraba constantemente.

¿Pero gustar era suficiente? ¿Y si el sentimiento se quedaba solo en eso y Jorge nunca pasaba de ahí?

Se levantó y cogió la manta de cuadros que había en el respaldo del sofá. Se envolvió en ella y se dirigió a la terraza. Abrió la puerta corrediza y un aroma mezcla a salitre y petricor entró en la estancia. Aspiró hondo y se llenó de él. Era una maravilla. Tomó asiento en una de las sillas de plástico que se había librado de la lluvia y dejó la taza en la mesa. Casi por inercia, sus dedos accedieron al listado de llamadas y pulsó sobre el nombre de la persona con la que contactaba siempre que se sentía mal.

— Hola, peque.

La sonora y varonil voz de Félix le dibujó una sonrisa. Cuando hablaba con él podía dejar de pretender ser fuerte y adulta. Era como regresar al pasado. Volvía a ser una niña que confiaba en su hermano mayor para que se encargase de resolver todos sus problemas.

— Hola.

— ¿Qué tal en la playa? ¿Te has bañado?

— Claro, con el agua a catorce grados y una tormenta...

— Qué cobarde — se burló.

Juls le dio un trago a su café que comenzaba a quedarse frío y rebuscó en su interior las palabras más adecuadas para hablarle de sus sentimientos.

— Vale. Ese silencio tuyo lo dice todo. ¿Sigues confusa?

Habían hablado el día anterior y ella ya le había contado cómo se sentía.

— Un poco.

— Espera, que salgo a la calle, que estoy en el local y no te oigo bien.

— Si estás ocupado...

— Yo siempre estoy ocupado, pero siempre tengo tiempo para ti. —
Hubo un ruido de puertas que se abrían y cerraban—. A ver, ya estoy.
Dime.

— Hoy he pasado una mañana genial con Jorge — comenzó.

— Eso es fantástico.

— Ya...

— Ya, ¿qué?

— Tengo pánico de dejarme llevar — admitió.

— ¿Por qué?

— Le gusto.

— Pero eso es positivo, ¿no?

— Debería serlo. Pero ¿y si después de que me conozca más se da cuenta de que no le gusto?

— Eso es imposible. Eres adorable.

— ¿Y si no le gusta como beso? — prosiguió como si él no hubiera dicho nada—. O peor todavía, ¿y si cuando nos acostemos piensa que no soy como lo ha imaginado?

— No necesito que me des detalles — refunfuñó él—. No es plato de buen gusto imaginarte con nadie en la cama. Para mí sigues siendo Julia, mi hermanita pequeña, la de las trenzas.

— En serio, Félix. No te burles. Mi vida no es fácil en este momento.

— Eres muy joven para estar así. Solo tienes veintiséis años.

— Veinticinco todavía — protestó.

— Solo te falta un mes — señaló él con un chasquido de lengua—. Hay muchos peces en el mar y tú has tenido la mala suerte de encontrarte con el

más complicado.

— ¡No es su culpa! — saltó ella veloz.

— Ya sé que no lo es, que han sido las circunstancias. — Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que tiene que ser él?

No vaciló al responder con apasionamiento.

— ¡Al cien por cien! Tiene que ser él. Nadie más.

Él suspiró al otro lado de la línea.

— Si tan segura estás, ¿por qué me llamas y me planteas mil dudas?

— Jo, Félix...

— Ahora sí que sueñas como una niña de veinticinco — bromeó él.

Ella no pudo evitar reírse, pero recuperó la sobriedad con rapidez.

— A ver, ¿qué hago?

— ¡Pero si ya lo sabes!

— No lo sé.

— ¿Vas a parar? ¿Vas a dejar de verle?

— ¡No!

— Pues entonces ya lo sabes. Vas a seguir adelante. Y si todo sale bien, serás una mujer feliz con una pareja estupenda. Y si todo sale mal, pues te lamerás las heridas y yo estaré aquí para ayudarte a superarlo. Es muy sencillo, Juls.

— Cuando tú lo dices suena muy simple — suspiró.

— Es que lo es. Solo tú lo estás haciendo difícil. ¿Por qué?

— Tengo miedo de que me rompa el corazón — admitió.

— El corazón no se rompe. Se magulla un poquito, pero se recupera. Y tú eres una mujer muy fuerte. Podrás con todo.

Dejó que esas palabras calaran dentro de ella.

— Y, sobre todo, deja de comerte la cabeza pensando que hay dos Jorges — prosiguió él—. Es la misma persona. Y por todo lo que me dices, él siente algo por ti. Quizá sea diferente a lo que había entre vosotros en el pasado, pero es algo. *Vívelo* — pronunció, recalcando mucho las tres sílabas—. Mi hermana Juls se lanzaría con valor a la aventura. No sé quién es esta chica indecisa y llena de ambigüedad que no deja de decir tonterías.

Ella arrugó la nariz, avergonzada, ya que en su fuero interno sabía que tenía razón.

— ¿Sabes que te quiero un montón?

— Es normal. Soy perfecto.

Ella rompió a reír.

— Es verdad. Lo que no entiendo es por qué no tienes pareja.

— Si tuviera pareja ya no sería tan perfecto — replicó con sarcasmo— .

¿Dónde estás ahora?

— Estoy en su piso. Él se ha acostado porque le duele la cabeza.

— Pero ¿está bien? — preguntó con inquietud.

— Sí. Su hermana me ha dicho que le pasa a veces, pero que no es preocupante — dijo y luego se detuvo un instante— . Eh, Félix...

— Si me vas a dar las gracias, ahórratelo.

— ¡Qué gilipollas eres!

— Hace cinco segundos me has dicho que me querías.

— No es incompatible. Se puede querer mucho a un gilipollas.

Ambos se rieron.

— Te dejo, que veo a uno de mis socios con cara de pocos amigos viniendo hacia mí. Si necesitas algo más, me llamas.

— Vale. Un beso.

Cortó la comunicación sintiéndose ligera. Hablar con su hermano siempre le hacía bien.

Se había levantado una brisa fresquita que se colaba por los huecos de la manta y la estaba dejando congelada, así que regresó al interior del apartamento. Dejó la taza sobre la encimera de la cocina y encaminó sus pasos hacia el dormitorio. Pegó la oreja a la puerta y trato de escuchar algo, pero solo había silencio. Con sigilo, bajó el picaporte y empujó la hoja de madera.

La habitación estaba casi en penumbra. Jorge había bajado la persiana y solo una rendija dejaba pasar algo de luz y dibujaba la silueta masculina sobre la cama. Estaba tendido bocarriba con una mano sobre el pecho y la otra extendida a lo largo de su cuerpo. No se había desvestido y solo se había arropado las piernas.

Juls vaciló solo unos segundos antes de adentrarse en el cuarto de puntillas y detenerse junto a la cama. Solo podía vislumbrar sus rasgos

tenuemente, pero era evidente que dormía. Giró sobre sus talones, decidida a marcharse.

— Juls...

Su voz la sorprendió camino de la puerta.

— No pretendía despertarte — murmuró, acercándose a él de nuevo.

— No lo has hecho. No estaba durmiendo — repuso en voz queda.

— ¿Cómo estás?

— Más o menos.

— ¿Puedo hacer algo por ti?

— ¿Tienes las manos frías?

— Eh, un poco... Es que he estado fuera...

— ¿Puedes ponerme una en la frente? — la interrumpió.

Ella no dudó ni un segundo. Tomó asiento en el borde de la cama y posó la mano sobre su frente. Tenía la piel caliente y suave.

— ¡Dios! — dijo con un suspiro—. ¡Qué bueno! ¿Te importaría mucho quedarte un rato?

— Claro que no.

— Genial.

Después de eso no pronunció ni una palabra más.

Juls tragó saliva. Notaba una extraña calma en su interior. Quizá fuera estúpido, pero saber que el roce de su mano le provocaba alivio hizo que se sintiera bien y una oleada de afecto la embargó.

Transcurrió un buen rato en un mutismo absoluto. Solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones, la de ella agitada y la de él más serena y profunda.

Era obvio que se había dormido.

Pobre Jorge...

Le estudió con interés durante una eternidad, recreándose en sus relajadas facciones, en su nariz recta, en el ángulo de su mandíbula cubierta por una sombra oscura y en su viril cuello.

¡Cómo echaba de menos tocarle!

Terminó por retirar la mano de su frente y la acercó a sus labios. Sin llegar a rozarlos, se los delineó dejando un espacio de milímetros entre su piel y la punta de sus dedos mientras ahogaba un suspiro. El anhelo de

besarle y comprobar que su boca era igual de firme y sensual que en el pasado la sobrepasó, pero no lo hizo. Quería que, cuando intercambiaran su primer beso — al menos para él lo sería— , ambos estuvieran despiertos y fueran muy conscientes de la situación.

Y, por supuesto, que no se quedase solo en un beso. Quería más, mucho más.

Las palabras de su hermano resonaron en su cabeza.

Él siente algo por ti. Quizá sea diferente a lo que había entre vosotros en el pasado, pero es algo.

Vívelo.

Sí. Lo haría. Lo viviría.

Capítulo 33

Jorge

Abrió los ojos y pestañeó, tratando de despejarse. Los posó sobre el rayo de luz que se colaba a través de la rendija de la persiana y que impactaba contra el edredón color canela. Tenía el cerebro algo entumecido, pero ni rastro del dolor de cabeza que le había atormentado hacía horas. ¿Solo horas? Volvió a parpadear para situarse y se dio cuenta de que era probable que hubieran pasado más que unas cuantas horas. Era evidente que esa luz que entraba por la ventana era la luz de un nuevo día.

Alargó el brazo para coger el móvil de la mesilla y vio que ya eran las nueve de la mañana. ¡Había dormido más de dieciocho horas! Eso no le pasaba desde que era adolescente y llegaba borracho a casa. Aunque tampoco era de extrañar, cuando tenía una de sus migrañas se quedaba hecho polvo.

Se estiró para desentumecer los músculos de la espalda y un bostezo escapó de su boca. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Además, había soñado con Juls. No recordaba demasiado, solo que ambos estaban en la playa y se tostaban al sol. Y ella le sonreía. Un sueño muy agradable.

Giró la cabeza y se encontró con la cara de ella a solo unos centímetros de la suya. Dormía plácidamente con las manos juntas y encogidas bajo la barbilla.

Juls estaba en su cama.

La imagen penetró en sus retinas con total naturalidad, como si encontrarla allí fuese lo más normal del mundo. Como una continuación de su sueño.

Se revolvió hasta quedar de lado y se dedicó a contemplarla a su antojo. Así, dormida y serena, sí que parecía Campanilla, con el pelo encrespado, la nariz pequeña y la punta de sus blancos dientes asomando por su boca entreabierta.

Era preciosa y hacía que se le acelerase el corazón.

Un recuerdo de la tarde anterior acudió a él, llenándole de calor. Ella le había perfilado los labios. A pesar de que ni siquiera le había rozado y lo había hecho en el aire, él había sido muy consciente de la cercanía de sus dedos. Fingió dormir, ansiando que se atreviera a acariciarle de verdad.

Mas no lo hizo.

La ternura de ese gesto la delató y le dijo mucho de ella y de lo que sentía por él, por más que se empeñase en mantener las distancias.

Sabía que se había quedado en su cuarto durante bastante tiempo. Pese a que el dolor le obligó a tener los ojos cerrados, pudo sentir su presencia irradiando calidez a su lado y aquello le resultó muy reconfortante.

Poquito a poquito — o quizá no tan lentamente— aquella chica se le había ido metiendo bajo la piel, llegando a hacerse la dueña de casi todos sus pensamientos. Se pasaba la mayor parte del día rondando por su cabeza y también deambulaba por sus sueños. Estaba en todas partes.

Y no podía decir que no le agradase. Estaba encantado.

No sabía cuánto tiempo había tardado en enamorarse de Juls la primera vez, pero estaba seguro de que iba a batir su propio récord.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

Segundos...

Volvió a girarse para encarar el techo, pensativo.

¿Qué probabilidad había de que una persona se enamorase de otra dos veces?

¿Ninguna, pocas, muchas?

O quizá nunca se hubiera desamorado de ella y esos sentimientos que florecían en él con tanta fuerza fueran la continuación de los de antes. A lo mejor, su subconsciente no la había olvidado y por eso volvía a sentir tanto por ella.

Quizá su amor por Juls fuese inolvidable.

El viernes se lo había contado a la doctora Carmena. Le dijo que sentía una conexión especial con ella y que nunca antes se había sentido así. Que cada vez que estaban cerca reaccionaba como si la conociera de siempre, como si estar juntos fuera lo correcto. Como si hubiera encontrado la pieza de puzle que faltaba en su cabeza y todo encajara de repente. Desde que

tuvo el accidente, la sensación de estar incompleto se había ido solidificando dentro de él y se notaba un poco perdido. Pero cuando estaba con Juls, aquella sensación desaparecía del todo y su equilibrio regresaba. El mundo volvía a estar del derecho.

¿Tenía sentido?

La psicóloga le habló de las complejidades del cerebro humano — lo llamó la estructura más enigmática del universo— y de lo poco que todavía sabían de él. Y le animó encarecidamente a explorar sus sentimientos y a ser sincero consigo mismo y con Juls.

Estaba dispuesto a serlo.

Volvió a mirarla y se preguntó en silencio cómo reaccionaría si le dijera que estaba enamorado de ella, y que lo estaba incluso desde mucho antes de saber que J y Juls eran la misma persona. En realidad, desde el día en que descubrió los mensajes en su móvil.

¿Le creería?

Suspiró bajito. Ni él mismo era capaz de encontrarle la lógica a esa declaración.

Quizá debía de pasar a la acción y dejarse de explicaciones. Ella parecía mucho más receptiva a los hechos — tal y como había demostrado el día anterior en el faro— , que a las palabras. Debería mostrarle lo que sentía más que decírselo. Ser más directo. Abrazarla o besarla, incluso. ¿Por qué no?

En ese instante, los párpados de ella trepidaron. No tardó en elevarlos. Sus ojos todavía nublados por el sueño se posaron sobre los de él.

— Buenos días.

— Buenos días — respondió ella en voz apenas audible.

— No esperaba encontrarte aquí.

— Tienes que disculparme — murmuró un poco avergonzada— , pero tu sofá es incómodo.

— ¿Me has escuchado quejarme? — le preguntó con un guiño.

— ¿Estás mejor? ¿Ya no tienes dolor de cabeza?

— Estoy muy bien. Muchas gracias, de verdad. Vaya mierda de anfitrión que soy. Te invito a mi casa y te dejo tirada.

— Bah, por eso no te preocupes. Lo importante es que tú estés bien.

— Lo estoy. No suelo tener episodios como ese con frecuencia, pero cuando vienen son jodidos. ¿Qué hiciste tú todo el día?

— Ver series en Netflix.

— Vaya un planazo, ¿no?

Ella se rio.

Jorge la contempló en silencio a través de las pestañas. Había algo muy íntimo en esa escena. Los dos en la cama, apenas separados por unos centímetros, manteniendo una conversación. Y todavía no había ocurrido nada entre ellos.

«Hechos y no palabras», se recordó a sí mismo.

Era el último día de Juls en Benidorm y el tiempo se les acababa.

¿Y si se acercaba y la besaba?

En cuanto aquella idea se materializó en su mente, no titubeó ni un solo segundo.

Se incorporó y apoyó el peso de su cuerpo sobre el antebrazo izquierdo, después, se deslizó hacia ella, hasta que sus torsos casi se rozaron. Todos sus movimientos eran pausados, como a cámara lenta, dándole a ella todo el tiempo del mundo para apartarse, si así lo deseaba. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarle con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Jorge se inclinó con lentitud, aspirando para llenarse de su sempiterno olor cítrico, hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de los de ella.

— ¿Puedo besarte? — susurró.

Ni siquiera dejó que reaccionara. Había tenido tiempo para alejarse y no lo había hecho. Ya era tarde.

Acortó la distancia que los separaba y la besó. Cerró los ojos mientras lo hacía y se perdió en la calidez y blandura de su receptiva boca durante los dos segundos que duró la caricia. Apenas fue un roce, demasiado corto para llamarlo *beso*, pero mágico al mismo tiempo. Electrizzante como un relámpago y tan dulce como una cucharada de mermelada.

Cuando se apartó, la estudió con intensidad y ella le dirigió una sonrisa que fue como un disparo directo al centro de su pecho. No pudo evitar soltar una carcajada.

— Bien — dijo y volvió a repetirlo dos veces más — : Bien, bien...

— ¿Bien?

— Muy bien, en realidad.

De nuevo, otra carcajada algo más potente le sacudió el cuerpo. De repente, se sentía eufórico. Agitando las piernas en el aire, se desembarazó del edredón y se puso de pie mientras la miraba. Ella también se reía, sorprendida por su entusiasmo.

— Quiero hacer muchas cosas contigo hoy, Juls. Demasiadas cosas y tan pocas horas — dijo como para sí mismo.

Acto seguido, levantó la persiana y abrió la ventana. Un sol espléndido se alzaba en el luminoso cielo azul y el aire que entró del exterior olía a humedad y a limpio. Solo la ligera brisa algo fresca recordaba que se encontraban en enero.

Lleno de energía, como si ese breve beso le hubiera recargado, cogió su móvil de la mesilla. Navegó por sus listas de Spotify hasta que encontró la que buscaba y le dio al *play*. El teclado electrónico con el que comenzaba *Sweet dreams* de Eurythmics resonó en el dormitorio y, solo unos segundos después, la voz de Annie Lennox se unía a la música.

Él empezó a cantar y a mover las caderas. Estaba de muy buen humor. De un humor fantástico.

— Date prisa y levántate — la instó en medio del estribillo. Ella no se había movido; se limitaba a contemplarle con una sonrisa—. Me ducho en dos minutos, luego preparo un cafecito rápido y nos ponemos en marcha. ¿Te hace?

Ella afirmó con presteza justo antes de humedecerse los labios con la punta de la lengua.

Sin dejar de bailar y de canturrear, observó el gesto con los ojos hambrientos. Terminó por bajar los párpados para contener las ganas que tenía de reunirse con ella en la cama de nuevo y comérsela a besos. Se dio la vuelta veloz para que no viera cómo sus pantalones se deformaban en la zona de su entrepierna y huyó al baño, pero dejó la puerta entreabierta para poder seguir escuchando la canción. Apenas tardó unos segundos en despojarse de la ropa y en regular la temperatura del agua. Tenía previsto darse la ducha más rápida de su vida, pero su miembro endurecido tenía otros planes para él.

Con la mente llena de imágenes de Juls, dejó que el sonido del agua sobre la mampara ahogara sus gemidos mientras empuñaba su erección y empezaba a bombear con energía para buscar alivio. Tenía algo de morboso saber que ella estaba en la habitación contigua, esperándole, y eso le excitó tanto que solo unos segundos después notaba el caliente hormigueo que precedía al orgasmo. Apoyó la espalda contra la pared alicatada y dejó que el clímax le sacudiera. Con el cuello y la mandíbula tensos, ahogó un estertor estrangulado mientras su eyaculación se mezclaba con el agua caliente.

Necesitó unos cuantos segundos para recuperar el aliento. Cuando lo hubo hecho, procedió a enjabonarse con perezosa satisfacción. La cara de Juls seguía bailoteando por su cabeza. No tenía ni idea de qué era lo que había sucedido con ella, pero su actitud hacia él había cambiado. Estaba mucho más receptiva.

Se llevó una mano a los labios, donde todavía palpitaba el beso que habían intercambiado, y sonrió gozoso.

Cuando por fin abandonó el baño, vestido con unos vaqueros y un polo rojo, ella estaba en el salón, con la camiseta que él le prestó el día anterior, dando pequeños sorbos a una taza de café.

— ¿Has hecho café? — Se dirigió a la encimera de la cocina, donde reposaba otra humeante taza y se hizo con ella—. Eres perfecta, lo sabías, ¿no? — le dijo.

— Me lo dicen siempre — sonrió—. Voy a la ducha. Y espero no tardar tanto como tú — añadió, echándole una mirada de lo más esclarecedora.

La estudió, arqueando una ceja. Se preguntó si ella sabría lo que había estado haciendo en el baño. La vio asentir con la boca torcida. Él contuvo una sonrisa sin mucho éxito que terminó por convertirse en una risa ronca. No se sentía demasiado avergonzado, la verdad.

— Es que tenías la puerta abierta — le informó—. Y las paredes de azulejo suelen producir eco.

— No afirmo ni desmiento — murmuró y le echó una ojeada por encima del borde del recipiente.

Ella chasqueó la lengua y se puso en movimiento, camino del baño. Cuando pasó por su lado, Jorge alargó el brazo lo suficiente para que sus

nudillos acariciaran la piel de su muñeca. Fue solo un roce, pero cargado de intimidad.

Tal y como le había prometido, Juls tardó apenas diez minutos en ducharse, secarse y vestirse. Él apenas había tenido tiempo de acabarse el café cuando ella regresó al salón. La recorrió de arriba abajo con la mirada. Pese a que llevaba la misma ropa del día anterior y no se había peinado ni maquillado, estaba preciosa. El color verde de su suéter le sentaba realmente bien.

— Me gustas — le dijo con sencillez. No se refería a ese momento en particular y ella también pareció entenderlo así por su forma de asentir con parsimonia.

— Tú a mí también — repuso en el mismo tono mientras acariciaba con ligereza el borde de la mesa del comedor. Sin mirarle.

Quizá para otras personas aquello no fuera muy trascendental, pero sí lo era para ellos. Acababan de confesarse algo importante. Era su comienzo.

Un amigable silencio reinó entre los dos después de eso. Mientras lavaban las tazas y recogían sus cosas, sus ojos se cruzaron un par de veces, pero ninguno vio la necesidad de decir nada más.

Poco después, abandonaron el apartamento.

Hacía un día espléndido, ideal para pasear y disfrutar de la brisa marina y del sol sobre sus cabezas. Y, de pronto, todas esas cosas que Jorge había querido hacer con ella se difuminaron y lo único en lo que podía pensar era en estar a su lado y deleitarse con su cercanía.

Terminaron sentados en una terraza cercana a su edificio, desayunando y holgazaneando mientras conversaban de todo y de nada al mismo tiempo. Ella le habló mucho de su familia, sobre todo de su hermano Félix con el que parecía tener una relación muy estrecha. Era muy probable que ya le hubiese contado todas aquellas cosas con anterioridad, pero no parecía molesta por tener que hacerlo de nuevo. Él la escuchaba con atención, asintiendo y dejando caer comentarios ingeniosos que ella aceptaba con agrado.

Su segundo café se convirtió en un tercero y ellos se negaron a marcharse, mientras de vez en cuando, sus manos se encontraban por encima de la mesa o sus piernas por debajo. No eran caricias demasiado

suggerentes, solo roces sutiles, pero suficientes para alimentar sus ganas, al menos las de él, que apenas si podía mantener las manos quietas. De por sí, el deseo de tocarla era inmenso, pero desde hacía unas horas, se había multiplicado por mil.

Cuando abandonaron la cafetería y echaron a andar por la pasarela peatonal que iba en paralelo a la playa, entrelazó sus dedos con los de ella. Su mano, pequeña y frágil, pareció perderse en la suya y la sensación le resultó maravillosa. La miró de soslayo y la vio sonriendo. El entusiasmo se le concentró en el pecho. Y, de nuevo, le envolvió esa sensación de plenitud, de estar completo y entero.

Durante las siguientes horas no hicieron absolutamente nada — al menos eso podría parecerle a cualquier espectador fortuito—, sin embargo, lo que estaban experimentando era sumamente significativo. Pasearon, vieron volar una cometa y miraron el mar. Se hablaron con miradas y gestos mientras sus manos se buscaban constantemente y jugueteaban la una con la otra. Si se soltaban, aunque solo fuera por un breve lapso de tiempo, sus dedos parecían vacíos y tenían la necesidad de encontrarse con rapidez. Si por una casualidad ella se detenía porque el viento le agitaba el cabello y necesitaba apartárselo de la cara, él la esperaba con la mano extendida hasta que ella volvía a tomarla. Hubo incluso un momento en que Jorge tuvo la audacia de darle un beso en los nudillos, al que ella le respondió de igual modo.

Más de treinta veces intentó decirle lo que sentía por ella y más de treinta veces se echó atrás en el último instante.

«Hechos y no palabras», se recordó.

Se descubrió echando ojeadas nerviosas a su reloj y queriendo parar el tiempo, pero las horas se sucedían insolentes a demasiada velocidad. Se encontraba tan a gusto a su lado que no deseaba que aquel día terminara jamás.

Comieron en la terraza de un restaurante especializado en arroces, rodeados por turistas extranjeros, la mayoría ingleses y rusos. Una alta estufa de gas proporcionaba calor a las mesas, pero casi resultaba innecesaria en un día tan caluroso. El ambiente era realmente pintoresco, la comida estaba deliciosa y la compañía no podía ser más perfecta.

Volvieron a hablar solo de nimiedades y cosas banales, como si mencionar el futuro o su relación o algo más profundo les produjera desazón. Sí, habían progresado y todo parecía indicar que ambos deseaban lo mismo, así lo probaban sus miradas o su forma de sonreírse, no obstante, ninguno de los dos se atrevió a sacar el tema más importante.

A partir del día siguiente, ¿qué?

Jorge ahuyentó el pensamiento de su mente, dispuesto a exprimir las horas que les quedaban juntos hasta el límite.

Después de comer, fueron al apartamento de Juls para que pudiera cambiarse de ropa. Él la esperó en el coche mientras hacía planes para que aquel día siguiera siendo especial. Las siguientes horas iban a pasarlas en compañía de su familia, pero tampoco era necesario que se quedaran toda la tarde allí, ¿no? Podían marcharse pronto y bajar a la playa a tomar una copa, ¿no? O ir al casco antiguo y pasar por la zona de los vascos ²⁷ a picar algo...

«¿A quién pretendía engañar?», se dijo con desdén. Lo que más deseaba era que el día terminara igual que había empezado: con Juls en su cama.

La vio abandonar el edificio por el espejo retrovisor y se irguió en el asiento. Ese era el efecto que tenía sobre él. Le hacía ser consciente de todos los músculos de su cuerpo, de cada nervio y cada centímetro cuadrado de su piel.

Había sido realmente rápida. Llevaba unos vaqueros distintos, más claros, y una blusa roja debajo de su cazadora de cuero, pero seguía despeinada y sin maquillar, como si se encontrase a gusto siendo natural con él.

— ¿He tardado? — preguntó nada más abrir la puerta y subir al coche.

— Solo tres canciones. Eso no es nada.

Su móvil pitó con insistencia. Él ni siquiera se molestó en mirarlo. Sabía que era su hermana. Ya le había escrito dos veces para saber cuándo iban a llegar.

— Es Erika — suspiró—. Es pesadísima.

— ¿Pasa algo? ¿Llegamos tarde? — preguntó ella y echó un vistazo al reloj del salpicadero.

— No llegamos tarde. Habíamos quedado a las cuatro y son y diez. Por cierto, el rojo te queda bien — añadió mientras arrancaba.

— Era para estar en igualdad de condiciones, a ti también te queda bien el rojo — le respondió ella con un guiño—. Es tu color.

— No es así. Mi color...

— Es el azul, lo sé — le interrumpió—. Apuesto a que tus bóxers son azules.

— Eh, sí — se rio.

Era evidente que ya le había visto desnudo y que conocía su tonta manía con la ropa interior. Las ganas de girar el volante y regresar a su apartamento para poder estar a solas con ella le poseyeron, pero las reprimió.

«Tampoco estás tan desesperado, ¿no? Bueno, un poco sí», admitió para sus adentros con sarcasmo.

Subió la radio. Sonaba la famosa canción de Cyndi Lauper, *Girls just wanna have fun*, y Juls se puso a tararearla. Tenía una voz hermosa, mucho más cantarina que la suya. Le gustó escucharla. Se preguntó cómo era posible que hubiese encontrado a una chica con un gusto musical tan similar al suyo. Había tenido suerte. O quizá el destino haciendo de las suyas.

A las cuatro y veintidós aparcaba a Turbo delante del chalet de sus padres. La música que salía de la propiedad llegaba amortiguada hasta la calle. Una de dos, o Cas y su familia no estaban en casa o se habían unido a la fiesta. A veces lo hacían.

— ¿Preparada para el caos?

Ella asintió sonriente.

Erika abrió el portón y salió a recibirlos, abalanzándose sobre Juls.

— Llegáis tarde. Llevo esperándoos mucho rato. Ah, para que no os pille por sorpresa, Lukas ha vuelto con Eva. Y ha venido Bea — dijo mientras le dirigía una mirada de disculpa a Jorge.

Este resopló con exasperación.

— Está claro que tienes que estar pegada a mí todo el tiempo — se dirigió a Juls, que se rio con ganas y le miró con los ojos brillantes.

Erika los estudió a los dos alternativamente con la frente arrugada. Terminó por situarse entre ellos y enhebrar el brazo derecho en el de su hermano y el izquierdo en el de ella.

— ¿Ha pasado algo guay? — murmuró, haciendo aspavientos exagerados con las cejas.

— ¿Me lo preguntas a mí o a él? — inquirió Juls.

— Al que primero me conteste.

— Nos hemos besado — repuso Jorge con una expresión triunfal.

Su hermana soltó un gritito emocionado.

— Sin lengua — añadió Juls.

Erika maldijo disgustada.

Ellos dos se miraron por encima del cogote de la rubia. La sonrisa de Juls era tan provocadora que Jorge no pudo hacer otra cosa más que lanzarle una mirada desafiante que llevaba implícito un *Espera y verás*. La reacción de ella fue increíblemente adulta: le sacó la lengua.

El jardín de los Alba, como de costumbre, parecía una pequeña pista de baile y la temperatura no demasiado fría favorecía el encuentro. Su padre lo daba todo en la plataforma acompañado por Lukas e Iván, que le hacían los coros. Su madre estaba sentada en una de las tumbonas en animada conversación con Eva. Bea y Laura, las dos amigas de Erika, bailaban con Rafa y Dani y otro amigo de Lukas cuyo nombre no quería acudirle a la cabeza.

Ambos fueron recibidos con entusiasmo; besos y abrazos fueron intercambiados y, pronto, pese a que él le había pedido a Juls que se mantuviera a su lado para poder estar a salvo de Bea, Erika se la llevó hacia la mesa de las bebidas. Rafa y Dani no tardaron en alejarle de ella y envolverle en una conversación. Intentó mantenerse interesado, pero sus ojos la seguían allá donde iba por el jardín, acompañada por su hermana. Dani dijo algo sobre ir a una fiesta que estaban organizando sus compañeros de trabajo y Jorge giró la cabeza para escucharle con más atención. En ese momento, por el rabillo del ojo se percató de que Bea se dirigía hacia él. ¡Joder! Murmurando una disculpa, se escabulló deprisa y buscó a su padre, que acababa de bajarse del escenario.

Se dieron un caluroso abrazo.

— Está claro que ya te tiene en el bote otra vez — se burló Tony Alba—. No dejas de mirarla. Para ser hijo mío eres más flojo...

— Mira quién fue a hablar. El que no tiene ojos para otra mujer que no sea mamá — se rio Jorge.

— Yo tenía puestas todas mis esperanzas en ti. — Chasqueó la lengua—. Tendré que fijarme en algún otro hijo. Lukas está ocupado otra vez, ¿te has enterado? — Señaló a Eva con la barbilla—. Y Diego, últimamente, está más taciturno que de costumbre. Seguro que está enamorado. Así que me centraré en Erika. Necesito que alguno de mis hijos se quede soltero para que pueda cuidarnos en la vejez.

— No sé yo si apostaría por Erika. Está loca. Quizá se quede soltera, pero ¿seguro que quieres que os cuide ella?

— Tienes razón. Tendré que ir buscando plaza en una residencia.

Ambos se rieron, pero su padre se puso serio de repente.

— ¿Estás bien? Sé que ayer tuviste una migraña de las fuertes.

— ¿Cómo lo sabes? — inquirió con sorpresa.

— Tu novia llamó a Erika, preocupada.

Jorge giró la cara hacia Juls, que hablaba con Diego a cierta distancia.

— Estoy bien. De verdad.

— ¿Y con ella?

— Progresando — dijo con una sonrisa ladeada.

Tony Alba se volteó y también observó a Juls.

— Me gusta para ti — dijo al cabo de un rato.

— A mí también me gusta para mí — admitió.

— ¿Quieres hacer algo romántico? ¿Dedicarle un tema? Te pongo el que quieras.

— Venga, papá — protestó con una risa.

— No me extraña que los jóvenes de ahora no tengáis éxito con las mujeres. No sabéis conquistarlas — rezongó. Y dio unos pasos, alejándose de él—. Voy a ponerle una canción. Haz el favor de mover el culo y hacer algo. No sé, súbete al escenario y cántasela o ve a su lado y abrázala en plan meloso...

El patriarca de los Alba se detuvo junto a su mujer y le habló al oído, después, le dio un beso largo y apasionado. Cuando levantó la cara le hizo

un gesto de suficiencia a su hijo y Jorge no pudo evitar emitir un exabrupto divertido.

En cuanto los primeros acordes llenaron el ambiente, reconoció el tema que había elegido su padre al instante: *Got my mind set on you* ²⁸ de George Harrison.

Meneó la cabeza con una risa incrédula. No obstante, miró a Juls y la vio canturreando con ganas. Quizá no era tan descabellado acercarse y susurrarle la letra al oído, a fin de cuentas, el título de la canción encajaba perfectamente con sus pensamientos.

Apenas había dado dos pasos en su dirección, muy decidido, cuando vio cómo Erika la cogía de la mano y la arrastraba hasta la plataforma. Juls se dejó llevar, riendo.

Jorge se carcajeó cuando las vio hacer el tonto mientras cantaban, mirándose la una a la otra. Era obvio que Juls solo conocía el estribillo porque cuando llegaron las estrofas se limitó a bailar.

Bailaba bien. Muy bien.

— Se te está cayendo la baba — le dijo Diego, que se había situado a su lado—. ¿Te traigo un pañuelo?

Jorge se rio y se encogió de hombros, sin apartar la mirada de su cimbreado cuerpo.

— No me digas que no es preciosa.

— Vale, no te lo digo.

Esa vez, cuando el estribillo resonó potente en el jardín, ella se dio la vuelta y le buscó con los ojos. Al encontrarle, le señaló con el dedo índice de la mano derecha mientras utilizaba la botella de cerveza que llevaba en la otra mano como micrófono y cantó para él.

Solo para él.

Una explosión de emociones estalló en el estómago de Jorge.

Juls estaba espectacular y deslumbrante.

Estaba seguro de que todo lo que sentía por ella se reflejaba en su cara. Su hermano le dijo algo, pero ni siquiera le escuchó. Solo tenía ojos para ella.

Su padre se acercó y le dio un codazo.

— Tiene más huevos que tú, chaval.

Se limitó a asentir. No se dio cuenta de que tanto Diego como su progenitor se alejaban. Solo quería que terminara la canción para poder ir a buscarla. Las ganas de besarla le sobrepasaron y sus pies le llevaron hasta la plataforma. Estaba tan cerca que casi podía tocarla. Ella tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, por la vergüenza o por la emoción. Difícil precisarlo. Le miró fijamente mientras el volumen de la música descendía y el último *Set On You* salía de su boca.

Jorge ignoró que estaban rodeados de gente y alargó la mano para cogerla por la muñeca, pero Erika fue más rápida que él y tiró de ella hacia el equipo de música.

Maldijo a su hermana entre dientes.

La risa de Lukas le hizo girarse.

— Tenías que verte la cara. Es como si le hubiesen quitado su juguete favorito a un niño.

No le hizo caso. Su intención era ir tras las dos chicas, pero vio que su madre le llamaba alzando la mano. Echó un último vistazo a Juls antes de suspirar lastimeramente y dirigirse hacia las tumbonas seguido por la risotada de su hermano pequeño.

El tiempo pasó a una velocidad de tortuga mientras Juls y él se miraban desde la distancia. La mala suerte no quería que estuvieran juntos. Cuando iba a acercarse a ella, Dani, Rafa o su padre le detenían porque querían preguntarle algo. Y cuando era Juls la que trataba de zafarse de alguna conversación para ir a buscarle, Erika o Lukas la cogían de la mano para bailar o cantar con ella. Ya había empezado a pensar que lo hacían a propósito.

Era desesperante.

Cuando el cielo se teñía de los colores violetas y anaranjados del crepúsculo, Diego pareció darse cuenta de su dilema y los ayudó a encontrarse. Tomó a Juls de la mano, sin importarle que Erika protestara y la llevó hasta donde estaba Jorge, que dejó a su amigo Rafa con la palabra en la boca.

Su hermano, una vez cumplida su misión, se esfumó y los dejó solos.

Se encontraron en medio del jardín. Una canción de Héroes del Silencio sonaba de fondo y las conversaciones y las risas eran bastante estridentes.

Nada de eso era importante.

Sus miradas se anclaron y fue Jorge el primero en extender las manos, que ella tomó sin dilación. Parecía como si una fuerza invisible los uniese y los atrajese irremediablemente, como si fueran un solo ser, algo sólido y casi palpable. Solo quedaba entre ellos un espacio de unos centímetros, pero no era un simple hueco vacío, sino que estaba lleno de calidez, deseo, cariño, necesidad y, sí, ¿por qué no?, también de amor. Todo junto al mismo tiempo.

— Hola — dijo él con ternura.

— Hola — respondió ella en el mismo tono.

— Así que *Got my mind set o n you* ...

— Ya ves.

— Esa canción pensaba dedicártela yo.

— Vaya, qué casualidad. Pensé que la había elegido tu padre.

— Ya sabes cómo es. Hace siempre lo que le digo — expuso con grandilocuencia.

Ella se rio con suavidad.

— Claro, claro. Pues me he adelantado.

No se dijeron nada más, pero era obvio que estaban hablando sin palabras.

Jorge solo quería largarse de allí, y era lo mismo que le transmitía ella con la mirada, así que no tardó nada en proponerlo.

— ¿Nos vamos?

Ella asintió con solemnidad.

— ¿A mi piso?

Volvió a asentir al tiempo que sus ojos despedían un atisbo de emoción.

No se despidieron de nadie. Solo Diego los vio marchar y les hizo un gesto con la mano.

Jorge estaba nervioso, tenía que admitirlo. Quizá por primera vez en su vida, cuando se subió al coche y arrancó, apagó la radio. Necesitaba calma para encarar la situación. Condujo silencioso, hilvanando ideas sobre lo que iba a suceder a continuación. La tensión sexual entre ambos era palpable. Pero no era solo eso. Había muchos otros sentimientos que pugnaban por salir a la superficie.

La miró de reojo. También estaba muy callada.

— ¿Estás bien?

— Tengo un poco de miedo... — admitió ella con reticencia.

— Puedo llevarte a tu piso — le ofreció.

— ¡No! — protestó con fiereza.

Él dejó escapar el aire que había contenido en los pulmones con alivio. Si la respuesta hubiera sido afirmativa se habría sentido muy decepcionado, pero habría cumplido sus deseos, por supuesto.

— Si te sirve de consuelo, yo también tengo miedo — confesó.

Se jugaba demasiado.

A lo mejor era tonto pensar así, pero tenía la sensación de estar compitiendo consigo mismo, como si tuviera que superar al Jorge del pasado, a ese que la había conquistado y del que ella estaba enamorada. Necesitaba desesperadamente que los sentimientos de Juls fueran para él. No para el otro.

Una puta locura.

Ella alargó la mano y la posó sobre su muslo, apretando ligeramente. Él no tardó en apoyar la suya encima y entrelazar sus dedos con los suyos. Transcurrieron unos cuantos segundos hasta que los dos eligieron el mismo momento para hablar.

— Todo va a ir bien... — dijo él.

— Sé que va a salir bien... — dijo ella.

Las risas de ambos se entremezclaron.

Capítulo 34

Juls

La puerta del apartamento se cerró tras ellos y, solo un instante después, Jorge la empujaba contra la pared y pegaba su cuerpo al suyo. Le acunó la cara con las manos mientras sus ojos se incrustaban en los de ella con una vulnerabilidad totalmente inesperada.

— Quizá no sea igual — murmuró y su aliento le acarició la mejilla—. Quizá te bese y no sea como antes. Quizá eches de menos... algo.

Juls bajó los párpados y huyó de su mirada. Eran las mismas dudas e inseguridades que ella tenía.

Quizá eran los dos unos idiotas.

Vívelo, vívelo, vívelo.

La palabra se repitió como una letanía en su cabeza

Elevó la cara, decidida, y hundió sus pupilas en las de él. La belleza de sus ojos le suscitó un pinchazo en el pecho.

— Quizá no sea como antes — admitió en un susurro—. Quizá sea mejor.

Una sonrisa fugaz apareció en la boca de él. Sin perder ni un solo segundo más, se inclinó y la besó.

Juls gimió. Llevaba semanas soñando con aquel beso. Dulce y pasional al mismo tiempo. Suave y ardiente. Afectuoso e íntimo.

— No pares... — le suplicó cuando él se apartó unos milímetros.

La obedeció. Totalmente enfocado y sin mostrar ni un ápice de esa incertidumbre que se había deslizado en su tono hacía unos segundos, la besó como si no hubiese dejado de hacerlo en meses, como si no fuera su primer beso, como si la recordase perfectamente y supiera lo que anhelaba. Con ganas y mucho deseo.

La besó como si la amara.

La nublada mente de Juls solo tenía una cosa clara: el hombre que estaba devorándola era el Jorge del pasado, ese del que se había enamorado, pero también era el del presente, con el que acababa de pasar un día maravilloso.

Era ambos.

Y juntos formaban una unidad perfecta.

Sus lenguas se encontraron y fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica en el abdomen. Él le mordisqueó el labio inferior y ella se derritió por dentro.

¡Dios! ¿Cómo se podía besar tan bien?

Era igual que antes y diferente al mismo tiempo o quizá su memoria le estaba jugando una mala pasada.

El beso estaba superando todas sus expectativas.

Se separaron jadeantes después de una eternidad y Jorge la miró con los ojos empañados por la pasión.

— Ya sé que para ti no es nuestro primer beso — le dijo con la voz entrecortada — , pero...

— ¿Buscas escuchar algún cumplido? — le interrumpió ella casi sin aliento.

— Sí — reconoció con una sonrisa tímida, poco habitual en él.

Ella posó la mano sobre su áspero mentón en una caricia ligera.

— Ha sido impresionante.

Él emitió un ligero gruñido satisfecho y sus manos se colaron dentro de su blusa. Ella, al sentir sus callosos dedos acariciando sus costados, echó la cabeza hacia atrás y gimió. Él aprovechó para apoderarse de su cuello, depositando una senda de húmedos besos sobre su garganta.

Quizá porque habían pasado muchos días ansiando entregarse el uno al otro y se habían reprimido, o quizá porque los múltiples besos los habían encendido, pero una fiera fogosidad se desató en ambos. Él tiró de su mano impetuosamente y la condujo hasta el otro extremo del apartamento, hacia su dormitorio, sin separar sus labios de los de ella ni un instante. Cuando alcanzaron la cama apenas llevaban ropa, se habían ido deshaciendo de ella por el camino con cierta violencia, regando el suelo del piso con las prendas. Cayeron sobre el colchón, mientras sus piernas y sus brazos se enredaban.

— Voy a hacer que pierdas la cabeza — dijo él contra su boca—. Para que ni siquiera puedas respirar sin pensar en mí.

No hacía falta que se esforzase mucho más, se dijo Juls. Hacía tiempo que lo único que ocupaba todos sus pensamientos era él.

Pronto, tanto su sujetador como sus bragas habían desaparecido y los ojos de Jorge absorbían su desnudez con un brillo depredador.

— Joder, Juls. Eres tan preciosa — murmuró mientras le delineaba los senos con reverencia—. Te he imaginado así muchas veces, pero esto es más de lo que podía esperar.

Ella no contestó. Con la respiración entrecortada por la excitación se limitó a abrazarle y a besar el ángulo de su mandíbula con ansia. Necesitaba sentirle, tener su cuerpo pegado al suyo. Le había echado de menos de un modo intenso y arrebatador. Enroscó las piernas en torno a su talle y sintió la dureza de su miembro contra su piel. De alguna forma, él se había quitado los bóxers sin que ella fuera consciente de ello. El calor bañó su sexo.

— ¡Sí...! — El monosílabo escapó de su boca sin contención.

Él se apartó y la miró, tomándose su tiempo. Después, con exasperante lentitud, comenzó a recorrer el hueco que había bajo el lóbulo de su oreja con los labios. Sus movimientos se habían ralentizado y sus caricias eran mucho más ligeras y relajadas.

Juls suprimió una protesta. No quería dulzura. No era eso lo que necesitaba en ese momento. Al Jorge de antes se lo habría dicho sin dilación ni vergüenza, con franqueza. Con este todavía tenía sus reservas.

«Díselo», le instó una vocecita.

Él debió de percatarse de su inesperado cambio de actitud porque alzó la cara e izó ambas cejas. La miró con intensidad durante unos segundos.

— Dilo — le pidió, como si pudiera leerle la mente. Se le habían enturbiado los ojos, robándole un poco de aplomo.

— No quiero que seas suave — dijo ella, decidida, tras solo una breve vacilación—. Lo quiero todo. Ahora. La suavidad la podemos dejar para después.

Una sonrisa lobuna apareció en la masculina boca.

— Perfecto.

Sin preámbulos ni titubeos, se irguió para ajustar su postura y fue trazando con su lengua una línea mojada que abarcó desde la base de su cuello hasta el comienzo de su pubis. Juls dejó escapar un potente jadeo, pero no tuvo tiempo de nada más porque él aferró sus muslos con ambas manos y la obligó a abrirlos mientras se posicionaba entre ellos y comenzaba a descender.

No estaba preparada para lo que llegó a continuación. Su boca cálida y húmeda se hundió en su sexo con avidez.

— ¡Jorge! — gritó.

No era la primera vez que tenían sexo oral, sin embargo, todo parecía diferente, mucho más intenso. Él la devoró con ansiedad, de un modo febril. Su lengua jugueteó con su clítoris una y otra vez, provocándole agudas sacudidas en el vientre. Apenas un par de minutos después un cosquilleo la avisó de que un potente orgasmo se acercaba. Con la mente entumecida por la intensa sensación, clavó los talones en la sábana, arqueó la espalda y liberó un grito estrangulado mientras cabalgaba en las olas de su clímax.

Fue una eternidad más tarde cuando, exhausta y satisfecha, consiguió elevar la cabeza y buscarle con la mirada.

Jorge se erguía sobre ella con una expresión vanidosa. Era evidente que su ego acababa de crecer hasta límites insospechados. Juls no pudo ni sonreír porque él dejó escapar un suspiro y pegó su boca a la suya.

— ¿Suficientemente rápido? — murmuró.

— Sí... — afirmó jadeante.

La besó con languidez mientras sus manos, que parecían fuego, recorrían su cuerpo, dejando huellas ardientes en cada centímetro de piel que acariciaban. Podía sentir su miembro hambriento y duro que presionaba contra su vientre, buscando fricción, y las ganas de sentirle en su interior la invadieron.

Él, como si estuviera dentro de su cabeza, se apartó para alargar un brazo y coger un condón de la mesilla. Con un par de hábiles movimientos, rasgó el envoltorio y se lo puso.

El cuerpo de Juls comenzó a vibrar ansioso. Le abrazó con delirio y le hizo sitio entre sus piernas de nuevo.

— ¿La suavidad la podemos dejar para después? — gruñó él, empleando sus mismas palabras.

No le contestó porque un calambre de excitación la recorrió de arriba abajo. Se limitó a gemir y a apretar sus musculosos glúteos con las manos, hundiendo los dedos en ellos.

La invitación era más que obvia.

Y así debió de entenderlo él, porque respiró hondo, elevó la pelvis unos centímetros y luego la dejó caer. Entró en ella sin prisas, paulatinamente, hasta que estuvo enterrado por completo en su interior.

Ambos gimieron.

— Prepárate para el polvo más corto de tu vida — jadeó él con una mueca mezcla de puro deseo y disculpa.

Esa frase eran tan *Jorge* que el pecho de Juls se llenó de calor.

Le acarició los musculosos pectorales con desordenado ímpetu y se arqueó para que su cuerpo estuviera más cerca del suyo. Era grandioso poder sentirle así, dentro de ella y aprisionándola contra el colchón.

Los movimientos de él se aceleraron y se volvieron más erráticos.

— Juls, Juls... — gruñó.

Y una última embestida le llevó a su final.

Ella se fijó en su cara. En su frente perlada de sudor. En sus párpados fuertemente cerrados con multitud de arrugas en sus extremos. En su nariz fruncida con las aletas dilatadas. En sus labios distendidos en un rictus algo salvaje que mostraba sus dientes superiores. En su mandíbula endurecida. En las protuberantes venas de su tenso y humedecido cuello...

Una fantasía .

Le abrazó con fuerza mientras él se dejaba caer sobre su cuerpo respirando casi sin resuello.

— ¡Dios! — murmuró unos segundos después— . Eyaculación precoz me llaman... — Su tono de voz era sarcástico.

Juls notó una risa burbujeante gestándose en su pecho, pero la reprimió. Sin embargo, la sensación de felicidad más absoluta se quedó con ella. Alzó una mano y le acarició la áspera mejilla hasta que él elevó la cabeza. Sus ojos color miel estaban cargados de veinte mil emociones diferentes: afecto, cariño, ternura, devoción... y amor.

Él le dio un beso en los labios antes de apartarse y salir de ella con sumo cuidado para poder deshacerse del condón. Sus movimientos eran algo torpes como si estuviese agotado.

Se tumbaron uno al lado del otro, mirándose fijamente. Sus sonrisas eran idénticas, perezosas y llenas de sentimiento.

— No voy a preguntarte nada. — Él alzó una mano y le retiró un mechón de pelo de la frente.

— Mejor. No tengo palabras. Ha sido perfecto.

—¿Perfecto? — El escepticismo rebotó en las tres sílabas. No obstante, no tardó en ponerse serio—. ¿Ya no tienes miedo?

— Ninguno — admitió—. ¿Y tú?

— Tampoco — repuso y le delineó el perfil con la punta de los dedos.

Repentinamente, las ganas de sollozar se apoderaron de ella. Había pasado los últimos meses en la inestabilidad más absoluta, pensando que jamás iba a recuperarle. Y ahora se daba cuenta de que, de algún modo, nunca le había perdido. Jorge siempre había estado ahí.

Él, tan intuitivo como siempre y sabiendo lo que necesitaba en cada instante, se aproximó y la abrazó con fuerza. Enterró la cara en su cabello y aspiró hondo.

— Siempre hueles a mandarina. Te parecerá tonto, pero creo que es el único recuerdo del pasado que tengo. Ese olor. Me fascina. ¿Recuerdas esa tarde en el Nevada cuando yo todavía no sabía quién eras?

— Sí — musitó. Había sido una tarde horrible.

— Cuando nos despedimos, te abracé y ese aroma tuyo me resultó familiar, como si lo hubiese olido antes. — Se detuvo y suspiró bajito—. Y así era.

Ella no dijo nada porque no creía que pudiera hablar sin romper a llorar. Se sentía frágil y vulnerable y no sabía muy bien por qué.

Se cobijó en sus brazos, buscando su calor. Después de la pasión que acababan de compartir, ahora necesitaba ternura y afecto.

Y él le dio ambos.

Se recrearon el uno en el otro, fundiendo sus pieles, intercambiando caricias suaves y besos sensuales y lentos. Jorge se convirtió en el Jorge de antes y la llevó al cielo, tocándola exactamente en los lugares de su cuerpo

que pedían a gritos ser tocados. Como si recordase cada recoveco y montículo de su figura, deslizó los dedos por las partes más sensibles de ella, como si fuera un violín y él un virtuoso de ese instrumento que supiera arrancar los más bellos acordes de sus cuerdas. Juls aceptó cada caricia, retorciéndose entre sus brazos, y le devolvió todas y cada una de ellas, generosamente, arrastrando las palmas de las manos por sus firmes músculos, haciéndole vibrar y provocándole gemidos guturales que resonaron con fuerza en el silencio del dormitorio.

Alcanzaron casi a la vez un clímax ardiente.

Todopoderoso.

Lleno de promesas.

Sus jadeos se mezclaron y él emitió una carcajada suave llena de felicidad que fue como música para los oídos de Juls.

Todo era perfecto.

Ese fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de dormirse mientras los fuertes brazos de Jorge se cernían en torno a ella.

Perfecto...

Capítulo 35

Juls

Apenas eran las siete menos cuarto de la mañana y hacía frío. Tomó prestado un forro polar de Jorge que encontró en su armario de la entrada y se lo puso sobre la cazadora. Quizá era una locura bajar a la calle a esas horas, pero estaba decidida a ver amanecer desde la playa.

Le dejó una nota manuscrita sobre la almohada, diciéndole que estaba abajo y que no tardaría en regresar. Le contempló unos instantes con el pecho henchido por la felicidad. Él dormía con la cara enterrada en el edredón. Solo su brazo derecho y su musculoso hombro aparecían al descubierto. Ni siquiera reaccionó cuando ella se inclinó para darle un beso en el omóplato.

¡Qué bien olía!

A mar.

Ni siquiera importaba que se hubiera duchado el día anterior o que hubiese sudado durante la noche, un ligero aroma a sal siempre le impregnaba, como si formara parte del océano.

Jorge y el mar. Intrínsecamente unidos.

En realidad, apenas habían dormido un par de horas. Era lógico que él estuviera cansado. Ella debería haberlo estado también, pero no era así; aparentemente, sus niveles de oxitocina estaban por las nubes después de aquella noche de puro y ansiado sexo.

La calle estaba desierta y corría un vientecillo helador. Aspiró hondo y se llenó los pulmones de aire con aroma a salitre. No había ni un alma en el paseo y tampoco las cafeterías de la zona estaban abiertas. Las primeras luces anaranjadas del alba comenzaban a asomar por encima del horizonte, pero todavía eran demasiado tenues para eliminar la oscuridad. Los cantos rodados del arenal no parecían demasiado cómodos por lo que tomó asiento en el borde del paseo. Notó el frío mármol bajo sus muslos, pero lo ignoró.

Se sacó el móvil del bolsillo, conectó los auriculares que había cogido de la mesilla de Jorge y seleccionó una de sus listas de Spotify, una de baladas. Con la música resonando en sus oídos, fijó la mirada en el incipiente amanecer. El mar estaba tranquilo. Las olas rompían con una suavidad exasperante sobre la orilla, empapando las blancas piedras que comenzaban a relucir a la luz del naciente día.

Mientras los colores del cielo iban cambiando y el sol ascendía muy poco a poco, su mente la llevó hasta el apartamento que acababa de abandonar y al hombre que había dejado en la cama. Un hormigueo de delicioso bienestar la invadió.

Habían hecho el amor tres veces.

Y las tres veces habían sido terriblemente imperfectas.

Una pequeña carcajada feliz emergió de su garganta al recordarlo. Hundió la cara en el cuello del forro polar para ahogarla. Casi resultaba un sacrilegio romper la magia que se respiraba en esos momentos en la solitaria playa con una risa.

La primera ni siquiera merecía la etiqueta de *hacer el amor*, aunque las etiquetas eran tan feas y entre ellos había tantos sentimientos bonitos... Fue rápida y casi desesperada, los besos brillaron por su torpeza y las caricias fueron rudas y desordenadas. No obstante, volvería a repetir esa experiencia cien mil veces.

La segunda fue lenta, agónica y dulce. De apacibles roces y vaivenes. De susurros al oído. Lánguida y mansa. Pausada y casi dolorosa por su rotundidad.

Y la tercera, en medio de la noche, después de haberse levantado para comer algo porque estaban muertos de hambre. Esa fue íntima pero divertida, salpicada por comentarios jocosos. Ni veloz ni serena sino todo lo contrario, y llena de risas ahogadas.

Las tres, maravillosas.

No podía evitar hacer comparaciones con el pasado. Los antiguos Jorge y Juls habían sido diferentes, menos intensos, ¿no?

A lo mejor se equivocaba y sus recuerdos se hallaban emborronados. Estaba tan llena de todo lo que había sucedido y sus nervios tan agudizados que quizá todo era exactamente igual y estaba simplemente sobrepasada.

Solo sabía que amaba a Jorge. El del pasado, el del presente... Y el del futuro.

Porque eso era lo que deseaba, que estuviera en su futuro.

Las imágenes de los últimos días pasaron raudas por su cabeza: la tarde en el mirador, la cena en el Portus, los wasaps que habían intercambiado, la visita al faro, su jaqueca y cómo ella se había quedado a su lado durante horas, amanecer a su lado y pasar un día maravilloso caminando sin rumbo mientras sus manos eran incapaces de separarse, la fiesta en casa de los Alba y esa canción que le había dedicado mientras él se la comía con los ojos. Y, por supuesto, la noche anterior...

Todos y cada uno de esos momentos eran especiales.

Únicos.

Ella quería seguir creando ese tipo de momentos con él.

Las primeras notas de *Eternal flame* de Bangles le generaron un suspiro.

Dejó caer la frente hacia adelante, tentada de apagar la música. Aquella canción, aunque preciosa, siempre le producía melancolía. No obstante, dejó que los acordes penetraran en sus oídos y se esparcieran por todo su cuerpo mientras los tenues rayos de sol teñían el cielo de naranja, amarillo y ocre y la esfera solar se reflejaba en el mar convirtiéndolo en un espejo dorado.

Rodeada de tanta belleza, sintió cómo su corazón se encogía y se hacía pequeño.

Inesperadamente, un abrazo firme la abarcó por completo, sobresaltándola. Se quitó los auriculares con un gesto enérgico y se giró.

— ¿En serio pensabas ver amanecer sin mí? — Los brillantes iris almendrados la contemplaron inquisitivos.

— Jorge... — balbuceó agitada.

— El mismo.

Tenía el pelo alborotado por un lado y aplastado por el otro, como si acabara de levantarse y no se hubiera molestado en peinarse. Llevaba un pantalón de chándal oscuro y un grueso jersey de lana. Sus ojos entrecerrados mostraban a las claras que todavía estaba somnoliento, pero su sonrisa impresionante le iluminaba el rostro entero.

Juls no pudo reprimirse y le dio un beso en la mejilla. Era evidente que necesitaba un afeitado.

— No quería despertarte.

— Lo hubiera preferido — murmuró él, enterrando la nariz en su cuello y aspirando hondo.

Todo el frío que ella había sentido segundos antes desapareció por completo. No solo porque él se hubiera sentado a su espalda y la envolviese con su cuerpo, sino porque había bajado una manta de cuadros con la que los cubría a ambos.

— ¿En serio has traído una manta? — preguntó incrédula.

— Es que hay que estar muy loco para bajar a la playa a estas horas. Estamos a doce grados, ¿sabes? Podrías haber visto amanecer desde mi balcón.

— No es lo mismo.

— Claro que no es lo mismo. Allí estarías calentita, tomándote un café — dijo con sorna—. Pero si lo que la señora quiere es ver amanecer desde la playa, pues deseo concedido. Como un superhéroe aquí aparezco yo con mi capa.

Se apretó más a ella y sus muslos poderosos se pegaron a los suyos mientras sus brazos se cernían en torno a su cintura.

— Me has robado un forro polar y los auriculares. Qué chica más mala. ¿Qué escuchabas?

— *Eternal Flame* — respondió—, pero ya habrá terminado.

— ¿Estás romántica esta mañana? ¿Por qué será? — indagó juguetón.

No lo negó. Cogió los auriculares que bamboleaban de su cuello y le tendió uno mientras ella se ponía el otro. Sonaba *I wanna know what love is* de Foreigner. Jorge pegó la cara a la suya y ambos disfrutaron un rato de la balada *romántica*, como él decía, mientras la dorada luz del sol iba bañando el mar y la playa cada vez con más intensidad.

El momento era perfecto, incluso con la brisa fría acariciando sus caras sin delicadeza alguna. Dentro de la manta la temperatura era cálida y abrigada.

— *I wanna know what love is. I want you to show me. I wanna feel what love is. I know you can show me...* ²⁹ — tarareó él.

Juls no pudo reprimirse y se rio. Era adorable.

— ¿Te ríes de mí? — inquirió él, depositando un beso sobre su pómulo.

— Me río porque te sabes todas las canciones. Nunca antes había conocido a alguien así.

— Es mi único don.

— No es verdad. Tienes tantos que da vértigo.

— ¿En serio? Dime qué tengo que me hace tan especial, vamos. — Apoyó el mentón sobre su coronilla.

— A ver... Cantas fatal con voz de falsete — enumeró ella muy concentrada—. Hablas con tu coche como si fuera a responderte. Toda tu ropa interior es de color azul. Tus rimas son catastróficas. Y, a veces, tienes... eyaculación precoz — añadió con tono de travesura.

— Un golpe bajo detrás de otro — susurró él, bajando la cabeza para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Ella se retorció, tratando de huir de sus provocadores dientes y, de algún modo, él terminó izándola en el aire y sentándola sobre su regazo. Los auriculares se escurrieron de los oídos de ambos y la voz del cantante se amortiguó hasta quedar silenciada del todo. Sus sonrisas se mezclaron.

— Confiesa que te gusta que te cante — dijo él.

— Lo confieso — admitió—. Y todo lo demás también.

— ¿Incluso la eyaculación precoz?

— Incluso eso. No olvides que yo acabé antes que tú.

Él se rio entre dientes.

— Es verdad — repuso y, después, se quedó un buen rato en silencio con la vista extraviada en el horizonte. Cuando volvió a hablar lo hizo con seriedad y en voz muy baja, sin mirarla— : ¿Y qué vas a hacer ahora, Juls? ¿Me vas a enseñar lo que es el amor? — preguntó, utilizando la letra de la canción que acababan de escuchar.

Un pinchazo de anhelo le atravesó el pecho. Se giró para ser testigo de la luz del amanecer, como hacía él.

— Creo que no hace falta que te lo enseñe — musitó—. El amor es así. O lo hay o no lo hay. Nadie puede forzar nada en otra persona.

— ¿Forzar? — resopló—. Forzar es lo que hago cuando me obligo a comer coles de Bruselas porque no las soporto. Pero quererte a ti... —

suspiró—. Quererte a ti es tan fácil... Tan natural como respirar.

Juls dejó escapar un gemido emocionado y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se electrificaron.

— No sé si estás preparada para creermelo — continuó él sin dilación. El tono de su voz era ronco—. Sé que ha sido todo muy rápido. La primera vez apenas estuvimos juntos quince días y aun así me enamoré de ti como un loco, Juls. No me hace falta recordarlo porque tengo todas las pruebas en mi teléfono. Lo que tú y yo tuvimos era algo muy especial. Los dos lo sabemos. — Hizo una larga pausa en la que pareció estar buscando la mejor forma de seguir con aquella declaración y ella aguardó silenciosa con la respiración contenida—. Esta vez ni siquiera ha transcurrido una semana y, sin embargo, sé que esto que siento por ti es inmenso. Brutal. Me llenas el corazón de un modo que temo que se desborde y me explote en el pecho.

Ella cerró los ojos al notar que se le llenaban de lágrimas. No quería llorar porque no era el momento, pero sentía el alma en carne viva. Se cubrió la boca con una mano para acallar un díscolo sollozo.

Él soltó su talle y posó una de sus manos con delicadeza sobre su mejilla, obligándola a girar la cara y a mirarle de frente. La expresión de su rostro era indescifrable, pero sus ojos desprendían un afecto infinito.

— Escúchame bien lo que te voy a decir. Creo que, aunque me olvidé de ti, jamás olvidé mis sentimientos. Estaban aquí. — Se llevó la otra mano al pecho y se lo golpeó con suavidad—. Y solo tuve que volver a verte para que despertaran de nuevo. Juls, mi Juls...

Acercó su boca a la de ella y le dio un beso, dos, tres, cuatro, cien, mil... a los que ella correspondió con fervor.

— Estoy enamorado de ti. ¿No lo ves?

Ella asintió. Lo veía. Lo veía claramente. Las palabras se le habían quedado trabadas en la lengua. Demasiadas emociones luchando por salir y solo una boca para poder expresarlas. Estaba abrumada.

— Sé que vas a decir que no nos conocemos...

— No voy a decir eso — consiguió articular, interrumpiéndole.

Él guardó silencio y se limitó a mirarla. El sol aclaraba sus ojos y los convertía en ámbar líquido.

— ¿Qué vas a decir entonces? — la retó, acariciándole el labio inferior con el pulgar.

— ¿Recuerdas la conversación que tuvimos la noche de fin de año por teléfono? — No esperó a que él dijese nada y prosiguió— : Te dije que Jorge y yo estábamos enamorados. Y que, a pesar de que nunca nos habíamos dicho te quiero ni nada por el estilo, era incuestionable que nos queríamos.

— Odio cuando hablas de mí en tercera persona — masculló, apartando la vista—. Sigo siendo yo.

Asintió contrita.

— Es verdad. Jorge eres tú. Me ha costado admitirlo, no sé por qué. Tú eres el del pasado y el del presente. Es tan obvio. — Compuso una mueca—. Todo es mágico contigo. Los besos, los abrazos, cada palabra que intercambiamos. Tu sonrisa... — Acercó los dedos a sus labios y se los delineó—. Sí, yo también estoy enamorada de ti. Nunca he dejado de estarlo.

Él la miró con los ojos encendidos.

— Joder, Juls...

— Jorge...

No la dejó terminar. La sujetó con firmeza por el cuello, la acercó a él y sus bocas se fundieron en un beso interminable.

Ella emitió un gemido y se derritió. ¿Cómo era posible que él pudiese hacer que se sintiese tan hermosa solo con un beso?

Jorge

La besó mientras amanecía sobre ellos.

La besó con ganas, como si estuviese paladeando una tableta de caro chocolate con cuidado y reverencia.

Encajaba tan bien entre sus brazos que le hubiera gustado sostenerla así para siempre, pero sabía que en un par de horas regresaba a Madrid.

Alzó la cara y la contempló con ardor. Sus labios húmedos le llamaban a gritos para que continuara besándola, pero, si lo hacía, una cosa llevaría a la

otra y él quería tener la mente despejada porque quería decirle muchas cosas.

Solo que no sabía cómo.

No quería despedirse de ella. No, cuando apenas acababan de encontrarse.

La abrazó y ella hundió la cara en su cuello. Tenía la nariz helada. Pese a que los cegadores rayos de sol incidían sobre ellos, seguía haciendo frío. Recolocó la manta para que los tapase por completo, creando una especie de tienda de campaña protectora y sumida en sombras.

— ¿Vas a hacer algo terrible y no quieres que la gente lo vea? — preguntó ella con ironía.

— Sí, volver a besarte hasta que no puedas respirar.

— ¡Qué violento! — se burló.

— Soy un tío duro.

— Lo dice el que se sabe todas las baladas románticas de los ochenta.

— ¡Bah! El himno de mi familia es *Mi agüita amarilla* de Los Toreros Muertos. Eso es de tipos muy duros.

— Os he visto en acción.

— ¿Y qué te parecí?

— Estuviste genial. Ese fue el principal motivo por el que me enamoré de ti, ¿sabes? — confesó—. No hay nada como un tío cantando a gritos una canción grosera.

— ¿En serio? Eres una mujer muy rara.

— Puede que sea rara, pero creo que nos complementamos bien.

— A la perfección.

Se quedaron mudos mientras compartían el mismo aire.

— Como pase el camión de la basura y vea este bulto deforme sobre la acera, es probable que trate de llevárselo — comentó ella al cabo de unos instantes.

— El romanticismo y tú como que no sois muy amigos, ¿no? — farfulló.

Ella se rio con fuerza y a él, su risa, le resultó maravillosa. Se había convertido en uno de sus sonidos favoritos.

No estaba claro quién inició el primer movimiento, pero sus bocas se unieron durante unos segundos hasta que ella se echó hacia atrás y rompió el contacto.

— Jorge, la última vez, cuando nos despedimos, no fue una despedida real — dijo con seriedad—. Fue un comienzo para nosotros. Sí, es verdad que todo se fue a la mierda por culpa del destino o de la casualidad o lo que fuera, pero iba a ser nuestro principio... — se interrumpió—. Ya sé que no lo recuerdas, pero tú y yo éramos, mejor dicho, habíamos decidido que íbamos a ser... — volvió a detenerse y no continuó.

Él maldijo para sus adentros no tener recuerdos de aquel entonces. A veces, era frustrante. No obstante, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por que lo suyo con ella funcionara. ¿Qué importaba si no recuperaba la memoria? Crearían nuevos recuerdos juntos... Recuerdos mejores, más importantes.

— He leído muchas veces los mensajes que intercambiamos ese último día que estuvimos juntos, Juls. Te dije que no deseaba que lo nuestro se acabara, que no quería estar sin ti. Y también te dije que las relaciones a distancia no me asustaban. — Hizo una pausa—. Sé lo que sentía entonces y es lo mismo que siento ahora. Las relaciones a distancia no me dan ningún miedo.

Ella apoyó la frente contra la suya y suspiró.

— Haremos que esto salga bien — le prometió él en voz queda.

La repuesta fue un ligero beso que le supo a poco.

— Te voy a echar mucho de menos — dijo ella al fin.

— Y yo a ti. — La abrazó con más fuerza—. Pero iré a verte pronto. De hecho, puedo ir este viernes. No trabajo por las tardes y tengo el fin de semana libre. Así que cogeré un bus y el viernes por la noche estaré en Madrid. Son solo cuatro días.

Ella se puso rígida en sus brazos y él apartó la manta para poder ver la expresión de su rostro que se había oscurecido.

— ¿Sabes lo horrible que fue estar en esa estación de autobuses esperándote durante horas y que nunca llegaras? — Su voz sonaba angustiada.

Él asintió con lentitud. Tuvo que ser terrible para ella.

— Eso no va a volver a pasar, Juls. Te prometo que estaré en ese autobús — le dijo con fiereza, incrustando los ojos en los suyos.

Ella le regaló una trémula sonrisa.

— Te creo.

Volvieron a besarse.

— Deberíamos immortalizar este momento — sugirió él. Alzó la cara y la miró con avidez—. No tenemos ni una sola foto juntos.

— ¡Tenemos muchísimas! — protestó ella.

— No — rechazó—. Son todas del pasado. No recuerdo ninguna de ellas.

Ella se pellizcó el labio inferior y las ganas de volver a besarla le asaltaron, pero apartó la vista y la paseó por la zona. La cafetería que había a unos cincuenta metros de ellos acababa de abrir el cierre. También había dos señores con un perro que se acercaban lentamente por el paseo. Pronto, la zona empezaría a acoger a más gente y ya no sería un lugar tan privado como hasta el momento.

— Tenemos aspecto de recién levantados — se quejó ella.

— ¿Y qué? Siempre estás preciosa, incluso recién levantada.

— Si ya lo sé. El que me avergüenza eres tú — replicó con tono irónico.

— ¡Qué capulla!

Ella volvió a reírse y fingió darle un mordisco en la mejilla.

Él se puso de pie con precipitación con ella en brazos. La manta se escurrió de sus hombros y cayó al suelo, pero la ignoró, solo tenía ojos para Juls que le miraba como si fuera el caramelo más apetitoso del mundo. Dejó que ella se deslizara hasta el suelo con mucha lentitud para poder sentir todas sus curvas contra su cuerpo, cosa harto difícil con todas las capas de ropa que los separaban, pero la imaginación era un portentoso aliado en aquella campaña y la excitación le embargó cuando creyó notar sus senos contra su torso.

— ¿Con tu móvil o con el mío? — preguntó ella y por un instante ni siquiera supo a qué se refería.

La foto. Claro.

Sacó el móvil de su bolsillo y estiró el brazo al tiempo que la abrazaba por detrás y hundía la nariz en su cabello. Hizo unas cuantas tomas a

contraluz y otras con el sol de frente.

— Mira, hemos salido estupendos — le dijo mientras revisaban las imágenes.

Y era la pura verdad.

Quizá la mejor de todas era una en la que ninguno de los dos estaba pendiente de la cámara. Se estaban mirando y sonreían. Ella con picardía y él con expresión canallesca. El encuadre no era el mejor y cuando la amplió se percató de que ni siquiera estaba demasiado bien enfocada, pero mostraba todo lo que sentían el uno por el otro con suma precisión.

Era tan ellos... Tan Jorge y Juls... Los de antes y los de ahora.

La miró mientras ella seguía estudiando las fotos con interés. ¡Qué momento más hermoso! ¿Cuánto podía expandirse el corazón de una persona antes de explotar?

— ¿Tiempo aproximado que nos queda? — acertó a preguntar.

Ella elevó la barbilla y clavó los ojos en los suyos.

— No sé qué hora es exactamente, pero creo que no más de una hora y media.

Cabeceó meditabundo.

— Vale. Pues te propongo algo. — La estrechó por el talle—. Un desayuno en casa con café y tostadas. Besos ardientes mientras nos duchamos juntos... Incluso algo más si eres buena... — Su voz se tornó áspera y sus labios se torcieron en un rictus sensual—. Luego te llevo a tu piso, recoges la maleta y vamos a la estación de autobuses. Y todo regado con caricias, los mencionados besos, musiquita de Kiss FM, algún roce un poco erótico y confesiones de amor al oído. — La besó en la frente y luego la miró—. ¿Qué opinas? ¿Te hace?

Su sonrisa fue más deslumbrante que el sol.

— ¿Que si me hace? ¡Me parece perfecto!

Epílogo

Nochevieja – Un año más tarde

Jorge

Los colores del crepúsculo se reflejaban en las pupilas de Juls, que se había puesto de pie y se había acercado a la gran cristalera para disfrutar del espectáculo. Al otro lado de la bahía, el sol descendía lentamente tiñendo el horizonte de naranja, dorado y rosa.

La belleza del momento era indescriptible.

Pero Jorge permanecía ajeno al entorno. La observaba a ella, fascinado, sin querer perderse ni una sola de sus expresiones.

Un año después de habérselo prometido, estaban celebrando el fin de año en el Bar Planta20, en el último piso del Hotel Madeira Centro, la joya escondida de Benidorm.

— Estoy alucinando — susurró ella casi sin voz— . Las vistas son increíbles.

— Te lo dije — murmuró él, situándose tras ella y apoyando las manos sobre sus caderas— . Para que luego digas que no cumplo mis promesas. Incluso las que no recuerdo haber hecho — bromeó.

Ella se recostó contra su pecho, su cuerpo sacudido por la risa, pero no dijo nada y se limitó a recrearse en la puesta de sol.

Habían pasado algo más de once meses desde aquel amanecer en la playa del Albir que se convirtió en su nuevo comienzo. Once meses de viajes en autobús, de trayectos en coche y de escapadas imprevistas para poder verse, exprimiendo hasta el límite todo el tiempo que podían estar juntos.

Once meses de relación a distancia.

Sin distancias.

Se veían cada fin de semana, cada puente y en vacaciones. O bien era Juls la que cogía el bus y se presentaba en Benidorm, o era él quien se

montaba en Turbo y en cuestión de unas horas se plantaba en su portal en Madrid. Y cuando no podían desplazarse, se hacían videollamadas, intercambiaban mensajes y correos electrónicos.

Había parejas que vivían en la misma ciudad y tenían menos contacto que ellos.

Sus migrañas habían ido disminuyendo hasta desaparecer del todo y su último TAC había salido limpio. Todavía acudía a sus citas con la doctora Carmena, pero solo lo hacía cada dos meses, para sesiones de mantenimiento. No había recuperado la memoria y, según transcurría el tiempo, era bastante improbable que lo hiciera algún día, al menos eso le había dicho su neurólogo.

Pero si era sincero consigo mismo, no le importaba demasiado. Tenía todo lo que quería y había ido llenando sus lagunas mentales con nuevos recuerdos. La gran mayoría con Juls como protagonista. En el móvil llevaba las pruebas de ello en forma de textos y de imágenes. Paseos, excursiones, comidas y cenas, tardes en la playa, mañanas en la cama y noches sin dormir... Una sucesión de experiencias maravillosas compartidas.

Y lo mejor de todo estaba por llegar.

Justo después de Navidad, Juls había hecho las maletas definitivamente y se había mudado a su apartamento.

Una sonrisa tontorrón le rizó los labios al pasar revista a los últimos cinco días.

Juls y él viviendo juntos.

Un puto paraíso.

Se acabaron las despedidas, los besos melancólicos en las estaciones, el contenerse a duras penas para que el otro no se diera cuenta de la tristeza del adiós, las últimas miradas en el espejo retrovisor del coche y el echarse de menos.

Fin a todo aquello.

Ahora comenzaban los amaneceres pegados el uno al otro, el compartir armario y cajones, el pelearse por el lavabo en la mañana y en la noche y el llegar a casa para encontrarse con las luces encendidas y el sofá ocupado.

Bienvenida, nueva vida.

Estaba delirante de felicidad y sabía que a Juls le sucedía lo mismo.

Ella seguía conservando su trabajo en la revista digital y solo tenía que viajar a Madrid una vez al mes para las reuniones editoriales. Todavía no había empezado a buscar un trabajo mejor en la costa, pero era su intención hacerlo. Él continuaba en la escuela de buceo, aunque había vuelto a interesarse por el Oceanográfico. Quizá el futuro los llevase a Valencia o a otro lugar. No lo sabían y no les importaba demasiado. Estaban abiertos a todo. Solo había una cosa que tenían clara: querían seguir juntos en aquella aventura.

La melodía que ambos compartían en el móvil comenzó a sonar e interrumpió el hilo de sus pensamientos.

— ¡Joder! — masculló—. ¡Qué oportunos! ¿Es el tuyo o es el mío?

— El tuyo — repuso ella—. El mío lo tengo en mi bolso. — Señaló la mesa en la que estaban sus cosas a unos metros de distancia.

— Paso de responder — dijo él después de echar un vistazo a la pantalla.

— ¿Es tu hermana?

— ¡Bingo!

— Qué cruel eres — se rio—. Anda, cógelo.

Refunfuñando con exageración, lo hizo.

— Tiene que ser algo muy grave para que nos molestes en esta cita increíblemente romántica de la que te informé hace días y te pedí por favor que nos dejases en paz.

— Es urgente — respondió Erika. Su tono de voz delataba que mentía como una bellaca.

— ¿Cuál es la urgencia?

— Que sin vosotros las uvas no van a ser lo mismo.

— Pfff... Entiendo lo de la urgencia. Voy a colgar.

— ¡No! ¡Espera! ¿Por qué no venís a casa después de ver la puesta de sol esa que realmente podíais haber visto cualquier otro día?

Jorge le pasó un brazo por encima de los hombros a Juls que seguía absorta en los cambiantes colores del cielo.

— Es más romántico hoy. Además, que paso, que tenemos una suite maravillosa para pasar la noche los dos solos.

— ¡Pero es que os echamos de menos! Incluso Diego lo está diciendo, ¿verdad?

— Déjalos en paz y que hagan lo que quieran. Cuelga. — Se escuchó la voz profunda de su hermano por detrás.

Jorge se carcajeó.

— No cuela, Erika.

— Pero mañana coméis con nosotros.

— Ya veremos.

En realidad, ya lo había acordado con sus padres y habían quedado en encontrarse para celebrar el Año Nuevo.

— Jo, Jorge — protestó ella como si fuera una niña pequeña.

— ¡Nos atacan los extraterrestres! ¡Tengo que dejarte! ¡Adiós!

Cortó la comunicación.

— ¿Extraterrestres? — se rio Juls.

— ¿No ha sonado creíble? — preguntó con ironía. Volvió a abrazarla y le dio un beso en la punta de la nariz.

— No. Se ha notado que mentías.

— Vaya. Pondré más empeño la próxima vez.

— Si hubieras dicho que había un tiburón blanco en la playa habría sido más convincente.

— Recuérdame que no te pida ayuda cuando necesite inventarme una excusa para lo que sea.

— ¡La mía es mejor que la tuya! Por lo menos estamos junto al mar y siempre cabe la posibilidad de que aparezca algún escualo.

— Naturalmente. Un tiburón blanco en el Mediterráneo... Se nota que eres una periodista concienzuda.

Apenas había terminado de hablar cuando la melodía comenzó a sonar de nuevo. Esa vez llegaba desde la mesa.

— Te toca — murmuró él.

Juls se desasíó de su abrazo y se acercó a su bolso.

— Creo que nuestras familias se han puesto de acuerdo — le dijo, mostrándole la pantalla. Era una videollamada de Félix.

— Son igual de pesados tanto mi hermana como tu hermano. Deberíamos juntarlos.

— Eso es lo que quiere Erika. Ya me ha pedido el número de Félix en veinte mil ocasiones. Es demasiado peligroso. Mi hermano se la zamparía de dos bocados.

— Yo apuesto por ella. Está muy loca.

Juls aceptó la llamada y situó el móvil frente a ellos. La cara de su hermano mostraba una mueca festiva.

— ¡Hola a los dos! Os llamamos ahora que luego las líneas están ocupadas. ¡Feliz Año!

— Feliz Año — respondió Jorge con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Estáis todos ahí? — preguntó Juls.

— Sí. Espera.

Félix fue desplazando el móvil por la estancia y los padres de Juls, su hermano Rodrigo, su mujer y sus hijos aparecieron en la pantalla. Todos iban saludando con entusiasmo y agitando los brazos.

— ¡Feliz Año! — exclamó Juls con deleite, lanzando besos.

— El año que viene os toca aquí — dijo su madre.

Ambos asintieron con energía.

A Jorge le gustaba la familia de Juls. Había estado en varias ocasiones en su casa y, pese a que eran bastante más formales y serios que sus padres, le habían hecho sentir muy a gusto.

— Que sepáis que os echamos de menos — intervino Félix, volviendo la cámara hacia su cara de nuevo— . Pero que entendemos perfectamente lo del romanticismo y la puesta de sol — se guaseó.

Jorge se rio. Sin duda, Juls le había puesto al corriente de todo.

— ¿Hoy no trabajas? — le preguntó esta.

— Sí. Vamos a cenar temprano y me voy — repuso y luego añadió, dirigiéndose a Jorge— : Cuídala mucho que, aunque parezca poquita cosa, la queremos. Es nuestra niña pequeña.

— Lo intentaré — respondió él con una risa.

— ¡Cabrón! — le dijo ella.

— ¡Esas palabrotas! — Se escuchó a su madre por detrás.

— Pasadlo bien esta noche y mañana hablamos — dijo Félix.

Giró el teléfono hacia los demás de nuevo, que se despidieron con exclamaciones, besos al aire y brazos agitados, a los que Juls y Jorge

correspondieron de igual manera.

Una sonrisa flotaba en los labios de ella cuando cortó la llamada.

— ¿Los echas de menos?

— No demasiado. Estuve con ellos hace solo unos días. Además, estoy exactamente donde quiero estar.

Se acercó a él y le abrazó por el talle, alzando la cara para poder mirarle a los ojos.

Jorge la contempló con codicia.

Quizá su rostro fuese demasiado aniñado. Quizá su nariz muy pequeña o su boca un poco grande para sus facciones delicadas. Quizá sus pómulos fueran demasiado altos.

Quizá, pero para él era preciosa.

Quizá fuera demasiado indecisa y algo cabezota. O poco madura y nada práctica. A veces era muy bromista e irónica y otras veces se tomaba la vida demasiado en serio. Quizá fuese frágil en exceso y demasiado soñadora. O dura como el acero cuando decidía algo. Contradictoria.

Indudablemente, era la mujer perfecta para él.

Y no se cansaba de repetírselo.

No había muchas personas en la terraza del Planta20. Era demasiado pronto para que la gente se hubiera puesto en marcha esa Nochevieja, apenas las seis de la tarde. Y Jorge se aprovechó de la ausencia de público para sellar los labios de ella con los suyos en un beso pasional que los dejó a ambos sin aliento.

— Creo que ya te lo he dicho como cuatrocientas mil veces, pero te lo vuelvo a repetir: eres la mujer de mi vida. Así tal y como eres, pequeña y poquita cosa...

Ella resopló con burla, pero se puso seria con rapidez.

— Y creo que yo también te lo he dicho unas cuantas veces, Jorge. Mil gracias por no olvidarte de nuestro imperfecto amor.

— Eso es imposible. Creo que, aunque volviese a perder la memoria de nuevo, seguiría recordándote aquí. — Cogió una de las manos de ella y la llevó a su corazón, que latía firme y fuerte.

— ¿Sabes que te quiero? — Fue la respuesta de Juls.

Asintió y la besó de nuevo, esa vez con dulzura.

Ella se separó de él con algo de reticencia.

— Voy a ir al aseo.

La vio alejarse con embeleso. Lucía un vestido rojo cuya corta falda de vuelo se agitaba con cada paso que daba y le acariciaba las caderas. Subió su hambrienta mirada hasta su nuca y las ganas de lamerle y mordisquearle ese trozo de piel sexi le acometieron.

¡Mierda!

Se había empalmado.

Se giró con disimulo y se colocó el pantalón. Acto seguido le dio un largo trago a su cerveza, paladeándola.

Sus ojos se anclaron en el cielo que se iba oscureciendo por momentos mientras sonreía. Dichoso.

Juls

Cerró la puerta del aseo a su espalda y acudió a uno de los reservados. Minutos después lo abandonaba y se acercaba a los lavabos. El enorme espejo que había sobre ellos le regaló la imagen de una mujer sofocada. Todavía tenía las mejillas enrojecidas.

Los besos de Jorge tenían ese efecto en ella. Incluso después de tantos meses.

Sacó el carmín de su bolso y se retocó los labios, aunque sabía que era absurdo. Él no iba a dejar de besarla. Algo que ella tampoco quería que sucediera.

Sonrió con satisfacción.

Estaba pletórica.

No solo estaban celebrando la Nochevieja tal y como habían planeado hacía un año, sino que su vida en común había comenzado. Desde hacía cinco días se despertaba a su lado y sabía que aquello iba a ser su constante.

Una fantasía.

— ¡Sí, sí, sí! — dejó escapar con euforia después de comprobar que no había nadie más en la estancia.

¿Se podía morir de felicidad?

Un pitido la alertó de un wasap entrante. Sacó el móvil del bolso y le echó un vistazo.

Jorge: Hace una eternidad que te fuiste. Como no regreses tendré que irme con la camarera.

No pudo evitar reírse. La camarera era un señor de unos cincuenta años con un frondoso bigote.

Juls: Te refieres al del mostacho? Con eso no puedo competir. Paga antes de marcharte por favor.

Jorge: Tan poco te intereso que dejas que me vaya con cualquiera?

Juls: Con cualquiera no. Es que lo del bigote tiene morbo. Me alegro de que te guste probar cosas nuevas.

Jorge: Hablando de cosas nuevas, qué te parece si nos vamos ya a la suite?

Juls: Sin cenar?

Jorge: Que nos lleven la cena a la habitación...

Juls: Creo que tienes segundas intenciones.

Jorge: Y terceras y cuartas... Ya sabes cómo soy.

Juls: La paciencia es una virtud.

Jorge: Una virtud es ser tan comedido como yo durante toda la tarde con ese vestidito que te has puesto.

Juls: Y eso que todavía no sabes que no llevo ropa interior.

La respuesta llegó poco después. Era un gato con los ojos desorbitados y la leyenda: *Ay Dios mío. No puedo creerlo!*

Juls: Jajajaja. Tú y tus memes.

Jorge: No te reirías tanto si supieras lo que está pasando dentro de mis pantalones ahora mismo.

Alzó la cara y vio sus ojos reflejados en la bruñida superficie. Resplandecían de diversión.

Juls: Tienda de campaña?

Jorge: Para doce personas. Como no salgas, no respondo.

Juls: Jajaja, qué exagerado. Has pagado ya?

Jorge: He pagado y estoy en la puerta del aseo, esperándote ansioso y desesperado.

Ella volvió a reírse.

Jorge era tan genial.

Se echó una última ojeada en el espejo y se alisó el vestido. Luego, se dirigió a la puerta. La abrió y allí estaba él con una mueca pícaro y una sonrisa gigante.

— ¿Creías que era mentira? — Se señaló la entrepierna con un gesto exagerado.

Ella reprimió el deseo de devorarlo allí mismo cuando se percató de que, en efecto, no había mentido.

— ¿Y el señor del bigote no nos acompaña? — repuso, mostrando sorpresa.

— Podemos venir a buscarle después.

Le tendió una mano que ella tomó. Sus dedos se entrelazaron.

— ¿Nos vamos?

Su voz ronca le reverberó hasta lo más profundo del abdomen.

— Claro.

Él echó a andar y ella le siguió.

Le seguiría hasta el fin del mundo.

Fin

Lista de canciones

Mi gran noche – Raphael
Hay que venir al sur – Raffaella Carrá
Vivir así es morir de amor – Camilo Sesto
Querría – El Kanka
Message in a bottle – The Police
Love is all around – Wet Wet Wet
Rock and Roll Star – Loquillo
Escuela de calor – Radio Futura
Mi agüita amarilla – Los Toreros Muertos
Chica de ayer – Nacha Pop
I promised myself – Nick Kamen
Up where we belong – Joe Cocker, Jennifer Warnes
Nothing's gonna stop us now – Starship
Take on me – A-ha
I'd do anything for love – Meat Loaf
Moonlight shadow – Mike Oldfield
Sweet dreams – Eurythmics
Girls just want to have fun – Cyndi Lauper
Got my mind set on you – George Harrison
Eternal flame – Bangles
I want to know what love is – Foreigner

<https://spoti.fi/3Jh3tFH>



Agradecimientos

Pues parece que hemos llegado al final del libro y creedme si os digo que esta parte es siempre la que más me cuesta escribir, quizá porque quiero decir demasiadas cosas y termino por decir poquitas y liarme un poco.

Creo que ya os habéis dado cuenta de que esta novela es un pequeño homenaje a la ciudad de Benidorm, ciudad que me acogió hace unos años y en la que pasé una parte muy importante de mi vida. Benidorm es así, te adopta, seas de donde seas, y te hace sentir parte de ella. Y después, cuando la dejas atrás, la llevas siempre en el corazón.

Quiero dar la gracias a las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí y han conseguido que esta historia fuera posible.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a Paco, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero, Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Maribel que siempre me critica hasta lo inimaginable y Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí.

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de

esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo. Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia ♥

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor, contactad con ella en: laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos, visitad: www.laurasanzautora.com

Además, la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Otras novelas de la autora:

[La chica del pelo azul](#)

[La historia de Cas \(Landvik #1\)](#)

[La lucha de Jan \(Landvik #2\)](#)

[La culpa de Till \(Landvik #3\)](#)

[Harry Wolf](#)

[Le llamaban Bronco \(Wild West #1\)](#)

[Su nombre era Rico Salas \(Wild West #2\)](#)

[La irrelevancia de llamarse Poncho](#)

[My shining Star](#)

[Tan fuerte, Marianne](#)

Notas

- 1 *Professional Association of Diving Instructors* (Asociación profesional de instructores de buceo).
- 2 Se refiere al Richard Newlook, una de las discotecas más famosas de la playa de Levante de Benidorm, ahora ya cerrada.
- 3 Mano de póker.
- 4 El hotel Bali es el rascacielos más alto de toda Europa con ciento ochenta y seis metros de altura. La carrera de la que hablan tiene lugar todos los años en junio.
- 5 La vida es maravillosa.
- 6 Sí, exactamente.
- 7 Tú me lo prometiste y yo te lo prometí. Necesito a alguien a mi lado en todo lo que hago. Oh, sí, lo necesito.
- 8 Yo a ti también.
- 9 Otra vez.
- 10 Es verdad, Tony.
- 11 ¿Cuál es su nombre?
- 12 Las pasadas navidades te di mi corazón...
- 13 Nueva ola alemana.
- 14 Ricardo Bofill Leví fue un famoso arquitecto postmodernista español, internacionalmente reconocido. Su Taller de Arquitectura ha abordado proyectos de diversa naturaleza en diferentes partes del mundo, adaptándolos a las realidades culturales de cada lugar.
- 15 Locución latina que se puede traducir como “algo a cambio de algo”.
- 16 Te voy a besar por todas partes. Durante toda la noche.
- 17 Te voy a acariciar hasta que no puedas aguantarlo más.
- 18 Y después, te voy a hacer el amor... hasta el amanecer.
- 19 Este arroz es típico de la Comunidad Valenciana y se llama así porque el marisco y el pescado se presentan limpios y pelados (antiguamente la servidumbre lo cocinaba así para el primogénito de la familia, a gusto del *señorito* de la casa).
- 20 ¿Ven a esta mujer?
- 21 El amor nos eleva al lugar al que pertenecemos, donde gritan las águilas en la alta montaña...
- 22 Deseo tanto darte este amor que tengo en el corazón que estoy sintiendo por ti...
- 23 Plato típico alemán hecho a base de carne de res, bañado en salsa marinera.
- 24 Bienvenido a casa, mi querido niño.
- 25 Yo también estoy muy contento de estar aquí, mamá.
- 26 Mirándote a los ojos veo un paraíso. Este mundo que he encontrado es demasiado bueno para ser verdad. Aquí de pie a tu lado, deseo tanto darte este amor que tengo en el corazón que estoy sintiendo

por ti.

27 Zona muy conocida de Benidorm de gran variedad gastronómica llena de bares y restaurantes con tintes vascos donde los 'pintxos', las tapas y el ambiente son los protagonistas.

28 Tengo mi mente puesta en ti.

29 Quiero saber lo que es el amor. Quiero que me lo enseñes. Quiero sentir lo que es el amor. Sé que puedes enseñármelo...

OceanofPDF.com